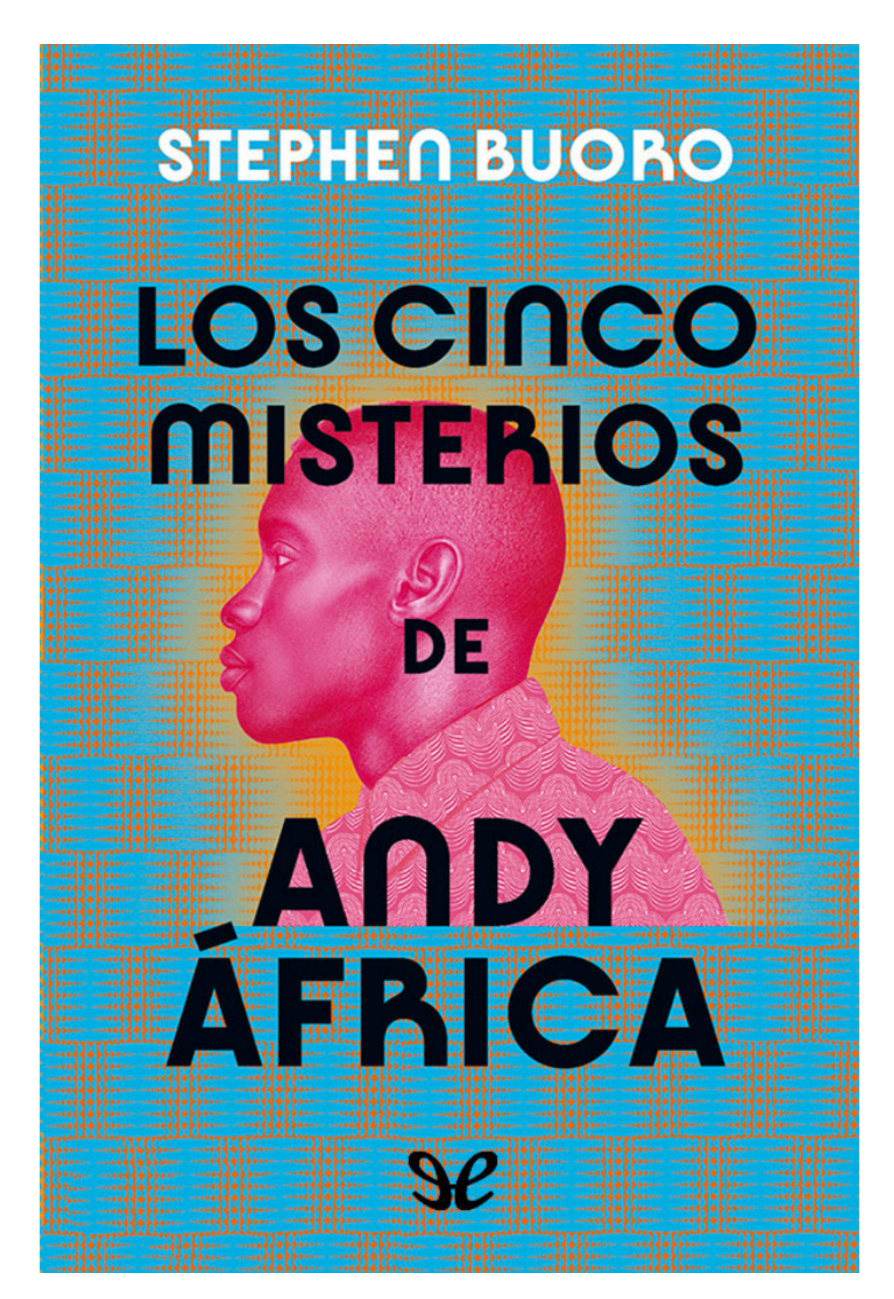

STEPHEN BUORO
LOS CINCO MISTERIOS DE ANDY ÁFRICA

Una novela aguda y emotiva que narra cómo es crecer en el África actual.

Andrew Aziza es un chico de quince años con una inteligencia inusual. Vive en Kontagora, en el norte de Nigeria, junto a su protectora madre, Gloria. Como cualquier otro adolescente, las hormonas le impiden pensar en otra cosa que no sean las chicas (especialmente las chicas blancas y rubias). Solo cuando no está en la iglesia, en la escuela o pasando el rato con dos amigos un tanto problemáticos, dedica su ingenio a reflexionar sobre las grandes preguntas del universo en compañía de Zahrah, su profesora, y de Fatee, una amiga igualmente brillante a la que lo une algo más que una simple amistad.

Inevitablemente, Andy se acaba enamorando de la primera chica blanca que conoce: Eileen, la sobrina del padre McMahon. Pero en la fiesta de bienvenida que celebra su llegada a Kontagora, se desencadenan múltiples crisis. Por un lado, un hombre desconocido afirma ser el padre de Andy. Por el otro, se ha reunido una turba anticristiana que se dirige a la iglesia. En el caos que sucede y sus consecuencias, Andy se verá obligado a reflexionar sobre su identidad y sus aspiraciones, y a pensar en cómo vivir en el llamado Continente Maldito.

Stephen Buoro

Los cinco misterios de Andy África

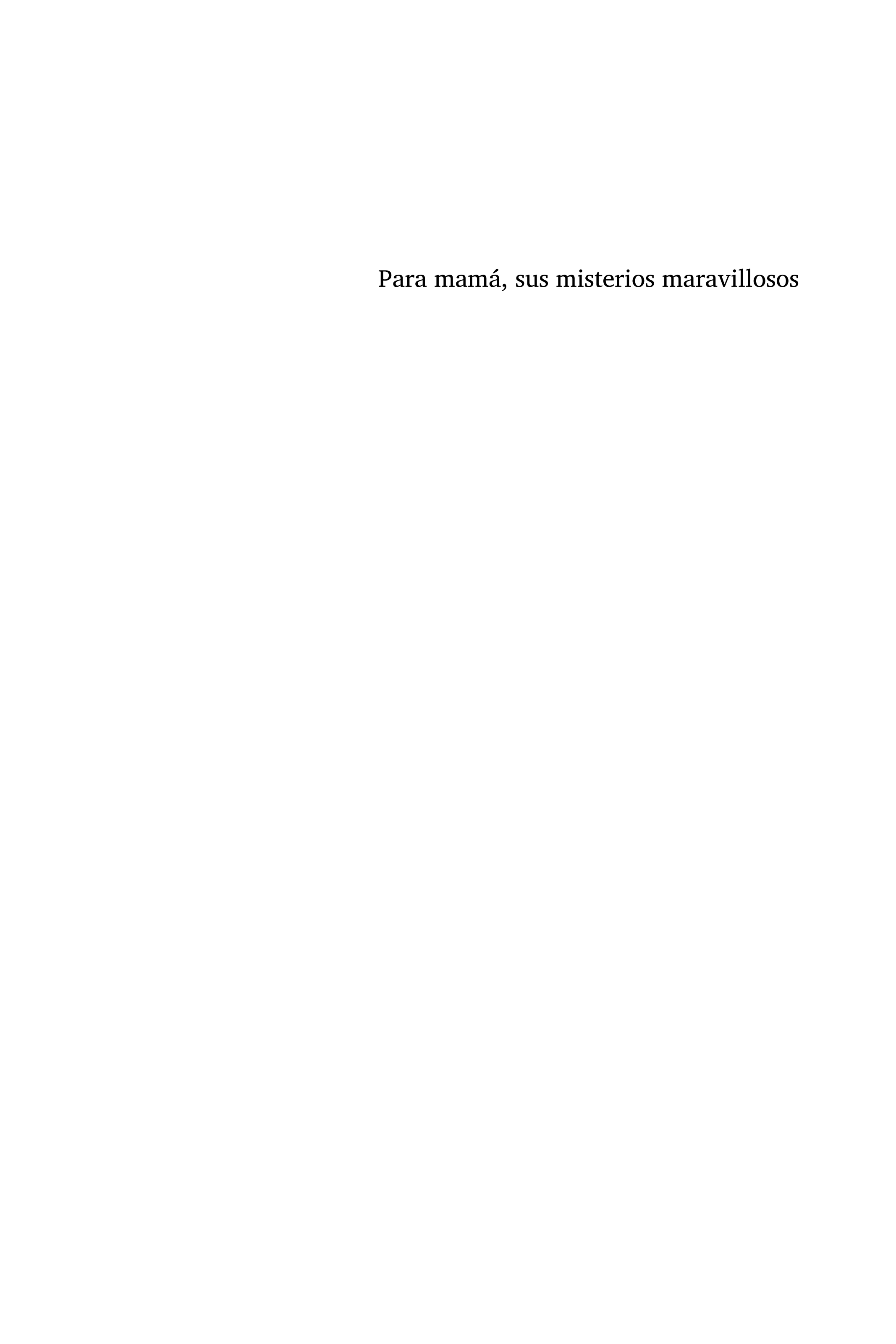
ePub r1.0

Titivillus 09.10.2024

Título original: *Los cinco misterios de Andy África*
Stephen Buoro, 2023
Traducción: Noelia González Barrancos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Para mamá, sus misterios maravillosos

a
todos
los
africanos
les
envuelve
la
cabeza
un
halo
algún día estos halos se fusionarán para crear un fuego planetario
que
HXVX
no
soporta

PARTE I
La oración en el huerto

Definición: Una permutación de un conjunto x es una función biyectiva de dicho conjunto en sí mismo.

1

Queridos blancos:

Me encantan las chicas blancas. Sobre todo las rubias. Las rubias que llevan el pelo recogido en una cola de caballo y, una vez a la semana, en trenzas. ¿Soy un fetichista? No lo sé. De lo que sí estoy bastante seguro es de que me voy a casar con una blanca y, además, rubia. ¿Considero feas a las chicas negras? Ni hablar. Eso significaría que mamá es fea y un comentario así no se lo consiento yo a nadie.

El problema es que no sé cómo son las rubias en realidad. Que sí, que he visto millones de pelis de Hollywood en DVD piratas. Mi teléfono es una base de datos de tonos de rubio porque no puedo toparme con una foto de una rubia sin descargármela. Tengo setenta y dos amigas rubias en Facebook, ni una más ni una menos. Y, por la noche, cuando todo el mundo ha embarcado en la nave de los sueños hacia Marte, me meto en Pornhub® en busca de pubis rubios y le doy a la mano, etcétera.

De hecho, lo que se dice ver, no he visto a ninguna rubia aún. Porque esto es África y aquí hay –0,001 rubias.

Me odio a mí mismo por contarte mi secreto de los 64.000 dólares. Verás, mi mamá es más negra que el tizón. Tiene la piel oscura como la zarzamora, manos ásperas como papel de lija, pero un beso húmedo y fresco como el brillo de labios. Le han abierto la panza dos veces: primero cuando Ydna se negó a nacer y, segundo, cuando nací yo. Le rajaron la barriga para que yo pudiera venir a este puñetero mundo ¡y me atrevo a decir que prefiero a las rubias! No sé quién es mi papá, pero mamá me ha estado llevando entre algodones toda la vida. Me cuida y me mima como nadie. Y me atrevo a decir que prefiero a las rubias. ¡A unas rubias que no he

visto nunca!

Es la leche.

No me odio a mí mismo, pero te puedes hacer una idea.

Estoy convencido de que a Ydna no le gusta lo más mínimo que hable de rubias. Salió del cuerpo de mamá dos años antes de nacer yo. Como una estatuilla. Ni un sonido salió de su boquita abierta. Ni un latido de su pecho. Sé que, de algún modo, yo soy él. Que le eché una ojeada a este mundo, vi la gran cagarruta que era y me di media vuelta. Todos los días siento su presencia cerca de mí, en mi interior. Su ira palpita en mi sangre, su respiración bulle bajo mi piel. Debe de ser mi opuesto, porque me dice cosas sobre mí mismo que no quiero oír.

Aun así, me chiflan las rubias. Todos y cada uno de sus mechones de pelo cual soles alargados y dulces. Su cabello como ondas persiguiéndose unas a otras en el agua. Juro que soy capaz de ver mi cara reflejada con claridad en cada mechón. Me voy a la cama con hambre la mayoría de las noches. Duermo sobre una anodina estera en nuestra aburrida sala de estar con electricidad kaput. Y, con los últimos coletazos de energía, me llevo la mano a las bermudas y pienso en rubias. Una sensación de paz discurre desde mi corazón a mi estómago y de allí hasta mis pies. Y me siento pleno. Y me duermo saciado. Como un crío que se ha comido una docena de hamburguesas con queso, y eso que no sé a qué sabe esa mierda. Y me duermo sabiendo que el futuro es mío.

Un monaguillo genio poeta africano de quince años que adora a las rubias no es un criminal ni un racista ni un vendido.

Es un chaval africano dulce, molón y patético.

Dios debe de estar poniendo a prueba mi amor por las rubias porque ahora que se me aparecen en visiones a todas horas, hasta cuando estoy en misa, Eileen viene a Kontagora. Isaiah nos está hablando de ella a mamá y a mí.

—No es de Ikeja ni del rancho de Obudu —aclara, como si

mamá y yo no supiéramos que su nombre suena extranjero—. Viene del Reino Unido. Del país del padre McMahon. De hecho, es la sobrina mayor del padre McMahon, sin ir más lejos.

Isaiah, con ese cráneo como una bola de billar reluciente y los ojos siempre enrojecidos, es esa clase de tipo: un dador de detalles fútiles. Es el cocinero del padre McMahon y siempre le está suplicando a su patrón que le traiga de Inglaterra patatas fritas, pasta de dientes y nata. Siempre le está preguntando por la nieve: «¿Es dulce como el helado? ¿La lamen los perros?».

Está la mar de relajado, con las piernas cruzadas, en la silla de plástico que le ofrecemos a las visitas. Una taza de agua permanece intacta en la mesa situada ante él, perturbada tan solo por una ruidosa mosca que da vueltas a su alrededor, sin decidirse, pues la taza no contiene Fanta. Un ligero olor a sudor nos separa a mamá y a mí. Estamos sentados en nuestro sofá y fingimos no notar sus valles y gargantas ni ver la hormiga que avanza zigzagueante por el brazo. Sobre la estera, un ejército de hormigas juguetea a darle tirones y patadas a una cucaracha muerta. Maldición, necesitamos refuerzos. Si mamá ve las hormigas (o, peor aún, la cucaracha), me arreará un golpetazo en la espalda por no haber barrido la sala de estar y haberla dejado en condiciones.

Es domingo. Acabamos de volver de misa con los cuellos achicharrados por los picotazos del sol amarillo. Mamá odia los domingos. No gana ni un naira y le toca cerrar con candado su estudio fotográfico porque todos en nuestra ciudad, hasta los imanes de nuestra calle, esperan de ella que guarde el día sagrado.

En nuestro barrio tenemos iglesias y mezquitas, como en la mayoría de los barrios de nuestra ciudad. Algunas fueron tiendas en otra vida y conservan intactas las rejas y estanterías; otras fueron almacenes y siguen estando oscuras y mal ventiladas. Oímos a los miembros del Alma de Cristo cantar a capela. Forman el coro bajos y sopranos que aúllan como los *almajirai*[1], invocando a los

arcángeles Miguel y Uriel para que abran las Puertas del Paraíso, hagan descender el fuego y derramen el Rostro de Dios sobre África. Nunca dan palmas ni bailan ni tocan instrumentos. Porque eso conduciría al Fuego del Infierno; porque Cristo y los Doce nunca tocaban las palmas ni rasgueaban guitarras; porque Dios nunca baila. Me pregunto si Cristo y los Doce cantaban a capela con voces tan anhelantes y desamparadas, si Cristo tenía una voz de bajo, si la de Judas era de falsete.

Oímos el redoble y los cánticos sobre Fe Apostólica acompañando música *makossa*, a la solista escupiendo un «Avergüénzate, diablo» como la madre que le escupe a su díscolo retoño y reclama con su fría saliva todo el amor y la sangre que ha malgastado. Sentimos el entusiasmo de los coros, la punzada de los acoples provocados por la retroalimentación.

Isaiah se abanica con el boletín dominical.

—Veréis, es muy blanca —asegura mientras echa un vistazo y luego otro, en nuestro honor, al reloj oxidado que le dio en su día el padre McMahon—. Como la cal. Muy blanca, no como el padre McMahon, a quien nuestro diabólico sol ha dejado rojo.

Se afloja el cuello de su polo inglés con el London Eye estampado en el pecho. Descruza las piernas, se inclina hacia delante.

—Y tiene el pelo largo. Es como oro blanco. En serio. —Le brillan los ojos como si pudiera robarle el pelo y hacerse rico—. «Pelo rubio» lo llaman, ¿o es platino? En cualquier caso, es una buena chica. Como todos los blancos, ha traído regalos del Reino Unido. A mi chiquitina le ha dado un conejo de peluche. ¿No es increíble? A mí me dio esta camiseta extranjera. Una señorita como Dios manda, ya lo creo. Como todos los blancos.

En un segundo, su mirada pasa de mí a su Nokia y de nuevo a mí. Penetrante. Los ojos más rojos que nunca.

—¿Por qué me miras así, chico? —se queja—. Que yo no soy

ella.

Mamá suelta una risotada y enseña sus dientes manchados de aceite de palma.

—No se preocupe usted, hermano Isaiah —asevera a la vez que me da una palmada en el hombro—. Andrew mè se va a casar con una chica igual de negra que yo. ¿A que sí, Andy?

Guiña el ojo.

Yo le devuelvo una sonrisa forzada, pero, por el débil destello de sus ojos, percibo que su mohín es fingido, que no cree que yo me vaya a casar con una chica como ella.

Mis ojos vagan erráticos: vitrina de madera pulida, la tele encima, nosotros tres reflejados, sentados, empequeñecidos. Al lado, el calendario de escritorio con la ordenación sacerdotal del padre Achi: sus palmas unidas, como una llama, en un gesto de santidad, cálices dorados planean a su alrededor. A continuación: la grieta de la pared azul, el crucifijo colgado con el Jesús pálido, la sangre rojísima rezumando de Sus manos y pies y costados.

Muchas veces tengo la sensación de que mamá no es mi madre de verdad porque, a simple vista, no se aprecia ninguna transmisión. Su piel negra como el tizón versus la mía como el chocolate. Sus ojos como el carbón versus los míos marrones. Sus hoyuelos versus mis pómulos altos. A ella le encanta mirarse al espejo y hacerse fotos, yo paso de espaldas ante los espejos y me escondo al fondo cuando alguien hace una fotografía de grupo. Ella tararea canciones y yo la silencio en mi cabeza. Al ver una peli, yo me fijo en las rubias, mientras que ella me ordena quitarla en cuanto sale un chico rubio.

Quizá yo sea como papá. De verdad que me muero por saber quién demonios es.

sus pies llenos de tierra
su voz que retumba

su mano en mi hombro

Pero mamá se niega en rotundo a decir ni mu sobre él.

De todas maneras, me la trae al pairo con quién se piense ella que me voy a casar. La *x* de la ecuación es que ha venido una rubia a Kontagora, una rubia platino si Isaiah no miente. Una Marilyn Monroe a quien los mosquitos nunca han cantado al oído ni succionado la sangre dejando tras de sí un rastro de hinchazón enrojecida al levantar el vuelo. Una princesa Diana que no se ha despertado jamás con hambre a medianoche. Una Taylor Swift que no ha vivido nunca un apagón.

—Y es altísima la muchacha —continúa Isaiah—. Alta de verdad. Mucho más alta que nuestro Andy aquí presente, y eso que son de la misma edad. Es incluso tan alta como su tío. Es como una deportista. Como una modelo.

Mamá está haciendo ruidosas pompas con el chicle como las putas que merodean por las inmediaciones de su estudio.

—Eso es por todas las verduras que comen los blancos —interviene asintiendo con la cabeza y me da una palmada en el hombro—. No te preocupes, Andrew mè. Algún día te pondrás igual de alto que ella. Incluso más.

Me remuevo ligeramente en mi sitio, adentrándome más en un valle. Ojalá no hubiera dicho eso de las verduras que comen los blancos. ¿De qué verduras habla? Comentarios así me hacen pensar en otra persona, en Mamá 2. Mamá 2 no diría nada semejante.

—Y el padre McMahon le va a dar un festín por todo lo alto esta noche. Habrá barbacoa con pollo, Sprite y demás. Y quiere que vengas a cubrirlo —le comunica Isaiah a mamá.

A ella se le ilumina la cara al instante. Pese a poseer una barbaridad de cámaras, como todos los blancos, el padre McMahon invita a mamá a fotografiar sus eventos. Y él no le regatea el precio como hacemos los negros. Es más, ella le suma unos tres mil nairas

a la factura y el padre McMahon se los paga sin rechistar. «En su país, las cosas no son tan baratas —se justifica ella en lengua ososo y entre risas—. Además, los blancos son tan ricos que se pueden limpiar el ano con dinero». Siempre me dedica una mirada asesina cuando no me río de sus gracias, así que la correspondo con una risilla falsa.

Cuando la pillo haciendo una factura, desvío rápidamente la mirada. Agarra el boli por el extremo con suma concentración y las venas se le hinchan del esfuerzo, como si estuviera practicando una cirugía. Su letra es como las marcas de una gallina al escarbar para encontrar comida, en serio; o sea, legible a duras penas. En cambio, Mamá 2 escribe de forma tan clara y grácil como Hillary Clinton. Aun así, las ocasiones en que me veo forzado a enfrentarme a la letra de mamá, hay algo en su torpeza que me desarma y se me clava como una estaca en el pecho.

Al ponerse de pie para marcharse, Isaiah se da una palmadita en la reluciente cocorota y se llama «burro» a sí mismo.

—Siempre se me olvida algo importante —se lamenta volviéndose hacia mí—. El padre McMahon os invita a todos los monaguillos muertos de hambre a la fiesta de Eileen. —Mamá levanta las cejas al oírlo llamarme «muerto de hambre», pero no dice nada—. Para vosotros habrá patas de pollo, galletas Cabin y Super D. Ponte tus mejores galas, Andy. La ropa de domingo, si puede ser.

Solo quedamos mamá y yo en el reflejo de la tele. Ella bosteza, se le marcan los hoyuelos cuando lo hace. Está prácticamente desnuda, no lleva nada más que el *wrapper* del millar de bloques verdes amarillos rojos, anudado por debajo de los brazos y cubriéndola hasta las rodillas. Vuelve a bostezar. El ovillo que sujeta la prenda se suelta. En un abrir y cerrar de ojos, abre el wrapper —avisto la oscura línea torcida de su escote, la resignación de sus pechos caídos cual manoplas—, se lo recoloca y lo vuelve a anudar

apresándolo con los sobacos, formando un nuevo ovillo. Le asoma el dobladillo de la combinación. Se lo remete por dentro del wrapper. Este fin de semana no se ha arreglado los sujetadores. A menudo remienda sus dos sujetadores negros el fin de semana, con aguja e hilo blanco o amarillo. No sé por qué no utiliza nunca hilo negro. ¿Por qué quiere que se le noten los puntos?

Siempre me imagino a su otro yo, Mamá 2, que es quien ella sería de no haber nacido en este mierdoso continente. Por ejemplo, a Mamá 2 no le hace falta remendarse los sostenes. Tiene unos mil en el armario. Tampoco lleva wrappers, sino vestidos plisados de flores, verdes o melocotón. A diferencia de mamá, que lee la Biblia siguiendo los renglones con el dedo pronunciando despacio o mal cada palabra, Mamá 2 es doctora o abogada, tiene un Range Rover, lleva gafas y lee un libro a la semana. Vive en una ciudad estadounidense o europea, no cree en los fantasmas, no huele a rancio ni a sudor. Tiene una voz calmada y alegre y de vez en cuando utiliza trisílabos o frases como «por así decirlo».

Mamá termina de mascar el chicle. Se inclina hacia delante y lo planta en el centro de la mesa. Vuelve a reclinar la cabeza en el sofá y cierra los ojos. Tiene los labios pesados, carnosos, vivos, como pétalos negros. Lleva las trencitas largas y nutridas; por el mazacote de pelo negro asoman vetas canosas que cuelgan y se ondulan como un maizal al viento cada vez que gira la cabeza de un lado a otro.

Esta es mi mamá:

la diosa
que quiero y
no quiero ser

la fuente
de mi
vergüenza

la vuelta de tuerca
de mi
miedo

Quiero decirle algo, pero no sé el qué. Siento una extraña necesidad de hablar con ella, el deber de cogerla de la mano. La tengo muy cerca. A treinta centímetros. Sus venas sobresalen hacia mí. Su respiración me silba al oído. Pero la siento muy lejos.

Cuanto mayor me hago, menos me parece que hablamos. Recuerdo esos días de mi infancia cuando nos dedicábamos a hacer castillos en la arena después de la lluvia… el olor de las hojas, el brillo de las piedras… Ella se reía a carcajadas cuando le hacía cosquillas en los costados y me pedía que parara aunque en realidad quería que siguiera. Aquellos momentos mudos cuando me miraba a los ojos y me dedicaba una sonrisa cómplice y yo me perdía en sus hoyuelos… Cuando veía girar en los pliegues de sus hoyuelos las palabras que ella no podía pronunciar: palabras sin ortografía ni sonido.

En momentos como este, en el epicentro de silencios como estos, me acuerdo de Ydna. Y lo echo de menos. E intento remontarme al momento preciso en que comenzó el silencio. Cuando apareció de repente, como un champiñón. Sin mediar semilla.

Cuando eres más joven estás más cerca del mundo de los Nonatos, del mundo de los Recién Fallecidos. Ydna y yo fuimos una vez lo mismo. Círculos concéntricos de día, fractales de noche. Era mi colega, mi sombra. Eso fue antes de cumplir ocho años. Él tenía unas rastas largas y finas. Le gustaban las camisetas amarillas con el cuello azul y flores rojas estampadas delante. Notaba su presencia en todos lados. Su aliento siseando en mi oreja mientras fregaba los platos o resolvía un problema de matemáticas; sus ojos persiguiéndome cuando jugaba al fútbol con otros críos del barrio.

Por la noche, Ydna y yo susurrábamos a oscuras. Nos quedábamos cuchicheando después de que mamá y yo rezáramos nuestro avemaría y nuestro «Bajo tu amparo» y ella se asegurara de que me había tapado bien con su viejo wrapper para protegerme de los mosquitos, de que había cerrado los ojos y de que mi pecho se inflaba y desinflaba con normalidad.

Ydna y yo hablábamos de árboles, del más alto, al que él soñaba con subirse, de los dulces que había lamido Okey, de la niñita sin hogar que habíamos visto sentada sola junto al arroyo, sin nadie con quien hablar y con el pelo revuelto y lleno de arena. Yo compartía con él mis sueños con pájaros y mi miedo a las serpientes y mi amuleto juju. Yo siempre soñaba con pájaros. Grandes y blancos. Con los ojos verdes. Pájaros que no cantaban ni graznaban. ¿Por qué no soñaba nunca con ovejas o leones o serpientes, sino solo con pájaros, con aves arbóreas?

Ydna siempre se sentaba a mi lado en la estera. Inspirábamos y espirábamos juntos. Apoyaba la cabeza en la palma de la mano y me miraba sin pestañear. Yo me quedaba con los ojos clavados en el techo salpicado de manchas de humedad de la lluvia, incapaz de ver las marcas con forma de dragón en la oscuridad, pero imaginándomelas y dándoles vida. Los dedos de sus manos y sus pies permanecían inmóviles, su alma absorbía todas y cada una de mis palabras. Su aliento olía a menta o a hojas que traspiran rocío; el mío olía a *eba* y *egusi*.

Cada noche, Ydna y yo cuchicheábamos hasta que cantaban los gallos.

Todo cambió cuando cumplí ocho años, cuando vi *Matrix* y *Superman* y *Spiderman* y le hablé a Ydna de ellas. Muros, montañas y agujeros negros se interpusieron entre nosotros. Obstáculos que lo hicieron todo añicos. El cambió llegó cuando le dije a Ydna que quería ser como Neo, como Clark Kent, como Peter Parker. Que quería ser diferente.

Que quería ser blanco.

Porque:

solo los blancos
podían
congelar el tiempo
podían
leer mentes y
detener balas
podían
volar

—¡Ydna, solo los blancos vuelan!

Se quedó en silencio. No reaccionó. Se lo volví a repetir. Una y otra vez, cada vez más alto. Una lágrima me resbaló por la mejilla hasta llegarme a la oreja. Siguió bajando hasta que la oí estrellarse con la estera. Ni siquiera apartó la mirada cuando me volví hacia él, cuando le toqué el dedo del pie. Supe con total certeza que una montaña se había alzado entre nosotros porque se levantó de pronto y me dijo que tenía sueño, que tenía que irse, cuando no llevábamos ni una hora de cuchicheos.

No vi a Ydna al día siguiente.

Ni al otro.

Ni las semanas que vinieron después.

Llegaron las lluvias. Sus aguas olían a pescado. Parecían peces al aterrizar en el suelo, al alejarse rodando a toda prisa. Y por la noche, tumbado en mi estera, mirando por la ventana, buscaba a Ydna en todas las gotas de lluvia.

Mi hermano. Dándome golpecitos en el costado con el dedo del pie. Esa manera que tenía de brillarle en la oscuridad la paleta con que desgarraba el pan que le llevaba reservando todo el día. Le guardaba siempre el pan pese a saber que sería una corteza por la

mañana. Pero al menos se lo comía del día. A mi Ydna le gustaba saborear el pan del día.

Dejé de soñar con pájaros.

Unos meses más tarde vino por fin. Era de noche. Yo estaba en la estera, ardiendo con malaria. Vino cuando mamá se fue a su cuarto tras aullar que yo no podía morirme, tras balbucear unas oraciones dirigidas a san Miguel, san Mulumba y al beato Tansi. Ydna entró en la habitación y bajó la llama del farol para que lo pudiera ver con más claridad. No dijo gran cosa. Se limitó a un «¿Qué hay, Andy?», se sentó en nuestro sofá raído (nunca antes lo había hecho) y se puso a menear el pie, a darle golpes con el talón al sofá, hasta conseguir empeorar mi dolor de cabeza. No me importó. De hecho, me levanté. Ahuyenté la malaria.

—¿Qué pasa, bro?

—Aquí estamos —contestó.

—Me gustan un montón tus rastas. En serio.

—Guay.

—¿Te subiste al árbol ese o qué?

—No.

—¿Por qué?

Silencio.

Notaba el tira y afloja consigo mismo por hablarme. Sus ojos no dejaban de apartar el dedo de mi mirada. Sus ojos: oscuros, llorosos, temblorosos. En su interior encontré el rompecabezas más complicado que he visto en mi vida. Todas las piezas del puzle eran microscópicas, informes. Todas contenían peces, aves, montañas, satélites, velocidad de la luz, años luz, una enciclopedia de info.

Pero no estaba yo.

Se inclinó hacia delante, carraspeó, separó sus generosos labios. Entonces se levantó y se fue. Y no lo he vuelto a ver desde entonces.

A menudo quiero decirle a Ydna que estar vivo no es fácil (¿por qué si no se dio él media vuelta y se negó a nacer?). La muerte y

morirse son cosas fáciles. Incluso aburridas. La vida es dura. Y un sinsentido. La vida es levantar una montaña sin siquiera tocarla, apagar un volcán sin usar siquiera una gota de saliva. La vida es despertarte y encontrar ganchos en tu corazón. Si quitas alguno, mueres. Si dejas alguno, mueres. Acabas clavando más ganchos en tu corazón con tal de sobrevivir.

Pero Ydna no quiere oír nada de esto. Yo sé que se niega a escucharme porque yo espío sus pensamientos y los apunto en mi diario. Él me acusa de vivir la vida que debería haber vivido él. Asegura haberse dado la vuelta en el vientre de mamá para tomarse un descanso, para coger aire y sacar músculo antes de enfrentarse a este mundo, pero que, cuando estuvo preparado, cuando miró el vientre de mamá, vio que estaba lleno, que había un relleno de nueve meses. Así que intentó empujarme para devolverme al lugar de dondequiera que yo hubiera venido y así poder colar su alma en mi cuerpo y nacer. Pero yo no quise permitirlo. Fue esta lucha la que impidió que mamá me tuviera de la manera normal y que obligó a los doctores a seccionarle la barriga para sacar mi Maldito ser. Fue esta lucha la que obligó a los matasanos a cortarla donde no debían, a cargarse sus órganos, y que provocó que ahora ella no sea ni mujer ni hombre.

Estoy convencido de que aún le importo a Ydna. Lo sé porque, desde que empecé a pensar en hundir mis dedos en pelo rubio, desde que empecé a pensar en HXVX, desde que mi profe de mates Zahrah Regresó del Sáhara, he notado que, en alguna que otra ocasión, me mira a escondidas. Me observa a través de las cortinas y finge ser una ligera brisa para que yo no me dé cuenta. Su voz se me mete en la cabeza, me repite poemas y frases haciéndose pasar por melodías pegadizas. A veces me entran ganas de llamarle la atención y pedirle cuentas. Pero no lo hago. Me da miedo alejarlo más de mí, de mis horizontes, de mis intervalos acotados y no acotados.

Estoy dentro de nuestro *compound*, sacando agua del pozo para mamá. Bajo la *guga* al pozo, noto que toca el agua y sostengo la cuerda medio minuto hasta llenarla. Arriba: nube con forma de bailarín clavada en el cielo azul. Ni un pájaro. Sol como una plancha de vapor en el cogote. El demoníaco sol amarillo siempre ennegreciéndonos en lugar de pintarnos la piel de su color.

«¡Allahu Akbar!», la mezquita de detrás de nuestra casa llama a la oración. Un gallo quiquiriquea en respuesta. Los altavoces cónicos de otras mezquitas circundantes crujen al despertar. Espirales de retroalimentación atraviesan el silencio. «¡Allahu Akbar! Allahu Akbar.
Ash-hadu
alla ilaha illallah».

Hay una mezquita en cada esquina de nuestra ciudad. De hecho, más del setenta por ciento de la población de Kontagora es musulmana, como sucede en la mayor parte del norte del país. Por nuestras calles circulan mujeres con vaporosos chadores y hombres en chilaba y *hula*. A las chicas cristianas que llevan pantalones o minifaldas o que enseñan el escote, los jóvenes musulmanes las persiguen, las azotan y les cortan con tijeras los pantalones o las faldas. Mamá y yo somos de Ososo, en el sur, que es predominantemente cristiana y donde las chicas pueden llevar pantalones sin meterse en muchos líos.

Tiro de la guga y echo el agua en un cubo azul con una pegatina donde pone BODA DE CHIOMA E ISAIAH. Cuando el cubo está lleno, tapo el pozo con una lámina de techado. Coloco encima un neumático —la lámina chirría— y le llevo el cubo cogido del asa a mamá.

Ella está sentada en un taburete bajo junto a la entrada de casa. Delante de ella arde una hoguera de carbón, sobre el fuego hay una olla de egusi y en su mano, un cucharón (está removiendo la sopa). Pese a no haber carne en el guiso, pese a no haber en la olla más que egusi, hoja de agua, pastillita Maggi y cebolla, su pericia como

cocinera consigue que el aire se inunde con el aroma a *pepesup* que solo hueles en el Utia y en un bautizo. El egusi coagula poco a poco formando parches amarillos como huevos fritos a medida que mamá remueve sin parar.

—Tráeme el *garri*, Andrew mè —ordena.

Cojo el bol de plástico que descansa junto a su pie y entro en casa, en su habitación (colchón, espejos, lociones), que hace también las veces de despensa, y desato un saco que hay en el suelo. Cojo un tazón *mudu* del suelo y lo uso para pasar el garri del saco al bol. Mamá está preparando tanto la comida como la cena para no tener que volver a cocinar cuando volvamos de la fiesta de Eileen. Cojo doble ración de garri, lo suficiente para comer dos veces. Estoy convencido de que Slim o Morocca hubieran cargado mucho más para llevarse a la boca algo extra. Yo, en cambio, no me atrevo a provocar a mamá.

A veces se enciende y salta casi sin motivo. Como en esas mañanas, pocas, en que me pierdo tanto en mis elucubraciones salvajes con Ydna o las rubias o Zahrah que se me olvida decirle «Buenos días, mami». O cuando, en los días excepcionales en que tenemos electricidad, me pilla viendo a Angelina Jolie asaltando tumbas en una malla superajustada de cuerpo entero o a Richard Gere poniendo a Julia Roberts encima del piano y sobándole una teta. Mamá me hace sentarme a su lado en el sofá en esas ocasiones. Me agarra del cuello, a veces hasta me obliga a sentarme en su regazo. Se pone a lloriquear. Me recuerda, una y otra vez, cómo le robé la vida, cuánto la destrozó la cesárea.

—Andrew mè, estoy hueca. Ni aquí ni allí. Nadie me quiere.

Una vez, hace años, fui un idiota y le contesté: «Yo te quiero, mamá». Me pegó un bofetón. Me apartó de malas maneras de su regazo y acabé dando de bruces con el sofá.

¿Le recordé a sus maridos? Sé que ha estado casada más de una vez, aunque se niega a decirme cuántas. Normalmente, cuando por

mi cabeza revolotea el pensamiento de que mi mamá ha estado con dos o quizá tres o cuatro hombres, no sé dónde meterme. Pasan por mi mente ráfagas de imágenes de manos sobre su cuerpo y me entran ganas de saltar por Donde Sea, meterme dentro de Algo, dentro de Todo. Para evitar saltar, me dedico a gritarles a mis Malditas neuronas que se callen de una puta vez, que se acuerden de todo lo que mamá ha hecho por mí, de todas las noches en vela que se pasa en su estudio, de los escupitajos que se lleva de clientes cabreados.

Siempre que tengo mal rollo con mamá, recurro a Ydna en mi diario. Él me obliga a volver a ella. Me cuenta algo nuevo y divertido que no sé; por ejemplo, cómo se hizo el hueco en los dientes. Algunas veces hasta me miente. Dice que la mayoría de las mamás no sueñan con sus hijos y que, sin embargo, ella sueña conmigo a menudo. Sé que miente, pero le creo.

Me quedo de pie esperando a que mamá me quite el garri de las manos. Slim o Morocca hubieran dejado el bol junto a los pies de sus mamás y se hubieran ido tan campantes al salón, de vuelta a sus juegos EA del móvil. Pero yo no me atrevo. Mamá deja el cucharón en un plato y coge el bol de mis manos.

—Ògbò, Andrew mè.

A veces mamá me da pena y deseo que encuentre a alguien pero ya. He oído a sus clientes masculinos susurrar «bonitas piernas» y «vaya culasso», pero ninguno parece estar interesado en ir más allá. En los últimos cinco años, tres han mostrado interés. Los dos primeros solo duraron unos días y luego se esfumaron. Aun así, durante sus días de Fiesta Mayor con mamá, le compraban pendientes, medias o zapatos de algún número menor. Ella, a su vez, forzaba sonrisas, se ponía sombra de ojos y pintalabios rojo y vestidos ceñidos las veinticuatro horas en un intento de aparentar veintitantos. Sin embargo, una vez que los tipos desaparecían, volvía a ser la mujer suspirona que se maquilla poco y pinta canas

que es en realidad.

En cambio, don Cosmas era diferente. Fotógrafo, como ella. Su esposa había fallecido unos años antes. Solía visitarla en su estudio y los dos se pasaban horas hablando de objetivos y equipo para la cámara y de las ventajas de la película respecto al digital. Él decía que mamá era la mejor fotógrafa que había conocido nunca.

Por alguna razón, mamá se negó a ponerse maquillaje, vestidos ceñidos o teñirse el pelo y, aun así, don Cosmas siguió visitándola. Comían palomitas, se hacían fotografías el uno al otro, se contaban chistes y mamá se reía mucho rato seguido; parecía de verdad que tenía veintitantos. Dejó de oler a rancio, su cocina desprendía sabores nuevos de chuparse los dedos y por las noches cantaba Whitney Houston. Transcurridas unas semanas sin que don Cosmas se esfumara, empezó a invitarlo a venir a casa. El hombre me compraba libros y camisetas de fútbol y discutíamos sobre Messi y Ronaldo.

Todo cambió la noche que se lo llevó a su dormitorio. No estuvieron más de cinco minutos dentro. Él salió de la habitación y de la casa y no lo he vuelto a ver.

Los días que sucedieron al momento en que don Cosmas se esfumó finalmente, mamá no pisó su estudio. Se quedaba acostada todo el día y yo encendía las brasas y preparaba el desayuno y la comida de ambos y se los llevaba a la cama. Le he preguntado en un par de ocasiones qué ocurrió entre ellos, pero ni que decir tiene que no suelta prenda. A lo mejor le explicó lo de su chapucera cesárea.

Mamá le está echando pimiento seco a la sopa ahora mismo. Remueve la mezcla en el sentido de las agujas del reloj primero y en sentido contrario después. Me dedica una sonrisa.

—Huele que alimenta, mami —le digo en ososo.

—Gracias.

—Ojalá supiera cocinar tan bien como tú.

—¿En serio? ¿Por qué no aspiras a hacerlo incluso mejor?

—Es que, mami, lo último que quiero ser es chef.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

—Tienes que ser un supercocinero para que, cuando te cases con Fatima o con quien elijas, le puedas cocinar unos platos deliciosos.

—Qué graciosa.

—¿Graciosa? Prefiero que cocines tú para tu familia a que lo haga tu mujer.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Las mujeres ya estamos hartas de ser sirvientas o esclavas. Eso ya se acabó.

—Pero cocinar no es esclavismo.

—Tú no eres una chica, querido. No lo entenderás nunca.

—Pero solías hacer estas cosas para don Cosmas.

—¿Cuáles?

—Cocinabas para él. Hasta le lavaste la ropa un par de veces.

—Eso es diferente.

—¿En qué?

Suspira. Sé que está al caer un minisermón. Pese a que suele ser callada, no deja pasar la oportunidad de dispensar sus píldoras informativas maternales.

—Andrew mè, lo cierto es que las mujeres de mi generación siguen siendo esclavas. Por desgracia. No podemos hacer nada al respecto. O elegimos ser esclavas o elegimos no existir. No podemos escoger ninguna otra cosa. Lo peor es que tenemos que ser esclavas para encontrar amor. Por mucho que lo intentemos, no salimos adelante sin amor. El amor nos hace sentirnos un poco menos esclavas. —Le añade un cucharón de agua a la sopa. Remueve unas cuantas vueltas más—. Pero tu generación es diferente. Tenéis ordenadores, teléfonos inteligentes. Tenéis estudios. Hoy en día no hace falta que conozcas físicamente a alguien para enamorarte. Las chicas tienen acceso a muchos hombres, la oportunidad de elegir a

quien quieran. Así que, si tu generación perpetúa la violencia de la nuestra, la humanidad está maldita.

Una niña hausa golpea con los nudillos nuestra entrada.

—Salam Aleikum.

Nuestra entrada es en realidad una puerta de hierro diminuta que hace mejor labor amplificando los golpecitos que manteniendo fuera a las gallinas, aunque la niñita en cuestión no aporrea como otra gente. Enumera su mercancía: tomates frescos, *kuka, busheshen kubewa*. Pese a no verla, percibo impaciencia en su voz, el deseo de vender todos sus productos en cero coma e irse a su casa. Si regresa de noche sin haberlo vendido todo, su mamá le dará unos azotes en el culo y la acusará de haberse entretenido jugando o de no llamar a suficientes puertas.

—Allah ya kawo kasuwa —replica mamá.

—Amén —murmura decepcionada la niña y se va.

—Entonces, mamá…

—¿Qué?

—¿Qué pasa con don Cosmas?

—¿Qué le pasa?

—Quería saber si sigues en contacto con él, nada más.

Se queda en silencio. Sé que no va a decir nada. Me siento mal por meter el dedo en la llaga.

—No —contesta poniéndose en pie—. No, no sé nada de él.

Hierve agua, la vierte en un gran mortero, añade el garri, cubre el mortero cinco minutos, canturrea «Into Your Sanctuary», asiente, me quita una mota del pelo, destapa el mortero, machaca el garri con la mano del mortero, corta la eba resultante en tortas ovaladas que envuelve en plástico, coloca las tortas envueltas en un recipiente térmico, me pide que lave el mortero y la mano. No me quejo, pese a que la eba se queda enganchada a las superficies, sobre todo a las de madera, como si fuera Superglue.

Nos trasladamos al salón para comer. La puerta está abierta todo

lo que permiten los goznes. La cortina color crema ondea suavemente: ahora ilumina, ahora oscurece la estancia. Mamá se sienta en el suelo con las piernas abiertas, coloca sus cuencos de acero inoxidable con eba y egusi en equilibrio delante de ella. Le gusta comer en el suelo. Dice que le recuerda a cuando era niña y el mundo giraba con normalidad. Que la comida sabe mejor cuando estás más cerca de la tierra.

Mete un dedo en la sopa. Se lo lleva a la boca. El dedo amarillo se queda allí plantado un minuto entero. Asiente. Me pide que le traiga agua de beber de la jarra de arcilla.

Voy a su cuarto. Cojo el agua. Solo las cosas guardadas en jarras de arcilla logran escapar al calor insano de junio.

Le da un sorbo al agua fría.

—Gracias.

Me siento en el sofá, noto cómo me hundo en un valle más viejo y profundo que los hoyuelos de mamá. Coloco mi comida en la mesa de centro y a comer. Voy despacio. Amaso bolitas de eba. Mastico sin hacer ruido porque mamá me está observando. Espanto una mosca. Intento imaginarme a qué sabe la *pizza*. A pan mojado en tomate y curri. Me pregunto si me gustarían las patatas fritas untadas en kétchup, si la lasaña y los macarrones al queso son en realidad lo mismo. Tras unos cuantos bocados hago un comentario positivo sobre la comida.

—Está deliciosísima, mami.

Pero con eso no basta. Tengo que explicar por qué y cómo. Así es como se comenta de manera positiva la comida de mamá. Añado:

—Me gusta que las cebollas y la hoja de agua están un pelín crudas. Condimentan el egusi de maravilla, para chuparse los dedos. ¡Y el egusi está tan cremoso!

Mamá sonríe.

—¿Abi? Gracias, Andrew mè. Que aproveche.

Enseña orgullosa su hueco entre los dientes, que se procuró tras

pagarle doscientos nairas a un viejo *baba*. Ydna dice que el hueco la hace parecer más joven, que su sonrisa así es más sexi. La verdad es que estoy de acuerdo, aunque le partiría los morros a cualquiera, incluyéndome a mí, que se atreva a llamar «sexi» a mamá.

Una vez, la lio parda cocinando. Yo había vuelto de la escuela tan cabreado que, cuando me senté y probé la comida, le dije LA VERDAD, toda la verdad: que la sopa estaba muy salada, que estaba aguada como un río, que no llevaba carne.

Mamá se limitó a mirarme fijamente. Una mirada larga, contundente, llena de enojo. En ella vi su niñez: cuando caminaba descalza hasta el bosque ataviada solo con un wrapper; cuando se lastimaba los dedos de los pies y se le hacían moratones en las espinillas al volver del bosque transportando leña sobre la cabeza; las numerosas mañanas en que la perseguían desde el colegio por no poder pagar la cuota, por ser niña. Se arregló las trencitas sin dejar de mirarme. Yo me quedé inmóvil, conteniendo la respiración, sin parpadear ni apartar la vista, mientras le rezaba a todos los santos para que mamá no me volviera a mirar así nunca más.

Mamá sonríe, muy complacida con mi reseña gastronómica.

—Andrew mè, yo creo que ha llegado la hora de que aprendas una o dos cosas sobre el negocio de tu madre. ¿Qué te parece echar unas horas en el estudio después del colegio? Bien, ¿no? Ahora ya eres mayor.

En el pasado la visitaba con frecuencia en su estudio. La ayudaba a limpiar, hacía recados. Pero hace unos dos años me prohibió volver a poner un pie allí.

Su estudio es un pequeño local de Sharp Corner, al doblar la curva repentina que acaba con muchas vidas. *Glory Bright Photos* está escrito en cursiva y con letras negras justo encima de la puerta de cristal. Enganchadas a esta, hay fotos que alguna gente no ha querido pagar: bebés desnudos de cintura para arriba llorando en un sofá; mamás bailando, ataviadas con *buba* y *gele*; casas con

tejados de colores que brillan bajo el sol. Cuando los críos vuelven de los colegios públicos, se suelen parar a mirarlas mientras se rascan las cabezas tiñosas y llenas de tierra.

Enfrente de su estudio está el Queens Palace Guest Inn, uno de los principales burdeles de la ciudad. Niñas de quince años y señoras de cincuenta se contonean en microfalda y sujetador. Se dirigen a chavales jóvenes y viejos en medio del ruido de los cláxones de coches y motocicletas: «Bobo, ¿tú no wan follar?». Es una Babel que nuestra policía corrupta, nuestros tribunales de la santa sharía y nuestros beatos párrocos no consiguen cerrar. No se parece a ningún burdel que hayas visto, si es que has visto alguno. No es más que una puerta metálica gris que da paso a un amplio compound con habitaciones pequeñas a izquierda y derecha. Cada una está dotada únicamente de una diminuta ventana para que no se escapen los pecados. Las papeleras están a rebosar de condones rezumando fluidos. Los perfumes cargados de las putas te protegen la nariz.

Dentro del estudio de mamá hay una alfombra roja sobre la que descansa todo: equipo de iluminación, sofá, taburete, silla plegable. De unos cordeles cuelgan cortinas blancas, negras y rojas que sirven de fondo para las fotos. Detrás de las cortinas, una puerta conduce al cuarto oscuro donde mamá solía revelar las fotografías en blanco y negro. Desde la defunción de esta técnica, revela sus fotos en color en Bob Shege, en Lagos Road (vórtices de automóviles, hileras de tiendas) porque tienen un equipo para fotografía en color que produce las fotos más nítidas y brillantes de nuestra ciudad.

Mamá me tiene prohibido poner un pie allí porque una tarde que estaba sentado en el estudio, adormilado, esperando para comer, una puta de veintitantos entró a hacerse una foto. Llevaba tacón de aguja, un sujetador de deporte, medias pero no bragas. Mientras mamá lo preparaba todo —ponía las luces, seleccionaba el mejor fondo…—, la puta se me acercó. Iba dándole golpecitos a la

pantalla de su Huawei, perdida en sus pensamientos, y su coño me guiñaba con cada paso que daba.

—Jajajajajaja —se ríe de mí de pronto—. ¡Tú dey mira mi raja! —Se vuelve hacia mamá mientras su risa sube *in crescendo*—. Tu chico wan follar. He wan follar. Yo
t'ayudo
follar am.

Le propone un trato a mamá: tres fotos a cambio de una hora conmigo. «Tengo experiencia desvirgando boys o», asegura.

Mamá le pidió que se fuera.

La puta se echó a reír.

—Na broma, yo dey broma o.

Mamá le insistió.

—Yo no dey go a ningún sitio sin que you photo mi.

Mamá le pidió que se fuera y la llamó Satanás.

La puta le soltó un bofetón.

Mamá dejó caer la cámara junto a sus pies. Empujó a la puta con todas sus fuerzas, las venas le sobresalían de los brazos y el cuello, y las dos acabaron en la calle, en el suelo, haciendo la croqueta por la arena.

Se formó un corrillo de hombres.

La puta se puso de pie. Le rompió el vestido a mamá. Le arrancó el sujetador a mamá. Los pechos de mamá se derramaron.

dos
soles
colganderos

dos
soles
negros

Los hombres silbaban. Hacían fuerza para sacar un tercer ojo del centro de sus frentes.

Yo me quedé de pie. Enganchado al suelo. Inútil. Un medio-hombre.

Mamá se levantó. Se cubrió el cuerpo con las manos llenas de arena. Volvió a entrar en el estudio. Al ir a abrir la puerta, la puta dio un brinco y le palmeó el trasero. La llamó prostituta. Dijo que con el culo tan grande que tenía podría ganar tres veces más que con el estudio.

Los hombres se reían.

No pude mirarla ese día.

Ni al día siguiente.

Ni las semanas siguientes.

di
un
paso
hacia
lo
negro
ella
se
precipitó
en
lo
n
e
g
r
o

Se abrió un abismo en mi garganta. No podía hablarle. Las

palabras no dejaban de caer y de gritar mientras caían. Lo No Dicho me llamaba por la noche. Me faltaba el aire. Me encontraba con un silencio ensordecedor y nada más.

Me limitaba a darle los buenos días después de rezar o las buenas tardes cuando volvía de la escuela.

Ella miraba al suelo cuando me respondía con un apesadumbrado «¿Qué tal todo?», sin siquiera mencionar mi nombre. Miraba el plato fijamente cuando me pedía que le trajera agua para beber y al darme las gracias.

Una noche me desperté jadeando en mi fría estera. Oí una voz extraña y ronca que venía de su habitación. Una voz llorosa.

2

Mamá quiere decir algo pero se muerde la lengua. Sonríe. Ay, esos hoyuelos arrebatadores. Esos hoyuelos que se vuelven ojos. Tiene cuatro ojos cuando sonríe. Dos arriba, dos abajo. Dos luminosos, dos oscuros. Rebosantes, huecos. Sus hoyuelos son:

un
túnel
que no me deja
entrar por ninguna de sus bocas

Pitido de mi Samsung. Es un mensaje de Morocca:

> wassup, werdna. slim & yo en tu casa en cero coma. urgente echar ojo a la rubia. seguro k ya t xorrea yogur d la polla x ella. :D

Mamá y yo nos lavamos las manos en una palangana. Nos las secamos con una toalla. Llevo la palangana y los cuencos al almacén, una habitacioncilla donde guardamos ollas, platos y objetos rotos como mi bici. En el techo tiemblan telarañas. Una salamanquesa rechoncha se agarra a la pared sin enyesar, su cola forma una ce.

Mamá me compró la bici hace ocho años, después de mi Primera Comunión. Los directores de las escuelas Model y Muazu le habían pagado por hacer las fotos del WAEC[2] de los alumnos de último curso, un contrato por el que otros fotógrafos abonan enormes sobornos. Ni siquiera le di un abrazo en agradecimiento. Me monté en la bici y me puse a pedalear como un loco por el vecindario. Saltaba riachuelos de pipí procedente de baños y lavabos.

Esquivaba bolsas de plástico y gallinas cacareadoras. Levantaba los brazos hacia el cielo gritando palabras que solo yo entendía. Los niños dejaban de jugar al fútbol. Me veían pasar con los brazos en jarras y me lanzaban Avada Kedavras con la mirada mientras el sudor les brillaba en el pecho descubierto. A mí me daba lo mismo porque:

el viento
me silbaba promesas
al oído

Cinco minutos más tarde, volvía cojeando a mi mamá, con las manos y las rodillas chorreando sangre, varios radios de las ruedas rotos, los críos del barrio riéndose. Me sacaban sus sucias lenguas soltando balidos como cabras en celo, deseando que me hubiera quedado sin dientes.

Ydna se partía de la risa cuando se lo conté. Todas las noches me preguntaba las novedades con la bici, si me había caído ese día, cuántos moratones tenía ya. Yo le describía los nuevos trucos que había aprendido. Que ya sabía ir marcha atrás sin cogerme del manillar. Que volaba como un pájaro cuando hacía mi truco favorito: pedalear apoyando solo la rueda de atrás, con la de delante levantada por encima de la cabeza. «Qué guapo», me decía. Me pasé una tarde grabando su nombre con una llave en el guardabarros trasero. Cuando Slim y Morocca lo vieron, me suplicaron que les dijera qué significaba, hasta me dieron de sus palomitas. Yo me comí las palomitas muy despacio, tomándoles el pelo, malgastando su tiempo, pasándome la lengua por los labios manchados de leche. Cuando se hartaron e intentaron darme un puñetazo, les dije que lo que había escrito era un secreto entre otra persona y yo. «¿Te has echado novia?», me preguntaron, celosos ante la idea de que yo ya estuviera tocando los Objetos Rebotadores

De La Estructura De Una Churri. Cuando le dije a Ydna lo de su nombre en el guardabarros, se puso a dar botes por toda la habitación mientras se reía, me tiraba de las orejas, el pelo y la nariz y esquivaba mis palmetazos. No lo había visto nunca tan eufórico, tan feliz.

Ya no se ve el nombre en el guardabarros. Le voy a tener que quitar el polvo y las telarañas. La bici está apoyada en la pared. Ruedas deshinchadas. Asiento torcido. Reflectores polvorientos. Las arañas se han apoderado de ella. La montan todo el rato, tejen de telaraña a telaraña. Ellas siempre se adueñan de todo, sobreviven a todo, absorben los recuerdos enterrados en las cosas. Me parece tan increíble que yo haya montado en una estructura tan diminuta.

Cuando termino de lavar la palangana y los cuencos, vuelvo a la sala de estar y me detengo en el umbral. Mamá sigue sentada en el suelo y hay un álbum de fotos abierto en su regazo. Cuando repara en mi presencia, pasa rápidamente la página que miraba con tanta atención. Es la que contiene mis fotos de bebé. Esas en las que estoy de pie en camiseta y vaqueros con el Big Ben detrás. Esas en las que estoy sentado, descalzo, sin camiseta, con su collar de rubíes colgándome del cuello, mi pelo afro un mullido jardín, el dedo señalando la cámara, a ella, a ti.

Pasa rápidamente la foto de su mamá que hizo hace tantos años. La frágil mujer está sentada en un taburete, lleva blusa de encaje y gele y aprieta un bolso sobre su regazo. Mira a cámara, piel curtida, sonrisa de Mona Lisa, ojos avispados en los que se refleja el *flash*.

Mamá se decanta por las fotos de sus hermanos y primos. Sé cómo se llaman y las ciudades donde viven, pero no los conozco. Tampoco a su mamá. De hecho, mamá no me ha llevado nunca a Ososo, nuestra ciudad natal, donde, según asegura ella, su abuelo construyó una majestuosa casa de dos plantas. Allí sufrió varios abortos, se pasaba la mayoría de los días en la cama, pensando en hacerse daño a sí misma. Asegura que, una mañana que estuvo a

punto de hacerlo, yo me aparecí de pronto ante ella en una visión. Le dije que se secara las lágrimas, que todo iría bien, que pronto estaría con ella.

Por lo general disfruta hablándome de la casa. Dice que tiene más de veinte habitaciones, una escalera de madera y vigas también de madera que soportan la planta superior. Que no había nada similar al cemento en el pasado, de manera que los habitantes de Ososo usaban madera de *akpakpa* en la construcción de casas de varias plantas.

—Nuestros padres construían hasta puentes enormes con akpakpa. Puentes que aguantaban camionetas. Incluso dos camiones. Uno al lado del otro.

Empiezo a dudar de ella siempre que llega a la parte de los camiones. Podría decir simplemente que el árbol akpakpa tiene poderes mágicos, que es nuestro vibranium particular. Es un modo más efectivo de hacer que una mentira sea más verídica, más digerible.

Pero de entre todas las frikadas que me ha explicado alguna vez sobre la casa de mi bisabuelo, la más gorda es la de las tumbas. Según ella, en la casa hay más de cincuenta tumbas: las de mis bisabuelos y sus hermanos, las de mi abuelo y sus hermanos y primos, la de Ydna. Según ella, no hay cementerio en Ososo.

—Los muertos se entierran en sus habitaciones o en las salas de estar, o en el patio delantero en caso de que sus habitaciones ya estén llenas de tumbas. Los parientes cavan un agujero profundo en el suelo y colocan a los muertos allí. Después le echan cemento a la tumba. Luego escriben el nombre y las fechas sobre el cemento antes de que se seque. Y esa es la única marca de que alguien yace ahí abajo. Todos los días nos sentamos, comemos y dormimos sobre las tumbas en Ososo.

Es una puta locura. Interrumpo su relato con algunos «¿en serio?», «¿de verdad?», cada vez que habla de las tumbas. Pese a

cambiar los detalles de una vez a otra, nunca se contradice. Cada repetición es nueva y vieja, fresca y manida, como un libro antiguo.

Siempre me pregunto dónde estará enterrado Ydna. Si en la sala de estar o en el patio delantero de la casa. Si una flor rodea su cabeza.

—Tuvimos un cementerio en una ocasión —recuerda siempre mamá—. Pero solo había unas pocas personas enterradas. Las que tenían un espíritu que se convertía en llama de vela por la noche. Vagaban por el pueblo. Asustaban a los que regresaban a sus casas desde las granjas. Eran las personas cuyos espíritus lanzaban cuchillos y ollas y despertaban a sus familias noche tras noche. —Hace alguna que otra pausa que aprovecha para dejar vagar la mirada por mi cara y calibrar mi reacción—. Al haber pocas personas enterradas allí, el Gobierno convirtió el cementerio en un mercado. Sí, señor. Con puestos hechos de akpakpa y paja donde los ososos venden garri amarillo, pescado y aceite de palma, donde… —Se detiene de pronto a media frase y suspira mientras sacude la cabeza—. ¿Por qué nunca me crees?

Siempre que le pido que me lleve a Ososo, finge no oírme o cambia de tema.

Eso es también lo que solía hacer cuando le preguntaba por papá. De hecho, era peor. Se quedaba en silencio cuando le daba la lata con el tema, evitaba mi mirada pese a que, un momento antes, nos habíamos estado riendo y tomando el pelo el uno al otro. Empezaba a masticar chicle aunque tuviera la boca vacía. Mentía o ponía alguna excusa poco creíble que no funcionaba conmigo.

Una noche, varias semanas después de que me comprara la bicicleta, le volví a preguntar con insistencia por papá.

Se quedó en silencio.

—¿Quién es, mamá?

Empezó a mascar chicle.

—¿Dónde está?

Se rio entre dientes. Cruzó las piernas. Volvió a quedarse en silencio.

—¿Cuándo voy a verlo?

Suspiró.

Se puso de pie y se metió en su habitación. Dobló mi ropa, la metió en mi bolsa *Ghana Must Go* y cerró la cremallera. Llevó la bolsa a rastras hasta la sala de estar y me cogió de la mano sin mirarme a la cara.

—Vamos —exhortó.

—¿Adónde?

Fuimos hasta la entrada. Me soltó de la mano. Dejó mi Ghana Must Go delante de mí. Abrió la puerta.

Entonces se dio media vuelta y regresó a la casa chancleteando.

—¡Mamá! —exclamé.

—Ve a buscar a tu papá.

Se metió en la sala de estar y cerró la puerta con pestillo.

Se estaba haciendo de noche. Una estrella hendía el cielo y parpadeaba para mí.

Estoy en su habitación. Abro mi Ghana Must Go y saco mi camiseta Jordan y mis vaqueros. Me arreglo. Embuto con esfuerzo los pies en mis Adidas. La única ropa de marca que tengo es esta. Solo me la pongo los domingos especiales, como cuando ayudo en misa. Pese a odiar los espejos, me echo una ojeada en el redondo que mamá tiene colgado en la pared. Me toco el rodal solitario de barba de debajo de la barbilla. Sonrío. No sé por qué. Quizá porque me creo que Eileen se va a quedar embelesada cuando vea mis anchos hombros en la camiseta Jordan, cuando mire mis ojos marrones. Tampoco Zahrah puede soportar mis ojos cuando la miro. En una ocasión se paró en mitad de la lección y dijo en voz alta: «Andrew Aziza, ¡deja de mirarme así!». Toda la clase se volvió hacia mí, riéndose por lo bajini, creyendo que yo perdía el sentido por ella, que me había corrido en el bóxer.

Oigo a Slim y Morocca discutiendo y riéndose a lo lejos. Cierro mi Ghana Must Go, la coloco suavemente en la esquina junto al saco de garri y vuelvo a la sala de estar.

—Están aquí tus amigos —anuncia mamá con el tono indiferente que reserva para hablar de mis drugos. Se levanta, cierra el álbum, se mete en su habitación.

Slim y Morocca llaman con los nudillos a la puerta de fuera y, puesto que nuestra cerca es baja, abren el cerrojo y entran en casa. Salgo a recibirlos.

—¿Qué hay, Bros? —saludo chocándoles los puños.

—¿Qué te cuentas, Werdna?

—De coña, tío. ¿Tú?

—Igual.

—Vas que lo petas, colega —piropea Morocca.

—Vestido para molokear a Eileen —añade Slim.

—Gracias, colegas —respondo.

Ellos también van que lo petan. Slim en camiseta roja Louis Vuitton, vaqueros negros Armani, zapatillas Nike rojas. Morocca lleva unas gafas de sol Prada colgadas del cuello de una camiseta Versace, vaqueros D&G, una cadena bamboleándose a un costado. Botas negras.

Aunque todas estas prendas, mi Jordan y mis Adidas incluidas, son de tiendas de caridad de Los Ángeles y Londres que luego se venden en secciones especiales de nuestras *boutiques*.

—Adentro, compadres.

Una vez en la sala de estar, mis drugos pasan el escáner como si no hubieran estado aquí mil millones de veces. Slim: nuestra tele de tubo con una protuberancia, el crucifijo y la grieta que hay al lado. Morocca: las gargantas de nuestro sofá, la silla blanca de plástico, nuestra alfombra de plástico rasgada en ciertos lugares.

Intento no mirar donde ellos.

Morocca se sienta en la silla de plástico, Slim y yo, en el sofá.

—Qué puto calor que hace —se queja Slim.

—Como el ojete de Belcebú —añade Morocca.

Nos reímos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Slim.

—¿Cómo sé el qué? —replica Morocca.

—Lo del ojete de Belcebú.

—Ni idea. Lo sé y punto.

—Yo sí que lo sé. Porque eres el mismo Belcebú.

—Vete a la mierda.

Nos reímos.

Señalo la cortina floreada que separa la sala de estar de la habitación de mamá y les digo moviendo los labios en silencio que se corten con la lengua, que la Reina está dentro con la oreja puesta, para variar.

Ellos se tapan la boca, haciendo como que se sorprenden.

A mamá no le gusta Morocca por el tatuaje de escorpión que lleva en el bíceps y que se hizo él mismo con las agujas de coser de su mamá y aceite caliente de anacardo. No le gusta porque organiza y actúa en conciertos de rap en el Igbo Hall, donde hay niñas de trece años restregando sus culitos planos con tipos de veinte. No le gusta por todos y cada uno de los «joder» que ha dicho, por todos y cada uno de los versos de hip hop que ha rapeado. No sé por qué no le gusta Slim. Tiene un aspecto afable e inocente, con su piel clara y la cabeza afeitada, no como Morocca, que lleva el pelo rapado por los lados y de cepillo por arriba, y un pendiente en la oreja izquierda, y tiene la piel más oscura que sus zapatos. Puede que ella haya atado cabos después de tanto poner la oreja y sepa algo de los cuadros que pinta Slim de hombres con pollas largas como serpientes follando en jardines de las delicias tipo *Avatar*.

Les traigo agua. Morocca vacía media taza de acero inoxidable y le pasa el resto a Slim. Cuando este acaba, devuelvo la taza al almacén y le comunico a mamá que me voy a la fiesta con Michael

y Thomas. Masculla que vale.
Este es mi barrio: casas no adosadas como puntos. Dan al este oeste norte sur. Sin aceras. Sin flores. Sin papeleras.

Una gallina y sus cuatro polluelos arañan la tierra en busca de semillas. Cacarean, picotean. No encuentran nada. Ven unas hormigas que pasan desfilando, arrastrando comida blanca. Devoran a las hormigas y su comida blanca. Una cabra está junto a ellas, mordisqueando unos hierbajos secos y obstinados. No le dedican ni una mirada.

Hay un perro recostado a unos metros, mira a los críos que juegan al fútbol, los observa saltar estrechos arroyos que apestan a meados y desechos de cocina. Los críos juegan sin camiseta y descalzos. Uno le da una patada a una piedra y suelta un aullido, le brota un hilo de sangre. Otro hace piruetas con el balón, zigzaguea imparable y va dejando atrás a sus amigos, galopa a toda velocidad. Pisa una bolsa de plástico (están por todos lados), se resbala y va a dar con los dientes en el suelo. Los demás críos se ríen y siguen jugando como si nada. El crío que se ha caído se levanta en cero coma antes de que lo llamen «nena pánfila» y se reincorpora al juego, con una sutil cojera y la mano en la boca. Pasa cojeando por encima de un riachuelo de pis sin siquiera mirarlo. Cuando se cansa de fingir, se escabulle y se va a su casa, una vivienda de una habitación sin encalar, cuya mitad superior está hecha de bloques de barro, mientras que los de la mitad inferior son de cemento. Jadea, suda. Hunde una taza en la jarra de arcilla, bebe, rellena, bebe. El agua: un amarillo cambiante y dudoso como el té con una crisálida retorciéndose en su interior.

El perro ve a otros niños y niñas entrar o salir de sus viviendas de una o dos habitaciones. Sus movimientos lo llevan a reparar en la gallina, los polluelos y la cabra. Pega un bote. Los persigue. La cabra echa a correr sin volver la vista. La gallina se mantiene en su puesto un instante, les dice a sus polluelos en su idioma secreto que

salgan de allí a toda hostia, despliega las alas y las plumas ante el perro y le advierte de que le piensa abrir las llagas con el pico si se atreve a dar un paso más. El can se achanta. Se limita a ladrar como un loco. La gallina se va. Uno de los críos del fútbol coge una piedra y se la tira al perro. No erra el tiro: directo a una de las llagas. El animal chilla y se va corriendo a su casa, una de las que dan al sur norte oeste este.

Los Vengabroders nos dirigimos felices y contentos a la fiesta de Eileen. Yo, Werdna, en el centro: poeta superhéroe; Morocca, el Señor de Arena, a mi izquierda: rapero excepcional; Slim T a mi derecha: el Picasso Negro.

Las chicas nos pegan un repaso: chicas con y sin chador.

Morocca se pone las gafas de sol.

—Puto calor, colega.

—El ojete de Belcebú.

—Ya te digo.

Pasan motocicletas a todo trapo por nuestro lado. Pitan pese a que nada se interpone en su camino.

Proseguimos la marcha. Pasamos ante unos hombres hausas sentados en esteras que hablan de Boko Haram, de infieles y elecciones; un pequeño transistor salmodia las noticias, nadie le presta atención. Uno de ellos habla de que, hace una hora, un cristiano ha insultado al profeta Mahoma en el mercado y de que todos los musulmanes de verdad se deben alzar ya, antes de que Kontagora se superpueble de cristianos.

Pasamos un *dogonyaro* con un altavoz cónico colgado de lo alto. Un anciano, sentado en una estera bajo el árbol, lanza citas del hadiz por un micro. Una niña con hiyab se le acerca. El hombre le pregunta qué puede hacer por ella. La niña responde: «Mamá na tace ka yi mata
addu'a».

Le da un billete arrugado de veinte nairas. Él reza por la niña y por

su mamá, que con suerte oirá la oración dondequiera que esté gracias al altavoz.

Pasamos ante tiendas que venden productos empaquetados: galletas Yale y leche Cowbell, agua purificada y Coca-Colas, cigarrillos y hierba; en sus paquetes y botellas se refleja el sol amarillo. Pasamos un Mai Shayi friendo fideos Indomie y huevos y enfriando té vertiéndolo de una taza levantada con una mano a otra que la otra mano mantiene baja, sin derramar una gota. Pasamos ante chicas friendo *kosai* en fuegos de leña y compartiendo risitas con los clientes; mujeres tostando maíz en fuegos de carbón sin clientes; un anciano dándole a las cuerdas de su *gurmi* sin un mísero naira en su caja.

Comentamos el nuevo tráiler de *Star Wars*. Slim considera que la entrega de este año va a ser la mejor de todas. Morocca no está de acuerdo, dice que todo en ella es una mierda, incluido el nuevo secuaz droide que habla como un lagarto.

—¿Acaso hablan los lagartos? —apunta Slim.

—¿No lo sabías? —contesta Morocca.

—Que te follen.

Nos reímos.

No sé de qué parte ponerme porque aún no he visto el tráiler. No me gusta hablar de *Star Wars* con Zahrah ni con Fatima. No entienden lo muchísimo que molan los X-Wing o lo divertido que es el último droide. Ni siquiera les importa tres mierdas la Fuerza, un campo energético especial que lo conecta TODO. Estadounidenses, europeos y nosotros en este mierdoso continente. No les importa una mierda porque «no es africano». En cambio, sí que ven cosas que no están, como que, en una galaxia tan grande y lejana, solo haya dos o tres negros y que «ni siquiera

uno de ellos es africano».

Estamos en Model School Road: alquitranado, pedregoso, semitráileres aparcados aquí y allá. Hay menos comercios por esta zona. Zahrah vive más adelante, justo antes de la curva. Un camino de tierra conecta con la curva formando una te y lleva al cementerio. Las casas, de dos o tres habitaciones, están enlucidas. Algunas están pintadas, otras solo a medias. De verde, de amarillo. Las paredes tienen manchas con forma de manos y pies leprosos. Hay también dibujos a tiza y carbón: Mickey Mouse bailando sobre el símbolo del dólar. Un padre y una madre besándose, un bebé saliendo del cuerpo de ella. Monstruos de tres cabezas gritando con las lenguas fuera. Las alcantarillas están abiertas, rebosantes de moscas, y separan las puertas de la calzada.

—Werdna, ¿has visto al pibón ese? —pregunta Morocca.

—¿Qué pibón? —pregunto.

—Acaba de pasar.

—Vaya. —Me tienta mirar, pero me contengo.

—Qué culo, colega. Parecía de goma.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—Igualmente yo no soy un tío de culos —informo.

—¿Qué dices, Werdna? —replica Morocca—. Siempre sales con la misma mierda.

—Te lo juro, bro.

—¿Entonces por qué miras a Nicki y Bey?

—¿Porque me gustan?

—Ahí viene un chico que me gusta —anuncia Slim.

Un hermano se está acercando a nosotros desde el otro lado del camino. Va en Adidas y Prada, lleva un pendiente en la oreja izquierda.

—Y es gay —añade Slim.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Morocca.

—Mi gaydar.

—¡Ja!

Me apetece cambiar de tema pero no sé qué decir. No quiero hablar de Eileen con los Vengabroders. No quiero oír sus bromas sobre su pelo, sus labios o su acento.

A nuestra espalda se acercan dos hombres en motocicleta, despacio. Llevan barbas retorcidas y las caras arrugadas y apesadumbradas por lo que no se dice. El hombre sentado atrás lleva sobre el regazo algo parecido a un tronco envuelto en una estera.

Yo sé qué hay en la estera.

Cierro los ojos. Mundo rojo. Quiero ir allí. Y quedarme.

Abro los ojos cuando estoy seguro de que los hombres ya han pasado. El mundo: borroso, un amarillo translúcido. Siento la caricia de la brisa en mi piel. Es duro, cada vez lo es más, se está volviendo una comezón.

Solo cuando dejo de luchar, cuando permito que mi mirada salga disparada en busca de los hombres, vuelve la claridad. Veo:

piececillos de bebé
asomando
por la estera

Todo sucede en cinco segundos, cinco nanoinfinitos. Mis drugos no se dan cuenta.

Quizá Ydna estuviera en su día en una estera semejante.

—No me gusta este camino —protesto.

—¿Por qué? —pregunta Slim.

—No sé.

—¿Por los cadáveres? —interviene Morocca.

—¿O los fantasmas? —añade Slim.

—Supongo.

Fue en este camino donde Slim Susurró.

Slim, Morocca y yo nos conocimos en primero de primaria, en St Michael's, una escuela fundada por el obispo Timothy Carroll, de la Sociedad de Misiones Africanas. Slim estaba más delgado entonces, estaba flaco, era el más alto. Mamá nos sacó una foto; mi copia está metida en un A. E. Housman. Éramos enanos entonces. Diminutos. Ruidosos. Mágicos. Dábamos la voltereta para atrás y hacíamos kárate en los recreos. Nos rompíamos los piños. Nos salía sangre de las narices. Nos salpicaba en los uniformes de cuadros amarillos y blancos. Mi sangre en el de ellos, su sangre en el mío.

Y en quinto de primaria nos tocamos las pichas al volver de la escuela. Entre unos matorrales, sin transeúntes a la vista.

—Vaya picha más enorme que tienes, Andy —fue la salida de Slim, que se estaba riendo e intentaba esquivar el puñetazo que le lancé por haberme tocado de pronto. Había algo malo en que un chico me tocara.

—¡La mía es más grande! —se quejó Morocca.

—Anda ya, Mikey. La picha de Andy es la más grande. ¡Es una culebrilla!

Y entonces Morocca nos explicó que la noche antes le había goteado un poco de leche de la picha. Que estaba horrible pero dulce. Que había visto a su compañera de pupitre, Patience, en el sueño. Y yo explicaba entonces, sin levantar la mirada del suelo, que lo mismo me había pasado a mí. Aunque yo no había visto a mi compañera de pupitre, Abidemi, en el sueño. Había visto a Rose. Rose la de *Titanic*.

En cambio, Slim no dijo nada. Nunca nos dimos cuenta de que no había dicho nada hasta que Susurró.

Y cuando lo hizo, fingí una de las sonrisas más resplandecientes que he lucido nunca. Le di una palmadita en el hombro. Me obligué a dejar la mano más rato aposta. Cada segundo era una eternidad

abrasadora.

Durante ese tiempo rebobiné hasta cada momento que había pasado con él. Todos y cada uno de los apretones de manos. Cada vez que le había tocado el cuello, el pelo, la picha. Las veces que habíamos parado a orinar en un arbusto. ¿Sintió él algo? ¿Se lo puse más difícil? ¿Cómo puedo estar cien por cien seguro de que no soy como él?

Mientras mi mano se freía en su espalda, su Susurro se convirtió en un eco que se retroalimenta con cada repetición, volviéndose cada vez más fuerte, escalando a más velocidad, creciendo hasta adquirir forma, como un globo inflándose. Se convirtió en el silbido del látigo y el golpe de vara. Creció hasta ser un grito pidiendo auxilio. Los gritos de Ekene mientras la turba lo tiraba al suelo y le pateaba la boca al grito de «Dan daudu» y lo golpeaba con palos. Los gritos de auxilio de Slim mientras mi mente se hacía con el control, eliminaba a Ekene de en medio de la turba y lo insertaba a él lentamente. No podía evitar oírlo gritarme «¡Sálvame, Werdna!» y verme huyendo, asustado por los palos y los escupitajos.

Fue también en este camino, hace años, antes del Susurro, donde Slim, Morocca y yo decidimos convertirnos en los primeros superhéroes de África. Acabábamos de terminar de ver *Iron Man, Capitán América* y *Los Vengadores* en DVD piratas. Nos llevamos la mano izquierda al corazón y levantamos la derecha hacia el cielo. Juramos:

Matar a todos los líderes corruptos.
Proteger África del sol con un velo.
Darles a todos los niños africanos pollo y helado cada día.

Adoptamos nuevos nombres, nuevas identidades, nuevos futuros. Nos reímos.

Pese a que Morocca tiene dieciséis años y una hija de dos en casa,

habla de lo que le molaría salir con Eileen. Viajar al Reino Unido con ella y vivir en Londres, una ciudad sin apagones. Rapear en *pubs* mientras ella lo mira sin quitarle el ojo. A fin de cuentas, los blancos adoran a cualquiera que tenga talento musical. Lo ha leído en Reddit.

Asentimos.

Slim dice que una chica como Eileen lo podría volver hetero. Susurra al decir «hetero».

Nos reímos

—En serio, bro —añade Slim—, no hay ninguna razón para que a una chica así le guste un tío como tú. Como nosotros.

—Te voy a dar una —objeta Morocca.

—¿Y qué razón cutre es esa?

—Nuestras pollas —asevera Morocca—. Son grandes. Gordas. Son pequeños leones.

Nos reímos.

—Eso es un mito estúpido, bro —objeta Slim—. No es científico.

—¿De qué ciencia hablas? ¿De la de las pollas? ¿Acaso han medido los científicos todas las pollas negras? —cuestiona Morocca.

—No les hace falta, imbécil.

—Deberían haber medido la mía al menos. Es un rinoceronte.

—Es un puto milpiés, desgraciado.

Ya estamos muy cerca de casa de Zahrah. Pero primero debemos pasar por delante de la de Oga Oliver.

Está sentado, como de costumbre, en un taburete bajo a la entrada de su casa. Lleva un chaleco marrón que solía ser blanco, unas gafas oxidadas que solían tener la montura dorada, pantalones cortos negros que solían ser grises. Las moscas devoran la taza vacía que descansa junto a sus pies. Hoy está más aseado, afeitado, con la quijada salpicada de sarpullidos. Fingimos no verlo ni sentirnos culpables por habernos burlado de él cuando éramos más pequeños.

Hace años, Oga Oliver trató de viajar a Europa atravesando el

Sáhara. Lo secuestraron en Libia, donde casi podía oler el ajo y la pasta a la boloñesa que venían de Italia. Los libios lo encadenaron, le azotaron las negras posaderas, lo forzaron a trabajar como un mulo de dos patas en sus granjas. Desde su Regreso, o su afortunada escapada, más bien, no ha pronunciado ni media palabra. En realidad, sí que dice una: «agua». Es la única que sale de su boca. Ese es el único idioma que conoce su cerebro navegador. Salúdalo con un «Buenos días, señor» y te contestará: «¡Agua!». Pregúntale «¿Cómo te llamas, Oga Oliver?» y te dirá: «¡Agua!». Pregúntale «¿En qué planeta estamos?» y contestará: «¡Agua!».

Cuando pasamos por delante, y cada zancada es una nueva estocada en el estómago, me giro. Nuestras miradas se encuentran. Se pone de pie. Levanta la mano izquierda. Me señala. «Agua —murmura—. Agua».

PARTE I
La oración en el huerto

Teorema: Una permutación de orden impar
debe ser par.

3

Hey, ¿Andy?

¡Eh, Ydna! ¡Cuánto tiempo!

¿Qué tal?

Bien, colega. Aunque hace un calor de mil demonios.

Ya.

Voy de camino a la fiesta de Eileen. Pensando en si pasar por casa de Zahrah.

Muy bien. Y mamá, ¿qué tal?

Creo que bien.

¿Qué quieres decir?

Está bien, Ydna. Eso es lo que importa.

Bien.

Hasta quiere que empiece a ir al estudio otra vez.

Genial. ¿No estás contento?

Sí que lo estoy.

No es verdad.

No.

¿Cómo es eso?

No lo sé en realidad.

¿Crees que no te ha perdonado?

¿Perdonarme el qué, Ydna?

Ya sabes el qué.

¿Podemos cambiar de tema? ¿Te importa?

…

…

…

Ydna, hay una cosa que debería decirte.

¿El qué?

Hay una cosa que no está bien.

¿Qué pasa?

Lleva ahí mucho tiempo. En lo más hondo, dentro de mí. La veo un momento, y al segundo se me escapa, como un pez.

Pero la sientes.

Sí, como te siento a ti.

Ajá.

Y creo que lo está cambiando todo.

¿Todo como qué?

Como mamá y yo. Como tú y yo.

Ajá.

Nos ha cambiado a ti y a mí, Ydna.

Andy, más vale que no hablemos de eso.

Hay que hablarlo, bro.

No.

Sí que lo tenemos que hablar. Últimamente no es lo mismo entre nosotros.

…

Di algo, Ydna.

…

¿Por qué haces eso, Ydna?

¿Hacer el qué?

Dejarme.

Mira, Andy. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo. No deberíamos estar hablando. ¿Es esto hablar? ¿No lo estás fingiendo?

Sí que lo es, Ydna. Estamos hablando.

No es verdad.

Porque hay algo que nos une.

¿*Cómo estás tan seguro*?

Porque lo notas, bro. En tu corazón, en tu alma. Yo lo noto también.

¿Eso qué es? ¿Un poema?

A lo mejor. Eres muy gracioso.

…

¿*Estás ahí, Ydna*?

¿*Qué*?

Te echo de menos.

…

Te… Te quiero.

…

Di algo.

…

Di algo, Ydna.

…

¡*Ydna*!

…

Justo cuando mis drugos y yo pasamos por delante de casa de Zahrah, una voz que viene de detrás nos detiene:

—¡Andy África!

La voz es aguda, un poco burlona. Al parecer, todo el mundo me ha puesto un apodo: Andy, Andiza, Andrew mè, Werdna… La mayoría no me molesta, pero crucifico verbalmente a quien me llame esta mierda. Este apodo toca un botón que activa un montón de recuerdos dolorosos.

Mis drugos y yo nos giramos: es Fatima. Está sonriente, el hiyab amarillo se le infla con la brisa. Sonrío. Nos acercamos a ella.

—Hola, Fatee. ¿Cómo va eso? —saludo.

—Bien, bien —contesta.

—¿Qué hay, Fatee? —saluda Slim.

—¿Qué tal, preciosura? —pregunta Morocca.

Ella sonríe.

—Muy bien.

Fatima quizá sea la persona más inteligente que conozco. No es una sabionda bocazas como yo. Pese a haber leído casi todo Shakespeare y memorizado a Dante, no los va citando todo el rato al hablar como haría yo. Los dos hemos ganado varios trofeos para la escuela en competiciones estatales y somos los únicos alumnos seleccionados para formar parte del Club de Talentos del cole. Durante el último trimestre nos hemos juntado todos los días durante el recreo en el despacho de Zahrah para hablar de permutaciones y de Frantz Fanon, pese a que, últimamente, Zahrah se pasa casi todo el tiempo haciendo digresiones sobre anifuturismo.

Fatima lleva un vestido *tie-dye* y una espinilla le enrojece la nariz. Tiene la piel clara y los iris como dos abalorios negros, grandes y brillantes, donde se refleja tu cuerpo entero. Cuando sonríe —labios como sépalos color chocolate —, sientes que da vueltas alrededor de ti y se curva con suavidad, como los colores de una pintura impresionista. Aparta la mirada cada vez que sus ojos se encuentran con los míos, y la pasea rápidamente por Slim y Morocca antes de regresar a mí.

—Llevo un minuto llamándoos, chicos —comenta con su voz sonora, que evoca colores, como la música de violonchelo.

—Perdona, no te hemos oído —le digo.

—Íbamos pensando en la insoportable levedad del ser —apunta Slim, en un intento de sonar sofisticado.

—Y en hacernos ricos —añade Morocca.

Nos reímos.

—Entonces ¿vais a la fiesta?

—Pues sí.

—¿Os habéis enterado de lo que ha pasado esta tarde en el mercado?

—No, ¿el qué, Fatee?

—Un cristiano ha insultado al profeta. Casi lo mata una turba. Y ahora unos tíos están planeando una protesta para esta tarde. Unos fanáticos, en realidad. Espero que no pase nada muy loco. De todas formas, id con cuidado. Ya sabéis que estas historias se pueden poner violentas.

—No te preocupes por nosotros, Fatee —la tranquiliza Slim.

—Somos superhéroes —presume Morocca.

Nos reímos.

—Confía en nosotros —tercio.

—Vale, vale. De todas formas, tened cuidado —pide Fatima.

Intento no pensar en los últimos disturbios, hace dos años. Por mi culpa, una turba casi le atiza a mamá con machetes.

—Entonces, ¿tú no vienes a la fiesta? —le pregunto—. He oído que van a representar la obra de Zahrah.

—No creo que pueda —se lamenta—. Es mi madre. Quiere que hablemos.

Fatima lleva semanas viviendo con Zahrah. Su hiyab cubre una cicatriz poco visible que baja serpenteando desde la oreja hasta el cuello. Antes de mudarse con Zahrah, venía a veces a clase con los labios pelados y sin aceite, los calcetines sucios y el uniforme sin planchar. Y durante el recreo nos sentábamos al fondo del aula y se remangaba o bajaba los calcetines y me enseñaba lo último: cortes en el brazo, finos y alargados, que supuraban agua y rodales en los pies —rojos, quemados, hinchados—, que se rascaba de vez en cuando agachándose. Yo la ayudaba echándole manteca de karité en las heridas; su cuerpo caliente bajo mis manos, palpitante, resbaladizo, sus quejas cuantificaban mi masaje.

Todo comenzó de manera sencilla: su madre *alhaja* le tiraba de

las orejas, le chasqueaba los dedos, le escupía cuando la veía hacer la señal de la cruz en la mesa antes de comer.

Su madre le echaba agua hirviendo en las piernas cuando ella se negaba a ponerse el chador hasta los tobillos.

Su madre la azotaba con la cadena del perro cuando la pillaba leyendo *Dios no existe*.

A veces, Fatima se defendía. La última vez, apartó de un manotazo la sartén con salsa de tomate hirviendo que su madre había intentado tirarle encima. De resultas, salpicó de salsa la cara, el pelo y los pechos de su madre y la dejó cubierta de sangre de mentira.

Una motocicleta pasa a toda velocidad por nuestro lado, pitando a diestro y siniestro. Lleva sacos de arroz apilados en el asiento trasero, sin atar, sin que se le caiga ninguno. Dos chicas que llevan sobre la cabeza sendas bandejas de cacahuetes cocidos se paran a preguntarnos si queremos comprar. Son de nuestra edad, llevan un estampado de Ankara descolorido y chador y salta a la vista que son analfabetas. Solo se dirigen a mis drugos y a mí, no malgastan ni una mirada en Fatima pese a que ella es la más rica del grupo. Morocca les dice «no, gracias» en inglés. No lo entienden. Fatima les dice «Mun gode» con voz amable. Las chicas responden poniendo los ojos en blanco, un gesto dirigido a ella, a su hiyab, porque no es lo bastante largo. Resoplan, murmuran «Kafiri» y se van.

Morocca lleva un rato recorriendo con la mirada el dobladillo de encaje del hiyab que cubre el busto de Fatima. Un día juró, con la mano levantada, que sus tetas son las mejores de entre las de todas las chicas y profesoras de la escuela.

Le da unos golpecitos a Slim. Articula algo. Se ríen.

—¿De qué os reís? —pregunta Fatima.

—De nada. Estamos contentos, nada más —contesta Slim.

—¿Por qué?

—Por ti y por Andy —explica Morocca.

—Hacéis tan buena pareja —añade Slim.

—Sip. Dos genios la mar de monos.

—Guapo él, preciosa ella.

—Uno color chocolate, la otra de piel clara.

—Hay que casarlos pero ya —decide Slim volviéndose hacia Morocca—. ¿Llevas algún anillo en el bolsillo?

Nos reímos, pero yo soy el primero en parar; ella es la última, sonríe tímidamente, le refulgen las mejillas.

Pienso muchas veces en casarme con Fatee, pero me esfuerzo en eliminar el pensamiento en cuanto se me presenta. Siempre se cuela en mi mente cuando miro rubias en la tele, con el mando en la mano y el dedo gordo en el botón de rebobinar: ella y yo en una playa, su cabeza en mi regazo, mis dedos recorriendo su pelo. Ella y yo tumbados, uno junto al otro, mi mano por debajo de su ropa, nuestras narices besándose. Ella y yo lamiéndonos las lenguas, su boca de fresa, sus ojazos tirando de mí hacia sus tierras de fantasía.

Sin embargo, hay algo en el hecho de estar con ella que no acaba de estar bien. No sé lo que es. Debe de ser Eso, el mismo Eso del que hablé con Ydna. Y es precisamente al pensar en ella cuando me siento terriblemente diferente, cuando siento que estoy destinado a otra cosa, a algo radiante, vibrante, sísmico… sedoso, claro, ondulado… azul, con alas de paloma, glacial. Me gusta muchísimo y quiero quererla, pero Eso no me deja. Y me odio a mí mismo por ello. Porque ella es la única amiga con la que sueño. Ella es la única persona de mi edad que me entiende cuando digo que *Hamlet, Blade Runner* y «Bohemian Rhapsody» son lo mismo en realidad. La he pillado además varias veces con la mirada perdida en mí durante nuestras clases con Zahrah.

A Ydna le encantaría. No sé por qué, pero estoy convencido. Él estaría de acuerdo con ella en que sí que importa que no haya ningún africano en *Star Wars*. Que un rizo crespo y otro suelto son exactamente lo mismo. Que mis drugos y yo deberíamos llevar

menos Adidas y más estampado
tie-dye.
Pero casi nunca puedo evitar sentir que la hubiera querido si Eso no me hubiera permutado, si yo hubiera sido Ydna y no me hubiera convertido jamás en Andy, si HXVX no hubiera existido nunca…

Morocca le está enseñando a Slim un chat de WhatsApp en su Samsung Galaxy. Les ha entrado la risa floja y tienen los ojos como platos. Parece que Morocca ha caído en la trampa de una sugar mami o algo así.

—He salido solo a por una tarjeta de recarga —me explica Fatee —. ¿Por qué no entras y saludas a Zahrah?

—En otra ocasión. Se nos hace tarde.

—Pero si tenéis una hora —replica mirando su Apple Watch.

—Ya, pero…

—Hazme caso, quieres hablar con Zahrah.

—¿Por qué?

—¿Sabías que ha ido a Ososo durante las vacaciones de mitad de trimestre?

—¿En serio?

Zahrah también es de Ososo, como mamá y yo. No había visitado nunca Ososo antes de ir al Sáhara, pero desde su Retorno, va periódicamente.

—Guay. Entonces ¿Zahrah ha visto todas las colinas, las rocas y las cataratas? —le digo.

—Sí. Y también las tumbas en los dormitorios. —Se ríe.

Fatima es hausa-fulani, de Sokoto. En su cultura, lo de enterrar a los muertos en los dormitorios es inaudito.

Le hago un mohín. Intento defender mi cultura a pesar de que no siento ninguna conexión con ella. Le digo que mi gente honra a los muertos de manera extraordinaria, especialmente a sus seres queridos. Por eso nos aferramos a ellos aun después de que nos dejen.

—Cierto. Lo comprendo. Aun así, es un poquito raro.

—Sí que lo es.

—Y Zahrah tiene una cosa para ti.

—¿Otra prueba del teorema de Cayley? No, gracias.

—No. —Se echa a reír—. Tiene una cosa que te va a encantar.

—¿El qué?

—Una carta.

—¿De quién?

—De tu abuela.

—¿De verdad?

Por un momento trato de adivinar por qué me habría de escribir mi abuela, pero no doy con ninguna buena razón. Menudo mal rollo debe de haber entre mamá y su madre. Por mí, probablemente. Por eso no habla nunca de ella, nunca la menciona en las raras ocasiones en que habla de su infancia. Algo debe de haber pasado para que la abuela se moleste en escribirme.

Mis drugos me piden que les mande un mensaje cuando termine con Zahrah. Se cagaron de miedo la última vez que estuvieron en su casa, así que han decidido ir a saludar a uno de nuestros bros del barrio.

La mayoría de la gente de nuestra ciudad considera a Zahrah Suleiman una bruja. Hablan de ella en el mercado, la señalan y le sisean cuando pasa por el barrio, le piden a nuestra directora, la hermana Lakefield, que la despida. La llaman «bruja» porque no quieren comprender el rollo que ella se trae. Hay ocasiones en que no los culpo.

Dentro de la sala de estar de Zahrah: cero sillas, cero mesas, cero tele.

Del techo cuelgan tres bombillas amarillas equidistantes entre sí que forman un triángulo.

En el suelo se consumen unas velas rojas.

Llenan las paredes bustos y estatuillas. De madera, negro

azabache, con las bocas abiertas, gritan. Algunas tienen bigotes; otras, la lengua fuera; otras más, la cabeza triangular, como los monstruos. Una con cabeza trapezoidal me señala con el índice, en cuya punta centellea un led rojo; tiene ojos huecos con la forma de mapas de África.

Este es su templo cero. El primer templo es su despacho. El segundo templo está en Ososo.

—Ponte cómodo, Andy —me invita Fatima.

En el suelo de terrazo hay fórmulas escritas en letras blancas de trazo redondeado. $ei\pi + 1 = 0$ ocupa el centro de la habitación, en color dorado, reflejando las luces del techo.

Llega desde la cocina el aroma de la carne de cabra con ajo y cebolla.

Una mujer de treinta y tantos sale de la cocina. Cierra la puerta tras de sí y se acerca a la estatuilla con la cabeza trapezoidal. Hace una genuflexión, toca el led, cuela un billete de naira hecho un fino rulo por las rendijas de ojo africano. Se da la vuelta, nos sonríe a Fatima y a mí y sale de la casa. Es una conocida: abogada de la ONG Justice, Development and Peace Commision.

En la pared frente a la puerta hay una pintura del tamaño del *Guernica*. En él se ve IQ City, la conurbación en que se convertirá África en el año 2xyz. Sus rascacielos rojos son estatuas de dioses; unos sostienen una cruz egipcia, otros blanden un rayo. Sáhara es la capital. Sus lagos sagrados rodean la ciudad en círculos concéntricos, millones de peregrinos nadan, o se bañan o follan allí. Sus playas resplandecen por la gente que se besa o ríe o baila, otros hacen malabares con fuego, otros acarician leones. En el aire, Zahrah sobrevuela la ciudad en un bikini dorado.

Fatima y yo entramos en la cocina.

—¡Andy África! —exclama Zahrah—. ¡Qué bien! ¡Me alegro de verte!

Lleva un delantal rojo que le cubre el vestido del mismo color y

remueve una olla de arroz *jollof* en la cocina de butano. Huele que alimenta.

—Buenas tardes, tía Zahrah —saludo[3].

Deja el cucharón en un plato, se me acerca corriendo y me da un abrazo. Se pone de puntillas y me besa la frente. Me mira: enormes ojos llorosos que tiemblan de regocijo.

Cubre su pelo afro, teñido de rojo en lo alto, un pañuelo de flores. Lleva los antebrazos tatuados. El izquierdo dice TODOS LOS AFRICANOS SON BRUJOS, HECHICEROS O SUPERHÉROES y el derecho, A TODOS LOS AFRICANOS LES ENVUELVE LA CABEZA UN HALO.

Desde su Retorno del Sáhara, va casi siempre de rojo: chaqueta roja de cuero; un vaporoso vestido de estampado de Ankara rojo o camisa dashiki roja con tacones rojos de gladiador. Los aros que lleva en las orejas tienen piedras y líneas zigzagueantes y llamas grabadas en los bordes. Siempre va con prisas (¡me gustan las mujeres rápidas!), siempre sonríe, resopla, tiene hoyuelos que se hunden en sus carrillos. Cuando ríe, sus pendientes lo hacen también: se balancean atrás y adelante como péndulos, y su risa provoca la tuya tanto si te cae bien como si no.

—¡Andy África! —repite con la mano en el pecho—. Llevo todo el día pensando en ti.

—No se iba a pasar —explica Fatima—, si no lo llego a enganchar en la calle.

—¿En serio, Andy? —dice Zahrah.

—Yo, es que… pensaba que… —Fatima me las va a pagar por esto más tarde.

—¿Es que aún estás molesto? —pregunta Zahrah mientras sus enormes ojos me escrutan en busca de algún atisbo de hostilidad.

—¿Molesto por qué? —Finjo no saber a qué se refiere.

—Por tu nuevo nombre —aclara.

Se les escapa una risa tonta a las dos.

—No, no me molesta.

Hace tres semanas, Zahrah me bautizó con el nombre de Andy África.

—Me alegro. Es un nombre precioso. Ojalá alguien me llamara a mí Zahrah África.

—Y a mí también. Fatee África.

—Pero tú eres el afortunado, Andy —añade Zahrah—. Le queda tan bien a tu nombre. Aziza. África. La primera vocal del alfabeto inaugura y cierra tu nombre. La tercera vocal está en medio. Estos números, uno y tres, son muy especiales, muy significativos. Seguro que tienes ancestros poderosos.

No sé si darle las gracias o no. Yo solo quiero la carta de la abuela.

Entre risas, Zahrah nos explica que cinco perros la han perseguido esta mañana por el mercado. Sus dueños los han echado tras ella por ir vestida con sus encarnadas galas. Los perros la han seguido. Han pasado por delante de puestos de carne con nubes de moscas. Por delante de tiendas de aves de corral con gallinas cacareando en jaulas. Ella corría sin parar. Les ha arrojado la carne y la miel que había comprado en un intento de apaciguarlos, pero los canes rugieron, chillaron y corrieron aún más rápido. Por poco no la hacen trizas.

De pronto se ha parado y se ha vuelto hacia ellos. Les ha cantado una nana. Los perros han gruñido y, aburridos, han dado media vuelta y se han largado dando saltitos. Los transeúntes han catalogado el truco de brujería. Se han apartado lentamente de ella, chasqueando los dedos y murmurando: «El fuego del Espíritu Santo» o «Allah ya tsare». Los tenderos hasta se han negado a venderle tomates.

Se ríe de que muchos africanos la llaman «bruja» o «genio desperdiciado» en Facebook. De que no paran de denunciar su perfil para que se lo bloqueen, de que un montón de blancos (más de mil de momento) la siguen.

—Lo que es triste —añade— es que los blancos sepan el valor de lo que tenemos mejor que nosotros. Por eso siempre van por delante.

Eso es lo que dijo la mañana que me llamó Andy África.

En la escuela nos ponen todas las mañanas de pie, en filas de chicos y chicas separadas por clase, en la zona de asamblea de profes y alumnos. El profesor de guardia preside la asamblea desde la tarima, que tiene a la espalda nuestro logo: una paloma escupiéndole fuego a un libro abierto. Cantamos «Colours of the Day» o «All the Earth» mientras el sol de la mañana nos colorea de naranja el libro de himnos. Coreamos la oración del día, cantamos el himno nacional, recitamos el Juramento y les damos los buenos días a nuestros profesores. Después, el profesor de guardia hace los anuncios («La impuntualidad se está volviendo un problema serio…» o «El chico y la chica que pillemos juntos en el lavabo serán…») y luego da por concluida la asamblea. Entonces nos vamos a clase cantando cosas tontas como «Thread the Needle» o «We are H. A. P. P. Y.».

La semana que me llamó Andy África, Zahrah era la profe de guardia. Tituló su semana la «Semana anifuturista», imprimió carteles y los colgó en todos los tablones de la escuela. En ellos, unos niños volaban o andaban por encima del agua o hacían malabares con fuego, y eran más negros que el tizón. Los bocadillos de los diálogos decían: «¡Eres brujo, hechicero o superhéroe!», «¡En tu negritud está tu magnitud!», «¡Eres un *crack*!».

Las asambleas matinales solían durar treinta minutos, pero las de Zahrah eran de una hora entera. Sacaba una pizarra de su despacho y la subía a la tarima. Escribía fórmulas cuánticas y fechas de a. e. c. Razonaba que África es el futuro de la civilización. Que, por desgracia, ella lo descubrió muy tarde (aunque solo tiene treinta años). Dibujaba aviones y figuras de palo. Explicaba que el anifuturismo es la fusión entre el animismo y el afrofuturismo. Que

los africanos no verán la luz ni tendrán descanso hasta que no abracen su herencia animista y futurista. Que el animismo (la creencia en el dios de las cosas, en los ancestros) es, de hecho, futurista.

—El animismo no es primitivismo. Hoy no habría cambio climático si fuéramos todos animistas —aseguraba.

Al tercer día de su semana, todos (excepto Fatima, el hermano Magnus y unos pocos dementores) estábamos hartos de anifuturismo. Pero nadie, de una asamblea de trescientas personas, podía plantarle cara. La única que podía hacerlo era nuestra directora, la hermana Lakefield, pero estaba de viaje, había ido a Roma a una reunión de su orden.

Zahrah seguía y seguía sin parar. Compartía panfletos y páginas de revistas científicas. Hasta habló de mi idea de HXVX sin mencionarme. La había encontrado en uno de mis poemas, diseccionado y agregado a su biblia anifuturista.

En mi poema, HXVX es un ser de proporciones planetarias. Se cierne sobre nosotros y su sombra oscurece el continente. Sus miles de millones de tentáculos:

nos ven

nos alimentan con pedazos
de su alma retorcida

con que hacemos fuegos
en los que penetramos

riendo a carcajadas

olvidándonos
del calor y el hambre y el ayer

HXVX es como YHWH; es el tetragrámaton en clave para la Maldición de África. En su forma matemática:

HXVH = (*Sauron* + *Thanos*)$_{\infty}$ = *La Maldición (de África)*, donde ∞ es infinito.

En consecuencia, HXVX es un puto monstruo invencible, en serio. HXVX es la razón por la que el Sáhara está aquí y no en Europa, por la que nos comemos lo peor del sol de mierda. Sus innumerables tentáculos controlan ABSOLUTAMENTE TODO en esta tierra: el agua que bebemos, a quién le atropella un coche, hasta cada una de las sinapsis entre nuestras neuronas. Nuestros nacimientos, los tonos de nuestra piel y nuestras muertes están trazados en la palma de su mano. Últimamente, estoy cada vez más convencido de que ni siquiera Dios puede derrotarle. Es decir, ¿por dónde empieza? Por eso la única opción es escapar a su alcance, o sea, salir de este continente mierdoso. Puesto que HXVX y la Maldición son la misma cosa, podría decirse incluso que son sinónimos, de modo que *mi vida Maldita* = *mi vida HXVX*.

Zahrah hablaba y hablaba mientras nosotros bostezábamos, suspirábamos y nos restregábamos los ojos en la zona de asamblea.

—Todo niño africano es un brujo, un hechicero o un superhéroe. Sí. El poder está ahí. Resplandeciente bajo la piel negra. El pigmento negro es el tapón. —Hizo una pausa dramática y señaló el cielo y la entrada a nuestra escuela—. Pero Ellos, HXVX sobre todo, no quieren que lo sepamos.

Describió HXVX como un constructo que representa todo lo negativo que le ha ocurrido a África: el esclavismo, el colonialismo, las dictaduras, la cleptocracia o el xenocentrismo. Incluso Fatima bostezaba al llegar a este punto y había empezado a balancearse apoyándose inquieta primero en un pie y después en el otro.

—Llevamos tanto tiempo en este continente que se nos ha olvidado lo que es en realidad. Nuestras madres ancestrales nunca lo olvidaron porque lo olieron en las piedras. Lo vieron en los fuegos sacrificiales. Lo vieron. Su verdadera alma. Como el Pulso de la Existencia. —Hizo una pausa mientras asentía con la cabeza para ayudarnos a asimilar sus argumentos—. Hoy en día, por nuestra culpa, por nuestra connivencia con HXVX, hemos hecho de África el corazón de las tinieblas. Vosotros y yo. Somos los culpables. Por fallarle. Por no creer en ella.

De pronto, sin ningún motivo aparente, me harté y levanté la mano.

—Perdone, tía Zahrah. Tengo una pregunta.

No me hizo caso.

Levanté más la mano y alcé la voz.

—¡Perdone!

Se quedó un buen rato en silencio, sin expresión alguna. Había hecho lo que no podía hacer ningún profesor: había osado interrumpirla y desafiarla. Sus ojos decían que ella era mi segunda madre y que, si de verdad me preocupaba algo, tenía que haber esperado y consultárselo en privado. Me miró con una frialdad de hielo, como si yo me hubiera transformado en HXVX, con sus tentáculos y todo.

—¿Sí, Andrew Aziza? —Y se cruzó de brazos.

—África nos ha fallado como constructo y como continente —aseveré en voz alta—. ¿Por qué deberíamos creer en ella?

En el mismo momento en que solté la pregunta me di cuenta de lo tonto que había sido y de lo estúpido que sonaba.

La asamblea se echó a reír. Incluso Slim y Morocca, que dormían de pie, se despertaron.

¿Fue Eso lo que me obligó a llegar tan lejos?

—Ven aquí, Andrew Aziza —ordenó Zahrah.

Slim y Morocca silbaron.

—Andy don muere hoy —susurró Okey.

La asamblea de trescientas personas se quedó en silencio.

Subí los escalones de la tarima y me acerqué a ella.

Me pidió que me arrodillara de cara a la congregación.

—Cierra los ojos. Levanta los brazos hacia el cielo. Eso, deja que tus ancestros los vean.

Cogió un papel enorme y escribió en letras gruesas y claras: ANDY ÁFRICA. Me hizo sostenerlo ante toda la escuela, me pidió que abriera los ojos y contemplara mi vergüenza. Le hizo un gesto al hermano Magnus, que se acercó con su fusta.

—Dale doce azotes —ordenó.

como cactus, como ganchos, como clavos

cayeron los azotes

de
mi
ojo
goteó
una lágrima

a la arena
y

ellos gritaron

Esa noche, mamá me masajeó la espalda con una toalla empapada en agua caliente. Me restregó manteca de karité, amasándola, haciendo caso omiso a mis lamentos sobre su regazo.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Zahrah.

Suspiró.

Si hubiera sido otro profesor, mamá habría entrado en la escuela hecha un basilisco al día siguiente. Habría agitado los puños delante de la cara del maestro, escupido en su mesa y exigido su despido a la hermana Lakefield. Pero no hizo nada. Ya había entre Zahrah y ella muchísimo mal rollo, pero ninguna de las dos me quería contar nada.

Pese a decirle que ya he almorzado, Zahrah insiste en que coma un poco, que hace mucho tiempo que no pruebo sus platos. Me vuelve a preguntar si aún estoy dolido. Le digo que no, por supuesto.

Sigo con el pie el contorno de los números pintados en el suelo. $6,02 \times 10^{23}$.

la rabia
en
un
lunar
de mi sangre

En una fuente, Zahrah forma una torre de arroz jollof amarillo y rojo con trozos de carne frita agarrándose a los lados como si fueran escaladores.

—Comeremos todos de este plato. El anifuturismo va de comer juntos. Va del sentido esotérico de comunidad que tenían nuestros ancestros —argumenta.

Fatima se lleva la torre de arroz a la sala de estar. La sigo con un plato de ensalada de lechuga, col y tomate, lo dejo en el suelo, me siento a su lado. Ella se quita el hiyab, lo dobla y lo coloca junto a ella.

Oímos que suena el teléfono de Zahrah, la oímos hablar con su padre. Parece ser que su prometido le ha traído un regalo brutal.

Mientras esperamos a Zahrah, Fatee y yo hablamos y nos reímos de su inminente boda, de su plan de que haya enmascarados. La voz

de Fatee es más profunda: calma como un masaje en los hombros.

Deseo otra vez que fuéramos pareja. Poder cogerla de la mano ahora mismo y besarla. Tenemos las mejores conversaciones; me dejan renovado, refinado, renergizado. En la escuela damos largos paseos mientras debatimos sobre agujeros negros, historia y el continente. A veces hasta hablamos de amor. Todo el mundo, incluso mis drugos, asegura que seríamos la pareja perfecta. Y pese a todo me niego a dar el paso. De hecho, últimamente ya ni la rodeo con el brazo cuando paseamos. Seguro que se ha dado cuenta.

Zahrah se une a nosotros con una bandeja con cubiertos, tazas, botellas de agua y zumo de naranja. Se sienta y nos pasa las cucharas. Antes de que ataquemos la comida, ella carga un poco de arroz del punto más apetitoso de la torre y lo tira al suelo junto con un trocito de carne.

—Para nuestros ancestros. Ayer, hoy… —clama.

Fatima deja escapar una risita.

—Amén —proclama.

Zahrah rocía el suelo con unas gotas de zumo de naranja.

—Para nuestros ancestros. Mañana —añade.

—Amén —vuelve a soltar Fatima con una risilla sofocada.

No tiene ningún sentido tirar comida y bebida encima de fórmulas matemáticas y ensuciar un suelo inmaculado. Mamá le daría un buen manotazo al sofá si lo viera. Soltaría una buena perorata sobre que Zahrah barre el suelo y tira un trozo tan jugoso de carne habiendo tantos niños en la calle que no tienen para comer.

Zahrah me está mirando, no sonríe.

—Es muy triste ver cómo los africanos hemos olvidado el poder de los símbolos, de los gestos —protesta—. Ni que decir tiene que los dioses no van a bajar del cielo a comérselo. Este acto tan sencillo envía nuestros corazones al cielo para encontrarse con ellos.

Me pregunto cómo lleva Fatima la convivencia con Zahrah, cómo no le han frito el cerebro sus miniconferencias. A veces siento pena de Zahrah y pienso que Fatima y yo no nos implicamos del todo como público suyo, que no hemos leído lo suficiente, que estaría mejor dando clases en una universidad. Pese a haberse licenciado con honores, ser la mejor alumna de su promoción y haber publicado varios artículos sobre permutaciones —que nos obliga a leer a Fatima y a mí pese a que no entendemos casi nada—, Zahrah no le importa un pimiento a ninguna universidad nigeriana. Todas han rechazado sus solicitudes de empleo porque no conoce al hijo o la hija de un gobernador, porque no tiene el dinero suficiente para sobornar a un decano o un secretario, porque no es un hombre. De manera que Zahrah intenta convertirnos a Fatima y a mí en sus colegas intelectuales y nos hace leer revistas especializadas en permutaciones y proponer demostraciones alternativas a teoremas interesantes; nos camela para que leamos *Ulises* y *Los hermanos Karamázov* y escribamos ensayos al respecto. Sin embargo, últimamente, sus investigaciones se están volviendo extrañas. Intenta usar los resultados de la teoría de permutaciones para demostrar que el poder negro es termodinámico. Es una absoluta locura. Nos ha enseñado a Fatima y a mí los manuscritos y las cartas de rechazo de las revistas. Esto es de lo que habla mientras comemos:

—Los evaluadores no tienen ni idea —protesta mientras mastica la carne—. No ven ni lo que tienen delante de las narices. Esto es lo que pasa con la especialización. Hacedme caso, los evaluadores esos no saben ni quién es William Shakespeare.

Nos echamos a reír, aunque estoy seguro de que los evaluadores no se equivocaron al rechazar los artículos.

Me da miedo el alcance de la influencia que Zahrah ejerce sobre nosotros dos, porque Fatima empieza a hablarnos de un nuevo teorema que intenta demostrar y que examina cómo el constructo

del poder negro dio forma al *Big Bang*.

Zahrah aplaude y le choca la mano.

—Ahí, esa es mi chica. A por ello. —Se vuelve hacia mí—. ¿Y tú qué, Andy?

—Yo, yo… —titubeo mientras googleo mi hipocampo a la caza de mi mejor gramática—. Yo ando en algo similar al objeto de estudio de Fatee. En mi caso intento examinar la dualidad del poder negro… como onda a la vez que partícula… su estructura cuántica, etcétera. Y, lo que es más importante, me estoy planteando sus ramificaciones filosóficas… su ontología…

—¡Guau! —exclama Zahrah, y me choca la mano con los ojos centelleantes—. ¡Qué interesante!

—Gracias.

—¿Será un poema o un artículo?

—Todavía no lo sé seguro.

—Es igual. En el fondo, la poesía y las matemáticas son lo mismo: caminos que conducen a la verdad.

Zahrah y Fatima se sirven un poco de zumo de naranja y le dan un sorbo.

Zahrah lleva pintadas también de rojo las uñas de las manos y los pies. Me pregunto qué pensará Okorie, su prometido, de esa manía que tiene por el rojo. A lo mejor es eso precisamente lo que le atrae de ella. El amor puede ser muy raro. ¡Que tomen nota los extraterrestres!

He coincidido con Okorie unas cuantas veces y es un tipo genial. Es alto, tiene una voz muy grave (¡como yo!) y conduce un Jaguar. Estudió en Oxford con una beca Rhodes. Enseña matemáticas en la Universidad de Warwick y en la Universidad Africana de Ciencia y Tecnología de Abuya. Zahrah y él se comprometieron hace semanas y tienen planeado casarse dentro de dos meses. Él siempre se está lamentando del circo de los horrores que es la enseñanza en Nigeria. Zahrah siempre le advierte que tenga cuidado con su

activismo en la universidad, que, por si se le ha olvidado, los asesinatos abundan en esta pocilga.

—He oído que has estado en Ososo —comento.

—Ah, sí. Un viaje largo.

—Guau.

—Fatee te lo ha dicho, ¿no? Ha sido un viaje muy secreto esta vez. Me han encargado un artículo sobre anifuturismo para una revista británica.

Afirma estar interesada en un nuevo objeto de investigación: cómo el alma permuta el cuerpo. Cómo se divide el alma y se distribuye entre los hijos de unos progenitores. Gemelos espirituales, niños que comparten un alma con hermanos nonatos.

Me quedo mirándola, sus cejas de sierra y sus pendientes bamboleantes. ¿Sabe que existe Ydna?

Lo más probable es que sea una coincidencia.

Asegura estar escribiendo el artículo desde la perspectiva de alguien más bien escéptico. Que toda su vida ha oído historias de personas muertas que se mudan a ciudades muy lejanas de donde habían estado viviendo para empezar de cero.

—De hecho, eso pasó aquí hace poco —asevera.

—¿En serio? —me intereso.

—Sí. La tienda que hay justo al doblar la esquina. Resulta que el propietario murió hace años en Níger. La semana pasada, su esposa e hijos visitaron Kontagora y se lo encontraron al frente del negocio. Cuando los vio acercarse, el hombre saltó por la ventana y se escapó. No lo ha visto nadie desde entonces. Es más, el emir ha embargado la tienda y se la ha entregado a una de las esposas.

Nos reímos. Fatima derrama su zumo. Zahrah se pone seria y dice que no es cosa de risa.

Suena el iPhone de Fatima: su madre la está esperando en casa.

—Gracias, tía Zahrah. Me tengo que preparar para irme. —Coge el hiyab y se va a su habitación.

—Oye, Andy, conocí a tu abuela —anuncia Zahrah mientras le da unos sorbos al agua.

—¿En serio? —contesto inclinándome hacia delante.

—Sí. Un encanto de mujer.

—¿Cómo es?

—Mayor, claro está. Pero alta. Más que tu mamá.

—¿Se parece a ella?

Zahrah hace una pausa.

—Andy, tú la conoces.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—Que no.

—Vino hace unos meses. A verte.

—Tía Zahrah, estás…

—Hasta vino a la escuela. A mi despacho. Estábamos hablando dentro: tú, Fatima y yo.

—No recuerdo haber visto a nadie como ella…

—Pero sí que vino, te lo puedo asegurar.

—¿Y por qué no me lo dijiste o me la presentaste?

—Entonces no la conocía.

anciana
con bastón viejo
mirando
un despacho
mirándome
a mí

—Y, Andy, os siguió a ti y tus amigos cuando os ibais para casa.

—¿De verdad?

—Pues sí. Hasta paró en una tienda en que vosotros os detuvisteis. Os compró galletas de chocolate.

—Me acuerdo…

Vagamente.

Hace unos meses, Slim, Morocca y yo paramos en una tienda a comprar agua purificada y galletas de chocolate. El tendero nos dio las galletas y, cuando estábamos a punto de abrirlas, nos percatamos de que no llevábamos suficiente dinero. Una anciana alta se ofreció a pagar. Llevaba un bolso de piel rojo y estaba muy erguida para su edad. Sostenía el bastón de un modo muy juguetón, sin apoyar el peso del cuerpo en él, parecía un complemento adicional de su mano. Mis drugos y yo le dimos las gracias y nos largamos sin mirarla dos veces, y eso fue todo.

Mamá suele decir que la sangre huele. Que incluso si viajas a un país lejano y te encuentras con un pariente que no conoces, sabes quién es de inmediato. Sientes algo que te tira hacia él, que te pica debajo de la piel y te recuerda a algo. Me pregunto si es cierto, si no reconocí a la abuela porque el olor de la sangre de mamá ya impregna toda la ciudad.

Fatima sale de la habitación ataviada con un hiyab negro y un vestido con estampado de Ankara; un bolso abultado le cuelga del hombro.

—Hasta luego. Gracias, tía Zahrah.

—Nos vemos, Fatee —contesta Zahrah—. Cuídate.

—Chao, Andy África —me dice riendo.

—Chao, Fatee —contesto con tono neutral.

Fatima sale despacio por la puerta, con los hombros caídos.

—Pero ¿por qué? —interrogo—. ¿Por qué no dijo nada?

—¿Y qué iba a decir? —Zahrah recoge los granos de arroz desperdigados por el suelo y los vuelve a echar al plato.

—Se podía haber presentado o algo.

—Sí, Andy, pero no es tan sencillo.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé.

—Me estás ocultando algo.

Los ojos redondos de Zahrah me envían un haz de radiación.

—Va, Andy. Eres como un hijo para mí. Como un hermano pequeño como mínimo. —Me pone una mano en la mejilla. Es cálida—. Yo no te haría eso.

—Gracias.

Aun así, sigo sintiendo que me oculta algo. Pese a sus monólogos interminables, tiene un punto reservado. Nadie sabe por qué fue al Sáhara. Cuando Fatima y yo le preguntamos, elude responder. «No podemos hablar de eso —dice—. Fue el periodo más oscuro de toda mi vida. Ni mi madre ni su madre sufrieron como lo hice yo». Fatima y yo nos barruntamos que debe de haber un bebé involucrado.

—Tu abuela te envía una carta —informa—. De hecho, me la dictó en ososo y yo la escribí en inglés. Espera un segundo.

Se va descalza a su habitación.

El dios de la cabeza trapezoidal me está llamando. Sus ranuras ópticas africanas son como ojos con lágrimas calientes que se acumulan en ellos y no llegan nunca a caer. Debe de ser un mojón muy gordo ser ese dios y tener que padecer esas lágrimas eternas.

Me entra un deseo súbito de gritar.

Pero no me sale. Con el dedo, escribo *Eso* en el suelo. Permanece un instante, pero se desvanece. Como TODO.

Zahrah regresa y me da un sobre blanco.

—Tengo que vestirme para la fiesta —anuncia.

Coloca la fuente moteada de granos de arroz en la bandeja. A continuación, las botellas vacías. Al final, las tazas y los cubiertos.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué?

—Por la comida.

—Ooooh, eres un verdadero encanto, Andy.

Se dirige a la cocina. Vacía la bandeja, vuelve a salir y se va a su

habitación.

Muy despacio, abro el sobre.

Andrew mè:

¿Cómo estás?

Pienso en ti. Siempre. Hasta he aprendido a escribir tu nombre. Es la única palabra que sé escribir. Me parece bonita cuando la miro.

Andrew mè, perdóname, pero no fui capaz de decirte nada. No pude cruzar esos límites. Fui muy débil por dentro. Cuanto más te veía, más quería. Perdóname.

Tu mamá es una de las personas más maravillosas que conozco. Ha hecho cosas por ti que ni yo soy capaz de hacer por mi propia hija. Y, a pesar de todo, no estamos de acuerdo en cosas básicas. Por ejemplo, aunque ella tiene sus razones, no debería haberte mantenido alejado de tu papá tanto tiempo. Yo sé que él le hizo un daño terrible, pero, aun así, tiene que perdonarlo. Y tú tienes que perdonarla a ella. Y todos tendréis que aceptaros y encontrar la manera de ser una familia. Esa es la razón por la que vine a Kontagora a verla. Y espero volver a hablar con ella de esto pronto. Pero, Andrew mè, no debes dejar de amarla. Tú eres ella, ella es tú, yo soy ella, yo soy tú. Somos una cadena. Solo podemos girar si estamos juntos. Si dejamos de estar juntos, nos volvemos fragmentos. Inútiles y sin sentido. Más valdría entonces que nos tiraran al vertedero. Por favor, no pierdas la paciencia mientras intentamos hacer que tu mamá deje ir el pasado y permita que tu papá entre en tu vida. Él está deseando verte y abrazarte. De hecho, ha jurado ir a visitarte muy pronto.

Cuando pienso en ti, me da un vuelco por dentro y me pongo feliz. Y canto. ¿Te gusta cantar? ¿Te gustaron las galletas?

Te voy a cantar una canción que mi mamá me cantaba a mí. (Le he pedido a Zahrah que se esmere con la traducción).

Ọmọ e werọ	Un niño, dulce
Abi shi sugar	como el azúcar.
Osono yiwọ	Hay tanto sufrimiento.
Aki kunọ yin ugi	Colócalos en un cesto
Oghọghọ ọgbọ kpọ sé	y su peso es abrumador, se derrama.
Evesho dobọ obia ọmọ	Señor, ayúdanos

re enerhe ọmọ
Osono mi minẹ uvu ma
chi nẹ samina
Debi kpedi bia bia o

a gozar de sus frutos.
Las espinas de mi vientre
no las podré olvidar,
pero el día que naciste, naciste tú.

Nos volveremos a ver.

Tu abuela Aziza

Un torbellino de escaldaduras en mis ojos.

Mamá… Su olor… Su aroma a pozo mohoso de buenas noches. Sus misterios, sus mentiras…

En el reverso de la carta hay un mensaje de Zahrah:

> He llorado al escribirlo, al traducirlo. Y me he acordado de tu Ydna. Sí, sé quién es. Lo confuso que debe de ser todo para ti… Solo quiero que sepas que nunca estás solo, Andy. Siempre tienes a Ydna. Has de saber que la mayoría de los africanos también tenemos a nuestros Ydnas. Espero que darte cuenta de esto ayude. Z.

4

En la tapia de nuestra iglesia está pintado PROHIBIDO FIJAR CARTELES en negro cada pocos metros. Aun así, hay cientos de carteles pegados a ella, agitados por la brisa, donde se anuncian trabajos falsos. «¡ATENCIÓN! —reza uno—. ¡GANA 100.000 EN DOS DÍAS!». Pese a que muchas personas saben que las ofertas no son de verdad, echan la solicitud y pagan unos cuantos miles en tasas. Me revienta.

Slim, Morocca y yo atravesamos la entrada que lleva al compound de la iglesia.

Es nuestra catedral: sin cúpulas, agujas o arcos. Nada más que un gran bungaló achaparrado. Pintado de amarillo por arriba y de marrón por abajo. Los desconchones en la pintura como ojos que nos observan.

Los arbustos secos que la rodean empiezan a amarillear, pero hay uno en la parte de atrás de la entrada que está floreciendo: un oasis, un santo, una llama en mitad de la noche. Dentro, un abejorro choca una y otra vez contra una ventana llena de polvo.

El sol es más tibio, anaranjado. Un racimo de nubes lo cubre poco a poco.

Las hojas crujen bajo nuestros pies. El aire es fresco bajo la sombra de la sibilante melina. Las semillas caídas huelen a orines dulces.

Antes de salir de su casa, le hice a Zahrah un millón de preguntas: que cómo se ha enterado de lo de Ydna, que cuándo voy a ver a mi papá, que por qué me estaba ocultando un secreto… Rehusó contestar con el pretexto de que debería hablarlo con mamá, que mamá me lo explicaría todo.

—Me entristeció mucho lo de Ydna —me ha dicho—. Me recuerda a la mía… A cómo me dejó. Cómo me envió al Sáhara…

Supongo que la rebautizaré con el nombre de Harhaz.

Mis drugos me preguntan por qué estoy abatido, por qué no me río con sus chistes, qué ha pasado en casa de Zahrah. Les digo que está todo bien, que deberíamos seguir caminando para no llegar tarde. Intentan animarme, me hacen cosquillas en el costado, me frotan la espalda. Morocca bromea con que está seguro de que Zahrah está súper colada por mí por cómo me mira y todo eso. Que si alguna vez quiero perder mi preciada virginidad, lo único que tengo que hacer es visitarla de noche. Y que ella me hará un buen pajote con las tetas. Me hace explotar de la risa y le pego un puñetazo.

—Te voy a dar, flipao —le suelto.

Nos reímos y proseguimos nuestro camino.

Me empieza a sonar el teléfono. Lo saco del bolsillo de los vaqueros.

Es mamá.

Me da un vuelco el corazón. Espero un momento. Respiro hondo.

Contesto. Hay música en mi auricular. Gente que grita y se ríe.

—Andrew mè.

Vacilo entre decir «Sí» o «Sí, mami» teniendo en cuenta lo egoísta que ha sido al ocultarme lo de mi papá.

—¿Andrew mè?

—¿Sí? —contesto en ososo.

Se hace un silencio. Estoy seguro de que se ha dado cuenta de que no he añadido «mami» a la respuesta. Se da cuenta de todo.

—¿Todo bien? ¿Dónde estás? —pregunta.

—Entrando en el compound de la iglesia. Camino de la casa del reverendo.

—Vale. Pensaba que estarías lejos. Te hubiera dicho que te volvieras para casa.

¿Es que viene mi papá a la fiesta? ¿Está intentando acaso

mantenerme alejado de él?

Me dice que se acaba de enterar de que hay disturbios por toda la ciudad. Uno de los miembros de nuestra iglesia se emborrachó, insultó al profeta Mahoma y quemó un tasbih. Los musulmanes se han echado a la calle y están rompiendo escaparates y quemando neumáticos. La policía ha intervenido y, de momento, los disturbios se están apaciguando.

—Aun así, no nos podemos fiar de esta gente. Bueno, entonces ahora nos vemos.

Y cuelga sin darme la oportunidad de replicar nada. Mamá no falla, siempre intenta economizar su tiempo de emisión.

La última vez que hubo disturbios, los alborotadores allanaron, saquearon y quemaron iglesias y comercios propiedad de cristianos. Mujeres y niños recibieron machetazos. Yo estaba en una fiesta con Slim y Morocca. Mamá tuvo que salir corriendo a buscarme en plena noche y en medio de todos los gritos y los «Allahu akbar». Unos hombres la persiguieron, la azotaron y le agarraron los pechos. Para salvarse negó ser cristiana. Negó a Cristo. Dijo que la Biblia era falsa, el mal, pese a recitar el salmo 23 y rezar el rosario cada día. Coreó a voz en cuello: «¡La ilaha illallah! ¡Muhammadur rasulullah!». Los hombres se rieron de ella.

Les cuento la llamada a mis drugos. Morocca mira su móvil y ve un mensaje sobre los disturbios. Seguimos caminando con la esperanza de que no lleguen a la iglesia, de que la policía siga reprimiéndolos.

Slim sonríe y sacude la cabeza.

—¿Por qué estás sonriendo como un conejo? —pregunta Morocca.

—Nada, una idea que se me ha cruzado por la mente.

—¿Se puede saber cuál? —insiste Morocca.

—Me gustaría que Eileen tuviera un hermano gemelo para poder pillar yo también.

—Y una hermana gemela, también —añade Morocca—. Para que pudiéramos pillar todos.

Nos reímos.

Pasamos por delante de una hilera de árboles mástil. La casa del reverendo está en el extremo este del compound, a un minuto de donde nos encontramos.

—Somos tontos —protesta Slim.

—¿Qué pasa? —dice Morocca.

—Nos pillamos por alguien a quien en la vida le vamos a gustar.

—Venga, tío. Esto ya lo hemos hablado y te he demostrado que te equivocas —corrige Morocca.

—Y una mierda. ¿Por qué?

—Por nuestras pollas.

—Ah, ¿sí?

—Son leoncitos y todas las churris blancas quieren un mordisquito.

—Anda y vete a morder una rata con tu polla de pitón, Morocca —le espeta Slim—. Hazme caso, lo único que Eileen te va a tocar es la mano al saludarte.

Quiero cambiar de tema, pero no sé qué decir.

Oímos al coro infantil cantar «Lord of the Dance» y Morocca empieza a menear ese culo plano y negro que tiene al ritmo de la canción: meneíto a izquierda, derecha, adelante, atrás.

Nos reímos.

De pronto nos quedamos petrificados porque ya tenemos a la vista el porche de la casa del reverendo, cubierto parcialmente por framboyanes, y hay una persona allí de pie que se está transformando lentamente: alguien que no debería existir aquí.

El tiempo desacelera. Los segundos se expanden.

«Entre dos números hay infinitos. Hay milenios enterrados en segundos. Las criaturas nacen y mueren y vuelven a nacer. El mundo se acaba y comienza y comienza. Parpadeas y el mundo que

ves es nuevo».

Hay una chica rubia junto a la puerta. Lleva un vestido color melocotón y sandalias. Saluda con la mano y sonríe a unos niños.

Pelo rubio platino. Ondulado. Hasta la cintura. Cada mechón es un sol largo y dulce.

El racimo de nubes se retira del sol anaranjado. Se despliega un cálido resplandor. Eileen levanta la mirada hacia él:

Oda a Eileen

cuando mira
al sol

se ve a sí misma

se sonríe a sí misma
belleza ante un espejo

Oda al Grito

todos los
africanos
le

g
r
i
t
a
n

al sol

a
hxvx

cada vez
que ven

a una persona blanca

El tiempo se contrae.

Proseguimos nuestro camino. En silencio. Sin mirarnos. Sin mirarla. La vista fija en los framboyanes. En sus sanguinolentas flores. Algunas de ellas, con la forma de corazones sangrantes.

Llegamos a los escalones de la casa. El coro infantil suena a todo volumen. La canción parece venir del jardín trasero.

Nos acercamos a ella.

Sonríe. Ojos verdes. Como un prado mecido por la brisa.

En su nariz brilla un pendiente. También brilla su colgante.

Da la sensación de que da vueltas a nuestro alrededor, de que nos envuelve. Todo lo demás desaparece. Incluso cuando aparto la mirada, solo veo rubio platino. Que gira. Que parpadea. Que me atraviesa.

Me sonríe.

Algo me recorre por dentro.

Le sonrío.

—Hola —la saludo.

—Hola —me saluda.

—Debes de ser Eileen.

Hay en ella un destello dulce.

—Así es —dice riendo.

—Yo soy Andy.

—Ah, hola, Andy.

Su «ah» y su «hola» pulsan una cuerda dentro de mí.

—Encantado de conocerte, Eileen.

—Lo mismo digo, Andy.

Esa manera que tiene su voz de ondularse arriba y abajo y arriba, como una curva que convierte las palabras en una canción…

Me ofrece su mano. Escultura rosácea. ¿La beso o la estrecho? Opto por estrecharla. Un segundo extra. Satinada, como un pétalo húmedo.

—Estos son Tom y Mike —añado señalando a mis drugos con un gesto.

Sueno raro, con la voz más grave y todo. ¿Más británico? Y no sé por qué he abreviado los nombres de mis drugos. No lo había hecho nunca.

—Hola, Tom. Hola, Mike —los saluda estrechándoles la mano.

—¿Qué tal, Eileen? —saluda Slim.

—Muy buenas, preciosa. ¿Cómo andas? —saluda Morocca.

Se ríe.

—Muy bien.

Me mosquea que Morocca la llame «preciosa», que no me haya cedido a mí ese honor. Pero tampoco me rayo mucho porque su mirada no deja de volver a posarse en mí, hasta cuando la dirige a él o a Slim.

… Esa manera que tienen sus labios de enroscarse en una rosada «o» cuando ríe…

—Encantado de conocerte.

—Gracias.

—Muy bien.

—Genial.

—Estupendo.

… Ese modo que tiene de parpadear y que sus ojos regresen aún más frescos…

—¿Qué te parece Kontagora? —pregunto con acento cien por

cien cockney.

—¿Cómo dices?

Repito la pregunta, un pelín avergonzado, más despacio esta vez, tratando de sonar más relajado, más cotidiano.

—Ah, es genial. Diferente de Londres, sin duda, pero estupenda.

—¿En serio? ¿A qué te refieres? —pregunto.

—Me gusta el ambiente de aquí. Todo el mundo es simpático, feliz, se ríe… Y el paisaje es precioso.

—¿De verdad?

—Sí. Y me gusta la cultura. Los vestidos con tantos colores. Las palabras y los nombres chulos.

—Qué bien.

—¿Qué significa «ya ki ke»? ¿Lo he dicho bien?

—Sí —miento.

—Significa «¿cómo estás?» —interviene Slim.

—Ah, qué bonito.

—Guay.

—Genial.

—Tengo entendido que te gusta el arte —comenta Morocca.

—Sí, mucho —responde ella.

—¿Sabías que soy rapero? —alardea Morocca—. ¿Como Kanye West? ¿Y que Andy es poeta?

Se vuelve hacia mí.

—¿De verdad? ¿Escribes poesía?

—Sí. Algo.

—Me encanta la poesía.

—¿En serio?

—Sí. Emily Dickinson, las Brontë, sobre todo Charlotte, Seamus Heaney, Sylvia Plath…

—Un gusto exquisito —la alabo—. A mí también me encantan.

Solo Dickinson y Plath, la verdad sea dicha.

A Morocca le entristece que a Eileen le importe un pimiento su

rap.

—Un poema de Andy se llevó el primer premio del concurso estatal. Lo publicaron en periódicos de todo el país —comunica Slim.

—Guau, estupendo. Es genial. Felicidades —celebra Eileen.

—Gracias.

Eileen nos cuenta que, pese a haber memorizado montones de poemas, no se ha atrevido nunca a escribir uno. Le pregunto por qué. Dice que está convencida de que cualquier intento no será más que pura bazofia o, en el mejor de los casos, un refrito de sus poemas preferidos. Le digo que no debe asustarle la repetición, que todo buen arte empieza siendo imitación.

—Eso es cierto. Muy cierto —dice con dulzura.

Es la leche. Menuda locura que ya estemos parloteando sobre poesía.

Quiero coger la piedra de su colgante. Palparla. Recoger los fragmentos de ella de los bordes.

Nos miramos. Los segundos se expanden. Mis drugos desaparecen. Me encuentro en su prado. Ella navega sobre mí. Me llama. Me hace levitar hasta ella.

—Me gustaría leer algo de tu obra, si no te importa.

—Eres muy amable. Gracias.

—Espero leer más poesía africana mientras estoy aquí.

—Buen plan.

Espero que no me pida recomendaciones, no tengo muchas que darle.

Me doy cuenta de pronto de que el presidente de nuestro consejo parroquial y su esposa e hijos están detrás de nosotros. De hecho, una pequeña multitud se ha congregado en los escalones, a la espera de poder saludar a Eileen para sumarse a la fiesta.

Eileen nos dice que acaba de empezar en el jardín trasero. Que deberíamos entrar por la sala de estar y usar la puerta de atrás. Se

unirá a nosotros en un momento.

—Ahora os veo —nos comunica. Y añade, dirigiéndose a mí—: Me leerás alguno de tus poemas, ¿verdad?

—Sí, claro. Hasta ahora, Eileen.

Da un paso al frente, radiante, envuelta de un halo parpadeante. Da la bienvenida a los invitados, les estrecha la mano, abraza a las mujeres. Se acuclilla y deja que los niños pequeños le pasen los dedos por sus Mechones de Poder platino. Los niños sueltan una risilla.

—¡Es muy suave! —se maravillan—. ¡Como el agua!

Los progenitores de las criaturas les piden que dejen de tocarle el pelo, que se lo están enredando, se lo ensucian.

Estoy seguro de que ella se siente rarísima: como un ángel que ha bajado del cielo, una princesa alienígena que aterriza en la Tierra, un pez que se contorsiona y se revuelve en la orilla.

Morocca tira de mí. Los sigo a él y a Slim a la sala de estar con la sensación de que me alejo de la luz.

Ya en el jardín, el rubio platino colorea todo lo que veo: los montones de personas sentadas en círculo en sillas de plástico y que sonríen jubilosas; el coro infantil en el centro, saltando, haciendo giros y piruetas al unísono con el «African Way» de Panam Percy Paul. Son pequeños, de entre cinco y doce años, y van vestidos con camisa, pantalones y guantes blancos. Levantan las manos hacia el cielo cuando Panam canta sobre el paraíso y se las llevan a las rodillas cuando lo hace sobre la Tierra. La audiencia jalea y sigue el ritmo con las palmas. Los niños pequeños del fondo se suben a la silla para verlos bien.

Aparece mamá con la cámara colgada al cuello. Le tira del pecho como un tercer seno.

Un aluvión de emociones en mi sangre. Aquí está el pilar que se eleva entre papá y yo. Quiero odiarla, rugir, escupir y romper cosas, pero las palabras de la abuela aún reverberan dentro de mí: «… no

debes dejar de amarla. Tú eres ella, ella es tú; somos una cadena». Y cuando los recuerdos del olor de mamá se me ponen delante, me empiezo a rendir poco a poco.

Mamá se pone en cuclillas delante del danzante coro. Se coloca la cámara delante de la cara. Gira el objetivo a la derecha izquierda derecha. Sonríe. Clic, clic. Se pone de rodillas, se inclina hacia delante, vuelve a sonreír. Clic, clic. ¡*Flash*!

Lleva un vestido con estampado tie-dye rojo y negro, un pañuelo floreado le cubre las canosas trencitas. Se pone de pie. Se vuelve de golpe. Me mira.

Me muero.

Estoy de pie entre chavales de mi edad y otros muchos que son mayores, pero la mirada de mamá me engancha entre la multitud. Me sonríe. Me enseña el hueco entre los dientes. No sé qué dicen sus hoyuelos. Intento no hacerlo. Lo intento con todas mis fuerzas, pero acabo cayendo:

Le sonrío.

Una brisa cruza el jardín. Las plantas en flor despiertan. Llenan nuestros ojos de rojo ardiente, rosa y melocotón: framboyanes con flores sangrantes que se balancean; buganvillas arrastrándose aquí y allá; rosas de pitiminí parpadeando.

Mamá se traslada a la mesa de honor, que está decorada con encajes y globos arcoíris. Sobre ella hay botellas de vino Eva y cartones de Five Alive. Sentado a la mesa está el quién es quién de nuestra iglesia. En el centro, el padre McMahon, la hermana Lakefield y el presbítero Paschal, presidente de nuestro consejo parroquial. Justo entre McMahon y Lakefield hay un trono con adornos florales para Eileen.

Mamá les dispara una foto. Se agacha, sonríe, vuelve a disparar.

No me gusta nada ver a mamá agacharse ante la gente mientras gira el objetivo. Da la sensación de que ha aceptado quién es,

quiénes somos, personas que se agachan, que tienen que agacharse, que están condenadas a agacharse.

El padre McMahon le pagará veinte mil por la velada, más otros gastos como transporte y revelado. Ella ha planeado comprarse dos wrappers, algo de ropa para mí y llenar la despensa de comida.

Ojalá pudiéramos conversar en privado, pero no querrá hablar conmigo ahora que está trabajando. «Espera a que lleguemos a casa», me dirá. Voy a tener que aguardar a que acabe la fiesta.

Retrocede y desaparece entre la multitud, entre un grupo de plumerías.

Los niños del coro dan vueltas y se ponen de puntillas como Michael Jackson.

—¡Ese es mi chico! —exclama un señor de rojo.

El jefe Omu, conocido popularmente con el apodo de Mai Gemu («con barba», pese a ser totalmente barbilampiño), se levanta de su asiento junto al presbítero Paschal. Lleva túnica negra y una sarta de abalorios rojos con una cornamenta de cabra en cada uno de ellos. Lo llaman Mai Gemu porque tiene mucho dinero, porque cada día gana al menos cinco millones con su tienda de piezas de recambio de Lagos Road. Dicen que ha matado a tres personas, su primogénito entre ellas, y que les ha ofrecido su sangre, genitales y almas a los espíritus malignos del pueblo. También se dice que tiene tres tortugas vivas enterradas en el porche de su tienda y que estos espíritus malignos y tortugas provocan accidentes de coche y averías en la ciudad, de manera que los conductores sienten un deseo irrefrenable de comprar piezas de recambio cada vez que pasan por delante del comercio.

Se acerca pavoneándose al coro danzarín. Los hombres lo aclaman: «¡Mai Gemu! ¡Mai Gemu!». Se le ensanchan los hombros. Alza su bastón ante la audiencia como si fuera la Copa del Mundo. Vítores. El pulido bastón centellea, las luces se reflejan con los balanceos: a un lado y a otro, arriba y abajo.

—¡Mai Gemu!

Él se acerca al coro danzante, mete la mano en la túnica y saca un fajo de billetes despampanantes de veinte nairas recién retirados del Banco Central. El frenesí se apodera de los niños que bailan, la audiencia contiene la respiración. De pronto, le lanza el dinero al coro. Una lluvia de billetes verdes lo salpica. Los niños pierden el paso, chocan unos con otros; hay uno que se da de bruces contra el suelo.

La audiencia se pone en pie y brama.

Mamá aparece y empieza a disparar fotos como una loca.

Mai Gemu entra en un trance danzante. Menea sus enormes posaderas arriba y abajo, agarrándose a su bastón como si fuese una barra de baile. Va desacompasado con respecto al coro: los niños bailan occidental; él, tribal. Aletea con los brazos mientras se agacha poco a poco hasta quedar en cuclillas.

La audiencia se vuelve loca.

Los amigos de Mai Gemu se precipitan al jardín para unirse a él. El MC anima al público a hacer lo mismo. Dice que hoy es el día de Dios, el día de nuestro sacerdote.

—El cielo caerá esta noche. Quien baila una vez es como si rezara dos.

El público se une al baile. En un periquete, todos danzan salvo el padre McMahon y la hermana Lakefield, que siguen sentados a la mesa de honor. Dudan un minuto. Finalmente, se levantan y se unen vacilantes al resto. Se quedan quietos otro minuto, no muy seguros de cómo moverse, de si han de imitar la danza tribal rompeespaldas que les rodea o es mejor moverse en un estilo occidental lento y calculado. Se deciden por un torpe balanceo de brazos y pies. En medio de semejante frenesí, nadie parece reparar en el niñito del coro que se mete uno de los billetes caídos en el bolsillo.

Miro la puerta trasera para ver si entra Eileen. Me pregunto por

qué aún no está aquí. Estoy deseando ver cómo baila.

Don Calculadora, capillero de nuestra parroquia, se abre paso a empellones entre la multitud, su pelo afro abulta más que un bombín. Lleva agarrada una cesta de plástico y va recogiendo los billetes del suelo y echándolos dentro. Segurísimo que está tentado de meterse alguno en el bolsillo, aunque se convence de lo contrario, de que es dinero de Dios, pese a que sea el padre McMahon quien se lo vaya a gastar después.

El DJ cambia a una canción devocional:

Salta con alegría hacia el Señor.
Yo salto de alegría hacia el Señor cada día.
¡Salta! ¡Salta! ¡Salta! [4]

La multitud brama, todos saltan y rebotan y se chocan unos con otros. El padre McMahon y la hermana Lakefield están completamente perdidos, plantados allí en medio con los brazos en jarras mientras observan los pasos de la danza extraterrestre que se sucede a su alrededor, inútiles, un poco ruborizada en el caso de la hermana, que me ve y me saluda con la mano como si yo fuera el helicóptero que viene a rescatarla de este frikerío.

Me acerco a ellos abriéndome paso entre giros, saltos y sudores. Por todos lados se respira un fuerte olor a transpiración, alcanfor o algún perfume barato.

Paso junto a Slim y Morocca. Están de pie con los brazos cruzados en las inmediaciones de un arbusto de ixora y murmuran que tanto el baile como la música son una idiotez, primitivos, como si hubiéramos retrocedido cien años.

—¿Qué pasa, bro? —saludan.

—Poca cosa. Un minuto.

El padre McMahon y la hermana Lakefield parecen una pareja de ancianos blancos: él en la sesentena, ella en la mediana edad; ambos pintando canas y arrugados y con gafas. Él va ataviado con

camisa blanca remetida por el vaquero; ella, con un vestido azul de flores hasta las rodillas. Son los primeros blancos que conocí en mi vida. De hecho, fue el padre McMahon quien me bautizó. Le insistió a mamá que me pusiera Andrew, el hermano del colega que fundó el cristianismo, porque yo había nacido el día de San Andrés. Hasta le dijo a mamá que llegaría a ser un gran hombre como él, que mamá no tenía que preocuparse, sino tener fe.

Que yo transformaría su vida.

Mamá tenía en mente llamarme de otra manera, algo así como Akpamè (mi lámpara) u Omokhafè (un niño en casa), pero al final aceptó lo de Andrew a regañadientes cuando oyó lo del gran hombre. Aun así, ella considera que Andrew suena demasiado tosco y extranjero dicho por ella, así que me llama Andrew mè, mi Andrew.

Estoy seguro de haber transformado la vida de mamá para peor.

los niños
son la maldición
de las cosas

—Hola, Andy —saluda la hermana Lakefield.

Acento arribabajoarriba. Nariz larga y fina. Produce un sonido imposible.

Ojalá pudiera hablar así.

—Buenas tardes, hermana. Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, Andy —responde el padre McMahon.

Tienen un acento que siempre me provoca una agradable sacudida cuando hablo con ellos, pues me recuerda que tengo que largarme de aquí pero ya.

—Te estás divirtiendo, espero… —se interesa la hermana.

—Sí, hermana.

—¿Has conocido a Eileen?

—Sí, padre. Es muy… amable.

Quería decir guapa o preciosa, pero me he mordido la lengua porque a los hombres no les gusta que otros hombres admiren a sus mujeres.

Me siento siempre como un pájaro (libre, en pleno vuelo, flotando) cuando estoy con el padre McMahon y la hermana Lakefield. Siento que tengo un pie fuera del continente. Y luego está la palpitación de la sangre, la espiral relajante y fortalecedora que me masajea los hombros cada vez que hablo con ellos, cada vez que nos ven juntos otras personas que pasan cerca, en cuyos ojos hay un destello, un deseo que elevan a Dios de estar en mi lugar. Me flipa.

—¿Qué tal va su libro? —le pregunto al padre McMahon. Últimamente se le ve poco afeitado y con falta de sueño.

—Va bien de momento, Andy. Lo único es que no he llegado a la fecha de entrega y mi editor está enfadado.

El padre McMahon está escribiendo un libro sobre sus excavaciones arqueológicas de las comunidades a lo largo del río Níger y de cómo los relatos creacionistas de las tribus del norte de Nigeria tienen paralelismos y encajan con el Génesis. Lo visito de vez en cuando en fin de semana y nos pasamos la tarde hablando sobre Darwin (de cómo su teoría no niega el Génesis) y Georges Lemaître (de cómo la fe puede guiar y fortalecer la razón). Nos pasamos la velada en su jardín mirando Alfa Scorpii y Proxima Centauri b por su telescopio, haciéndonos preguntas sobre la posible vida que albergan, sobre si tienen en su interior ese profundo agujero por comprender las cosas, sobre si saben si existe Dios, el plan de Dios de crear otros planetas además de la Tierra. El mayor deseo del padre McMahon (¡además de llegar al paraíso!) es renacer de algún modo dentro de mil años para descubrir cómo ha ido TODO.

La música para de pronto y yo sé por qué. Me vuelvo hacia la puerta de atrás. He ahí la Reina Platino en su vestido melocotón,

apoyada sobre un pie. Tiene los ojos abiertos de par en par, se maravilla de lo indígena que se ha puesto el personal, de su vuelta al Edén, sobre todo su tío y la puritana hermana Lakefield.

El MC, el barrigudo Chief OZ, habla a través del micro. Acoples de retroalimentación recorren el jardín como un muelle.

—¡Alabado sea el Señor! —exclama—. ¡Alabado sea o!

—¡Aleluya o! —responde la multitud, que aprovecha para tomarse un respiro.

Chief OZ anuncia que este es el momento que estábamos esperando, la «entrada triunfal de nuestra muy distinguida invitada de honor». Don Calculadora da un paso al frente para hacer lo que mejor sabe hacer. En cuestión de medio minuto, y a base de empujones y amenazas, consigue despejar un camino entre la multitud que va de la puerta de atrás al trono de Eileen en la mesa de honor.

El DJ pone «Gloria in excelsis Deo».

Oye, Ydna.
¿*Qué pasa, Andy*?
¿*Esto está pasando de verdad*?
Eso parece, colega.

—Y ahora —presenta Chief OZ—, procedente de Londres, Reino Unido… hermanos y hermanas… demos la bienvenida a… ¡Eileen Catherine Grosvenor!

Tanto hombres como mujeres lanzan vítores. Los muchachos silban. Las muchachas chillan. Todos cantan «Gloria in excelsis Deo» como si fuera Domingo de Ramos, como si Eileen fuera el mismísimo Cristo.

Eileen se ruboriza, vacila un momento. A continuación, inicia su entrada a través del camino abierto, que se cierra al pasar ella.

Estoy seguro de que todos los chicos y los hombres están oyendo

ahora mismo el chirriar de camas en sus cabezas; sus bocas rojas anhelan el rosa de su cuerpo, la negrura entre sus piernas ansía verse envuelta y blanqueada en el torbellino platino que baja ondulante por su espalda. Las mujeres deben de estar maldiciendo al sol, deseando poder retroceder en el tiempo, albergando ideas de ciencia ficción sobre cómo parecerse a ella.

¿*Ydna*?
¿*Sí, hermano*?
Quiero apartar la mirada.
Hazlo.
¡*Pero no puedo*!
De verdad, colega, sí puedes. Puedes hacer cualquier cosa.

Las chicas acarician el pelo de Eileen con la boca tan abierta como el borde de una taza. Se preguntan si todo ese pelo es real, si es natural, por qué no han tenido ellas esa suerte, si el UNIVERSO y TODO son justos. Las muchachas mayores llevan pelucas pelirrojas o rubio ceniza fabricadas localmente con petróleo (las más baratas) o importadas de Brasil (las más caras). Otras se han alisado el pelo con un alisador o se han hecho trenzas con extensiones rubias.

Mamá aguarda al final del camino y no deja de disparar con la cámara.

La Reina Platino llega a su trono, envuelta en su halo parpadeante. Toma asiento. Los vítores alcanzan su clímax.

Ydna, ¿tú crees de verdad que lo somos?
¿*Que somos qué*?
Ya sabes. Nosotros y ellos.
…
Contéstame, Ydna. Dime la verdad. ¿Lo somos? ¿Somos…

iguales? ¿Estamos al mismo nivel, quiero decir?

…

Ydna, contéstame. ¡Ydna!

Lentamente, la multitud se dispersa hacia sus asientos. Yo me sumo adonde están los otros chicos de mi edad, debajo del framboyán. Conozco a unos pocos pero no les digo ni mu. No entienden casi nada de lo que les digo cuando hablamos. No pillan nunca mis referencias a *Dune* o Tarantino y yo no los entiendo cuando parlotean del último vídeo de Tiwa Savage (de que baila desnuda) o de la última peli de Tonto Dikeh (de que tiene la piel cada vez más clara).

Tres niñitas vestidas con encajes blancos, como si fueran ángeles, ocupan el centro del patio. Le cantan una canción de bienvenida a Eileen.

E de exquisita
I de infinito
L de…

Mis drugos se unen a mí y con ellos viene nuestro compañero de clase Okey. Morocca rodea con su brazo la cintura de Okey, Slim le pasa la mano por su enorme cráneo resplandeciente. Los ojos de Okey son los más grandes que he visto nunca, en serio. Son como los de WALL-E. De hecho, si quieres llevarte un mamporro o contemplar sus ojos en toda su magnitud, solo tienes que llamarlo WALL-E. Mis drugos están entusiasmadísimos y yo estoy WTF y quiero saber por qué lo están tratando como si fuera su novia.

—¿Qué hay, Bros? ¿Qué tal, Okey? —Me muero por llamarlo WALL-E.

—Bueno, negrata, explícale a Andy lo que nos acabas de contar —le pide Morocca.

Okey suelta una risilla de rata, se pasa la lengua por el labio

inferior, se siente famoso.

—Va, Okey —suplica Slim.

—¿Por qué una dey molestarme, na? —Okey se ríe de mis drugos.

—Por favor, Okey —le ruega Morocca.

—Vale. —Okey se dirige a mí—: Para abreviar: mi tío y yo nos vamos al extranjero muy pronto. A España.

—¿En serio?

Estoy seguro de que no dice la verdad. En lo que respecta a mentir, es Einstein. Okey asegura que su abuelo (que lleva mucho tiempo muerto y ha trabajado de limpiador toda su vida) posee una compañía de ingeniería en Abuya que construye satélites. Ha engañado a todos nuestros profesores, incluida Zahrah, inventando excusas elaboradísimas para no ir al cole o no hacer los deberes. La última vez, aseguró que su abuelo había encontrado su nombre y las coordenadas de nuestra escuela en un extraño mensaje enviado por uno de los satélites nigerianos. En consecuencia, le aconsejaron que se mantuviera alejado de la escuela durante una semana como mínimo, hasta que se investigara adecuadamente el mensaje.

—¿En serio, Okey?

Asiente con la cabeza, muy seguro de sí mismo, con ese aire de arrogancia propio de una superestrella.

—Guay —sentencio, sin creer una palabra de lo que dice.

—Andy, pregúntale cómo van hasta allí —insiste Morocca.

—¿Cómo vais, Okey?

Okey le echa una mirada asesina a Morocca, pero sonríe enseguida.

—¿Cuándo es el vuelo, Okey? —insisto.

Mis drugos se echan a reír a carcajadas mientras me señalan con el dedo como si me acabaran de salir doce antenas en la cabeza. Se ríen a mandíbula batiente durante un minuto. Un capillero se les queda mirando.

—Venga ya, Bros —les digo tratando de que paren—. ¿Vas a viajar por mar, entonces, en barco?

Mis drugos se ríen aún más. Cuando por fin paran, Morocca comunica que Okey pretende viajar por el tercer (o el primer, más bien) medio de transporte: por tierra.

—¿En serio? —me sorprendo, sumándome al entusiasmo de ellos—. ¿No estás de coña, Okey?

Okey asiente sin perder su aire de arrogancia.

—La leche. ¿Así que queréis ir por el Sáhara?

—Sip. ¿Algún problema?

—Pero es superpeligroso, colega.

Okey resopla con aire de superioridad.

—Si no dey espabilado, Andy. Mi tío y yo vamos a cruzar el puto desierto hasta España.

—Pero ¿por qué queréis pasar por allí? Mira cómo volvió Oga Oliver.

—You suenas dey mariquita, Andy.

Otro día le hubiera soltado un bofetón en los morros por el comentario, pero ahora mismo estoy tan emocionado que me da igual.

—Make yo digo, Andy. Dos primos míos y un tío están en España. Pasaron por el Sáhara, yo dey cuento. Son espabilados, bro, muy espabilados, no como Oga Oliver. Les va de maravilla, colega. Comen de todo. Follan con damiselas de todo tipo.

—Guau —alucino.

Mis drugos y yo nos lo quedamos mirando con los brazos en jarras.

—Mucha gente que atraviesa el desierto triunfa, colega. Solo los cobardes fracasan. Mi tío y yo nos largamos. No nos quedamos en este *mumu* país ni un minuto más.

Pausa larga. Mis drugos y yo miramos a Okey embobados, nos encantaría estar en su lugar pese a los riesgos. Sabemos que, si le

sale bien, su vida será lo contrario a la nuestra. Nos sonríe, una sonrisa engreída, se compadece de nuestras desafortunadas almas.

El coro de niños llega a un *crescendo*:

Bienvenida, señorita Eileen.
La bienvenida le damos.

Eileen suelta una risita tonta. Saca su iPhone. Fotografía a las niñas.

—Andy —comenta Okey—, he oído que Morocca y tú os estáis enamorando de esa blanquita inocente. —Se echa a reír—. ¿Vais en serio o qué? ¿Os creéis que una chica blanca así va a querer algo con vosotros? Si queréis probar coños blancos más os vale largaros de aquí pronto, yo dey cuento. Estáis perdiendo el tiempo con esa churri.

Lo miramos embelesados sin ofendernos un ápice por sus dardos.

Menea la cabezota.

—¡Yo dejo you mumu chicos para este mumu país! —nos suelta, como si fuera culpa nuestra que estemos atrapados aquí—. ¡Os apuesto say I pruebo coño blanco antes que *una*!

Me disculpo y me voy al baño. Cuando vuelvo al framboyán, no están ni mis drugos ni Okey.

Una chica con peluca que está bajo el árbol me echa el ojo, pero no le devuelvo la mirada. La mía navega y se posa en la Reina Platino, que localizo en la mesa de honor. Consulta el programa, el aro de su nariz titila para mí.

En serio, no sé qué me pasa. Estoy seguro de que la chica me mira a moi. Y encima está bastante bien. ¿Por qué no puedo devolverle la mirada, entablar conversación y pedirle su número? ¿Es por la peluca? ¿Y por qué soy el único que se está fijando en las pelucas?

Sigo oteando la mesa de honor. Saco mi teléfono, finjo que estoy leyendo un chat superimportantísimo de mis colegas. Muy despacio, me alejo del framboyán y me detengo cuando estoy debajo de otro,

a varios metros de distancia. Me rodea una gente un poco mayor que yo, no conozco a la mayoría. Miro a mi alrededor: oui, me he librado de la chica; oui, veo la mesa de honor con toda claridad.

Chief OZ le da unos golpecitos al micro, dice que ha llegado la hora del brindis y la ceremonia de partir la nuez de cola. Los camareros sirven las nueces en unos platillos. Sirven vino tinto espumoso en las copas. Colocan con delicadeza las copas delante de nuestros invitados especiales. Al resto de los invitados les echan berenjenas amarillas y verdes y vasos de papel llenos por la mitad de zumo de naranja.

Chief OZ le pasa el micro a Mai Gemu para que este haga las bendiciones en el momento de las nueces. Mai Gemu carraspea, le da unos golpecitos al micro hasta que los acoples atraviesan el jardín. Pide buena salud para Eileen, que disfrute de su estancia, que la semilla que el padre McMahon y otros blancos han sembrado en este país crezca sin parar hasta sobrepasar las estrellas. Pide por todos los hombres aquí congregados (ni mención a las mujeres), que Dios abra todas las ventanas del cielo y bendiga sus negocios y que bendiga, sobre todo, su negocio. Porque aquel que reza no debería olvidarse de sí mismo en sus plegarias. La gente suelta una risilla ante la ocurrencia y exclama «Amén».

Chief OZ pide a todos que se pongan en pie para el brindis, cosa que hacen. Se desplaza al centro del jardín, levanta su bebida bien alto hacia el sol vespertino.

—Jota —exclama en el micro.

—Jota —responde el personal.

—E —continúa.

—E.

—Ese.

—Ese.

—U.

—U.

—¡Ese!

—¡Ese!

—¡Jesús! —grita.

Vítores del público.

Eileen, el padre McMahon y la hermana Lakefield se sienten confusos. Al final comprenden que el brindis ya se ha hecho cuando las personas de la mesa de honor entrechocan sus copas. Sonríen y chocan sus copas también.

Eileen da unos sorbos. La vida la abandona y regresa. Sus ojos de prado son más verdes; sus mejillas, unos globos más llenos; sus labios, más rojos. Mira la nuez de su platillo. Se le arruga la nariz. Vuelve a mirar al público con una sonrisa más fresca, la nuez es cosa del pasado.

Su tío le pega un mordisco a la nuez y la vuelve a dejar en el plato. La hermana Lakefield le da un pellizco a la suya y se echa el trozo a la boca. Mohín de desagrado. Sonríe inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde.

La gente choca vaso de cartón contra vaso de cartón. Derrames, manchas. Beben. Sonríen. Bocado a sus berenjenas. Risas.

Chioma, la esposa de Isaiah, empuja un carrito hasta dejarlo delante de la mesa de honor. En él transporta una tarta de tres pisos con dos figuritas en lo alto, como si fuera de bodas. Una es la de una rubia con vestido melocotón; la otra, la de un hombre blanco con sotana blanca.

Mientras el público toma asiento, Chief OZ comunica que el de hoy es un doble festín. En primer lugar, se celebra la magnífica bienvenida que la parroquia da a Eileen; en segundo, se cumple el trigésimo noveno aniversario de la llegada del padre McMahon a Nigeria y África. Invita al padre a decir unas palabras.

El público vitorea, aplaude, silba.

El padre McMahon sale al frente y coge el micro. Su lustroso cabello canoso ondea con la brisa.

—Gracias, Ozoemenam —agradece poniendo el acento en la primera sílaba del nombre de OZ, en lugar de en la segunda—. Gracias a todos por venir. Es un día sin duda emocionante. Eileen se ha divertido mucho, de eso no me cabe la menor duda. —Pronuncia su nombre sin esfuerzo alguno, como si estuviera en la categoría de los dotados por la naturaleza para hacerlo correctamente—. Me temo que tengo una noticia triste. Pero, antes de eso, me gustaría decir que los últimos treinta y nueve años han sido los mejores que la vida podía depararme. Parece que fue ayer cuando me bajé de un barco en Lagos. Que fue ayer cuando todo esto dio comienzo.

5

He intentado comprender en varias ocasiones los motivos por los que el padre McMahon dejó la Vida Real en Inglaterra —de patatas y carreteras relucientes y nueve grados centígrados— y la cambió por esta pocilga de continente Maldito de garri y baches y cuarenta grados. ¿Qué le depara este lugar sino horrores y una muerte sofocante? Se lo he preguntado en varias ocasiones (indirectamente), pero no ha sido capaz de darme una respuesta satisfactoria. Ojalá pudiera argumentarlo en su discurso, pero no parece tener mucho interés en hacerlo.

—En cuanto vislumbré la costa nigeriana, me enamoré de África —comienza.

El público aplaude. Gritos, vítores.

Prosigue, nos explica que se pasó horas y más horas absorbiendo la belleza de este lugar. Que le encantó el particular amarillo del sol africano. El refrescante verdor de las hojas al absorberlo y reflejarlo. El modo en que de los árboles emergían súbitamente torbellinos formando una masa giratoria de tierra y hojas y cosas sucias que volvían a desaparecer en ellos. El sonido del bosque por la noche, el canto de infinitas criaturas que no podía ver ni con una linterna ni tampoco a plena luz del día. El modo en que podía oler y oír en todo momento el Espíritu de Dios en este lugar.

El público aplaude. Silbidos.

Dice todo esto con un aspecto muy quemado, rojo, arrugado y cansado. Si hubiera estado en Inglaterra todo este tiempo parecería más joven, eso seguro, con menos canas y más brillo en los ojos y las mejillas.

Quizá ni siquiera él sepa qué lo empujó a venir aquí. Quizá los blancos están tan aburridos de sus cómodas vidas que buscan

cualquier aventura que pueda dotar de significado su existencia. Por eso hacen escalada libre en solitario. Por eso se meten en un reality de película de terror como África. ¿Qué es lo que quieren los blancos?

—Pero, lo más importante es que, el tiempo que he pasado aquí, he podido cargar con mi cruz y se me han recordado las huellas de Cristo.

Nos cuenta que, cuando el padre Tom Beckett y él atracaron, el Gobierno militar les exigió el pago de un soborno. Y que, al negarse, los soldados les incautaron los recipientes en los que traían las colectas y miles y miles de libras de donaciones para construir iglesias en el interior de Nigeria. Cuando Beckett y él se encontraron finalmente con sus superiores en Ibadán, casi no tenían nada más que sus biblias.

—Y lo que es peor, a la tercera semana de llegar a nuestro destino, falleció mi mejor amigo, el padre Tom. Se lo llevó la malaria… Tom y yo nacimos el mismo día en Yarmouth. Crecimos en la misma calle. Nos ordenamos juntos. Teníamos la esperanza de envejecer juntos… Como muchos misioneros, el padre Tom no vivió para ver los frutos de su sacrificio. Siempre fue más trabajador que yo. Más optimista. Él previó incluso este día pese a mis dudas.

Se traslada a la mesa de honor. Coge su copa medio vacía. La levanta hacia la audiencia.

—Por el padre Tom Beckett. Gracias por la vida, por la amistad. Descanse en la paz de Cristo.

Da un sorbo.

Silencio incómodo.

Entonces, la gente comienza a ponerse en pie. Primero, las personas de la mesa de honor. A continuación, el resto.

Aplauden. Siguen y siguen mucho rato. Quienes tienen aún vino o zumo de naranja beben por el padre Beckett.

Eileen bebe. Mira hacia donde estoy yo. Mira hacia otro lado.

Me doy cuenta de que estoy aplaudiendo, qué raro.

El público toma asiento y el padre McMahon continúa.

Habla de que algunos gobernantes tradicionales no recibieron bien la hermosa palabra de Dios. Que solo le proporcionaban cementerios abandonados o colonias de leprosos para construir sus iglesias. Que, en una ocasión, llegaron a apedrearlo y perseguirlo hasta echarlo de una aldea pagana cerca de Shafaci. Para convencer al rey de Tudun Masara de que aceptara a Cristo tuvo que compartir su desayuno: una serpiente hervida y beber agua ambarina de una poza estancada.

—Pero no se puede ocultar el sol de la palabra de Dios, que no anda nunca lejos. Pese a todo, la gente venía en masa a verme y escuchar las palabras salvadoras de nuestro Mesías.

Estoy seguro de que la gente solo iba a verlo porque tenía la piel como el sol, porque pensaron que era una especie de dios. Seguro que también oyeron rumores de que cavaba pozos sobrenaturales y construía clínicas en las aldeas que lo aceptaban, en las aldeas que iban los domingos a su templo especial lleno de velas y telas blancas y copas doradas.

—En mis treinta y nueve años aquí he fundado catorce parroquias y treinta y cuatro puestos remotos.

La audiencia aplaude. Algunas personas de la mesa de honor se ponen en pie para ovacionarlo.

—Pero el mundo cambia muy rápido, sobre todo en mi país. Los hombres se casan con otros hombres. Se asesina a niños en el vientre. En las iglesias no hay nadie o solo personas de mi edad. Las están cerrando o convirtiendo en museos y cafés. Los jóvenes ya no responden a la llamada de Cristo para ingresar en el sacerdocio. Ni siquiera el padre Tom previó esto. Pero ya no cabe duda: África es el futuro de Cristo. Y por eso, yo siempre seré africano en mi corazón.

Silencio. Punzante, desagradable. Incluso los bebés entre el

público parecen entender esta ironía de la historia.

El padre McMahon carraspea y anuncia que este será su último año en Nigeria y en África. Que lo han convocado no hace mucho para ponerse al frente de su parroquia natal de Great Yarmouth, que lleva cinco años sin párroco.

Más silencio. Amargo en este caso. Gritos que nadie profiere lo hacen ensordecedor.

El padre McMahon le pasa el micro a Chief OZ y vuelve a su sitio. No hay respuesta.

Por fin, una niña, una bebé, lanza un grito.

Eileen bebe agua y habla con la hermana Lakefield. De vez en cuando levanta la mano con gracia y se la lleva a la melena rubio platino. Se la echa hacia atrás con un movimiento rápido y el pelo brilla con más intensidad. Queda expuesta la oreja. Rosácea. Lleva dos pendientes plateados.

Ríe. Jajaja. Debido a que ella controla mi
espacio-tiempo,
me veo riendo yo también. Jajajaja.

Ojalá pudiera conseguir su número de teléfono. Ojalá mi dedo pudiera deslizarse por el nirvana de su pelo. Y detenerse en su oreja. Para que así pudiera oír las voces de mi sangre cantando su nombre.

eileen, eileen
¡hey, linda!

núcleo

de
éxtasis
radiactivo

Llega la hora del teatro. Busco con la vista a Zahrah pero no la encuentro. Ella es la directora de la obra que el coro infantil está a punto de representar. La hermana Lakefield le pidió que preparara con los niños una obra corta sobre la experiencia misionera que fuera adecuada para tan señalada fecha. Zahrah prometió una obrita ligera que tocara el tema pero sin mencionar ninguna de sus ideas anifuturistas. Pero, claro, fíate de Zahrah. Intentará colar algunas de sus ideas en la obra, estoy seguro.

Una niña de blanco se dirige con paso lento al frente de la mesa de honor para presentar la obra.

—Buenas tardes, padre, hermana, Eileen y queridos padres. Estamos a punto de representar una obra llamada *Colores*. Sean bendecidos mientras la ven. Gracias.

Y hace la reverencia femenina: doblando las rodillas.

La hermana Lakefield se coloca muy recta en la silla, presta a poner fin a la obra si la cosa se empieza a torcer.

Escena primera: En el centro del escenario hay seis niños sentados en semicírculo. Solo llevan bragas y tienen arena en el pelo y llagas en el cuerpo. Les rezan a unas estatuillas de dioses que hay en medio del corro. Su líder toca una campana alargada. Lanza cauri. Invoca a Amadioha, Ogun y Adikoriko. «Salvadnos o, salvadnos. Escuchadnos o, escuchadnos».

Entran en escena un niño con una sotana blanca y una niña con hábito. Llevan pelucas rubias y el cuerpo pintado de blanco con tiza. Hablan entre sí con voz nasal, suenan a pájaros cachondos.

El público ríe. Eileen también. La hermana Lakefield suspira aliviada y el padre McMahon sonríe.

El niño y la niña, nuestro padre McMahon y hermana Lakefield, se dirigen a los paganos sentados en el centro. Les predican la palabra de Dios.

—Aceptad al Único Dios Verdadero, al Padre Todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Aceptad a su Hijo, Jesucristo, que murió en la cruz por nuestros pecados.

Cuando terminan, tres de los niños paganos en *topless* se unen al padre y la hermana. Dos preciosos ángeles en túnica blanca vuelan hasta el escenario. Se llevan al padre McMahon, la hermana Lakefield y los tres paganos convertidos al cielo. El DJ pincha «Gloria in excelsis Deo».

La audiencia aplaude, vitorea.

De repente, un demonio alto entra galopando en escena. Tiene unos cuernos enormes y curvos y el cuerpo pintado de negro con carbón. De su túnica negra saca un largo látigo y azota a los paganos que quedan, sobre todo al líder. Los saca del escenario. Al infierno.

El público ovaciona en pie, aplaude, silba.

—¡Genial! —exclama un chico lleno de granos.

—¡Les está bien empleado! —sentencia una señora larguirucha.

—¡Sí o!

Escena segunda: En el centro del escenario hay seis niños sentados cómodamente en sillas. Llevan pelucas rubias, trajes o vestidos de noche y los cuerpos brillantes de tiza blanca. Cruzan las piernas. Les dan caladas a sus cigarrillos. Beben cervezas. Juegan con el móvil.

Un niño negro en sotana blanca (¿el padre Achi?) se acerca a ellos tímidamente y les habla de la palabra de Dios. Les pide que acepten a Cristo como su Señor y Salvador Personal.

No le hacen caso. «Vete», le ordena uno en un acento británico muy raro, que suena a una cabra balando.

La hermana Lakefield está a punto de saltar del borde de su asiento.

En el momento en que el padre Achi se da la vuelta para marcharse, el demonio negro con cuernos entra corriendo en escena y se acerca a él. Entonces saca su látigo, azota al padre Achi. Lo

coge y lo arrastra hasta el infierno.

Los dos preciosos ángeles vuelan hasta el escenario. Les hacen señas a los seis hombres y mujeres y los conducen al cielo. El DJ pincha «Gloria in excelsis Deo».

Todo el mundo se ha quedado de piedra.

El padre McMahon y la hermana Lakefield están inclinados hacia delante con la cabeza ladeada. Eileen no para de darle golpecitos a su iPhone mientras se muerde el labio y finge calma total.

El presbítero Paschal se pone de pie, se está tocando la larga barba. Cancela la obra, pero ya ha terminado.

Zahrah no aparece por ningún lado.

Zumunta Mata, la sociedad de norteñas de nuestra iglesia, baila en el centro de la reunión. Son unas treinta mujeres dispuestas en cinco filas que cantan una canción devocional y se balancean al unísono. Levantan las manos hacia Dios. Las bajan hasta sus corazones. Doblan y retuercen sus pesadas posaderas a izquierda y derecha.

> *Mun ba ka yabo Allah, ya Allah*
> *Mun ba ka babban yabo*

Las instrumentistas, tres mujeres que pintan canas, están sentadas unos metros más atrás. Una toca un tambor; otra, un *udu*, y la tercera, una campana larga. Esta última tiene mucha destreza. Golpea el instrumento arriba y abajo con el martillo y los ojos cerrados, perdida en la música. Sus melodías se entrelazan en zigzag con las armonías de los otros instrumentos y les añaden sustancia y cuerpo.

Aparece mamá y fotografía a las Zumunta. Le han pedido un par de veces que se una a su sociedad, pero ella siempre las ha rechazado recordándoles que ella es una sureña de cabo a rabo pese a llevar mucho tiempo viviendo en el norte. Sí que es, claro está,

miembro de la OMC, la Organización de Mujeres Católicas, donde recibe consejos sobre cómo satisfacer al marido que no tiene y construir una familia como la de Jesús, María y José.

Vuelvo a desear tener papá, me gustaría que mamá me dijera al menos una cosa sobre él. Si es alto y guapo. Si se pasa las noches soñando con cruzar los océanos. Si ha deseado alguna vez ser rubio.

Mamá se acerca a la mesa de honor y les hace una foto al padre McMahon, Eileen y la hermana Lakefield, que llevan serios desde el teatro, sobre todo él. Su descontento ha agriado el ambiente en el jardín como un mal olor. Ha acelerado además la puesta de sol, que la oscuridad caiga sobre el jardín. Don Calculadora no tardará en encender los focos.

La expresión en el semblante del padre se dulcifica cuando las Zumunta lo mencionan en su canción.

Padre Pete, Allah ya aiko ka
Don ka maishemu yaransa
Muna godiya da aikinka

Una de ellas se aprieta las fosas nasales y produce un chillido revientatímpanos: «¡Errrirrrirrrrrriii!».

El padre McMahon sonríe, les hace una reverencia, saluda con la mano. Eileen le susurra algo. La hermana Lakefield lo oye y suelta una risotada.

El aire se hace menos pesado, se vuelve más fresco. Los congregados suspiran aliviados y se incorporan en sus asientos. Yo me apoyo alternativamente en un pie y luego en el otro.

Las mujeres se acercan bailando a la mesa de honor, dan un largo paso al frente y un pasito atrás, retuercen las posaderas, a lo que responden sus pechos maternales agitándose. Las instrumentistas aceleran el ritmo y las mujeres hacen lo propio con los pasos del baile. Giran al unísono, sacuden la espalda, enroscan las nalgas hasta que los wrappers se les empiezan a soltar. Se tapan

las fosas nasales y chillan tan fuerte que me duelen los oídos. El público aplaude. Mai Gemu se pone en pie y se precipita al patio, les lanza a las mujeres un fajo de billetes de diez nairas y se suma al baile.

El público no tarda en dirigirse en tropel al patio y ponerse a bailar. Un minuto después, el padre McMahon y la hermana Lakefield se levantan a regañadientes. Eileen parece dudar mucho. Su gente la tiene que convencer; en el caso del padre, cogiéndola de la mano. El público vitorea cuando se unen al baile.

Se me ocurre una idea. Este es mi momento. Okey se puede ir a la puta mierda con sus pullazos.

Me dirijo al patio y me uno al baile con la aguja de mi brújula apuntando a Eileen y el padre.

El personal sacude la espalda, gira, salta y levanta los codos mientras el olor a sudor se vuelve más y más fuerte.

El padre y la hermana balancean los brazos y los pies con la misma torpeza de antes. Al principio, Eileen se queda inmóvil, un poco ruborizada. A continuación, comienza a imitar sus movimientos, si bien los suyos son más fluidos, enérgicos, elegantes, como los de un ave marina. Sus acompañantes la miran, se asombran, se dan cuenta de lo poco que saben de ella. Ella gira y gira. Se ríe. Se pone el iPhone en la cara, saca la lengua y se hace una selfi. El padre McMahon, la hermana Lakefield y todo el frikismo quedan capturados de fondo.

—Hola, Andy —me saluda el padre agitando la mano para que me acerque.

Voy enseguida a reunirme con él y con Eileen abriéndome paso entre los giros, los jadeos, el sudor y los olores.

Eileen me ve. Sonríe. Una verdadera sonrisa británica, como un pétalo que se abre.

Me da un vuelco el corazón. Despliega sus alas y abandona mi cuerpo, aleteando de un lado a otro como un pájaro bebé.

—Andy, hey —saluda.

¡Se acuerda de mi nombre! ¡Gloria!

—Hola, Eileen.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta el padre McMahon.

—Sí, padre. Está siendo una fiesta fantástica.

—Me alegro.

—Genial.

Ella huele a dátiles, ¿o a almendras? Su voz es más dulce que ellas. Con la luz crepuscular su aspecto es de otro mundo. Como el de una sirena en un sueño. Resplandece, su halo me envuelve. Sonríe y su rubio platino se vuelve fluorescente.

La hermana Lakefield está detrás de ella y le habla muy seria al hermano Magnus de la obra de Zahrah. Le dice que es completamente inaceptable y que habrá consecuencias.

Eileen dice algo. No lo pillo por culpa de la locura tribal que nos rodea.

—¿Perdona? —digo.

—La fotógrafa. Es tu madre, ¿verdad?

Me quedo helado. ¿Ha hablado con mamá? ¿Ha oído su inglés? ¿Ha visto el hueco manchado entre sus dientes? ¿Ha estrechado su mano de lija, tocado su piel de zarzamora?

Y el contraste me sacude. Eileen es una página y mamá es la palabra escrita en ella.

—S-sí —contesto titubeante.

—Ah, genial.

—Pero ¿cómo?

Sueno diferente a mis propios oídos. ¿Británico otra vez? Lo disfruto. Pero ¿por qué me siento culpable?

—¿Cómo el qué?

—¿Cómo lo has sabido?

—¡Adivina!

—No nos parecemos, así que…

—Mmmmm, bueno, yo no estoy tan segura.

—¡Ya sé cómo! ¡Te lo ha dicho el padre Pete!

Levanta las manos en señal de rendición.

—¡Me has pillado!

El padre McMahon se vuelve hacia nosotros al oír su nombre.

—Sí, me la han presentado antes —explica Eileen—. Es tan encantadora.

Me pregunto si mamá es realmente encantadora teniendo en cuenta todo lo que me ha ocultado. ¿Acaso no se supone que el amor debe ser como la sal: puro, completo y fuerte?

—Gracias, Eileen.

—Tu madre es una fotógrafa excelente —añade el padre—. La mejor de la ciudad.

—Oh, gracias, padre.

Me suena el teléfono, que llevo en el bolsillo. No le hago caso. Solo me importa mi Eilinda y cómo sus peludas cejas se agitan al parpadear y dirigir su haz de luz hacia mí.

Se nos une la hermana Lakefield.

—¿Qué me he perdido? —pregunta.

—Estábamos hablando de la madre de Andy.

—Ah, por alguna razón, no he gozado del privilegio de conocerla bien, pero tengo entendido que es una mujer muy trabajadora.

—Sí que lo es.

Me gustaría que dejaran de hablar de mamá. No me gusta verla con el padre y la hermana. A menudo es en los momentos en que está con ellos cuando me doy cuenta de lo horrible que es su inglés. Suelta de vez en cuando «me se» en lugar de «se me» y «andé» en lugar de «anduve».

El padre McMahon le pregunta a Eileen por unos regalos. Ella contesta que no los ha visto aún, que cree que a Isaiah se le ha olvidado traerlos de su habitación.

Saco el teléfono empujando a un lado la carta de la abuela. Mensaje de Fatima:

> Espero que estés bien, Andy. Las cosas se están poniendo feas en el centro. Cuídate.

Mierda. Espero de todo corazón que los disturbios no lleguen aquí. Con suerte, el presbítero Paschal conseguirá que venga el Ejército a proteger la iglesia si la policía no consigue sofocar los disturbios. Eso es lo que hizo la última vez. El problema es que el nuevo comandante es musulmán y podría desentenderse del asunto.

Cuando estoy a punto de contestar a Fatee, me dice el padre:

—Andy, ¿podríais ir Eileen y tú a por los regalos? Están en su cuarto. En el Jardín del Edén.

—Vale, padre —digo sin pensármelo dos veces mientras me meto el teléfono en el bolsillo y me olvido de Fatee.

Y aquí llega mi oportunidad fantabulosa. Estar a solas con Eileen. Que su sonrisa de pétalos me mate y me resucite. Que me dé su número. ¡Podría no haber otra ocasión como esta en mil años!

Eileen y yo nos disponemos a marchar. Freno hasta que se sitúa delante de mí. Se supone que los caballeros caminan detrás de las damas, ¿no?

El Jardín del Edén es el compound adyacente, situado al oeste de la casa del padre. Se llama Edén por sus rosas, sus anacardos y su fuente. Ojalá tuviera un manzano para que Eileen me pudiera dar de comer. Para que una parte de ella —su saliva, la huella de sus dedos en la fruta— entrara en mi interior.

Pasamos a la sala de estar por la puerta de atrás y salimos al porche. Descendemos los escalones que llevan al jardín delantero. Los insectos chirrían, se susurran unos a otros que Eileen se acerca.

Ella frena hasta que me pongo a su lado. Su mano me llama. Parece una letra ce en su costado. Vacía. Incompleta. Y quiero cogerla, apretarla, llenar su espacio vacío.

—Entonces, Andy…

—¿Sí, Eileen?

—¿De qué hablan tus poemas?

Sorprendente pregunta.

—¿De la vida? ¿La muerte?

Quería decir «amor» pero me he contenido.

—Qué bonito.

Aunque no parece estar impresionada.

—Y sobre mi hermano, Ydna.

—Qué bien. ¿Ha venido?

—No lo llegué a conocer. Nació muerto.

Se detiene. El prado de sus ojos me acaricia con una compasión verdosa.

—Lo siento muchísimo, Andy.

Estamos debajo de un framboyán. Un pétalo seco y rojo como la sangre cae sobre su hombro y se desliza hasta el suelo.

—Gracias, Eileen.

No sé por qué le estoy contando lo de Ydna. Ni siquiera se lo he contado a Fatima ni a mis drugos.

—Lo echo de menos. Todo el rato.

—Sí, sé a qué te refieres. Mi amiga Sophie murió el invierno pasado. Sueño con ella todo el tiempo también.

—Vaya, lo siento mucho.

—Gracias, compi.

¡Me acaba de llamar «compi»! ¡Gloria in excelsis!

—He escrito una serie de diez poemas para Ydna. Están en mi blog.

—¿Tienes un blog? Genial.

—Gracias.

—Le echaré un vistazo.

—Eres muy amable. ¡Gracias!

Rezo por que deje un comentario para poder sacar de ahí su

email.

Llegamos a la puerta gris que conduce al Jardín. Me adelanto corriendo y la abro como si me estuviera apuntando con una pistola. Y lo está: la pistola de sus ojos verdes está matando la mancha negra de mi alma.

—Gracias.

Siseo del agua de la fuente. Arrullo de un pájaro. Un gato negro se cruza fugaz por delante, agitando algunas hojas.

Hay rosas rojas y blancas observándonos. Muy quietas. Una hilera de árboles del anacardo ante nosotros.

Ojalá fuera temporada de anacardos para poder coger uno, darle un bocado y ofrecerle el resto a mi Eilinda del éxtasis radiactivo. Y entonces nuestros ojos se abrirán…

A la izquierda tenemos una casita y, a lo lejos, la sala del consejo parroquial. Saca una llave y me conduce a la casita.

Por el pescuezo me suben unos extraños temores. Caigo en la cuenta de que dentro estaremos solos.

Se me empieza a acelerar el pulso. La sangre me palpita en los oídos.

Dios, no me permitas hacer ninguna estupidez. Dios, no me permitas hacer ninguna…

—¡Bienvenido a mi humilde morada!

Entramos.

—Muy bonita. Cortinas doradas. Candelabros cálidos. ¿Eres tú la de la foto?

Sonríe.

—Tienes buena vista.

Me acerco al marco que descansa en el estante. Está más joven en la foto, su pelo parece más exuberante y luce su sonrisa británica de paletas relucientes. Al lado hay otra foto suya. En esta la flanquea una pareja de blancos de mediana edad.

—¿Son estos tus padres?

—Sí, mamá y papá. Ahora mismo están de vacaciones en Kenia.

—Qué guay.

—Sí.

Me pregunto si yo les gustaría a sus padres. ¿Tiene su padre pistola? ¿Tiene su madre amigos negros?

Mamá no se puede permitir alimentarme como Dios manda, así que olvídate de ir al extranjero de vacaciones. Para ella sugerirlo sería lo más absurdo del mundo: ella y yo deambulando de un lado a otro y gastándonos tantísimo dengi, sentados en un hotel horripichulo como si no tuviéramos otra cosa que hacer. Estoy seguro de que los padres de Eileen tienen una empleada como ella para sacarles fotos, hacerles la colada y limpiarles los zapatos. No me la quiero ni imaginar, a mamá trabajando para los padres de Eileen, pidiéndome que la ayude a limpiar las sandalias de Eileen y que me asegure de eliminar bien los excrementos de vaca de las suelas.

La vergüenza y la culpa me atenazan el estómago. Las espanto rápido mientras reviso el resto de la estantería.

—Tienes buenos libros aquí. Dante, Camus… ¿Es ese Proust? He oído que es una lectura exigente.

—Sí que lo es —asiente seria con un movimiento de la cabeza—. Cada una de las frases se te va de la cabeza en cuanto la terminas.

—¿En serio?

Hay muchos libros en francés:

Saint-Exupéry,

Hugo, Verlaine.

—¿Hablas francés?

—Sí —asiente sentándose en el sofá—. Pasé nueve meses en París.

Me vuelvo hacia ella con gesto de asombro. Por primera vez en mi vida me topo cara a cara con una persona que está viviendo la vida que debería haber tenido yo, que ha comido los manjares y

visitado los lugares por los que suspiro cada noche y que no me dejan dormir. Siempre me he preguntado por qué mi alma o mi consciencia o lo que sea rechazó todos esos cuerpos de ahí —cuerpos con futuro, con belleza— y eligió este cuerpo Maldito en este continente Maldito. Ese fue el primer y mayor error de mi vida.

Suspiro y me vuelvo de nuevo hacia la estantería.

—¿Y estas novelas? ¿Son alemanas? ¿Günter Grass?

—También hablo alemán.

—Joder. Eres superguay.

—Gracias, espero hacerme traductora algún día.

—El mejor plan.

—Pues sí.

Pese a haber oído mencionar estos libros, muchos los estoy viendo por primera vez. La biblioteca de mi escuela está llena de cosas para niños donadas por niños extranjeros. Nuestra ciudad no cuenta siquiera con una estantería pese a su población de trescientas mil personas, mientras que seguro que una aldea de cinco habitantes en Gran Bretaña tiene una biblioteca bien nutrida.

—¿Es ese Kafka? ¿El original en alemán? *Die Ver-wand-lung*…

—*La metamorfosis*, sí.

—Vaya. Me encanta Kafka. *La metamorfosis* sobre todo.

—A mí también me encanta.

—«Una mañana, tras despertar de un sueño intranquilo…».

Ella sonríe

—«… Gregor Samsa se vio en su cama…».

—«… transformado en un monstruoso bicho»[5].

Nos reímos.

—¡El mejor principio del mundo!

—Sí —coincide—. Mejor en la lengua original.

—Todo es mejor en la lengua original.

—Pues sí.

—Tienes un montón de libros increíbles, Eileen.

Algún día abreviaré su nombre a Ei o Leen. ¡Aaaay, Lin! ¡Ay, linda!

—Sí, gracias. En realidad, no he traído muchos de mis favoritos. No quería enfadar al tío Pete.

—¿A qué te refieres? ¿Qué libros son esos?

—Mis libros sobre ateísmo.

—Guau.

—Él cree que aún rezo. Se acaba de dar cuenta de que ya no comulgo.

Quiero decirle algo, pero no sé el qué.

De pronto, el olor de los libros se vuelve más intenso. Me ruge el estómago.

Me vuelvo un instante hacia la ventana y de nuevo hacia ella.

—Entonces, ¿eres atea?

—Algo así, sí.

Debe de ser la primera atea que conozco. En Nigeria eres cristiano o musulmán. Todo lo demás (tradicionalista o Eckankar) se mira con malos ojos. Pero ¿ser totalmente arreligioso? Me asombra también la manera en que divulga una cosa tan privada con tanta facilidad. Una chica negra no haría eso.

—Pero, pero ¿por qué? —le pregunto.

—¿Por qué qué?

Por algún motivo, no puedo preguntárselo.

—¿Por qué dejé de creer en Dios?

—Eso.

—No sé. No tiene sentido, nada más. ¿Para qué necesitamos un dios?

Como monaguillo que soy, se supone que me tendría que estar rasgando las vestiduras, pero la verdad es que sonrío.

—Mmmm. ¿A qué viene esa sonrisa, Andy?

—Eres muy graciosa, Eileen.

—¿Y eso?

—No necesitas un dios en Inglaterra. En Europa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque allí funcionan las cosas. Aquí no.

Ella asiente y se cruza de brazos.

—Ya, lo comprendo…

Le explico que aquí todo el mundo aprende a creer en Dios. Que es la única manera de sobrevivir porque nuestra existencia está traspasada por la incertidumbre y solo una superfuerza como Dios puede controlar cosas como esa. Sales de tu casa rezando por que haya electricidad cuando vuelvas, con la esperanza de que el sol no te queme demasiado. Por el camino rezas para que no te atropelle un coche porque las carreteras están llenas de baches y los conductores no son aptos para conducir. Cuando te atropellan, rezas por que los doctores no estén de huelga, por que los hospitales tengan el equipamiento necesario para tratarte. Cuando mueres, rezas por que tu familia conquiste este ciclo. Sabes que no lo conseguirán, como tampoco tú lo lograste, y que nadie responderá a sus plegarias. Pero, aun así, sigues rezando.

—La vida en África es un largo rezo —concluyo.

—Es triste. Es muy triste —añade.

Larga pausa.

Una polilla le da vueltas a un candelabro. Lo rodea, se posa encima. Rodea, se posa. Se atonta con él.

La música procedente del jardín se cuela en la habitación en oleadas que vienen y van, como un péndulo. La gente chilla, ríe, canta. Y de golpe lo veo todo claro.

Quiero decirle a Eileen que nuestra propensión a estar siempre cantando y bailando no debe engañarla y moverla a pensar que somos un pueblo feliz. Porque no lo somos. Somos un pueblo de

máscaras. Cantamos y bailamos y nos reímos en un intento de forzarnos a olvidarnos de las cosas. A ignorar el Horror. A apropiarnos de la felicidad que no nos podemos permitir. A veces funciona.

Pero no digo nada.

—¿Me disculpas un minuto? —me pide.

Se levanta. Despacio. Como si cargara con el peso del continente. Como si no hubiera nada que pudiera salvarnos, nunca. Entra en el dormitorio, cierra la puerta.

Es otra Eileen la que vuelve a la sala de estar. Una rosa andante, viva. Labios pecaminosamente rojos, malvados ojos afilados. Se ha cepillado la melena rubia platino, se ha puesto más pintalabios, más rímel en las pestañas. Sonríe.

Me muero.

Quiero besarla.

Cada una de las manchas negras de mi ser la desean. Quieren estirarse hacia ella. Como una planta hacia el sol.

Si supiera al menos por qué existen los colores. Por qué han de contrastar las cosas. Por qué el negro debe estar sobre una página en blanco. Así dejaría de mirarla.

—¿Estás bien, Andy?

navegaremos juntos
por las islas británicas

la brisa
en tu frente

llevaré una cucharada
de helado a tu boca

lo chuparás, te reirás

sí, andy, sí

—Andy, ¿estás bien?

te derretiré
en mí
y me derretiré
en ti

—Eres preciosa —le digo.

—¿Qué has dicho?

—Eres la cosa más preciosa del mundo.

No parece entender lo que le acabo de decir. Yo tampoco.

Palidece de pronto. Los ojos se le agrandan como si le hubiera dicho que es el demonio, como si pudieran tragarme en sus llamas verdes, encadenarme y castigarme eternamente. Quiere decir algo. Se contiene. Se alisa la melena rubia platino y regresa al dormitorio.

dios
¿qué
he
hecho
dios?

Sale a la sala de estar, me ve allí de pie, se sorprende.

Me dice que ya me puedo ir. Me da las gracias.

6

El personal se dedica a cantar, bailar, jalear, hacer chinchín, mirar el móvil, parlotear, reír y dar abrazos.

Yo me he quedado debajo del framboyán con los brazos cruzados. Está anocheciendo. Los focos ya están encendidos y me chillan a los ojos, pero no puedo hacer nada.

Quiero llorar, pero no quiero parecer un bebé.

—Soy un hombre. ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre!

Eileen y el padre McMahon charlan con el presbítero Paschal y su esposa. Tienen una copa en la mano y ríen. Eileen está de cara a mí, pero no me mira.

Don Calculadora y Chioma están repartiendo los unicornios de peluche y los muñecos de acción que Eileen ha traído de Londres. Se los entregan a los niños pequeños o a sus mamás. Algunos chicos de mi edad le ponen la mano a don Calculadora en actitud pedigüeña como unos idiotas; no se quieren quedar sin la mercancía especial llegada de Europa, pero él les ladra un «no» a la cara. Al final ha sido Chioma quien ha ayudado a Eileen a llevar las cajas al jardín. Me pregunto qué razón le habrá dado a su tío para justificar que no lo haya hecho yo.

En efecto, me he dejado engañar. Por su sonrisa, su voz aterciopelada, su acento arribabajoarriba. Por cómo me llamaba Andy. He dejado que todos me engañen y me hagan creer que me he transformado en un bellezón descomunal cuando lo cierto es que no ha cambiado nada. Que sigo siendo yo. Y todo sigue siendo TODO. Colores, contrastes, cómo nos hicieron nuestros padres. Maldiciones que no podemos cambiar.

Quizá no me odie. Quizá mi comentario haya caído muy de sopetón, demasiado pronto, a causa de los saltos mortales que me

daba la sangre.

Cuando me pongo a escanear la fiesta en busca de mis drugos, ella me echa una ojeada fugaz. 1/10 de segundo. ¿Me estaba mirando a mí u otra cosa? ¿Había enojo en su mirada o solo compasión?
Mamá está en todos lados. Lleva la cámara pegada a la cara como si fuera un nuevo órgano. Se dobla, acuclilla, arrodilla. Clic, clic. *Flash*:

Mai Gemu y su esposa, ambos bailan.

El coro infantil. Un niño desafina. Una niña con los mocos colgando se vuelve hacia él, le dice que se calle.

Eileen y el padre McMahon, ambos ríen.

Eileen y la hermana Lakefield, sonrisa ligera.

Eileen con una niñita pequeña que llora en sus brazos.

Clic, clic. *Flash*.

Mamá ríe.

Le dice a la gente que se junte. Que mantengan la pose. Justo así. Tú ponte delante en cuclillas. Ahí. Genial. No se muevan. No se muevan. Clic, clic. *Flash*.

¡Genial!

Me dijo en una ocasión, mientras comíamos *suya*, que fue uno de sus exmaridos quien le enseñó fotografía. Se arrepintió al momento de habérmelo dicho porque no he parado de preguntarle por él desde entonces. Que si se sigue dedicando a la fotografía, que si es mi papá…

Clic, clic. *Flash*.

Falta poco para el discurso de Eileen. Y luego, la tarta. El DJ pincha Awilo y Flavour. La gente baila con su

Coca-Cola,
su Casera o sus alitas de pollo en la mano. Derrames, manchas.

Mamá se ríe con las poses graciosas. Su alegría atraviesa el jardín, perfora la música. Ojalá pudiera cortarse un poco con los jajajás. Resulta un poco irritante, da la falsa impresión de que es feliz, de que TODO está bien.

Se abre la puerta de atrás y Zahrah entra en el jardín. Hay un hombre a su lado. Es bajo, fornido, de piel muy clara, calvo.

Mamá está a punto de hacerle una foto a tres chicas, pero antes del clic se gira y ve a Zahrah y al hombre. Suelta la cámara, que se le queda colgando a la altura de la barriga.

Se precipita hacia ellos. Nunca había visto a mamá moverse a tanta velocidad.

—¿Adónde vas? ¡Haznos la foto! —exclaman las tres chicas.

Mamá se planta junto a Zahrah y el hombre. Se dirige a ellos en ososo, muy exaltada. La música no me permite oírla.

Morocca está a mi lado, mirando el móvil.

—Los disturbios están empeorando, colega. A lo mejor no tardan en llegar aquí.

Unas cuantas personas hablan con desasosiego por el móvil. Una mujer se va del jardín con sus niñas gemelas en el carrito, si bien la mayoría de los presentes está bastante despreocupada porque los barracones del Ejército están cerca. Sería una idiotez por parte de la turba atacar la iglesia.

—Dame un minuto —le pido a Morocca.

Me abro paso a empellones por la multitud de bailarines y me detengo cuando estoy lo bastante cerca como para oír a mamá y el hombre. La conversación se vuelve más acalorada. Mamá está acuchillando el aire con el dedo y ha perdido el pendiente izquierdo.

—¡No se te ha perdido nada aquí! —espeta mamá.

—La fiesta no es tuya que yo sepa —contesta él en ososo.

—¿Es que no te advertí que te mantuvieras alejado de nuestras vidas?

—Que te quites de en medio, mujer.

—Sal de aquí. Vete.

—No me voy a ningún lado.

—Eres un monstruo. No quiero volver a verte en la vida.

—Esta vez no te vas a escapar.

—Fuera. Desaparece.

—Tengo que verlo.

—Ni hablar.

—Tengo que hacerlo.

—Piérdete.

—Es mío.

Mamá le suelta un bofetón.

—Monstruo. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a decir que es tuyo?

A mamá le tiemblan los labios, se pone fea. Sus trencitas parecen cuernos.

El hombre se lleva la mano a la mejilla. Se vuelve hacia Zahrah.

—¿Dónde está? Dime quién es.

—¡Eres el diablo! —le suelta mamá a Zahrah con la voz rota—. Luego dices ser mi amiga. ¿Es así como me traicionas?

—Dime quién es. Me lo llevo a casa.

Mamá grita.

Grita fuerte.

La fiesta se detiene.

Sacude los brazos con la respiración agitada. El mundo que nos rodea pierde el equilibrio y se vuelve del revés.

Mamá le dice al hombre que se vaya en inglés. Que se largue. Que desaparezca.

Todas las miradas se vuelven hacia ellos. También las del padre McMahon, la hermana Lakefield y Eileen.

Pero a mí me da igual.

Me acerco a mi madre. La rodeo con el brazo. El familiar olor a rancio. Calidez. Evocación de la leche de sus pechos. Ráfaga de diapositivas de nuestros días levantacastillosdearena y cuentahoyuelos.

Se calma. Me abraza. Olor a sudor.

—Andrew mè —susurra—. Dile que se vaya. Por favor.

—¿Es él? —le pregunta el hombre a Zahrah en ososo.

Zahrah permanece callada y sin expresión en el rostro.

Se ha congregado un corrillo a nuestro alrededor. Los niños miran a mamá como si fuera un puzle.

—¿Eres tú, Andrew? —me pregunta el hombre en ososo.

—¿Sí? —respondo titubeante en ososo.

—Soy tu padre. He venido para llevarte a casa.

—¿Cómo dices?

—Soy tu padre. Ella, Gloria, es una madre horrible, una esposa malvada. Te ha mantenido quince años alejado de mí. ¡Quince años! Y todo por un simple desacuerdo.

Mi mano suelta la cintura de mamá. Noto que me estoy alejando de ella, de su antiguo aroma rancio a pozo de sueño cálido de buenas noches.

—Y te lo puedo demostrar —añade el hombre—. Tienes que hablar con tu abuela. Con tus tíos y tías. Todos saben la verdad.

Miro al hombre que asegura ser mi padre. Sus ojos grandes. El color rosado de la boca. El grano debajo del labio. La cara ancha. Cuadrada. Afilada. Y no sé si me veo en él. Si me huelo en él.

Quiero volverme hacia mamá.

su viejo wrapper tapándome
su risa
sus pechos colganderos cuando se inclina ante mí

Pero me quedo mirando el suelo.

Miro un renacuajo que pasa dando saltos. Una vida pequeña y simple. Sin preocupaciones por mamá, papá o cruzar océanos. Solo hierba y agua, hormigas y moscas. Un nacimiento y una muerte.

Ser consciente es una pesadilla.

Miro a mamá.

Se enjuga los ojos pero siguen brotando lágrimas. El pelo revuelto, el pañuelo medio caído: aspecto de loca. Impertérrita. Lista para hacer pedazos el mundo y meterme en su marsupio.

anochece, llantos
amanece, llantos

dinero malgastado
falta de sueño

pechos
vaciados

¿y aun así
quieres ser
mi madre?

Se oyen gritos a lo lejos. Tambores. Eslóganes. Van tomando forma, construyendo palabras. Vienen de la ciudad. Una turba se aproxima a la entrada de nuestra iglesia.

Nos volvemos todos hacia allí. El DJ quita la música.

Respiraciones agitadas y jadeos por todos lados.

—¡Allahu akbar! ¡Allahu akbar! —corea la turba.

Golpean la entrada con objetos metálicos. Machetes, probablemente.

—¡Ku bude mu kashe ku!

—¡Bude! ¡Bude!

—¡Merecéis morir!

—¡Infieles!

—Kafirai.

—Pecadores.

—¡Abrid! ¡Abre!

Nadie se mueve.

Lanzan piedras al interior del compound. Las láminas del techo chillan. Se rompen cristales. Dos piedras consiguen cubrir la larga distancia que separa la entrada del jardín. Falta un pelo para que una de ellas le dé a un niño. La otra aplasta la tarta sin cortar como si hubieran apuntado a darle. Los dos pisos de arriba se hunden lentamente. Las figuritas de Eileen y el padre McMahon se estrellan contra el suelo. Siempre hay precisión en la aleatoriedad.

Con esto, todo el mundo despierta. Las mujeres empiezan a llamar a sus retoños; los hombres, a sus esposas. Zahrah y el hombre esquivan una piedra que se aproxima. Mamá y yo nos metemos corriendo debajo de una plumería. Unas pocas personas corren hacia la puerta de atrás.

Eileen se enrosca al abrigo del abrazo del padre McMahon.

—¡Parad! —pide el presbítero Paschal.

Exhorta a que mantengamos la calma. La ciudad está en llamas. No es seguro salir del compound de la iglesia porque están por todos lados. ¡Por todos lados! Deberíamos dirigirnos en silencio y en fila por la puerta de atrás al Jardín del Edén y escondernos en la sala del consejo. Allí estaremos a salvo hasta que lleguen la policía y los soldados. El padre y él los han llamado y están de camino. El alambrado de espinos sobre la cerca está electrificado, lo cual nos da un poco de tiempo hasta que la turba idee un modo de entrar en el compound.

Lo repite una y otra vez con una voz que trata de enmascarar su inquietud, hasta que todos elegimos darnos por convencidos. Nos recuerda que la sala del consejo es uno de los lugares más seguros

donde meterse en caso de disturbios. De hecho, durante las últimas revueltas, muchos cristianos fueron a ocultarse en bandada a nuestra sala del consejo.

Nos precipitamos hacia la puerta de atrás, a la sala de estar, y salimos al jardín delantero.

Mamá y yo vamos de la mano.

La luna ha salido. Clara. Creciente. Parece aburrida, impávida ante el griterío a sus pies.

Las estrellas han salido. Solo queda una pincelada de azul en el cielo.

—¡Infieles!

—¡Kafirai!

Embisten contra una sección de la cerca.

Corremos hacia la entrada del Jardín del Edén. Las hojas crujen bajo nuestros pies. Los grillos chirrían, los niños braman.

Las únicas luces visibles en el Jardín proceden de la casita de Eileen y de la sala del consejo a lo lejos. Los árboles y arbustos parecen monstruos con las armas prestas para el ataque.

Don Calculadora nos pide que nos demos prisa.

—¿Se puede saber qué estáis mirando? ¿Es que queréis morir?

Mamá me pega un tirón. Corremos hacia la sala.

Dentro, la gente se esconde debajo de las mesas y las sillas. Le rezan al arcángel san Miguel. Recitan el salmo 23.

> *El Señor es mi pastor, nada me falta;*
> *En verdes pastos me hace descansar…*

Mamá y yo nos unimos a la familia Kayode debajo de una mesa. La señora Kayode interrumpe su oración al ángel de la guarda y se vuelve hacia nosotros. Nos mira como si fuéramos extraños, como si no nos hubiera visitado varias veces y no se hubiera bebido nuestra Coca-Cola.

Su mohín desdeñoso nos dice que nos larguemos pero ya,

cualquiera diría que somos nosotros quienes blandimos los machetes ante sus hijos.

—¿Estás bien? —le pregunto a mamá.

—Sí, Andrew mè. ¿Y tú?

—Sí, también.

—¿Sí, también?

—Sí.

—¿Es así como te diriges a mí?

—¿Qué quieres decir?

Sacude la cabeza en señal de desaprobación.

—Aaaay, Andrew mè.

No he añadido «mami» o «mamá» a la respuesta. Podría hacerlo ahora. No es más que un par de sílabas.

Cierro los ojos. ¿Cómo es posible que palabras tan simples encierren tanto?

Oímos un golpe fuerte. Los resuellos y los rezos se aquietan. Sabemos lo que ha pasado.

Oímos sus insultos y gritos al entrar corriendo en el compound y la iglesia.

Rotura de cristales.

Abolladuras en la madera.

Estallido de fuego eterno.

Humo en nuestras fosas nasales.

Se apaga la luz de la sala. Y la del Jardín.

La gente suelta un gañido y se vuelve a sosegar.

Desde la esquina donde está escondido llega la voz del presbítero Paschal: temblorosa, poco convincente. Nos asegura que los soldados están de camino, que pronto oiremos los camiones y vehículos blindados.

Un hombre susurra que el padre McMahon ha tenido que

sobornar al comandante de nuestros barracones para que envíe soldados. Cincuenta mil por cada soldado. Que cabe la posibilidad de que el comandante no nos ayude porque también es musulmán.

—Nuestro país está cogido con pinzas —dice el hombre—. ¿Cuándo nos va a salvar Dios?

De nuevo silencio. Salvo por los gritos que llegan de la iglesia. Salvo por los grillos que claman al cielo.

Una hora más tarde. Absoluto silencio. Parece que los alborotadores ya han saciado sus ganas de destrucción. Hasta los grillos están exhaustos.

Un hombre susurra que la casa del padre está ardiendo. Que han destrozado a machetazos y quemado nuestros bancos, el altar y el tabernáculo. La policía y los soldados no van a venir. Tendremos que esperar aquí toda la noche hasta que lleguen los paramilitares desde Abuya, a trescientos cincuenta kilómetros.

—Se acabó. Hasta el padre Pete se ha rendido. Lleva toda la noche llorando.

De repente oímos un fuerte silbido que viene del Jardín.

—¡Venid! ¡Están aquí! ¡Los kafirai están todos aquí!

—¡Kafirai su na nan! ¡Ku zo mu kashe su!

—Ku zo. ¡Ku zo!

—¡Ihu!

—Allahu akbar. ¡Allahu akbar!

Estruendo en la oscuridad.

Machetes golpeando mesas.

La gente sale despavorida y se golpea la cabeza contra sillas y paredes.

Gritos. Alaridos. Chillidos de niños.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu… En tus manos encomiendo… En tus…

—Salid todos —ordenan—. ¿Os creéis que no os vemos debajo de las mesas?

Resplandores de antorchas atraviesan la sala.

Cojo a mamá de la mano. Nos arrastramos hasta un rincón al final de la sala. Con mi otra mano, busco una de las ventanas junto a la que siempre me siento cuando hago la formación para monaguillo. Encuentro una. La abro. Miro. No se ve a nadie. Le susurro a mamá que salte primero. Dice que no, que yo debería ir antes. Por favor. Que están muy cerca. Quiere asegurarse de que yo esté a salvo.

Discutimos un momento.

—Vete. ¡Por favor! ¡Están aquí! —implora.

Me encaramo a la ventana y salto, caigo en el césped.

Mamá tarda demasiado en subirse, la retrasa el vestido largo. Por fin se sube al alféizar, pero aparece alguien por detrás.

—Kafirai —increpa con desdén.

Mamá grita.

Sonido de hoja que corta.

Sangre.

El mundo se detiene.

PARTE I
La oración en el huerto

Teorema: La inversión de cualquier permutación par es par…
La inversión de cualquier permutación impar es impar.

7

Siete semanas han transcurrido.

Y TODO es diferente.

Y TODO es igual.

Yo.

Mamá y yo.

Ciudad, iglesia.

El padre McMahon está de pie junto al altar improvisado, haciendo los anuncios finales. El altar es la mesa cenicienta que estaba abandonada dentro del recinto de la iglesia antes de los disturbios, olvidada una vez concluido el mercadillo para recaudar dinero, expuesta a la lluvia y el sol. Solía ser el lecho de amor de Okey y Linda. Él la empujaba contra la mesa, le manoseaba los pezones, le metía mano por las bragas. Y ella le decía en voz alta y riéndose que parara pese a dejar que la mano siguiera explorando. Ahora la mesa está cubierta de encaje blanco y colocada en el centro del santuario. El pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo encima de ella.

Mis drugos y yo estamos sentados en el santuario: Morocca a mi lado y Slim, en el extremo opuesto. Llevamos sotana color crema y sobrepelliz blanca y juntamos las manos en señal de santidad, las mismas manos con las que nos tocamos por la noche. Las mismas manos con que Morocca toca a Patience y a otras chicas en sus conciertos de rap. Ahora, en cambio, están santificadas, alzadas con la forma de llamas sagradas. Cuando concluya la misa, estas manos volverán a visitar los lugares donde han estado.

Nuestro santuario solía ser majestuoso. En la pared de detrás

había un gran mosaico de vitral que un donante anónimo de Italia le regaló a nuestra iglesia. La gente viajaba desde las parroquias de Abuya y Port Harcourt para verlo. En él, un atractivo Jesucristo con perilla subía al cielo, nos bendecía con sus manos agujereadas mientras nos decía adiós y nos comunicaba con su sonrisa varonil que nos veríamos pronto. Los diferentes vidrios centelleaban, titilaban, eran caleidoscópicos. Verdes, amarillos, azules. Opulentos, mágicos. Si ladeabas la cabeza formaban espirales cambiantes. Nos permitían atisbar las maravillas del cielo.

Un fresco rodeaba el mosaico. En él aparecían representados diferentes relatos bíblicos con personajes negros: Adán y Eva, con el culo al aire, masticando manzanas en el Edén. Cristo resucitando a los muertos, caminando sobre aguas azules, sonriendo con cara de tío enrollado. Cristo pisoteando un enorme dragón de siete cabezas en su último día, aplastando sus diez cuernos para demostrarnos que nosotros también podemos derrotar nuestros pecados más tentadores.

Ahora, hay un agujero de ozono en el mosaico. A través de él se ve la casa del padre a lo lejos, quemada y ennegrecida. Un enorme dragón de hollín se ha enroscado sobre el fresco. Cuando miro el agujero y el dragón, gritos de «¡Allahu akbar!» me saturan los oídos. El grito de mamá me atraviesa de nuevo. ¿Estoy despierto? Siento un vuelco.

Siete semanas.

Quiero buscar a mamá entre la congregación, pero me contengo. Sé lo que voy a ver. Todo lo que no puedo cambiar.

—Debemos mantenernos firmes en estos tiempos tan difíciles —alienta el padre McMahon con su acento británico todavía intacto—. Debemos recordar que la iglesia se construyó sobre la sangre de los mártires.

Silencio. El aleteo de los boletines dominicales. Pies que se arrastran por el suelo. El olor a un humo que no vemos.

Las láminas del techo están combadas y chirrían cuando sopla el viento, amenazándonos con caer sobre nosotros. Las columnas de hierro están dobladas, ennegrecidas como las paredes que nos rodean.

—Y lo conseguiremos —prosigue el padre—. Venceremos. Venceremos a través de Cristo nuestro Señor.

—Amén —susurra la congregación, como si tuviera miedo de que la turba musulmana la oyera y regresara con sus machetes.

La iglesia está sorprendentemente llena. Cabría esperar que no hubiera más de unos pocos asistentes después de que once personas hayan muerto asesinadas y un par de docenas resultaran heridas la noche del 12 de junio. Pero lo cierto es que somos mil las personas que abarrotamos este espacio entre paredes que se están desmoronando. Mil almas silenciosas, pobres, hambrientas y tozudas.

«Venceremos».

El padre McMahon comienza a recitar la oración de cierre y nos ponemos todos en pie. Reza por la paz. Por los fieles que nos han dejado. Sobre todo, las familias Okeke y Oghene, Maman Ibrahim, Hilary Adekunle.

—Y te damos las gracias por las vidas de muchos otros: Simon Ibeh, Musa Yakubu y Gloria Aziza. Completa tu obra de sanación en su interior. Irrádiales toda la plenitud de tu amor —añade.

Quiero volverme hacia mamá, pero me contengo.

El padre nos da la bendición: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—Podéis ir en paz —concluye—. La misa ha terminado.

—Demos gracias a Dios —respondemos.

El coro arranca con un himno. No hay tambores. No hay teclado. Solo voces asustadas y hambrientas.

Pon aceite en mi lámpara, mantén mi llama encendida,
pon aceite en mi lámpara, te ruego.

Me dirijo al centro del santuario. Saco la cruz procesional de su pie. Hago una reverencia, desciendo por los escalones del santuario, espero. Slim y Morocca se mueven al unísono: cogen sus ciriales, encienden sus cirios, hacen una reverencia y bajan del santuario hasta donde estoy yo. El padre McMahon besa el altar y se une a nosotros. Hacemos una reverencia e iniciamos la procesión por la nave principal en dirección a la sacristía.

Mamá está sentada junto a la tercera fila. Intento con todas mis fuerzas no mirarla. Ella, en cambio, parece estar mirándome a mí. Escanea mi cara. Ve mi lucha. Estoy seguro de que quiere que la mire. Quiere que grite. Que la amo. Que la quiero como es. Que nada ha cambiado.

Intento no hacerlo. Con todas mis fuerzas.

Sin embargo, una fuerza tira de mí. Cala como la lluvia en la arena.

Me giro.

Nuestros ojos se encuentran.

Está sentada en su silla de ruedas. Lleva un vestido con estampado
tie-dye.

El resto de la congregación está levantada. Dejan que el peso de sus cuerpos se apoye en los pies. Mamá, en cambio, está sentada, agarrada a los brazos de su silla. Como la Reina que no es. La Reina que no será nunca.

Ya no me habla. Desde que se despertó de su coma de seis días, ha estado hablando con todos los demás: con doctores y enfermeros, sobre el enorme relámpago que le atraviesa la espalda; con tía Lizzy, su hermana pequeña, sobre algún tío o tía muertos; con mis drugos, sobre sus padres. Hasta con Zahrah, la misma Zahrah a quien acusó de traicionarla, se pasa horas hablando sobre su prometido y de las ventajas de una familia grande. Pero a mí no me dirige ni una palabra. Mira hacia otro lado cada vez que entro en la

habitación. Retira la mano después de que se la tenga cogida un momento. No responde cuando le pregunto si le duele algo, si necesita algo.

Me molesta mucho cuando retira la mano. Es como si yo no formara parte de ella. Como si un cuerpo pudiera seguir adelante sin manos o pies. Y me entran siempre ganas de dar un manotazo a la cama o la silla cuando no responde a mis promesas de que siempre voy a estar con ella, de que la voy a proteger siempre, de que estaremos bien JUNTOS. Su silencio me hace quedar como un mentiroso a mis ojos. Como un timo. Como un niñato idiota.

Cada vez que estoy con ella, mis neuronas me gritan como cláxones. Su silencio hace que sus voces resulten más persuasivas. ¡Despierta, coño!, me dicen. La mujer está acabada, ¿no lo ves? Antes no podía ni sujetar bien un boli y ahora no puede ni mantenerse en pie, algo que hasta los niños muy pequeños pueden hacer. ¿Quieres pasarte la vida entera haciendo de niñera? Más te vale largarte pero ya, mudarte con tus drugos antes de que sea demasiado tarde. Acéptalo, su vida está Maldita. No empeores la tuya.

Estoy seguro de que el universo o HXVX o lo que sea me están castigando, haciéndome pagar el haberla comparado con Mamá 2. Se están burlando de mí haciendo que sea todavía menos de quien se supone que debería ser, menos Mamá 2.

Su atacante la golpeó en la columna con un machete. El doctor dijo que ningún hospital del país podía ayudarla. Que nuestros quirófanos son el taller de un zapatero remendón, no instalaciones donde se pueda desempeñar ningún trabajo médico serio. Tanto en el hospital como ahora en casa solo duerme tumbada bocabajo, como si le estuviera rezando eternamente a alguna Superfuerza Despiadada que, pese a sus súplicas y lamentos, no hace nada por salvarla.

Cuando el doctor le dijo que quizá no volviera a caminar, se

arrancó las vías de las manos. Estremeciéndose de dolor, consiguió sentarse en la cama. Arrastró los pies hasta bajarlos al suelo e intentó ponerse de pie, pero solo consiguió caerse de bruces. Eso no la detuvo. Tiró de sus piernas insensatas y separadas hacia ella. Apoyándose, se puso de rodillas e intentó caminar. De nuevo cayó de cabeza. Lo repitió una y otra vez mientras gemía de dolor. Ninguna enfermera ni ningún doctor lograron detenerla. Tampoco Zahrah. Ni la tía Lizzy. Lloraban y le rogaban que parase, que no debía matarse, que tenía que criar a un hijo. Había sangre por todos lados. Le goteaba por la espalda y chorreaba de la nariz. Pero mamá no se detuvo.

—Dile a tu madre que pare —me rogó una de las enfermeras—. Llora y suplícaselo.

Pero yo me quedé en silencio. No me salía ni una palabra. Mis ojos se secaron aún más.

Esa no fue la única vez que no lloré. Ni siquiera lo hice cuando el atacante la golpeó con el machete, después de su Grito, después de que cayera desde aquella ventana alta hasta mis pies. Mis ojos siguieron secos incluso después de llevarla corriendo al hospital. Y durante aquellos seis días nebulosos en que yació inerte en una cama, con una máscara de oxígeno, los labios más grandes, fea, la cara hinchada, los sobacos peludos y malolientes. No lloré durante todos los baños con esponja que tía Lizzy y yo le dimos. Ni una lágrima salió de mis malvados ojos.

Quizá haya dejado de hablarme porque no ha podido perdonar mi frialdad, mi terquedad. ¿Qué hijo se negaría a llorar cuando su madre —su único progenitor— sufre un dolor tan atroz? ¿Qué hijo no querría cargar con el dolor de su madre, darle sus propias piernas, hacer de ella su olímpica?

Tumbado en la cama le he dado vueltas y más vueltas al tema. Me he estrujado el coco yendo de un lado a otro de la casa, frotando sus dos medallas de oro, y no he descubierto nada. Las

medallas las ganó en la escuela por correr los cien metros. Solía presumir de ellas, de cómo podía ganarme corriendo incluso ahora que ya le habían salido algunas canas.

Le he consultado a Ydna, pero finge no existir y no me contesta. Ydna siempre se pone de su lado. Como si tuviera una relación más íntima con ella que conmigo. Como si un pie pudiera estar más cerca del corazón que el otro.

Estoy seguro de que su silencio no se debe a que esté tratando de evitar hablar de papá. Tampoco a que no la llamara «mamá» justo antes de que la golpearan.

Debe de ser por Eileen.

El deseo que siento por ella debe de estar Maldito y mamá se ha convertido en mi cordero.

Debe de ser porque mamá sabe que no quiero esta copia de sí misma en que se ha convertido. Que quiero que vuelva mi mamá de antes. Mi mamá con olor a rancio y la mancha de aceite de palma en los dientes. Esa a la que le encantaba el dinero un poco demasiado y les cobraba de más a nuestros sacerdotes blancos. La que siempre estaba en todos sitios, siempre con prisa, luchando con la vida y doblegándola, peleando con la puta que me hizo una proposición, abofeteando al hombre que afirmaba ser mi padre. Quiero que me devuelvan a la original. No quiero esta versión desamparada. Debió de verlo en mis ojos al salir del coma y no me lo perdona.

La sacristía. Olor a cirios e incienso. La luz amarilla se filtra por las ventanas. El oro de cálices y custodias brilla sobre estantes de cristal. En los armarios cuelgan tiesas casullas.

Decimos la oración de después de misa, que leemos en una imagen enmarcada que cuelga de la pared.

Te damos gracias, Jesús nuestro Señor,
por la sagrada gracia que nos concedes de servir en tu altar…

La sacristía es la única parte de la iglesia que quedó intacta tras los disturbios. Pese a estar abierta durante los ataques con machete y los fuegos, no se rompió ni una pieza de cristal. Los objetos sagrados repelerían a los psicópatas.

A lo mejor Dios existe. Permite algún que otro sacrilegio de vez en cuando para avivar nuestro escepticismo. Permite que derribemos Su templo y que pequemos delante de Sus narices. Pero, como cualquier ser sensato, sabe cuándo protegerse.

Al terminar nuestra oración, el padre McMahon nos bendice con la señal de la cruz y hace una reverencia.

—Gracias —dice.

Hacemos una reverencia nosotros también.

—Gracias, padre.

Meto la cruz en su pie. Mis drugos y yo esperamos a que se desvista. El padre se quita las gafas y la casulla. Se pone las gafas, desata el cíngulo, me dedica una mirada fugaz. El brillo en sus ojos azules. Lleno de recomendaciones pero también de desprecio. Lo sabe. Eileen debe de haberle contado que voy a ir a visitarla a Abuya mañana, que ahora somos medio BFF. Se quita la estola, me sonríe de un modo extraño y sale de la sacristía.

—¿Qué hay, compadres? —digo.

—Aquí, colega —responde Slim.

—Puta hambre que tengo —dice Morocca bostezando—. Seguro que tengo gusanos vampiro en la barriga.

—Seguro que sí —concede riendo Slim.

Morocca no falla. Dice palabrotas hasta cuando está en la sala de máquinas de Jesús. No les teme a los rayos ni a nada. Como yo, es un péndulo en lo que respecta a Dios.

Hoy está en modo buen chico. No lleva ningún pendiente ni cadenas. Aunque tiene los labios gruesos y negros como si se acabara de fumar tres porros de hierba. Los de Slim, en cambio, son finos y femeninos. Tiene la cara muy pálida, como si se le hubiera

olvidado echarse un poco de crema esta mañana.

—¿Por qué te estaba mirando así el abuelo, Andy? —pregunta Slim.

—Seguro que lo sabe —aventura Morocca.

—¿Cómo? —se extraña Slim.

Morocca se le queda mirando.

—¿No es el coleguita de Dios? ¡El Espíritu Santo le habla en sueños!

Nos reímos.

—Calla. ¿Sabes dónde estamos, idiota? —increpa Slim.

—¿En la habitación 101?

—Vigila esa lengua, porfa. No quiero que venga un Espíritu Santo y me achicharre el culo de una llamarada.

Morocca lanza un sonoro bostezo, como el truhan que es.

—Mucha hambre —añade.

—A lo mejor por eso no se te levanta últimamente —comenta Slim.

Morocca asiente muy serio con la cabeza, imitando al padre McMahon.

—Esa revelación no le viene del cuerpo y la sangre, joven.

Nos reímos.

Entonces se acerca a un armario, lo abre y saca un recipiente grande con hostias.

—Como David por valles tenebrosos —cita.

Me pasa el recipiente para que coja algunas hostias sin consagrar. Siempre me las da a mí primero. No porque sea el más alto ni el mayor, sino porque el hecho de que yo coma el primero valida nuestra acción.

Cojo dos hostias y me las echo a la boca. Están rancias. Slim coge cinco. Morocca agarra una docena y se las mete a la fuerza en esa bocaza que tiene. Nos reímos al verlo padecer para comérselas todas, deseando que se atragante a ver si para de hacernos pecar en

el lugar más sagrado.

Morocca se quita la sobrepelliz y la sotana. Hoy lleva camiseta de manga larga, por los tatuajes, probablemente. Quiero preguntarle por qué se molesta en venir a la iglesia y servir en misa si luego va a hacer bromas y obligarnos a comer hostias al terminar. Ni sus padres ni sus hermanos van nunca a misa. Siempre están arreglando alguna trifulca que tengan entre ellos. Sus hermanos siempre andan liados en algún asunto turbio: estafando a blancos por internet o vendiendo contratos falsos del Gobierno por toda la ciudad. Todos tienen alguna criatura, igual que él.

Le digo que he visto en misa a Serena, su hija de dos años, con Patience, la madre. Que Serena está creciendo deprisa, que está preciosa.

—Guay —contesta mientras se dirige a la ventana.

Nunca dice «guay». Está claro que quiere que cambie de tema.

Silencio.

Fuera está pasando gente por delante de la sacristía. El padre McMahon les dice «Que Dios te bendiga» a todos. Un niño pequeño corre la cortina y entra. Su mamá tira de él para sacarlo, riendo, y le dice que todavía no ha llegado su hora. Es triste pensar que un día será como nosotros y comerá hostias en la sacristía y hablará de pollas y tetas entre custodias.

—Tú ya mismo tendrás tu propia Serena… —comenta Morocca con una sonrisa malévola—. Con Eileen.

No sé qué responder a eso. Creía que quería cambiar de tema. Me agacho a volver a atarme mis cordones perfectamente atados.

—¿Qué tipo de vello o de piel tendrá? —añade.

Quiero pedirle que se calle, pero no digo nada.

Siempre reprimo ese Pensamiento en cuanto intenta meterse en mi consciencia. Igual que ahora. «Reprime. Reprime. Reprime». El Pensamiento de quién podríamos ser Eileen y yo. De los críos que podríamos tener… «Reprime. Reprime. Reprime».

—He visto a tu mamá. Se la ve muy bien, Andy —tercia Slim en un intento de rescatarme.

—Sí, gracias.

Otro tema del que no quiero hablar.

No voy a tardar en tener que salir de la sacristía para ir a buscarla. Sus admiradores deben de haber terminado de desearle que se mejore. No quiero verlos llevarse la mano al bolsillo o al bolso, sacar un fajo de dinero y darle uno o dos billetes. Como si fuéramos mendigos, Malditos por Dios, enviados a la Tierra para sufrir. Como si no fuera ella la que solía ir de aquí para allá ganándose su dinero, con la cámara colgada al cuello, tirando de ella como un tercer pecho.

Trato de pensar en Eileen. Me la imagino en Abuya. Me pregunto si se ha puesto roja del sol.

Se fue de Kontagora el día después de los disturbios porque a sus padres les preocupaba que hubiera ataques de represalia. Antes de irse pasó por el hospital con unas flores y una tarjeta de QUE TE MEJORES para mamá. Se reunió con nosotros en el pasillo de quirófanos, donde esperábamos rodeados de un pestazo a desinfectante: mis drugos, Fatima (que le pasó el escáner de arriba abajo), Zahrah y yo. Vino con el padre McMahon y un policía armado con un rifle prehistórico con un trozo de tela roja atado al cañón que no paraba de comprobar los pasillos. Las enfermeras la llamaban «señora». Yo estaba sentado, inclinado hacia delante, trazando patrones en el suelo de terrazo, creando futuros para mamá y para mí, cuando Morocca susurró que Eileen había llegado.

Me puse de pie, con las piernas temblorosas. Y, voilà, Eileen estaba frente a mí. Ataviada con un vestido verde. Sus ojos pradeños húmedos de la pena. Me dio las flores y la tarjeta. Me abrazó. Y permanecimos de pie juntos como uno durante varios segundos, cada uno de ellos, una eternidad de arcoíris.

Contó que se mudaba a Abuya. Que esperaba volver a verme.

Doctores, enfermeros y cualquiera que pasaba por allí se me quedaban mirando, preguntándose cómo un negrata local como yo la había conocido a ella y ganado su atención.

Al día siguiente, leyó los poemas de mi blog y publicó un comentario largo y entusiasta: «Es la poesía más conmovedora que he leído en mucho tiempo. Qué desgarrador este amor retorcido entre dos hermanos». Del comentario saqué su *email* y le envié un mensaje de agradecimiento con signos de exclamación por todos sitios. Y, desde entonces, estamos juntos. Bueno, algo así. Nuestros avatares se pasan el día y la noche parloteando sobre libros. Y sobre la memoria. Y el tiempo. Y el amor.

Slim y yo nos sacamos las sobrepellices y las sotanas y las colgamos en el armario. Morocca nos cuenta que tiene el Honda listo para el viaje de mañana. Que se lo dieron ayer. Le ha cambiado el aceite al motor, le ha arreglado los faros traseros, echado un poco de agua fría al radiador.

—Vas a tener que pagarme un extra, Andy. Si nos vamos tan pronto es por ti —anuncia.

La boda de Zahrah es la semana que viene y mis drugos y yo viajamos a Abuya para la ocasión. El plan es ir con Serena, Patience y Fatima. Se supone que vamos tres días antes de la boda, pero les insistí a mis drugos para salir antes. Eileen se marcha de Nigeria la semana que viene, se va a encontrarse con sus padres en Níger, donde están investigando el ébola, y yo quiero pasar con ella todo el tiempo posible porque puede que no nos volvamos a ver nunca más.

—¿Qué tienes planeado hacer con Eileen? ¿Te la vas a follar? —Morocca sonríe satisfecho.

—Calla la boca —le digo.

—En el infierno te espera un trono, Morocca —apunta Slim.

Nos reímos.

—Todavía no me puedo creer que Zahrah se vaya a casar tan

pronto —comento.

—Yo tampoco.

—No sabía que era de las que se casan.

—Tiene una suerte, colega.

—Ya te digo.

—Ya me gustaría a mí casarme con su prometido —declara Slim —. Así podría pasear en todos esos coches.

Morocca y yo soltamos una risotada. Ojalá no nos acabara de recordar Slim el Susurro.

Las últimas semanas he coincidido con Okorie, el prometido de Zahrah, en un par de ocasiones. En ambas, la acompañaba a visitar a mamá al hospital en su Jaguar. En la primera visita le contó a mamá cómo se conocieron. Fue hace dos años, en una conferencia sobre afrofuturismo que se celebraba en Lagos. Se enzarzaron en un debate acalorado durante una de las mesas redondas y, una vez concluida la sesión, él no podía dejar de mirarla. Se pasó meses pidiéndole una cita pero ella siempre lo rechazaba. Sin embargo, por mucho que tratara de evitarlo, Zahrah no dejaba de pensar en él, de soñar con él… O sea, la fantasía romántica del siglo.

El inglés de Okorie es un pelín raro: un momento suena como el padre McMahon y, al siguiente, como nosotros. Zahara y él visitaron Dubái hace poco para comprar cosas para la boda.

Hablamos del Mercedes y del Audi de Okorie e intentamos adivinar la pasta que tiene. Hablamos de la boda, de si el vestido de novia de Zahrah será rojo, de si la ceremonia será también anifuturista. Intentamos comprender por qué, con todos los millones de chicas blancas del Reino Unido que Okorie ha conocido y que quizá se haya tirado, ha elegido a nuestra Zahrah.

—El amor es como dar saltos en un trampolín, no tiene ni puto sentido —sentencia Morocca.

Cuando estamos a punto de salir de la sacristía, suena el móvil de Morocca. Fuera todo está en silencio; el padre McMahon ha

terminado de saludar a los feligreses y se ha ido a casa.

—¿Qué mierda de número raro es este? —se extraña Morocca—. Es extranjero.

En este país, si te llama un número raro, dudas si contestar porque hay un montón de historias de gente que ha muerto mientras dormía después de coger alguna llamada de un número raro.

Aun así, Morocca lo hace.

—¿Hola? ¿Quién es?

Unos segundos después, empieza a hiperventilar.

—Hostia puta. ¡Qué cojones!

—¿Quién es? —preguntamos Slim y yo.

—¡Qué cojones! Imposible.

—¿Quién es?

—¡Es WALL-E! ¡Está en España!

—Joder.

—La leche.

Slim y yo decimos «joder» y «la leche» cien veces más, convirtiéndonos de ese modo en Morocca, los cálices y las custodias nos importan ya una mierda. Si Dios no ha evitado que Okey cruce el desierto, dudo mucho que exista.

Morocca pone el manos libres. Okey divaga en su refrito extraño entre pidgin e inglés. Dice que les han dado a su tío y a él una habitación guapa donde alojarse mientras los de inmigración revisan sus solicitudes de asilo.

—Colegas, desde que llegamos mi tío y yo, dem dey tratan como reyes. Dem dey dan tres, de hecho, cuatro comidas decentes cada día, yo dey cuento. Tíos, del grifo siempre sale agua, y la luz neva parpadea, ni una vez. Yo neva see nada igual desde el día my mama parió me, te lo juro. Dis na mejor decisión de mi mumu vida.

De nuestras Malditas bocas no sale ni una sílaba. Hasta Morocca se ha quedado mudo.

Cuando Okey cuelga, con la promesa de volver a llamar, nos miramos unos a otros. Miramos las custodias de los estantes, que han perdido su brillo. El suelo de cemento. La hormiga de fuego que entra en la habitación arrastrándose por debajo de la cortina.

El presbítero Paschal y su esposa son los únicos que están todavía saludando a mamá. Quedan otras personas en la nave, charlando en voz baja en grupos de dos o tres. Los rayos de sol entran oblicuos en la iglesia. La silla de ruedas los refleja, recordándome que cree en mi pecho espacio para ella, un lugar que no se ha ganado. El presbítero Paschal le hace la señal de la cruz en la frente a mamá. Se mete la mano en la túnica, saca un rollo de billetes, le da dos. Ella dice «gracias, señor. Que Dios le bendiga». No hay ni una pizca de emoción en su voz. Aun así, dentro de mí es como si estallara cristal.

Los Paschal me ven. Ambos tienen el pelo lleno de canas y están ligeramente jorobados.

—Ah, Andy —saluda la señora Paschal mientras se anuda un extremo del wrapper.

—Buen domingo, señor. Buen domingo, señora —contesto.

—Estás haciendo un buen trabajo con tu madre —observa ella.

—El Señor esté contigo, hijo mío —añade el presbítero—. Siempre.

Ese Señor cuya hostia (y ser previo) me como en Su sacristía; ese Señor que en realidad no creo que exista.

Sonrío.

—Gracias, señor. Gracias, señora.

Ojalá pudiera invertir el orden de mi comentario.

Los Paschal se despiden de nosotros. Se marchan llevándose consigo su olor mentolado.

Queda mamá frente a mí. Empieza el Silencio.

Las trencitas se le están saliendo del turbante. Su pelo es más negro ahora que antes. Tiene menos arrugas en la cara. Los ojos

están más grandes; la esclerótica, más llorosa; los párpados, que casi nunca se cierran, más gruesos.

Me mira. Separa los labios.

Di algo, mamá.
Llámame burro.
Dime idiota.
Llámame desagradecido.

Pero no dice nada.

Un saludo lucha por salir de dentro de mí. Intento retenerlo, forcejeo, lo retuerzo.

Me coloco detrás de la silla y agarro la empuñadura con las manos temblorosas.

Cabría esperar algún cambio en sus piernas. Que estuvieran un poco dobladas, que tuvieran una cicatriz larga, unos hierros para enderezarlas, pero son las mismas de su vida anterior. Las mismas piernas que corrían de una habitación a otra, de nuestra casa al estudio. Que se espatarraban tozudas delante de ella cuando se sentaba a hacer egusi.

La empujo por el pasillo principal y salimos al exterior.

Sol amarillo. Las melinas silban. La brisa es fresca.

Aun así, transporta un tufillo a humo. Si arrugas la nariz te lo pierdes. Hay gritos en los silbidos de las melinas. El resoplido de los muertos. El aullido de los convocados a nacer en esta tierra.

Por fin lloré por mamá la tarde que le dieron el alta del hospital. Era la primera vez que la veía en silla de ruedas.

Me encontraba en la sala de estar de Zahrah, nuestra sala de estar. Hizo que tía Lizzy y yo nos mudáramos a su casa porque hay menos musulmanes en el barrio. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, rodeado de las fórmulas de Zahrah, mientras intercambiaba correos electrónicos con Eileen. Hablábamos de

amor. De que es arbitrario. Entrópico. Una coincidencia ilógica. Una x y una y de conjuntos diferentes, disímiles en todo, que al sumarse dan uno y al restarse dan cero, que son, en esencia, dos mitades de la misma cosa.

Sonó el claxon de una furgoneta fuera. Me levanté para ver quién era con la nariz aún enterrada en el móvil. Solté una risilla por algo gracioso que había dicho Eileen. Repliqué con una larga ristra de emojis. Y, por primera vez, vi nuestra relación dejar de gatear y ponerse de pie.

Fuera, al sol, Zahrah y el conductor salían de la furgoneta blanca. El conductor abrió la puerta lateral deslizante. Sacó la silla de ruedas. La colocó en la calle: brillaba con el sol. El olor ácido de su acero reclamaba mi atención, me pedía que mirara lo que había hecho.

Sonó el móvil de Zahrah. Descolgó y le rogó a su interlocutor que no se molestara, que ya estaba de camino.

Entre ella y el conductor sacaron a mamá. La colocaron en la silla de ruedas. De vez en cuando, mamá hacía un gesto de dolor pero, por lo general, su cara era inexpresiva.

El olor se intensificó. Empecé a oler el humo en la silla. Nauseabundo. Oí algunos de los gritos. La silla me deslumbraba demasiado.

El conductor cerró la puerta lateral. Se metió en la furgoneta.

En la calle quedaron Zahrah y mamá, que hizo visera con una mano para protegerse los ojos. El móvil de Zahrah volvió a sonar. Resopló contrariada.

—Andy, se me está haciendo muy tarde. Ayúdame a empujar a tu madre al interior de la casa.

Pero me quedé inmóvil. No podía moverme. Porque fue entonces cuando lo comprendí. Cuando me golpeó la realidad.

—Andy.

Mamá será siempre un bebé.

—¡Andy!

¡Para siempre!

Mamá dejó de hacerse visera encima de los ojos. En ellos se estaba acumulando el odio.

La silla de ruedas brillaba demasiado. El olor era demasiado nauseabundo.

—¿Qué haces, Andy? ¿Por qué sueltas el móvil?

«Levántate, mamá».

«¡Levántate!».

—¡Levántate, mamá! —grité.

Y el mundo se detuvo.

Zahrah y mamá me miraban fijamente. Las personas que pasaban por allí murmuraban. Una cabra que se cruzó me clavó la mirada.

8

Ya en casa de Zahrah, sudorosos y quemados por el sol, llevo a mamá a su habitación. Pese a que las piedras y los fosos de arena de nuestras carreteras sin asfaltar nos han hecho retrasarnos, la razón principal por la que el trayecto desde la iglesia ha sido tan largo es que nos hemos detenido a echarle un vistazo a su estudio. Está ennegrecido, más oscuro que nuestro tono de piel, y huele a huevo podrido. El techo ha desaparecido del todo. Las paredes están abolladas y les sale una cosa negra al tocarlas; la puerta de cristal está tirada en el porche, hecha pedazos. El nombre, *Glory Bright Photos*, está ilegible, mezclado con hollín, hasta formar una nueva palabra que solo los demonios pueden comprender. Las tiendas contiguas y el burdel de enfrente —en todos los casos, propiedad de cristianos— han sufrido la misma suerte. Sin embargo, a diferencia de los otros negocios, del estudio de mamá no se puede salvar nada. Todo está quemado, deformado y hecho una mierda: sus cámaras y los pies de *flash*; los muebles y los fondos; los negativos… Todo son recuerdos imposibles de demostrar.

Tía Lizzy ha colocado en una mesa baja junto a la cama la comida de mamá, que se acerca con la silla de ruedas y destapa los platos de gachas de boniato y guiso de pescado (el olor de este último me ataca). Se queda mirando la campana plateada junto a los platos. Mira por la ventana a tres niñas que juegan a *tsallake*, unos botones les brillan en el dorso de la mano cuando cruzan saltando los cuadrados que han dibujado en la arena. Mamá las mira como si quisiera unirse a ellas.

Desde los disturbios solo ha hecho sol y más sol mierdoso. Hay noches y mañanas en que se juntan algunas nubes y los remolinos de viento levantan bolsas de papel y plástico, pero no llueve pese a

que es julio y en esta época se supone que las lluvias son torrenciales, que las carreteras se llenan de barro y charcos estancados y que, en las casas, la gente recoge agua para beber en palanganas que colocan bajo el alero. Se supone que las ranas toro de las pozas deberían estar croando toda la noche, contándoles a sus amantes relatos de sus vidas pasadas, creando un ambiente soporífero propicio para dormir fácilmente sin soñar. Llueve prácticamente en todos sitios, hasta en Sokoto, donde ya casi se puede oler el Sáhara. El maíz y los cacahuetes que nuestros agricultores plantaron en mayo y junio ahora son unas banderitas amarillas, pero las hierbas que las rodean son aún recias y verdes. Muchas personas de nuestra ciudad —sobre todo las afectadas por los disturbios— aseguran que es la sangre de las veintidós personas asesinadas esa noche las que claman justicia al cielo y están reteniendo nuestra lluvia. Cabría preguntarse también si el Dios de ahí arriba —si es que está— es justo y por qué está castigando a Sus santos además de a Sus pecadores, a quienes, para empezar, no impidió pecar. ¿O acaso el Dios de ahí arriba es en realidad HXVX y orquesta los disturbios para beberse la sangre de los asesinados y nos roba la lluvia para alimentar(se de) Su postrera frontera, el desierto? (Pista: *postrera – ra = postre*).

Desde que volvió mamá del hospital, le empujo la silla a donde sea que quiera ir. Ella toca la campana y yo aparezco. Me pregunto cómo se las va a arreglar cuando me vaya a Abuya mañana. Ni siquiera se lo he dicho aún, aunque estoy seguro de que tía Lizzy sí, en alguna coyuntura en que se estuvieran riendo de otra cosa probablemente. Esta mujer no para nunca de reírse con una risa falsa y estruendosa que no sale del corazón, sino de un lugar secreto que quizá ni siquiera ella llegue a saber nunca dónde está.

Me empieza a sonar el móvil. Es una videollamada de Zahrah.

—Hey, Andy África —saluda riendo—. ¿Qué tal estás?

—Buenas tardes, tía Zahrah.

Tiene buen aspecto. Va vestida de rojo, como es habitual, si bien, en esta ocasión, con un top ajustado con adornos de encaje. Lleva el pelo muy bonito, brillante y peinado con esmero en trenzas largas y finas que se juntan en un protuberante dónut en lo alto de la cabeza. Una de las trenzas, la que corona el tocado, es de color rojo. Zahrah no falla.

Pregunta por mamá, por mi viaje de mañana. Me cuenta que Kelani, el hombre que afirmó ser mi padre en la fiesta de Eileen, nos va a visitar esta tarde. Que quiere hablar con mamá y conmigo ahora que ella ya ha salido del hospital. Le pregunté a Zahrah por él, cómo se conocieron, por qué lo trajo a la fiesta. Me contó que lo conoció en Ososo, pero no quiso decirme nada más. «Ya he causado suficiente daño. Habla con tu mamá. Ella te lo explicará todo», me dijo.

Él le hizo una visita a mamá en el hospital, el día después de los disturbios. Se sentó enfrente de mí mientras miraba a mamá, que yacía inmóvil en la cama, fijamente, sin un atisbo de compasión en sus malvados ojos. Me entraron ganas de darle un puñetazo y arañarle la estúpida calvorota. No dijo gran cosa ni se quedó mucho rato. No dejaba de echarme miraditas, como si yo fuera una mascota que le gustaba y estuviera decidiendo si comprársela y se preguntara si podría darse el caso de que un día me entrara la rabia y le mordiera el culo plano y negro. Dejó algo de dinero en la mesa de mamá y se fue, y desde entonces, no he vuelto a saber nada de él. De todas formas, estoy convencido de que no es mi padre. Ni de coña. Prefiero no tener padre a que lo sea ese zombi.

—Mmmm, Andy. Acabo de terminar de leer uno de tus nuevos poemas —me cuenta Zahrah.

—¿Cuál?

—El que habla de que África es una simulación por ordenador.

—Ah, ese me gusta.

Se inclina hacia delante.

—Andy, mmm… A veces me pregunto de dónde sacas tus ideas… A ver, lo que tú afirmas es que HXVX ha orquestado y/o se aprovecha de esta simulación.

—Exacto.

¿Cómo si no se explican el sol y la hambruna versus nuestras risas y bailes, la corrupción y los asesinatos versus las iglesias y mezquitas por todos los rincones de todos los barrios? ¿Cómo si no se explica el rayo en la espalda de mamá?

—Debo confesarte que es una idea brillante, aunque a la vez inquietante. Me lo volveré a leer y te pasaré algunos comentarios —promete.

Le pregunto por el artículo sobre anifuturismo para la revista británica. Dice que ha recibido una respuesta ambivalente (¡no me sorprende!). Que en un comentario la llaman «autora hambrienta» y que juran pagarle las facturas si promete no volver a escribir. Se ríe, yo también. Dice que ahora mismo está investigando el anifuturismo cuántico, que proporciona el camino más despejado a la hora de establecer muchos de los principios del anifuturismo. Para ello ha estado intentando llevar más allá la idea de «animismo cuántico» de Nick Herbert, quien argumenta que todo en el universo es a la vez un cuanto y un sistema animista. De manera que, aplicando la teoría del cuanto, la consciencia (incluso la vida) de objetos «inanimados» podría observarse y probarse matemáticamente. Sin embargo, hasta ahora no existían ni las matemáticas ni la teoría para llevarlo a cabo. Gracias al anifuturismo y su configuración de la teoría de permutaciones, se puede establecer un isomorfismo clave entre la mecánica cuántica y el animismo. Si se logra, se abrirían las compuertas de la comprensión de la consciencia y la demostración de que las cosas «inanimadas» tienen vida.

—Adivina qué, Andy. Acabo de leer una prepublicación revolucionaria de Hummels y Adegoke, quienes se sirven de la

teoría anifuturista para hacer eso precisamente. ¡Esto es lo que llevo meses luchando por demostrar! ¿No es increíble?

No me importa lo más mínimo, pero asiento una y otra vez.

—Sí que es increíble, ya lo creo.

Vuelve a preguntar por mamá y le digo que está aquí. Le paso el teléfono a mamá. Lo coge sin dar las gracias y se pone a hablar en ososo con Zahrah, quien le pregunta un par de veces si está bien y si necesita algo.

—Mi só, Zahrah —le contesta con una leve sonrisa—. Estoy bien, de verdad. Solo un poco cansada de vez en cuando. Será por el sol, me imagino. Pero está todo bien. Pronto ya podré empezar a hacer las cosas por mí misma, yo sola. Y descubrir qué me queda.

—Me alegro de oír eso, tía mè. Okorie te manda recuerdos —responde Zahrah.

—Espero que esté bien.

—Está bien, gracias. ¡Está deseando que llegue el gran día!

Mamá se queda en silencio un momento.

—Me da mucha pena no poder asistir —se lamenta.

—Pues sí. Con las ganas que teníamos de que llegara este momento y todas las cosas que dijimos.

Ahora hay sillas en la sala de estar de Zahrah, dos anodinas y blancas de plástico. Las compró para las visitas de mamá después de que tía Lizzy la pusiera de vuelta y media y nos ordenara a mamá y a mí recoger nuestras cosas y marcharnos de la casa. Zahrah hasta ha comprado una pantalla de plasma. Tanto las sillas como la pantalla están colocadas en la parte más aburrida de la habitación, donde solo hay unas cuantas fórmulas matemáticas en el suelo y ninguna estatuilla de ningún dios en las paredes. Estoy seguro de que Zahrah no hubiera dado su brazo a torcer si siguiera viviendo aquí. Intentaría convencernos de que alineemos nuestro ser corpóreo con sus copias del mundo espiritual. De que lleváramos una vida tan frugal como la de nuestros ancestros, cuya comunión

con las piedras y el universo no se veía perturbada por la tecnología colonial occidental. De que este sacrificio daría paso a una ascensión de nuestras almas, lo cual nos permitiría establecer un equilibrio avanzado con la existencia.

Por el contrario, Zahrah no puso mucho empeño. Quizá debido a que ya se había mudado con Okorie a la enorme casa de dos plantas que este tiene en Abuya. Estoy seguro de que ha convertido la morada en el mayor templo anifuturista del continente y de que incluso ha llenado los pasillos de estatuillas frikis.

Un hiyab descansa sobre una de las sillas, en la otra hay libros sobre permutaciones y ateísmo. Les he echado un vistazo a dos de ellos antes: *Patterns in Permutations and Words*, de Sergey Kitaev, y *El relojero ciego* de Richard Dawkins. Fatima debe de andar por aquí. Viene de visita de vez en cuando y se queda a dormir en la antigua habitación de Zahrah. Cuando estoy dentro con Fatee, tía Lizzy siempre echa una ojeada. Se ríe y pone excusas raras para sus apariciones. En una ocasión entró de golpe con el pretexto de haber visto la sombra de una rata metiéndose en la habitación. Puesto que a las ratas se les hace la boca agua con los libros, vino a asegurarse de que no dañaba ninguno de los manuales de Zahrah, como si le importaran algo Zahrah y sus libros. Es gracioso ver hasta dónde es capaz de rebajarse con tal de evitar que Fatee y yo follemos. No sabe que no tiene por qué preocuparse, que aunque pienso que Fatee está buena, normalmente me puedo controlar cuando estoy con ella porque no tiene los ojos verdes ni una cola de caballo rubia platino.

El silbido de tía Lizzy viene de la cocina. El olor a plátano frito entra flotando en la sala de estar. Empiezo a tener hambre, pero antes debo quitar de en medio mis caras Nike no sea que se manchen o acaben oliendo a plátano. Okorie me las trajo de Dubái. Las llamó «cosas para levantar el ánimo» después de los disturbios.

Cuando voy camino de mi cuarto, tía Lizzy llama a Fatee desde

la cocina. La mujer grita como una condenada. Estoy convencido de que un susurro suyo se oiría en todos los rincones de un estadio.

—¡Te estoy esperando o! —apremia.

Se abre la puerta de mi habitación y aparece Fatee con la mirada gacha.

—Hola, Fatee —la saludo con mi voz grave y derrochando encanto en un intento de presumir de mis Nike.

—Hola, Andy —contesta sin levantar la mirada del suelo.

Nunca me llama solo Andy cuando me saluda. Ella es la única persona en todo el universo, aparte de Zahrah, que tiene permiso para llamarme con ese compuesto tan odioso: Andy África, y la única que le da un toque aterciopelado.

—¿Qué tal, Fatee? ¿Todo bien?

Me gustan su blusa de manga larga con estampado de Ankara y sus pantalones negros.

—Todo bien, sí —contesta con una sonrisa forzada, tan lánguida como sus párpados—. Solo he entrado a tu habitación a coger esto, nada más.

Me enseña el tazón de mis cereales de anoche. Se me olvidó llevarlo a la cocina al terminar. Le tiemblan los dedos, como si la acabara de pillar robando.

—Tía Lizzy lo necesita —añade.

—Ah, vale. Perdona que no lo lavara.

—No pasa nada.

—Espero que estés bien. Se te ve…

—Estoy bien, sí. Es el sol de hoy, que está tremendo.

—Sí que es verdad.

Me pregunto por qué todo el mundo le echa la culpa al inocente sol. ¿Es inocente? ¿Acaso no se está dejando utilizar por HXVX?

Fatee no lleva turbante ni nada. Lleva el pelo recogido en trencitas que le caen por delante y detrás de la cabeza. Parecen descuidadas, una o dos están un poco sueltas, como si se hubiera

tirado de ellas o se hubiera estado rascando.

Aparta los ojos todo el rato cuando la miro, como si le hubiera hecho daño y prefiriera regodearse en el dolor un poco más. Esta no es mi Fatee, la que sonríe con timidez siempre que me ve, la que juega conmigo a mirarnos sin pestañear con sus ojos como espejos enormes e imperturbables. En ellos suelo encontrar un brillo secreto, un «¡sí!» secreto, cuando está cerca de mí. Estoy convencido de que ese «¡sí!» no aparece cuando está con otras personas, ni siquiera con su mejor amiga Zahrah.

—Pero ¿estás segura, Fatee? ¿Te puedo traer algo?

—En serio, estoy bien —insiste mientras un poquito de ese brillo tímido regresa a sus ojos.

—Vale. ¿Te apetece una peli?

—Claro.

—Ayer pillé algo increíble.

—¿Otro disco pirata? —dice con sorna.

—Sí, por desgracia. Una colección con todas las pelis de Aronofsky. ¿Te lo puedes creer?

—Guay.

—Zahrah se rasgaría las vestiduras.

—Ya te digo.

Pese a desaprobar las pantallas de televisión, al parecer Zahrah ve un montón de películas en su portátil o en la tele de su habitación. Diría que no está en contra del arte cinematográfico *per se*, sino que, si bien las películas pueden ser especialmente informativas, es necesario controlarlas en el contexto africano y no anteponerlas o ponerlas en el mismo nivel de nuestros dioses y nuestra cultura y existencia.

Fatee y yo vamos a la cocina.

—Buenas tardes, tía —le digo a tía Lizzy.

—Andy, Andy. El chico más alto de la ciudad.

Siempre me dice esa mierda y nunca sé cómo responderle. O

bien le sonrío cuando no estoy muy por la labor o suelto una risotada y le aplaudo cuando tengo ganas de fingir. Ahora mismo no tengo ganas de perder el tiempo en molokadas, sobre todo después de lo que dijo anoche.

Es alta, más alta que mamá e igual que yo. Pese a tener la piel igual de oscura que mamá, su tono zarzamora es más brillante, más intenso que el de muchas mujeres que conozco. Le gusta llevar camisetas sin mangas y pantalones cortos para lucir sus tonificados brazos y piernas, como si fuera Lupita Nyong'o o algo así. Pese a que me tiro de los pelos por pensarlo, la verdad es que es más guapa que mamá. Quizá se deba a su juventud; quizá mamá fuera aún más guapa que ella cuando tenía su edad. En cualquier caso, no se parecen en nada. Tía Lizzy es muy gritona, muy mandona, controla las conversaciones y no deja que su interlocutor diga nada. A veces le habla a mamá como si mamá no le llevara diez años. A veces le habla mal y, cuando lo hace, me agarro a mi asiento con fuerza para no saltarle y chasquearle los dedos en la cara.

No es de extrañar que tía Lizzy y Zahrah choquen a menudo. Han discutido por dinero, comida y religión, y tía Lizzy ha llamado «bruja» a Zahrah millones de veces. Quizá esa es la razón por la que Zahrah ha huido a Abuya y nos ha dejado aquí peleándonos con ella.

Tía Lizzy vino corriendo enseguida a Kontagora cuando Zahrah la llamó para contarle lo de mamá. Se pasó tres días con sus tres noches en el hospital sin ducharse, esperando a que mamá saliera del coma. Hizo falta que le suplicáramos entre Zahrah, Fatee y yo para que viniera a casa a ducharse y dormir.

—Entonces, Andy, ¿qué tal hoy el sermón? Así lo llamáis los católicos, ¿no? Como a cualquier parrafada larga y pesada.

Tía Lizzy es así. Puede llegar a ser muy tontorrona.

Fatee friega el tazón. Cuando acaba, lo coloca en un escurridor para que se seque y se nos queda mirando a mi tía y a mí.

—La misa ha estado guay —le digo.

—¿Guay? ¿Cómo puedes describir una alianza entre Dios y el hombre de esa forma?

Uf, no estoy nada de humor para aguantar a Lizzy hoy.

—La misa fue bastante conmovedora, espiritual y vigorizante —corrijo.

—Eso o. Tú usa todos los palabros que te sabes. Eso es lo que os enseña Zahrah, ¿abi? Pero ¿has tenido ocasión de rezar por tu madre?

Típico de ella, salvando con destreza conversaciones que no dan más de sí.

—Sí. Hasta presté servicio en la misa y sostuve el plato de la comunión.

—Guay —suelta, como si no me acabara de poner verde por decir eso mismo—. ¿Y a qué sabe la comunión, la cosa esa blanca? Mira que sois blancos los católicos.

Y me corta el rollo al segundo otra vez.

Ella va a una iglesia pentecostal cuyo nombre no recuerdo. Se reúnen los sábados. Según ellos, ese es el verdadero día sagrado y nosotros los católicos somos falsos cristianos que nos creemos que podemos cambiar las cosas o adaptarlas a nuestra conveniencia solo porque tenemos miles de millones de seguidores en todo el mundo. Ayer ella volvió de la iglesia con un muñeco de plástico al que llamó «vigilante espiritual». Tiene los ojos enormes y una gran cruz pintada en la cara; se supone que repele espíritus malignos. Lo colgó en la sala de estar, justo encima de la pantalla de plasma. Ella cree que las estatuillas anifuturistas de Zahrah están preñadas de espíritus malignos que obstaculizan la completa recuperación de mamá. Asegura que mamá se estuvo recuperando de manera exponencial mientras estuvo en el hospital, pero que la cosa se ha

ralentizado desde que se mudó a casa de Zahrah.

Todavía estoy dolido por todos los insultos que me dedicó los días aquellos que no fui a visitar a mamá al hospital, aunque nada de eso es tan traumático como lo que dijo anoche mientras me estaba preparando los cereales en la cocina.

Me preguntó si había perdonado a mamá por mantenerme alejado de mi papá, Kelani. Lo dijo sin venir a cuento, estábamos hablando de estanques de peces y siluros en Kaduna. Tras una pausa le dije que yo no creía que Kelani fuese mi papá, que no tenemos nada en común, que ni siquiera nos parecemos y que yo creo que mamá no me mentiría acerca de algo así. Tía Lizzy me puso la mano en el hombro y dijo que debió de resultarme duro crecer.

—Tendrás que aceptarlo, Andy.

—¿Por qué?

—Porque es tu padre. Tu verdadero padre. Un chico no puede pasar sin su papá —afirmó, como si yo fuera un bebé incapaz de encontrarse la cremallera—. No llegará nunca a ser un hombre de verdad.

—¿Qué has dicho? —le pregunté, apartándole la mano. La sentía como una babosa sobre mi hombro.

Me lo volvió a repetir.

—Es tu verdadero padre, Andy. Tu madre te lo ocultó egoístamente solo por un desacuerdo que tuvieron. Créeme, estoy de tu lado. Es mi deber protegerte, incluso de tu propia madre. Sí, es difícil, pero debes intentar aceptar a Kelani. Si no, tu vida adulta será muy dolorosa, hazme caso. Todavía eres muy joven para comprender todo lo que te has perdido.

—¿Te puedes callar?

—Andy —comenzó a decir, con voz muy dulce—, entiendo lo duro que debe de ser para ti. Yo no sé cómo hubiera sobrevivido en tu situación. Me hubiera vuelto loca o algo así. Porque ¿cómo

podría vivir si mi madre fuera tan cruel conmigo para mantenerme alejada de mi verdadero padre?

—¡Cállate!

—Lo siento, Andy, cariño. Lo siento. Por favor, no llores. Por favor, quiero que sepas que estoy…

—¡Calla, calla, calla!

Y le tiré la caja de los cereales.

Ahora, mientras termino de servirme la comida, me pregunta si hoy estoy mejor, como si le importara.

—Es que ni siquiera te has disculpado por lo que hiciste ayer. Yo solo intentaba ayudar.

No contesto. Cojo mis platos de gachas y guiso de pescado y plátano y salgo de la cocina. Me siento mal por dejar a Fatee con ella.

Coloco los platos en el suelo, delante de la pantalla de plasma, y, tras sentarme, los intento equilibrar entre las piernas. Zahrah estaría orgullosa. Diría que, pese a no estar ella aquí, sigo siendo leal a mis raíces anifuturistas.

No puedo dejar de pensar en lo que dijo tía Lizzy ayer ni en la carta de la abuela. ¿Y si es verdad que soy hijo de Kelani? Quizá mamá rompió con él justo antes de que él se enterara de que estaba embarazada. Quizá él le hizo algo terrible que ella no le ha perdonado.

Sea como fuere, tendría que haber habido algo, lo que fuera, en el momento de conocerlo. Tendría que haberse manifestado algo, haberse despertado dentro de mí, agitarse y abrir los ojos después de quince años, salir disparado de mí en cuanto lo vi.

Pero no pasó nada.

Cero.

Nada de nada.

Fatee se sienta a mi lado en el suelo. Es ramadán y tiene prohibido comer o beber antes de la puesta de sol. Me sabe mal por ella, por

sus labios llenos de escamas, sus brazos que se mueven con lentitud, sus ojeras. Me pregunto si todo eso se debe al ayuno o a otra razón, o a las dos cosas.

Durante el ramadán, todo el mundo ayuna de algún modo en nuestra ciudad. Todos los días a las tres de la madrugada, los niños musulmanes van de casa en casa golpeando bidones de plástico vacíos y coreando «¡A tashi!», despertando a todo el mundo de sus sueños a lo *Legend of Zelda*. Y nuestros vecinos musulmanes se levantan y se hartan de comer mientras cuentan historias y se ríen, la luna es una ce de plata en el cielo que mira furtivamente el interior de las habitaciones. Paran de comer a las cinco, justo después de la llamada al salat. Muchos vuelven a la cama después de rezar y se levantan a mediodía, de manera que los comercios no abren hasta la tarde. Los musulmanes están de muy buen rollo durante el ramadán. Te saludan con un «Salam aleikum» al verte, dan limosna a los mendigos de la calle y son rigurosamente honestos cuando compras en sus tiendas.

Una mezquita de detrás de nuestra casa llama a la oración. Los altavoces de otras mezquitas del barrio cobran vida con un crujido. Nos rodean los acoples.

Fatee se levanta, va a la habitación de Zahrah, regresa con una alfombra de oración y un hervidor de plástico que se lleva fuera para hacer sus abluciones. Unos minutos después, entra arrastrando los pies en la sala de estar, de la cara y el pelo le gotea agua. Coge el hiyab de la silla y se lo coloca lentamente. Orienta la alfombra al este, se pone delante y coloca las manos abiertas detrás de las orejas.

—Allahu akbar —ora.

Reza un minuto, durante el cual se inclina, se incorpora, se arrodilla y apoya la frente en el suelo.

—Allahu akbar.

Susurra más oraciones con voz sibilante.

Un momento después, sus susurros empiezan a cambiar. Ahora suenan a graznidos, como un pájaro que ansía volar hasta la cima del mundo pero no para de caerse, repelido no por las tormentas externas, sino por las que se enroscan en el corazón.

De repente empieza a darle palmetazos al suelo. Se pone de pie. Ve su zapato, lo recoge y lo lanza a la otra punta de la habitación.

Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, gesticula algo inaudible. Recoge la alfombra, va a buscar el zapato y se dirige a la habitación de Zahrah arrastrando la alfombra. Se queda allí dentro el tiempo suficiente como para terminarme yo la mitad de mis gachas y, entonces, regresa a la sala de estar.

Ojalá pudiera levantarme y abrazarla, pero me quedo enganchado al suelo. Ella se sienta a mi lado, haciendo como que no ha pasado nada. No lleva el hiyab. Huele diferente, a levadura, como si hubiera fermentado.

—¿Y qué hay de la película? —pregunta intentando sonar normal.

—Fatee, ¿qué ha pasado?

—No quiero hablar de eso.

—Bueno.

Repito, esta no es mi Fatee. O a lo mejor es que no la conozco en realidad, pese a todos los libros que hemos intercambiado y los paseos que hemos dado y las discusiones sobre agujeros negros. Es triste y vergonzoso haber malgastado todo mi tiempo enterándome de la propaganda publicitaria de su vida, pensando en su cuerpo y sus tetas y no siendo más que alguien que está de paso en su mundo.

Me levanto y meto el DVD en el reproductor.

—¿Con qué empezamos?

Al ir a coger el mando a distancia me doy cuenta de que se está comiendo algunos trozos de mi plátano frito.

—No te importa, ¿verdad? —dice.

—Coge lo que quieras, *baby*.

Ojalá hablara conmigo. Y no es que yo no haya sido así toda mi vida, con los ganchos tirando de mi pecho sin decirle nada a nadie. Todos los chavales de mi edad son así. Los adultos se creen que estamos bien en general, que no tenemos problemas, solo porque no hemos intentado colgarnos.

—Gracias. Empecemos por *Pi* —sugiere.

Comienza la proyección. Nos comemos los plátanos y hacemos comentarios sobre los actores y nos reímos en las escenas graciosas. Un dato: Fatee maneja el mando cuando ves una peli con ella. Le da al pause un millón de veces. Rebobina para volver a ver escenas, para volver a oír frases ingeniosas del diálogo (que repite para sí) y vuelve a pasar hacia delante cuando acaba. Según ella, toda esa maniobra la ayuda a memorizar porque no soporta ver la misma película dos veces.

Yo voy a la cocina a por más gachas y plátanos. Cuando vuelvo, se va la luz.

—Vaya, NEPA —decimos simultáneamente.

—Esos cabrones —impreco.

—Sí —asiente cogiendo otro plátano.

Cuando terminamos de comer, se va a la habitación de Zahrah y regresa con una cuerda de saltar.

—Pero si acabas de comer.

—No me voy a morir —dice riendo.

Vamos al patio trasero y ella empieza a saltar en la arena. Después se pone a cuatro patas y hace el pino con la cabeza. De ahí, pasa al pino apoyada en los antebrazos y luego al pino normal, dejando en la arena la impronta de pies y manos. Se ríe y yo me río también mientras la miro hacer cosas que ni siquiera me atrevería a intentar.

—Va, Andy. Lo puedes hacer.

Y durante una décima de segundo vuelvo a desear casarme con

ella. Si lo hiciera, nos pasaríamos la vida practicando yoga, comiendo plátano frito, riendo y viendo películas experimentales. Pero los musulmanes del norte no se casan con los cristianos del sur, jamás. Una pareja así es tan improbable como encontrarte dos extraterrestres besuqueándose en tu patio trasero. Es una relación condenada desde el primer día porque, por ejemplo, ¿dónde os casáis? ¿Los niños serían musulmanes cristianos o cristianos musulmanes? ¿Norteños del sur o sureños del norte?

Pero, oye, que del matrimonio no me tengo que preocupar aún, me queda un siglo. Si llega el momento, a Fatee y a mí se nos ocurrirá algo. P. ej.: nos haremos anifuturistas del todo o puede que creemos nuestra propia religión que nos permita estar juntos. Por lo tanto, no hay nada di niente que nos impida agarrarnos el uno al otro como un cepo, besarnos cuando nadie mira, meternos mano por debajo de la ropa.

Me muerdo el meñique mientras la comparo con Eileen. ¿Cuál de las dos es más lista? ¿Cuál más divertida? Mientras miro a Fatee y deseo hundir los dedos en las huellas de sus manos y sus pies, no puedo evitar preguntarme qué es lo que me detiene en realidad. Siempre he creído entenderlo. Que se debía a que ella es musulmana y yo, cristiano. Que ella es del norte y yo, del sur. Que se debe a Eso, a HXVX. Pero ahora me pregunto si no seré yo. Puede que no haya intentado lo bastante amarla. Porque cada vez que pasa siento que me voy a arrepentir de no estar con ella cuando sea mayor. Porque ella es $Fatee - e = Fate$. Destino. Mi Fatee es mi destino.

Fatee pasa a una plancha lateral y yo intento no mirarle las tetas. Le hablo de mi poema sobre la simulación y de que Zahrah cree que es una buena idea, aunque inquietante.

—Aun así, yo creo que seguro que estamos en una simulación, Fatee, todo lo que hay en este continente. Tenemos que estar en un ordenador alimentado por un agujero negro o algo. La simulación

es tan profunda y potente que ni siquiera podemos salir de ella para entrar en el mundo real, fuera del continente.

No dice nada. Se levanta apoyándose en una sola pierna, se balancea un poco. Junta las manos y apoya el pie libre en el muslo.

—No estoy de acuerdo, Andy.

—¿Por qué no?

—¿Estás diciendo que solo el mundo de fuera del continente es real?

—Fatee, te hablo de un ordenador muy potente. Que funciona gracias a un agujero negro enorme. De los que hay en el centro de nuestra galaxia.

—¿Sagitario A*?

—Sí.

—No estoy de acuerdo. Lo que ves es lo que hay, Andy.

—¿Por qué estás tan segura?

Se queda callada. Es lo que hace cuando no tiene respuesta.

—Yo creo que el estándar de Sagan responde a tu problema —razona.

—¿Cómo?

—Una suposición tan extraordinaria debe venir respaldada por una evidencia igual de extraordinaria, y tú no la tienes. Así pues, aplicando la navaja de Ockham, lo que hay es lo que ves, Andy. Ni simulación ni nada que se le parezca. Además, todo lo que hay en el continente tiene sentido

causa-efecto.

Pese a que una simulación es posible, lo dudo muchísimo, por todo el aspecto experimental, por la complejidad de la consciencia, que un ordenador quizá no sea capaz de simular jamás.

—Pero, Fatee, el estándar de Sagan y la navaja de Ockham no son ciencia.

—¿Ah, no? Entonces tu proposición tampoco lo es. No se puede verificar.

—Venga, va, Fatee. Un ordenador con infinitas entradas de datos y potencia de procesamiento podría hacerlo fácilmente. ¿No lo ves?

—Estás levantando la voz, Andy.

—Estamos en una simulación, Fatee.

—Entonces, si estamos en una simulación, ¿de dónde vienen todos esos datos? ¿Quién ha configurado un ordenador así? ¿Está también en una simulación? Ni siquiera has demostrado que pueda existir un ordenador así.

—¡Pero los ordenadores son cada vez mejores!

—Pues claro.

—Dales mil años. Podrán hacer cualquier cosa.

—Sigues levantando la voz. ¿Por qué te estás tomando esto de manera personal?

¿Está esquivando mis razonamientos? Ella nunca es injusta discutiendo.

Saco el móvil. Nada de Eileen. Me pregunto qué estará haciendo. Durmiendo la siesta, quizá. Ella es lo único real en esta tierra de simulaciones.

Fatee no comprende lo importante que es esto. Que es probable que no estemos enamorados porque estamos en una simulación. Mi deseo de cruzar océanos, por el pelo de Eileen, deben de habérmelos instalado en el momento de la concepción.

Justo cuando Fatee adopta una postura de meditación, vuelve la luz.

—Bravo, NEPA —aplaude.

Yo también quiero aplaudir a nuestra compañía eléctrica nacional, pero me contengo. Me he pasado la vida haciéndolo y ellos no dejan de intervenir la luz. Si Fatee quiere pruebas de que todo es una patraña, ellos son el ejemplo.

Volvemos a la sala de estar, nos sentamos en el suelo y retomamos la peli. Ella cree que debería haberse llevado al menos una nominación a los Óscar, si no la de fotografía, sí la de mejor

guion, por lo bien que consigue aunar ciencia y fe sin esfuerzo. En otras circunstancias, la rebatiría, pero me limito a asentir con la cabeza.

Seguimos con *Réquiem por un sueño*. En la primera escena se pelean una madre y su hijo. Estoy intentando recordar la última vez que tuve una trifulca así con mamá cuando noto que Fatee se pone tensa. Se levanta y se va a la habitación de Zahrah. Debe de haberle recordado —y hecho revivir— las veces en que su madre la ha azotado con la cadena del perro y le ha echado agua hirviendo por encima. Me imagino que los traumas funcionan así. El roce de una pluma es capaz de provocar un derrumbamiento en nosotros.

Esta vez sí que me levanto y voy tras ella.

Me la encuentro tumbada en la cama con la cara enterrada en una almohada. Cierro la puerta.

Un ventilador chirría en el techo, desperdigando el olor de los libros por toda la habitación. Los tomos llenan las paredes, ordenados con esmero en estanterías; libros sobre permutaciones, vuduismo, prehistoria, futurismo, afrofeminismo y anatomía de las plantas.

Me siento en la cama y escaneo su cuerpo en busca de nuevas cicatrices, pero no encuentro ninguna. La fina que tenía en el cuello todavía se ve, aunque menos. Las de las manos parecen haber desaparecido.

Me acerco a ella. Le pongo la mano con suavidad en el hombro.

Se pone otra vez tensa. Se vuelve y me mira. En sus ojos se enroscan serpientes con los colmillos dispuestos para el ataque.

Retiro la mano y ella vuelve a poner la cara contra la almohada. No sé qué decir. Los veterinarios deben de ser las personas más listas del planeta. ¿Cómo tratas a alguien que no describe su dolor?

—Fatee.

No responde.

Coloco la mano en su espalda.

—Fatima.

—No me toques. Vete.

No quito la mano.

En un visto y no visto se gira y me aparta la mano de un manotazo y, a continuación, me da un bofetón en la cara.

—Venga ya, Fatee —me quejo cogiéndole las manos mientras la cara me escuece a rabiar.

Ella forcejea durante un momento, se libera y me da otro bofetón.

Me levanto. Me voy hacia la puerta. La abro, pero no salgo.

Tiene la cara enterrada en la almohada otra vez. Esta vez, está apretando y le sobresalen las venas, como si intentara ahogarse.

Aun me escuece la cara. Cierro la puerta.

—Va, Fatima. No te ahogues. Por favor.

Se aparta de la almohada. Se enrosca en posición fetal. Parece una anciana, la anciana en que se convertirá. Huesuda, la cara arrugada, el pelo revuelto, fea. ¿Cómo es posible que mi esbelta y sonriente Fatee contenga tanta rabia? ¿Dónde almacenaba todo esto en esa estructura tan delicada? Esto me demuestra que ha habido otras Fatees: Fatee *β*, γ, *δ*, [...], *χ*, ψ, *ω*, y que esta no es más que una de las retahílas que salen, sobresaliéndole del cuello, golpeando sin control.

Me acerco a la cama y me quedo de pie detrás de ella mientras le juro que me iré si me da otra bofetada.

—¿Qué pasa, Fatee?

Se vuelve hacia mí con los ojos cerrados.

—Tú pasas —susurra.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

Sacude la cabeza.

—Echo de menos a Zahrah.

—Todos la echamos de menos. Pero ¿por qué estás tan...?

—Es la única amiga que tengo. La única en quien confío. La

única con quien puedo hablar.

—Pero si yo soy tu amigo, Fatee —le aseguro y me siento a su lado—. Somos amigos desde primero de primaria, desde mucho antes de que la conocieras a ella.

—Sí, éramos amigos.

—¿Qué quiere decir «éramos»? Yo aún soy tu amigo.

—No lo eres.

—Sí que lo soy, Fatee.

—Me has estado mintiendo.

—Venga ya, Fatee. ¿De qué estás hablando?

—Has estado afirmando ser quien no eres.

—¿Afirmando el qué?

—Ser mi amigo.

—Fatee, ¿por qué haces esto? ¿Qué he hecho de malo? Me disculpo. Lo siento.

Estira las piernas. Se restriega la cara con el dorso de la mano.

Me tumbo en la cama a su lado. Le digo que lo siento. Que me tiene que perdonar. Que me tiene que decir qué ha pasado.

—Ayer volvió a pasar —explica.

—¿El qué?

—Echo de menos a Zahrah.

—¿Por qué?

—Ella es la única que lo puede entender.

—¿Entender el qué?

Me explica que anoche su padre entró en su habitación. Ella dormía. Hacía mucho tiempo desde la última vez, hace meses, cuando su madre estuvo a punto de pillarlo, de pillarlos. Ella no duerme nunca cuando él anda por casa. Ve todo el rato la misma sombra en la pared, la sombra con la cabeza grande, que se acerca reptando a ella. Pero, puesto que él siempre está en Abuya por trabajo, ella está bien la mayor parte del tiempo. Sin embargo, ayer él regresó de pronto después de que ella se hubiera ido a la cama.

Había hecho una sesión de yoga intensa y se acostó temprano; dormía como un tronco cuando él entró en la habitación. No fue muy lejos esta vez. ¡Menudo grito dio ella! Lo amenazó con contárselo a su madre. Él se echó a reír porque sabía que no se atrevería. Los dos sabían que su madre le echaría la culpa a ella y le tiraría agua hirviendo por encima si se le ocurría mencionarlo. A fin de cuentas, le había hecho cosas peores por asuntos menos importantes.

—Lo que aún me cuesta creer —prosigue— es que sea la misma persona que predica en la mezquita de nuestro barrio. Le gusta hablar de la santidad, de la fe. Hasta habla de que los padres ya no les dan un buen ejemplo a sus hijos.

La rodeo con el brazo pero ella lo aparta. Acerco la cara y le digo que lo siento mucho, muchísimo, que no volverá a ocurrir, que se lo prometo de todo corazón.

Los dos sabemos que mis promesas son basura, la palabra de un niño. Que no puedo provocar ningún cambio. Podría ir a la policía, pero ¿adónde llevaría eso? Pedirían un soborno, tomarían declaración y no harían nada, como pasó cuando fui a denunciar el ataque a mamá el día de los disturbios. «¿Eres el único chico a cuya madre han herido? —me preguntó el sargento mientras me daba golpecitos en la cabeza con la porra—. A otros hasta les han asesinado a sus madres, pero no han venido a despertarnos en mitad de la noche por eso». Por si fuera poco, el padre de Fatee es asesor de un ministro en Abuya y tiene muchos contactos políticos. Es probable que la policía me arrestara a mí por denunciarlo, por calumniar a un funcionario tan intachable y diligente.

Lo más doloroso de todo, según Fatee, es que solo es libre cuando su padre está en casa. Puede elegir si rezar o no, hasta negarse a ayunar, y su padre hará callar a su madre si protesta. Puede pedir el último modelo de iPhone y su padre se lo comprará de inmediato. Siempre desobedece a su madre y se burla de ella

para vengarse por los bofetones y las palizas que recibe cuando su padre está ausente, a sabiendas de que su madre se lo hará pagar con creces cuando él vuelva a marcharse.

—He sido mala. He sido muy mala. —Se suena la nariz con un pañuelo—. Durante mucho tiempo pensaba que todos los hombres eran iguales. Mentirosos, embusteros, malvados. Que todos querían hacerme daño. Hasta que tú y yo nos hicimos íntimos. Tú eras amable. Me cuidabas. Siempre me ayudabas a curarme las heridas. Siempre me escuchabas. Nada que ver con muchos de los chicos de la escuela. Y me empezaste a gustar. Empecé a imaginarme un futuro donde estábamos los dos. Donde estaríamos juntos y tú nunca me harías daño. Y entonces veo hoy lo que has escrito en tu diario. ¿Las rubias? ¿Colas de caballo? ¿Eileen? No lo entiendo. ¿Qué le ves? ¿Qué les ves a las blancas? ¿Qué tiene de especial su color? ¿Me estás oyendo? Te acabo de hacer una pregunta, Andy. Dime algo. ¡Habla!

Mamá, tía Lizzy y yo estamos en la sala de estar de Zahrah esperando a que llegue Kelani. Se está poniendo el sol. Fuera, la luz diurna imita a la mañana, aunque es extenuada, aletargada, planea sobre las cosas. Por delante de nuestra casa pasan unas niñas con hiyab que llevan en la cabeza bandejas de cebollas y tomates que venden puerta a puerta. Dos se paran y anuncian su mercancía. Tía Lizzy les dice que no queremos comprar, que no se molesten en volver por aquí porque nunca vamos a querer sus verduras. Las niñas no contestan. Pese a no tener más de cinco o seis años, están acostumbradas a estas cosas. Mañana volverán. Algún día tendrán catorce o quince años, se casarán, dejarán de vender puerta a puerta y empezarán a observar el purdah.

Mamá está en su silla de ruedas y mastica algo. Sus ojos llorosos divagan por la habitación. Se queda mirando la silla de Kelani, bastante alejada de nosotros, y luego la estatuilla del dios con ojos como mapas de África. Clava a continuación la mirada en la pintura

del tamaño del *Guernica* del fondo, en las fórmulas del suelo, y se posa en la ecuación de Schrödinger que hay a sus pies. La escudriña con los ojos entornados, como si por fin la entendiera y sintiera su poder al reconocer cómo la usan los científicos para calcular la función de onda de una partícula, para hallar las cosas más invisibles.

$$\mathrm{H}\Psi(x) = \mathrm{E}\Psi(x)$$

Lleva puesta una camiseta verde y, por debajo, sus pechos caídos parecen un par de chanclas. Desde los disturbios están todavía más colganderos y no me gusta nada verlos. Durante los milisegundos en que esto sucede, por accidente, me atraviesa una punzante vergüenza. Sus formas en ele se niegan a abandonar mi cabeza y empiezo a oír sus voces iracundas en la oreja: «Tú eres el causante de todo esto, Andy África. Llevas estropeándolo TODO desde tu mierda de nacimiento, has malgastado todo el sudor y la sangre de ella», me dicen.

Tía Lizzy, ataviada con unos pantalones militares cortos, mata un mosquito que tenía en la pierna de un manotazo. Le dice a mamá que me ha visto tumbado al lado de Fatee hace unas horas. Que está segura de que tramo algo malo porque Fatee estaba llorando y todo. Así que más le vale hablar conmigo porque está claro que le estoy ocultando un secreto muy grande. Si no lo hace, yo podría cometer un error gigantesco que me pasaría el resto de mi vida intentando corregir, como le pasó a ella.

Mamá me mira: me gustaría que dijera algo. «Critícame, mami. Pídeme que confiese. Pídeme que limpie los suelos de toda la casa como castigo». Si me pregunta, se lo contaré todo. Lo de Eileen. Lo de los vídeos porno con rubias que he estado viendo. Lo culpable que me siento cuando la miro, lo de que la comparo con Mamá 2. Pero no dice nada. De hecho, parece estar riéndose de tapadillo

como si ya supiera el secreto y tuviera cosas más importantes de las que preocuparse. «No las tienes, mami. En serio. Dime algo».

Tía Lizzy frunce el ceño. Se esperaba algún tipo de reprimenda, si bien no un exorcismo en toda regla. Cuando se da cuenta de que mamá no va a hacer nada, me suelta que vaya a traerle un poco de agua de beber fresca.

Me levanto y voy a la cocina. Algún día seré mayor y tendré barba y mi propia casa y nadie me vendrá con mandados insignificantes. Aun así me pregunto a qué error se estaba refiriendo. Mamá debe de haberlo mencionado. Tía Lizzy debe de ser la hermana que confió en su profesor de Geografía y lo siguió a su casa…

Traigo el agua y me quedo de pie en la entrada de la cocina para cotillear, pero mamá y tía Lizzy no están hablando de mí. Mamá le está contando a tía Lizzy lo del sueño que tiene todo el rato. Volvió a tenerlo hace una hora cuando se estaba echando una cabezadita. Y sí, esta vez ha sido más real.

Está a punto de contar más cosas cuando me ve en la entrada y se frena.

Le entrego el vaso. Lo coge sin dar las gracias, le da un sorbo y lo deja en la mesa supletoria con mano temblorosa.

Me siento y se quedan un rato en silencio.

Desde que mamá volvió a recobrar el conocimiento no deja de hablar de ese sueño. No conmigo, desde luego, pero sí con tía Lizzy y Zahrah. Yo solo me he enterado de unos cuantos detalles. Mamá asegura que ve a alguien, una persona con quien se supone que no debería estar soñando. Asegura que, en realidad, aún no le ha visto la cara, así que no está segura de nada.

Tía Lizzy se inclina hacia mamá.

—Y qué más, tía mè.

—Esta vez era diferente —explica mamá.

—¿En qué?

—Era más nítido.

—Mmmmm.

—Creo que ahora sé lo que significa.

—¿De verdad? ¿Le has visto la cara esta vez?

Mamá asiente con la cabeza. Tía Lizzy me mira. Yo saco el móvil y finjo estar leyendo alguna noticia de última hora.

Tía Lizzy se vuelve otra vez hacia mamá.

—Cuéntame, tía mè, por favor.

Mamá niega con la cabeza.

Yo también quiero saber quién es, así que me levanto y me voy hacia la cocina dejando las orejas en la sala de estar. Abro el frigo y robo un trocito de pastel. Unos minutos después, salgo de la cocina, me detengo en la puerta de la habitación de Zahrah y giro el picaporte. Sigue cerrada con llave. No se cuela ningún sonido por la cerradura. Espero que Fatee salga a cenar algo más tarde al menos.

Es una locura por lo que ha pasado. Me asaltan todos los fragmentos de pensamientos de la tarde, los reprimo todos. Aun así, sé que soy el causante de algún modo. Que el hecho de ser un hombre me convierte en cómplice. ¡Si al menos no hubiera leído el puto diario!

Regreso a la sala de estar y tía Lizzy le sigue dando la lata a mamá con la persona del sueño. Mamá no suelta prenda. Se ha quedado mirando el suelo, a Schrödinger.

Estoy segura de que la persona es mi Ydna. Él me ha abandonado a mí y ha acudido a ella. Debe de estar cuchicheándole cosas sobre mí, contándole todos mis secretos. Quizá por eso ella ya no me habla.

—¿Es hombre o mujer? —pregunta tía Lizzy en un intento final.

—Hombre —contesta categórica mamá.

No hay ser en la Tierra que pueda hacerle decir más.

Me pregunto en qué lugar de sí misma almacena estos secretos. Cuando deje este mundo (¡y me odio a mí mismo por pensar esto!),

¿no le deberá aún algo a los vivos? Todos esos bebés que ha perdido, los esposos que ha tenido, el padre de su hijo… ¿No harán ellos el proceso de marchar menos fácil?
Justo en el momento en que Kelani se sienta, mamá le dice en ososo que si ha hecho todo el viaje para afirmar que es el padre de su hijo, más le vale levantarse e irse. Él va de traje y corbata, como si tuviera la esperanza de que eso fuera a ayudarlo en algo.

Se disculpa por llegar tarde. Nos explica que ha salido de Abuya esta mañana después de misa y que regresará esta noche porque trabaja mañana. Le echa un vistazo a su reloj de oro falso, intenta ponerlo en hora.

Fuera, el sol pierde el naranja que le queda. Un tono grisáceo se posa sobre las cosas.

Tía Lizzy me pide que le traiga un poco de agua de beber a Kelani. Cuando me levanto, mamá señala mi asiento. Regreso a él sin rechistar.

—Así que ni agua me ofreces —se queja él. Mamá frunce el ceño —. Esto es muy sencillo. Cinco minutos y listo. En primer lugar, Andy necesita saber unos cuantos datos.

—¿Qué datos? —pregunta mamá.

—La historia completa.

—¿Y qué historia es esa?

—Andrew, hace dieciocho años me casé con tu madre. —Se afloja un poco la corbata—. Pasamos muy buenos momentos juntos. Estábamos enamorados y éramos felices, te lo aseguro. Pero hace diecisiete años, en el mes de octubre, tuvimos un desacuerdo.

—¿Y sobre qué? —interviene mamá.

—No voy a entrar en todo eso.

—Creía que ibas a contar la historia completa.

—No tengo ningún interés en señalar a nadie. Tengo buen corazón, así que perdono y olvido. El pasado, pasado está. No como tú, Gloria. —Mamá está que trina, pero permanece en silencio—. En

fin, como iba diciendo, ella y yo tuvimos un desacuerdo. Como les pasa a todas las parejas. Yo quería que lo resolviéramos, que volviéramos a nuestra relación amorosa y feliz, pero, por alguna razón, tu madre no quiso seguir con nuestro matrimonio. Perdió la fe en nosotros y, cuando por fin la dejé ir, yo tenía la sospecha de que estaba embarazada de nuestro hijo, de que…

—Calla la boca —le espeta mamá—. Ya está bien de esa estúpida patraña, monstruo. Me lo robaste todo. Arruinaste hasta lo poco que teníamos. Serás demonio, eras…

Él hace caso omiso de mamá.

—Entonces yo sospechaba que estaba embarazada. Mi sospecha se confirmó unos años después, cuando me enteré de que había huido al norte y de que tenía a mi hijo, mi muchacho. Y Andrew —me dice con los ojos enrojecidos—, durante los últimos quince años te he estado buscando por todos lados. Mi búsqueda terminó por fin hace unos meses, cuando tu abuela y yo localizamos a Gloria y vinimos a Kontagora para verla, para verte a ti, para ocupar el lugar que me corresponde en tu vida.

Se limpia la cara con un pañuelo blanco asqueroso.

Añade que, puesto que fue mamá quien se separó, él ha estado casado con otras dos mujeres, pero que, por desgracia, ninguna le pudo dar un hijo.

—Y cuando pienso en ti, Andrew, me lleno de alegría. Le doy las gracias a Dios, que me ha dotado de un hijo tan amable, trabajador e inteligente. No veo la hora de estar en tu vida, de darte una vida mejor, de enseñarte todas las maravillas de Abuya. —Mamá frunce el ceño más que nunca—. ¿Tú qué opinas? —le pregunta a tía Lizzy.

—Creo que todo lo que has dicho suena razonable. Incluso que Andy y tú os parecéis —contesta tía Lizzy.

Una parte de mí quiere abrazarlo, la respuesta a todas mis noches de lágrimas, mientras que la otra quiere abofetear a tía Lizzy por decir que me parezco a él. No me veo en él, no me huelo en él.

Sus ojos rojos son los propios de una bestia. Su traje azul es falso, su pañuelo, viscoso. Sus risitas suenan a que se ha escapado del pabellón psiquiátrico. Me pregunto por qué se casaría mamá con un hombre así. ¿Estaba muy desesperada? ¿La forzó la sociedad a hacerlo?

Mamá me sonríe, lo cual es una sorpresa.

Una luciérnaga entra planeando en la sala. Pasa por mi lado, por el de mamá y se posa en la empuñadura de su silla de ruedas.

—Un momento —le dice tía Lizzy a Kelani—. Has dicho que Gloria y tú os separasteis en octubre. Eso quiere decir que vuestro hijo debería haber nacido como mucho ocho meses después, en junio. Pero Andy nació en noviembre…

—Mintió —tercia él—. Cambió la fecha de nacimiento para mantenerme alejado de él. Tú no conoces a Gloria, te lo juro. Puede ser muy testaruda, implacable. Quince años ha tenido a mi hijo separado de mí. ¡Quince!

Me pregunto si es posible que una persona sienta qué edad tiene. ¿Acaso no es la edad un constructo y una aproximación? ¿Cómo puedo estar seguro de que no tengo catorce o incluso diecisiete?

Mamá se ríe por primera vez desde los disturbios. Se ríe mucho rato a mandíbula batiente y me da miedo que se le abran las cicatrices.

—¿Cómo va a mentir una madre sobre cuándo ha parido a su hijo?

—Este no es asunto de risa, hermana —la riñe tía Lizzy. Mamá se ríe aún más fuerte. Como si estuviera liberando toda la risa que lleva acumulando desde el Cambio—. Déjate ya de tonterías, Gloria. Esto tiene que acabarse ya. Todos sabemos quién es el padre de Andy. —Mamá se ha quedado mirando a Schrödinger, en el suelo—. Así es, ¡admítelo! Has estado engañando a Andy todos estos años. ¿En qué crees que le ayudas con eso? Eres tan hermética. Tienes el corazón de piedra. Has dejado de hablarle a todo el mundo. A

mamá. A tu hermano gemelo. ¡A tu propio hermano gemelo! ¡Todos estos años! Todos los días me llama y pregunta por Andy. Estoy segura de que Andy no sabe ni quién es. —El labio inferior de mamá se ensancha, se alarga, se deforma. Mamá rompe a llorar—. Míralo. Mira a quien llamas hijo tuyo. Hay un vacío en él. A lo mejor esto que te ha pasado es un castigo por todo lo que has hecho.

Ese es el momento en que salto.

Ahí es cuando me levanto de un brinco.

Ahí es cuando me lanzo contra tía Lizzy con todas mis fuerzas.

Ahí es cuando voy junto a mamá.

Ahí es cuando ella me abraza.

Ahí es cuando me llama por mi nombre.

Ahí es cuando sé que soy ella y ella soy yo.

9

Alguien perturba mi sueño. Me dice que despierte. Como una voz debajo del agua. Déjame aquí. No quiero volver. Andy, despierta. Es tía Lizzy. Algo no va bien. Tu mamá está enferma. Lleva toda la noche dando alaridos. Es la espalda, los costados. ¿No la has oído? Hasta Fatima se ha enterado, y mira que ella duerme en la otra punta de la casa. He llamado al presbítero Paschal. Va a venir a llevarla al hospital. No tardará en llegar. Vas a tener que cancelar tu viaje de hoy.

—¿Andy? ¿Me oyes, Andy? Te he dicho que tu madre…

Despacio, muy despacio, la vida vuelve a ocupar mis pesados miembros y recupero el control.

—¿Qué hora es? —pregunto incorporándome en la cama.

—Cerca de las cinco. Aún no ha amanecido.

Me pongo de pie de un salto, me calzo las chanclas y es en ese momento cuando oigo a mamá llorar como un bebé. Acudo a toda prisa. Al pasar por la sala de estar, con tía Lizzy corriendo detrás de mí, veo en la oscuridad fogonazos de personas de negro que se agolpan alrededor de una caja alargada mientras entonan un canto lento. Hay dunas detrás de ellas.

Una lámpara led colgada de la pared ilumina la estancia. Mamá está tumbada bocabajo en la cama y, sentada a su lado, está Fatima. Nada cubre el cuerpo de mamá salvo un wrapper que le tapa las nalgas. Al verme, Fatima intenta ponerle otro wrapper sobre la espalda, pero mamá grita y aparta ambas prendas como si estuvieran hechas de fuego. De inmediato, su desnudez y su piel alquitranada me golpean como un bofetón en toda la cara y el estómago me da un retortijón.

—¡Evesho mè! —grita mamá, invocando a Dios—. Evesho,

Evesho. ¡Evesho!

Agita sin parar los brazos, si bien sus piernas y pies permanecen inmóviles. No deja de dar alaridos:

—¡Mi espalda! ¡Mi espalda! ¡Mi espalda! ¿Por qué a mí? ¿Eni mi shi khè? ¿Por qué yo? Esto es demasiado. ¡O kpini mè! ¡O kpini mè! ¿Qué he hecho yo? ¿Eh, si puede saberse? ¿Qué he hecho?

Fatima le tapa el trasero y yo me acerco. Le miro la espalda. Tiene un rayo en carne viva. ¿O es una tela de araña? ¿O un látigo? ¿Un látigo eterno?

Quiero decirle muchas cosas. Lo siento, mamá. No llores, por favor. Todo va a salir bien. El presbítero Paschal llegará enseguida. Pronto habrá pasado todo.

Pero no me sale nada.

¿Por qué soy así?

Fatima me mira. Haz algo, imploran sus ojos. Es tu mamá. Contribuye. Paga tu deuda.

Salgo de mi inmovilidad para colocar una mano fría sobre su hombro caliente. Mamá se pone tensa y, poco a poco, se relaja, se sosiega. Respira hondo con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo.

Debe de notar que soy yo quien la está tocando. Comienza a traspasarme sus recuerdos, que penetran en mi mano a través de su hombro y, desde allí, me pasan al pecho. Me siento a su lado y empiezo a descomprimirlos.

Fuera, hay una media luna sobre el cielo despejado. Los insectos aún chirrían. Un coche se acerca a toda velocidad a la parte delantera de la casa y toca el claxon.

A las nueve salgo de casa y emprendo la caminata de treinta minutos que me separa de la de Morocca bajo un sol que abrasa la piel como un soplete. Me detengo un momento y ajusto la correa de la mochila donde he metido las cosas que me llevo a Abuya hasta que la noto cómoda. Reanudo la marcha y paso por delante de

chicas y mujeres que acarrean jofainas de agua en la cabeza; las chicas me pegan un repaso, las mujeres exhortan a las chicas a darse prisa, las llaman vagas, como todos los jóvenes de hoy en día. Morocca me llama al móvil y le digo que se relaje, que mamá está casi del todo bien y que no hay que cancelar el viaje.

Mamá y tía Lizzy se han quedado en la clínica del doctor Rapha. Las dejé allí hace una hora, después de que el doctor nos comunicara que no sabe lo que tiene, que, en su opinión, está bastante bien, pero que le hará algunas pruebas durante la semana. Le ha puesto una inyección y, cuando me he ido, le estaban colocando la segunda bolsa de suero en el gotero. El presbítero Paschal no la ha llevado al Hospital General, que es el único centro hospitalario que tenemos, porque la gente ingresada allí ha estado cayendo como moscas últimamente, pese a estar aquejada de dolencias leves como la varicela o apendicitis. Se comenta que los doctores andan metidos en sectas secretas y están usando la sangre y los corazones de otra gente para ganar dinero manchado de sangre con el que cobrarse los salarios que les deben.

Cuando me levanté para irme del hospital y dejar a mamá, me empezó a temblar el dedo índice. Me entró un deseo irrefrenable de tocarla, de hundir el dedo en los puntos donde solían aparecer los hoyuelos. De trazar cada una de las venas sobre su piel de zarzamora. No podía dejar de moverme hacia delante y hacia atrás, de intentar entender ese deseo, esa antigua y rancia trampa, esa cuerda que me ata a esta mujer. Salí de la habitación, me sequé los ojos y me detuve en el porche delantero de la clínica. Tía Lizzy se reunió conmigo fuera y nos quedamos los dos de pie en los escalones, observando a un zapatero que pasaba por allí, con sus herramientas dentro de una cesta que llevaba en la cabeza, cantando y guiñándole sonriente el ojo a los viandantes. Lizzy sacudió la cabeza con aire contrariado y me confesó que no me había perdonado lo de anoche.

—Yo solo intentaba ayudar —se excusó, como si yo necesitara su ayuda de mierda—. A pesar de todo lo que haces, Andy, yo voy a seguir ayudando como pueda. Es lo único que puedo hacer como buena cristiana. Aunque tu madre nos ha mantenido alejados de ti toda tu vida, sigues siendo uno de los nuestros. Formas parte de nuestra gran y afectuosa familia. Es más, ya que vas a Abuya, me gustaría que conocieras a nuestro hermano, el gemelo de tu madre. Sé que ella se enfadará conmigo, pero intenta visitarlo, por favor. Esta misma mañana me ha llamado para preguntarme por mamá y por ti. Es un hombre magnífico. Debes ir a verlo. Estoy segura de que te dará algo de dinero. ¿Sabes cómo se llama? Es el monseñor William Aziza. Y dale recuerdos a Zahrah. Aunque no vemos muchas cosas de la misma manera, le deseo lo mejor.

Yo prosigo mi camino. Paso por delante de una gallina y sus polluelos, afanados en desenterrar algún resto blanco de comida de la carretera; paso por delante de un hombre en caftán que vende hipnosis en botella. El hermano de Morocca y Okey no pueden vivir sin esa mierda. Se la rocían en los mugrientos sobacos y, según ellos, les ayuda a atraer a cualquier chica, por mucha clase que tenga. Dicen que, con solo tocarles el hombro, ellas se quedan embelesadas y los siguen inmediatamente, se ríen de todo lo que ellos dicen y les lamen lo que ellos quieran.

Paso por delante de la escuela Model, un colegio público a la que le faltan la mayoría de las ventanas y el tejado por obra de los ladrones o las tormentas. Cuando hay clase, doscientos alumnos en pantalón corto y camisa llenos de agujeros se sientan con las piernas cruzadas en el suelo de cada una de sus aulas, donde les enseñan una o dos lecciones al día, los mismos «uno, dos y tres» y los mismos «a, be, ce» a todos, con alguna pequeña variación. Pero solo saben leer y escribir sus nombres. No pueden decirte cómo se llama el primer presidente de Nigeria ni en qué continente están. No han oído hablar de Lewis Carroll, ni siquiera de lord Lugard.

Cuando se hacen mayores, son los zapateros, las amas de casa o los camellos de nuestra ciudad. Yo solía asistir a esta escuela, dibujar a Bruce Lee en mis libros de ejercicios y hacer aviones de papel con páginas dobladas hasta que el padre McMahon me obsequió con una beca para estudiar en el St
Michael’s,
una escuela con maestros de verdad, lecciones de verdad, escritorios de verdad, pizarras de verdad y veinte alumnos de verdad por clase.

Paso por delante de una mujer fulani que lleva abalorios y lápiz de labios y vende de casa en casa nono que transporta sobre la cabeza en una calabaza tapada. Paso por delante de un anciano que vende alewa en una carretilla. Muchos sureños de nuestra ciudad no compran nono porque están convencidos de que la leche es de vacas con enfermedades raras, que los fulanis son gente sucia que se echa manteca de karité como si fuera crema y adultera la leche con agua sucia. Tampoco compran alewa porque estos dulces son prácticamente azúcar fundido, coloreado y moldeado con forma de barrita nada más.

Se aproxima por la carretera Oga Oliver, con traje gris y corbata. En los disturbios, los alborotadores golpearon a su hija con unos palos con pinchos hasta matarla delante de él mientras la llamaban la puta del barrio y su sangre le salpicaba a Oga en las gafas. Debió de recobrar de golpe la cordura a resultas de aquello, porque ahora se acuerda de quién era antes de partir rumbo a Europa cruzando el Sáhara. Desde que se ha recuperado, y pese al calor, suele vestir anticuados trajes arrugados y corbata, como si tratara de reclamar la reputación perdida tras su Regreso. Utilizó sus antiguos contactos para conseguir un trabajo en el Gobierno local y ha estado liderando la organización cristiana que aglutina a aquellas personas que perdieron a algún familiar o propiedades durante los disturbios. Asistí a una de sus reuniones y la semana pasada oí rumores de que han planeado un ataque de represalia.

Lo tengo justo delante de mí. Los dos aminoramos el paso hasta detenernos.

—Buenos días, señor. —Se me hace raro saludarlo ahora, después de todos estos años en que mis drugos y yo nos hemos estado burlando de él.

No responde. Esta es la tercera vez desde su recuperación que no me devuelve el saludo. Me observa con mirada severa, como si pudiera ver mi alma negra como el tizón, como si percibiera toda la oscura trayectoria de mi vida y el enorme socavón al que estoy a punto de caer. Su mirada impenetrable hace que Ydna dé un brinco dentro de mí e intente salir fuera de otro salto.

Ojalá pudiera decirle a Oga Oliver que lo siento por todos esos años que mis drugos y yo nos estuvimos burlando de él y lo llamábamos friki porque solo sabía decir «agua». Que me siento orgulloso de él por haber sido lo bastante atrevido como para abandonar esta tierra Maldita que nuestros padres nos forzaron a habitar, por desafiar al Sáhara siguiendo una llamada del destino y fracasar de manera honrosa.

Me alejo de él y sigo mi camino, aunque me da la impresión de que ha musitado algo. Tres palabras. Sonaban a «no lo hagas».

Zumbido de móvil cuando estoy delante de casa de Morocca. Es Eilinda. Acaba de responder a mi mensaje preguntándole qué hace hoy y dice que espera ver por fin *La vida en rosa* y terminar *Memorias del subsuelo*. Lo más importante de todo: ¡dice que se muere de ganas de que llegue la hora de nuestro fantabuloso encuentro! Ha añadido dos equis al final junto con dos preciosos emojis. No puedo parar de sonreír. Estoy seguro de que parezco un Don Juan de la leche. Pero ¿qué quiere decir con las dos equis? ¿Será que me está enviando… que me envía… «dilo, Andy»… besos? Siempre intento evitar imaginármela besándome. Demasiada emoción. Sus labios rosáceos me quemarían y volverían a quemar hasta que de mi encarnado corazón solo quedara el hollín en las

palmas rosas de sus manos.

En el momento en que me dispongo a entrar en casa de Morocca me quedo clavado. En el patio delantero está Serena jugando con una muñeca rubia en la arena. La acuna en sus brazos. Serena se desabrocha la camisa y le alisa el pelo a la muñeca. Entonces le acerca la boca al pezón y sonríe mientras le da de mamar. Mama. Mama. Mama.

Miro a otro lado. Pienso en un teorema. Gödel. Cayley. Euler. Los pensamientos hacen flexiones en mi cabeza y yo los reprimo todos. «Reprime. Reprime. Reprime».

Jajaja, Andy.

Cállate, Ydna.

Jajaja.

Calla.

¿*Cuánto tiempo crees que vas a poder hacer esto*?

El que haga falta, bro.

Serena me ve pero no viene corriendo. Sigue con sus juegos, coge una cucharilla de una taza y le da agua al bebé. Lleva el pelo recogido en tres coletillas. Voy hasta donde está ella y me acuclillo. Pongo una mano en la cola de delante, la deslizo hasta su carrillo rechoncho y sedoso y le hago unas caricias. La quiero muchísimo. Hasta ha habido un par de veces que he deseado que fuera hija mía.

Sonríe.

—Andy.

Tiene voz de gato. Ojos de gato también.

—¿Cómo estás, corazón?

—Bien.

Oigo a sus padres discutir dentro y un portazo. Morocca y Patience siempre están discutiendo, por una hormiga o porque

Serena ha perdido un pendiente o porque Morocca ha pillado a Patience sonriendo a un chico o por la chica a la que se ha tirado Morocca en su último concierto. Soy un tarado psicótico, en serio lo digo, porque cada vez que miro a Serena me acuerdo de la noche que fue concebida. El recuerdo permanece indeleble en su cara, en el movimiento de sus dulces labios de chocolate, en el parpadeo de sus ojos de gato. No sé por qué soy como soy, en serio, por qué no puedo dejar de ver en la gente lo que no se puede decir.

Fue concebida hace tres años durante uno de los conciertos de Morocca en el centro comercial De Amsterdam Plaza, en Barracks Road. El sitio es famoso por vender el alcohol más caro de la ciudad y chulear a las chavalitas más jóvenes. Al Plaza acuden señores barrigudos de New Bussa, e incluso de Minna, la capital del estado, a follarse a niñas de trece o catorce años. Nuestros profes de catecismo dicen que es Gomorra. Nos advierten que «no nos acerquemos allí» nunca ni que fantaseemos siquiera con «acercarnos por allí», puesto que eso es, por sí solo, un pecado mortal que te envía al infierno. Las reinas del Plaza son famosas por tirar bebés en las letrinas de hoyo o los vertederos de la ciudad.

El King Kong del Plaza le pagó dos mil nairas a Morocca por traer a su gente y montar un pequeño bolo para unos capos máximos, unos Big Oga del Gobierno que venían a pasar esa noche a Kontagora. Como extra, King Kong le regaló a Morocca una hora con tía Christy, su puta más barata, que andaba por la treintena larga, suficiente como para ser nuestra madre. Esa noche, al llegar con los demás raperos, Morocca me prometió quince minutos de su tiempo con Christy para que yo pudiera perder esa mierda llamada virginidad. «Es por las churris», dijo riendo. Él había perdido la suya con ella, como muchos otros de mi clase. Okey y él aseguraban que había sido el mejor sexo de sus vidas, que la tipa es un polvazo extraordinario, muy versada en el sutil arte de volver a despertar una polla flácida. Patience, a quien acababa de contratar de corista,

formaba parte del séquito que acompañaba a Morocca.

Antes de que Morocca y Patience se subieran al escenario, una camarera en bikini les sirvió algo que describió como «bebida dulce». Se la bebieron de un trago y salieron a actuar, el DJ lanzó el beat y Morocca empezó a escupir versos que Patience adornaba con «yeahs» y «oh yeahs». Entre el escenario y el público había una piscina con luces de disco que le conferían al local un aire a lo *Blade Runner*. Conforme avanzaba la actuación, más salvajes se volvían: Morocca saltaba con una energía de ciencia ficción, como si sus pies fueran reactores nucleares; Patience hacía acrobacias y se retorcía en plan seductor, como si se hubiera convertido en un zorrón de veintitantos salido de un videoclip, cuando en realidad solo tenía trece años. De repente, se arrancó el top y lo lanzó a la piscina. Los capos empezaron a jalear. Patience empezó a contonearse delante de Morocca y a restregarle el culazo con la delantera —vítores del público— mientras le bajaba la cremallera con la mano libre. Un momento después, Patience tenía la polla entre las manos y se la estaba metiendo y sacando de la boca. Él seguía rapeando mientras se escuchaban los chuperreteos que daba Patience junto al micro. Ahí los señores ya estaban de pie, lanzando relinchos, rebuznos y graznidos de cavernícola; les salían cuernos de las cabezas y se derramaban el vodka los unos sobre los otros mientras lanzaban nairas a la piscina. Entonces, Morocca interrumpe la canción en mitad de una estrofa, suelta el micro, agarra a Patience, la pone a cuatro patas y se la mete por detrás allí mismo.

Cuando terminaron, recogieron sus micros y reanudaron el concierto. A mí me picaba la frente y, al secarme el sudor con la mano, me di cuenta de que había estado llorando. Me dolían las orejas, me quemaba la garganta. Tendría que haber hecho algo, aporrearles la panza a aquellos tipos, llevarme a mi drugo a rastras a casa. Sin embargo, me quedé sentado como un saco de patatas y

no hice nada. Cuando me planteaba largarme de allí, sentí que una mujer me susurraba «Hello, cariño. You te toca don correrte» al oído. Era tía Christy. Me lo volvió a repetir sonriendo tímidamente y sacudiendo sus tetazas. Entonces me cogió la mano y la puso sobre su culo de helado. Mi serpiente negra como el tizón se animó y me jaleó: «¡Ve, Andy! ¡Venga, va!».

Ya en su habitación, Christy se quitó el sujetador y las bragas y se echó en la cama. Sonreía. Me hizo una señal con el índice para que me acercara.

—Ven aquí, my boy. Ven, te enseño un par de cosas.

Me quedé de pie junto a la puerta, todavía vestido. Era la primera mujer que veía desnuda. Tenía el cuello sudoroso y se balanceaba suavemente en la cama.

De pronto, empezó a parecerse a una bestia. Como si fuera un rinoceronte con la piel de color alquitrán. Como un agujero negro capaz de tragarse hasta la luz más rápida.

—Ven —repitió—. Mete pollón tuyo en boca. Yo hacer am grande grande.

Soltó una risilla, se metió la teta y el pezón en la boca y empezó a chupar.

Un momento después, apoyó la cabeza en una mano y empezó a fruncir el ceño.

—¿Wetin dey preocupado sef? ¿No follar tú wan follar?

Giré el pomo de la puerta y salí, de vuelta a la música y los vítores. Con las luces giratorias vi a Morocca y Patience follando entre unos arbustos. En el escenario había otro compañero de clase rapeando y una chica restregándose contra él. Me dirigí a toda prisa a la salida del Plaza.

—Andy. ¡Tengo hambre! —anuncia Serena rascándose un ojo.

—Vale. Vamos dentro y te preparo algo.

Le ofrezco la mano. No la coge. A lo mejor debería cogérsela yo y llevarla en brazos. A los niños no les gusta que les den opciones.

Patience sale de la casa con minifalda y un top sin mangas. Me ve y saluda débilmente con la mano.

—¿Por dónde andas, Andy?

Siempre me saluda de la misma manera y siempre tengo la tentación de explicarle la composición aproximada del suelo.

—Todo bien. ¿Qué tal tú?

No responde, toda su atención se concentra en la niña. Está muy flaca y lleva el pelo recogido en trenzas con extensiones. Las trencitas le caen por la espalda y casi le llegan al generoso trasero.

—¿Qué tal está mi niña? Oya, entra en casa ahora mismo.

—Dice que tiene hambre.

—No le hagas caso a la tontorrona. Le acabo de dar un plato de fideos Indomie y ni los ha tocado.

—¡Quiero mango! —afirma con convicción Serena.

Patience se ríe.

—¿Y cómo te vas a comer el mango con esos dientes, Seree? En cuanto le das mango te pide sandía.

Le sonrío a Serena, le ofrezco mi mano. Tampoco la coge ahora. Esta criatura siempre me rechaza. Cada vez que la cojo en brazos, se pone a llorar. Es como si tuviera alguna enfermedad debajo de la piel que ella es capaz de detectar con su cuerpo de microscopio. Como si me echara la culpa de su existencia, por no haber ayudado a Morocca en el momento más importante. Antes de nacer, él negaba ser su padre una y otra vez. Sin embargo, nada más verla, la llamó su pajarillo precioso y se enamoró de ella de tal manera que no dejó que nadie la tocara, ni siquiera su madre, que se echó a llorar porque quería coger a su primera nieta. Y, puesto que Morocca se negó a separarse de ella, Patience se fue convirtiendo poco a poco en un miembro no oficial de la familia. Él insistió en que el bebé se llamara Serena por Serena Williams, para que, cuando crezca, se convierta en una superestrella capaz de sacar a la familia de la pobreza. Y eso que su familia no es tan pobre como la

mía. Su papá, por ejemplo, tiene un viejo Mercedes Benz que escupe humo y se rompe un par de veces a la semana como mínimo. Su mamá tiene un Starlet al que le cuesta subirse por las mañanas a causa de unos muslos del tamaño de dos troncos y de un trasero como un paracaídas. Los hombres se convierten en máquinas de babear cuando ella pasa por su lado. Sus alumnos varones la llaman tía Culazo o doña Cigoto, y ella se venga poniéndoles medio punto en el examen de Biología sobre un total de setenta.

Por alguna razón, a veces me preocupa que Serena se vuelva como ella dentro de un par de años pese a lo flaca que está Patience.

—Oya, oya, ven aquí —la llama Patience cogiéndola de la mano.

Yo las sigo al interior de la casa.

Viven en un bungaló grande de color crema con una chimenea gris en lo alto que no han usado nunca. La puerta da a una amplia sala de estar con sofás marrones alrededor de una pantalla de plasma que cuelga de la pared. Slim, con camiseta de *Parque Jurásico*, está tumbado en uno de los sofás y se tapa la cara con la mano como si estuviera durmiendo, aunque es evidente que no es así. Tiene el dedo gordo del pie estrujado dentro del sofá y a Adele sonando en el móvil, dentro de su mochila. De una habitación sale el perro de Morocca y se pone a ladrar con el rabo levantado, pero Slim no se inmuta. Patience se sienta en el sofá de enfrente con Serena en el regazo y se pone a trajinar con el móvil usando la mano libre.

El perro sigue ladrando cuando Morocca entra contoneándose e improvisando rimas. En ese momento, el animal se calla y comienza a mover la cola peluda.

—¿Qué haaaaay, Werdna? —saluda Morocca. Lleva un durag en la cabeza y una sudadera de los Lakers.

Chocamos los puños y nos damos la mano.

—Qué guapo el conjunto. ¿Cuándo te lo has pillado?

—Uy, lo tengo de siempre. Desde hace un año o así. Razorboy lo robó para mí —se ríe.

Razorboy es el hermano justo por encima de él en edad, el que usa muchos ungüentos hipnotizantes. Hace poco le hackeó los *emails* a una pelirroja estadounidense y la sobornó para que le pagara dos mil dólares. Dicen por ahí que ha emprendido un nuevo negocio: se folla a adolescentes del barrio y lo emite en directo por unos buenos dólares contantes y sonantes; les hace a las chicas todo lo que su audiencia blanca le pide. Ellas aceptan trabajar con él porque les promete no enseñar sus caras y por los diez dólares o así que les da para que se compren ropa interior nueva o comida para alimentar a sus familias. Ha solicitado en cinco ocasiones un visado para Estados Unidos y cinco veces se lo han denegado. Siempre anda presumiendo de que el país va a arder si la embajada «comete el error» de concederle el visado. No me gusta nada verlo. Va por ahí sin camiseta, enseñando sus legendarios abdominales, con sus dos móviles en una mano y un porro en la otra. Habla arrastrando las palabras y con voz grave, se cree que suena a Lil Wayne, y me dice que estoy perdiendo el tiempo leyendo tantos libros y siguiendo a Zahrah de un lado a otro como un puto mariquita.

Morocca se inclina hacia delante y me susurra:

—Eh, colega, aquí el amigo Slim no está muy fino hoy. Su amiguito ha cortado con él esta mañana. Dice que está pensando en meterse en el seminario. Gasta delicadeza, bro.

—Una pena —suspiro.

—Sí.

El novio de Slim está en SS3, un curso por encima de nosotros. Han estado saliendo *muy en secreto* durante dos años. De hecho, Morocca y yo no supimos nada hasta hace unos meses, cuando el hermano Magnus —movido por lo que denominó «inspiración divina»— los pilló besándose en los malolientes lavabos de la escuela durante el recreo. Los llevó a rastras a la asamblea

vespertina, donde la hermana Lakefield soltó una interminable homilía llena de citas de la Biblia sobre la «inmoralidad de la sodomía», contó una y otra vez la triste historia de Sodoma y Gomorra y describió con todo lujo de detalles, y con su acento británico, los oscuros recovecos del infierno, donde siete soles no pueden brillar, donde a personas como Thomas y Wisdom les prohíben la entrada. Algunos chicos y chicas idiotas se pusieron a lloriquear con los detalles de su descripción. La hermana, a su vez, le dio encarecidamente las gracias al hermano Magnus, incluso un abrazo británico le dio, por desenterrar esa muestra de la «podredumbre de la sodomía» de su escuela. Le ordenó asimismo darle a cada uno de los «desvergonzados» chavales cincuenta azotes. Después les entregó a ambos sendas notificaciones de suspensión donde podía leerse «tres semanas» en letras grandes. Hablamos de la misma hermana Lakefield que le permitió a Morocca volver a clase tras enterarse del embarazo de Patience; de la misma hermana Lakefield que le permitió a Patience pasar de curso con nosotros tras perderse un año de clase porque, según ella, «Patience es una joven valiente que llevó su error con orgullo y no se planteó abortar en ningún momento».

Sin embargo, el Drama de verdad empezó después de que Slim recibiera los cincuenta azotes y la carta de suspensión. Primero, su chico, Wisdom, se distanció de él y empezó a dejarse ver por todas partes con una Biblia de Jerusalén bajo el brazo y un rosario de quince misterios colgado del cuello. Después, su papá se lo llevó a rastras al Queens Palace Guest Inn y lo encerró allí con dos putas durante dos días enteros. Tras el fracaso de su padre, su mamá, junto con su pandilla de guerreras de la oración y el evangelista Okonkwo, se lo llevó a una montaña cerca de Koko, donde se pasaron ocho días enteros ayunando hasta el anochecer y recitando la oración de Manasés sin parar. Cuando regresaron, parecían palillos con patas y Slim se convertía en estatua de sal cada vez que

le preguntábamos por el tema. Por su parte, mamá Amebo, la progenitora de Okey, se fue de la lengua sobre Slim. Según ella, el primer día Slim se le puso de rodillas y le rogó que hicieran todo lo necesario para convertirlo en un chico como los demás. Entonces lo obligaron a confesar todas y cada una de las miradas que le hubiera dirigido a un chico, sus cuadros de nalgas masculinas y todos los culturistas sin camiseta que había mirado en el móvil. Pese a todo, cuando se pusieron manos a la obra con la novena/exorcismo y lo estaban bañando con escupitajos, agua bendita y aceite de oliva Goya, Slim se puso todavía más «duro», como si lo poseyera un «espíritu peor». A partir de ese momento dejó de decir amén en las oraciones, empezó a intentar escaparse, derramó el bidón de agua bendita y hasta les dio la comida que habían traído a los monos que pululaban por los matorrales. Tuvieron que acabar la novena antes de lo previsto porque se morían de hambre.

Cuando regresaron, Slim se fue derecho a casa de Morocca y se quedó allí una semana. Me pregunto por qué no vino a mi casa. ¿Es porque era pequeña y mamá cocinaba a menudo sin carne para ahorrar dinero? ¿O será que le atraigo aunque sea un poquito? Es verdad que siempre anda diciendo que tengo unos ojos marrones capaces de conseguirme a cualquier chica. Además, algunos de los culturistas que le he pillado mirando son blancos, algunos hasta rubios. Debo de haberlo infectado.

—Mo-ro-cca —llama Serena—.

Mo-ro-cca.

—Es para comérsela, la criatura.

—¿Sí, amor mío?

—Tengo hambre.

—Madre del amor hermoso. ¿Y qué te apete?

—Sandía. ¡Quiero sandía!

—¿Te lo he dicho o no? —interviene Patience riéndose, sin apartar los ojos del móvil.

—Ahora te la pillo de camino —promete Morocca.

Ojalá dejara de decirle «te apete» y «pillar» y cosas así a Serena. Es una preciosura tan grande, tan angelical, con esos carrillos carnosos y esos ojazos que tiene. No quiero que hable como nosotros cuando se haga mayor. Solo de pensarlo me pongo supertriste.

—¿Dónde está el coche? No lo he visto fuera —pregunto.

—Lo tiene Razorboy. Lo ha cogido para dejar a su nueva churri. Vuelve enseguida.

—Ah, okey.

—¿Por qué no plantas el culo un rato, bro? Me quiero maquear un poco. Patience, ¿por qué no le pones algo de beber a Werdna?

Silencio.

—Te estoy hablando —insiste levantando la voz.

—Voooy —contesta Patience con los ojos aún pegados a la pantalla.

Morocca sacude la cabeza y se va a su habitación.

Yo voy hasta el sofá vacío y me siento. Quiero decirle algo a Slim, pero me contengo. Seguro que está hecho polvo, que tiene gusanos reptándole por el pecho y todo eso, los recuerdos felices con Wisdom se habrán vuelto una agonía. Es una locura cómo la suma del amor se puede convertir en una serie de restas hasta el menos infinito.

Serena se baja de un salto del muslo de Patience y se acerca a Slim. Se le queda mirando como si quisiera comprobar si sigue vivo. Aparta la mano con que Slim se tapa los ojos pero él la vuelve a colocar en el mismo sitio. Serena la quita, él la vuelve a poner. Patience levanta la vista del móvil y le hace un gesto a la niña para que regrese a su regazo. Tremenda valiente es Serena, que hace lo que yo no me atrevo.

—Andy. —Patience se inclina hacia mí y me pasa su móvil—. ¿Conoces a esta chica?

En la pantalla hay una foto de Instagram donde están mis drugos y, en medio, una chica rellenita, con camiseta rosa por encima del ombligo y minifalda, a la que ambos cogen de la cintura. La reconozco al instante, pero le digo a Patience que no la he visto nunca.

—¿Estás seguro? —insiste volviéndose a sentar.

—Sí, sí. Seguro.

—¿No la has visto nunca con Morocca?

—No, ¿por qué?

—Me han dicho que los han visto besándose.

—Ah, ¿y le has preguntado a él?

—La verdad es que no. Es un mentiroso, como todos los hombres, pero tú eres diferente, Andy. A veces me gustaría que fuera como tú. A Fatee tú no le harías lo que él me hace a mí.

—Ajá. —Y eso es todo lo que puedo decir. En mi pecho se agitan pensamientos de culpa. Los reprimo.

La chica de la foto es Kosi. El pasado diciembre estábamos en una fiesta en el Safara Motel y Morocca se la tiró encima de una mesa de la sala de conferencias. Luego se rio del tema y dijo que había sido el lío de una noche más salvaje de su vida. Posteriormente, Kosi y Slim se hicieron íntimos: daban largos paseos, intercambiaban libros y pintaban juntos. Una noche, me pasé por casa de Slim y me la encontré cepillándoselo a horcajadas mientras él la agarraba del culo. Cuando me iba de la casa, Slim salió corriendo y me suplicó tartamudeando, como si hubiera robado un banco, que no le dijera nada a nadie. Aseguraba que todo había sido culpa de Kosi, que él ni siquiera lo disfrutaba y que solo estaba «experimentando».

Cada vez que pienso en que mis drugos pillan cacho como si fueran James Bond, me avergüenzo de mi virginidad. De los dieciséis chicos de mi clase, Jonaldo y yo somos los únicos que no lo hemos hecho. En el caso de Jonaldo se debe a su obesidad en

aumento exponencial, de la que se ríen todas las chicas, incluso Funmi, que siempre anda leyendo la Biblia y se niega incluso a darles un apretón de manos a los chicos. En mi caso, la virginidad es más misteriosa. A menudo me entra el miedo a correrme en cuanto se me acerque una vagina y que la chica —¿rubia?— me atice con una almohada por crío. Hoy, en cambio, me siento afortunado, hasta privilegiado, por no haberlo hecho. ¿Por qué? No lo sé y no quiero pensarlo. Entenderlo amargará el dulce de ser afortunado, un privilegiado.

10

Vamos por Lagos Road, camino de casa de Fatima. Vive en el AGR, el Área Gubernamental Reservada, donde tienen su residencia los *babanrigas*, los *agbadas* y los políticos de nuestra ciudad. Morocca, el Señor de Arena, va al volante, meneando la cabeza arriba y abajo al son de 2Pac. De copilotos van Patience, su mujer de mentira, y el amor de su vida, Serena, la Dama de Arena. Patience está toqueteando el móvil, para variar: responde mensajes y se ríe de vez en cuando. A mi izquierda está Slim T con la cabeza apoyada en el reposacabezas y los ojos cerrados. Yo meneo un poco la chola como Morocca mientras miro por la ventanilla. Observo las tiendecitas que dejamos a izquierda y derecha, con los techos marrones por la lluvia ácida, donde se venden generadores y piezas de vehículos, cemento y colchones, zapatos y prendas de *sheda*, cebollas y garri, películas de mentira, drogas de mentira. Cientos, incluso miles de personas abarrotan la calle, van de camiseta y pantalón corto, chilaba o chador. Salen y entran en tropel del mercado, empujan carretillas, llevan a sus criaturitas atadas a la espalda, se ríen y se dan palmaditas en la espalda, chillan escupen golpean rezan se agachan roncan. Pese a toda la pompa, la sangre, la saliva y el sudor, la mayoría regresará esta noche a su casa con el equivalente a uno o dos dólares.

Estruendo de cláxones. Chirrido de molinos. Recitaciones coránicas a voz en cuello por los altavoces.

Nos acercamos a la rotonda del Palacio del Emir, salimos de ella hacia la izquierda y, un minuto después, estamos circulando por los silenciosos bulevares del AGR. Todos suspiramos aliviados, nos hemos librado al fin de Babel y del sol. Ver el AGR siempre es un flipe: casas a izquierda y derecha, de dos o tres plantas. Pintadas de

blanco con techumbre de aluminio azul o rojo. Dogonyaros o melinas dando sombra a las casas. Aceras delante, cubos de basura por todos lados y, dondequiera que mires, ni mierdosas bolsas de plástico ni botellas, solo bellas hojas caídas y las marcas de una escoba en el suelo.

La choza de Fatima es una casa de dos plantas con grandes ventanales. Fuera hay un portero entrado en años sentado en la parte de fuera de la entrada azul, en medio de setos podados, empuñando una porra y una linterna como si esperara un eclipse. Fatima está de pie al lado del portero con una mochila y un bolso, muy guapa con su hiyab de encaje blanco y su vestido color crema, la cara empolvada, rímel en las pestañas y los labios perfilados. Morocca sale a ayudarla a meter la mochila en el maletero. El portero le repite sin parar que conduzca con precaución cuando lleve a Fatee, que es una Primera Dama, su Primera Dama, y que nos aseguremos de llevar todos el cinturón de seguridad puesto. Un dato: no hay persona en nuestra ciudad ni en todo el país que se ponga el cinturón de seguridad. Solo gente como el padre McMahon u Okorie se lo ponen. Solo te obligan a llevarlo en Abuya porque estás en el territorio del presidente y sus ministros, cuidado.

Fatee se monta en el coche por la derecha. Me pego a Slim para dejarle espacio.

—Hola, ¿qué hay? —saluda a todos sonriendo muy levemente.

—Hey, Fatee —responde Patience levantando la vista del móvil.

Hasta Slim se despierta un segundo y le dice hola. Yo no me atrevo.

Fatima se inclina hacia Serena, le aprieta la mano y le atusa el pelo.

—¡Hola, Seree!

—¡Tía Fatee! —saluda risueña la niña.

La cría adora a Fatima, su proveedora de chocolate y chucherías. Las pocas veces que le he llevado chocolate, lo ha rechazado. En

todas las ocasiones, su mamá ha tenido que regañarla y obligarla a darme las gracias. En cambio, cuando es Fatima la que le regala chocolate y chuches, Serena se pone a dar saltos de alegría y se abraza a sus bonitas y tonificadas piernas.

—¿Cómo está mi pichoncilla?

—Bien.

Fatima apoya la espalda en el asiento y reemprendemos la marcha. No me dirige la palabra. Ni siquiera me dedica una mirada. Lleva perfume (¡huele muy caro!) y está mascando chicle (lo cual es extrañísimo, mi Fatee lo odia). El hiyab se le ciñe al cuerpo y le realza el busto: alegre, hemisférico y generoso. No recuerdo en qué momento se le pusieron las tetas de este tamaño. ¿Será que he dejado de fijarme en ella? ¿Lleva sujetador con relleno o algo? ¿Está intentando devolvérmela? En plan «Andy, a ti te van las rubias platino, ¿verdad? Pues ¡mira lo que te pierdes! Estoy requetebuena y soy muy lista. La evidencia: mira mi cuerpo perfecto, recuerda mis medallas. Así es, tírate de los pelos, pringado».

Ambos miramos en la misma dirección, a los indicadores del salpicadero, pero no vemos lo mismo. Su actitud es tan decidida, con el chicle en la boca, desafiándome a dirigirme a ella, esperando la oportunidad de darse el gusto de ignorarme… Esta mañana, cuando mamá, tía Lizzy, el presbítero Paschal y yo estábamos a punto de salir camino del hospital, le he dicho «adiós, nos vemos luego», pero se me ha quedado mirando como si fuera invisible, como si me estuvieran asomando babosas de las orejas.

Al salir de la ciudad, Morocca pisa el acelerador y esquiva zigzagueando los baches, algunos, rellenos de arcilla. La carretera que se despliega ante nosotros es un mapa de cráteres remendados tan mierdoso que, a menudo, tiene que virar y meterse en los caminos arcillosos del costado. Pasamos por delante del primer poblado,

Farin-Shinge.

Por delante de jóvenes y hombres harapientos sentados en el suelo, debajo de algún árbol o a la entrada de su choza de barro, enfrascados en una charla de media mañana. Las mujeres acarrean calabazas en la cabeza y van ataviadas con chador algunas y otras, las menos, con los pechos como calcetines viejos al descubierto. Un chico sin camiseta bombea agua de un mugriento pozo perforado por el Banco Mundial. Niños sin camiseta y en bragas le pegan patadas a un recipiente de plástico, entre risas y gritos, junto a un arroyo. Pasamos por delante de Machanga, Beri y Mariga. El paisaje no cambia: granjas de maíz y cacahuete, escasos árboles, bombillas colgando de los techos de las chozas, emitiendo un resplandor brillante bajo el sol.

Nadie ha dicho una palabra desde que salimos.

No hacemos ningún comentario sobre los vehículos compactos que nos adelantan a toda pastilla, con cinco pasajeros detrás y dos en el asiento del copiloto. Unos cuantos llevan un octavo pasajero que comparte el asiento del conductor. Todos van apretados como sardinas, intercambiando sudores y cayéndose unos encima de otros cada vez que pillan un bache, pero es así como el conductor consigue sacarse un buen beneficio.

Patience levanta la vista del móvil y se vuelve hacia Fatima y a mí.

—¿Se puede saber por qué estáis tan callados hoy?

—¿Te crees que todo el mundo es como tú? —la reprende Morocca.

Ella gruñe y bosteza.

Silencio: atronador, ansioso, que amplifica el sonido de la respiración.

Patience vuelve a soltar un sonoro bostezo.

—Vaya sol asqueroso. —Hay un tono de queja en su manera de hablar que transmite la sensación de que se esté peleando con su interlocutor—. Asquito de sol.

—Pues sí —coincide Morocca.

—¿Cómo es que este coche no tiene aire acondicionado?

—¿Quién te ha dicho que no tiene?

—¿No ves que estoy sudando como una rata?

—Tú siempre te estás quejando, Patience.

—¿Y?

—¿Por qué no bajas tu ventanilla un ratito?

—El aire es aún peor. Es como si te estuviera soplando un dragón.

Morocca se ríe. Fatima suelta una risotada. Slim se mueve. Le estamos metiendo los dedos en la llaga. Parece tan miserable que me entran ganas de llorar.

—Pues yo me pregunto por qué estas aldeas tan pequeñas tienen siempre electricidad —comenta Patience mirando por la ventanilla.

—¿Es que no quieres que tengan? —pregunta Morocca.

—Tienen demasiada. Mientras que nosotros no tenemos ninguna en casa.

Empezamos a bordear una colina. Salimos a una carretera recta y vemos a dos policías de pie más adelante.

Morocca suelta un bufido. Patience también.

—No tengo ni una puñetera moneda. ¿Alguien lleva cambio? —pregunta Morocca metiéndose la mano en el bolsillo de atrás.

Los policías van uniformados de negro, sudan y se cuecen como cerdos mientras esperan apostados cada uno en una vía. Empuñan rifles oxidados del Pleistoceno con un trozo de tela roja atado al cañón. Morocca se detiene delante del que está en nuestro carril.

—¡Oficial! —lo saluda Morocca, deshaciéndose en sonrisas y bajándole unos tonos a la voz—. ¡Mi oga, mi oga, yo dey saludar o! ¿Trabajo bien?

Morocca no falla. Sabe cuándo toca dejar de imitar a Eminem.

A los agentes de policía les encanta que los llamen «oficiales», pese a que la mayoría no lo son y ni siquiera saben leer. Son

capaces de retenerte durante horas si intentas comunicarte en inglés con ellos, en lo que ellos llaman «gramática».

—¿Trabajo bien, oga sah? —repite Morocca luciendo una sonrisa a lo Eddie Murphy en *Doctor Dolittle*.

—Bien, sí —contesta el agente mientras mete su cráneo sudoroso y acartonado en el coche y examina nuestras caras.

—Mi oga, mi oga.

Le pide el carné de conducir a Morocca y este le da un documento falsificado con edad falsa. El policía lo levanta por encima de su cabeza como si necesitara gafas. Estoy seguro de que no sabe leer.

Nos pide que salgamos del coche, que tiene que registrarlo. Esa es la táctica que usan para sacarse unos dineritos contantes y sonantes.

—Oga, nos dey prisa fa. ¿Ana jiran mu a kasuwa? —le pregunta Morocca.

Que nos están esperando en el mercado, le dice. Por poco no me empiezo a reír a carcajadas. Fatima suelta una risilla discreta junto a mi oreja, estoy seguro de que se está burlando de mí indirectamente.

Morocca se mete la mano en los vaqueros y le da al policía un billete de cien nairas. El poli hace una bola con el billete y se echa a reír.

—Tú dis chico. Oya dey adelante. Ku wuce. Allah ya kiyaye. —Al decirlo riendo suena al cerdo que es.

—Amén —contesta Morocca y salimos pitando—. Ladrón hijoputa —susurra luego.

Un poco después veo que se alarma y pisa el freno.

—Joder. Hostia puta —murmura.

—¡¿Qué es eso?! —pregunta Patience chillando mientras señala algo con el dedo.

Hay chicas de nuestra edad y mujeres sentadas o tumbadas en la

carretera. No llevan parte de arriba, les han rasgado los vestidos y los sujetadores y lloran. Una mujer da alaridos delante de tres de las chicas. Un hombre yace inconsciente enfrente de ellas y del brazo le sale sangre a borbotones. Hay coches aparcados a ambos lados de la calzada y los ocupantes han salido de ellos y observan de pie: las mujeres lloran, los hombres se llevan las manos a la cabeza. Un par de hombres marcan números en el móvil e intentan contactar con la policía desesperadamente. Al acercarnos, vemos sobre la hierba seca una cabeza junto al torso decapitado de un hombre. Patience le tapa los ojos a Serena con la mano.

Morocca aparca y se baja del coche. Le pregunta a un hombre qué ha pasado.

—Un atraco a mano armada —dice. Es todo lo que está dispuesto a explicar.

Transcurre una hora y llegan dos ambulancias oxidadas y mugrientas. Una docena de mujeres, algunas de ellas con sangre bajándoles por las piernas, se suben a la primera. La segunda se lleva los cadáveres de cuatro hombres. La gente regresa a sus vehículos.

Fatee, a mi lado en el coche, se enjuga las lágrimas con un pañuelo. En el asiento del copiloto, Patience abraza a Serena, le atusa el pelo y le dice que no llore más. Morocca se sube al coche y reemprendemos el viaje. Patience le dice que quizá deberíamos volver a casa por si los atracadores están más adelante. Morocca contesta que las ambulancias venían de Minna, así que está convencido de que la carretera es segura.

—Lo que no comprendo es que haya pasado una cosa así tan cerca de un control policial. ¿Quién me dice a mí que la policía no está compinchada con los atracadores? Es más, ¿de dónde salen si no los atracadores? ¿Eh? Menudo país de mierda. Una mierda bien gorda. No sé qué estoy haciendo aún aquí. No quiero que Serena crezca en un lugar así.

Silencio.

Yo sé que mis drugos están pensando en Okey, igual que yo, y que les gustaría estar en su lugar.

—Colegas, a la primera oportunidad que se nos presente tenemos que largarnos de aquí.

Patience sacude la cabeza y chasquea la lengua.

—Muy bien, Morocca. Si no quieres que demos la vuelta, tenemos que rezar. Eso es así. No quiero que le pase nada malo a mi niña.

—¿Quién te dice que no reces?

Patience abre su bolso y saca un rosario de dedo. No sabía que fuera tan religiosa. De pronto me siento mal por haberla considerado siempre superficial.

—Vamos a rezar. Espero que no te moleste —le dice a Fatima, aunque no espera a que le responda—. Vamos a rezar los cinco dolorosos misterios por un viaje sin percances. En el nombre del Padre, del Hijo, del…

Andy.

¿Sí, hermano?

¿Por qué no escribes un poema sobre mí?

Joder, Ydna. He escrito decenas de poemas sobre ti.

Pero no me refiero a ese tipo de poemas.

¿A qué te refieres entonces?

A un poema que vaya de mí luchando…

¿De ti luchando?

Eso.

Vaya flipada, Ydna. Guapísima.

Ya. ¿No me preguntas contra quién lucho?

Eso. ¿Contra quién luchas?

Contra tu HXVX.

¡¿Contra HXVX*?!*

Así es.

Pero ¿por qué quieres luchar contra HXVX*?*

Ya sabes por qué.

¿Por qué?

Usa el coco, Andy. ¿Tú no presumes de ser un genio?

¿Por mamá?

Sí.

¿Porque HXVX *es el culpable de todo lo que le ha pasado?*

Sí.

Ya veo.

Y por ti también.

¿Sabes qué hizo Slim ayer?

No cambies de tema, Andy.

No cambio de tema.

Sí que cambias.

Que no cambio.

¿Por qué te gustan las cosas como están?

No me gustan.

Sí que te gustan.

Sabes que no. Sabes de sobra que no. Que siempre estoy pensando en darle la vuelta a las cosas. En cambiarlas. En las permutaciones y todo eso. Por eso he estado leyendo mucho últimamente sobre clonación, sobre volar, sobre artistas del escapismo como Houdini. Escapar es la única manera de derrotar a HXVX*, que lo sepas. Cualquier otro método es postergar lo inevitable.*

Mmmm.

…

Entonces, ¿vas a escribir el poema o no?

¿Cómo crees que vas a derrotar a HXVX*, Ydna? Es planetario, colega. Gigantesco que te cagas. Y tú no eres más que…*

¿*Yo qué*?

Muy…

¿*Muy qué*?

No lo puedo decir.

Me sorprendes, Andy.

¿*Por qué*?

…

¿*Ydna*?

…

¡*Ydna*!

…

…

Patience sigue rezando: «El tercer misterio doloroso: la coronación de espinas. Padre Nuestro que estás en el cielo…».

Miro a Slim y, a través de la ventanilla, a una anciana cadavérica que transporta un montón de leña en la espalda. Ojalá pudiera rezar los misterios dolorosos por ella, por mí mismo, por todas las personas de esta tierra. Y justo en este momento lo estoy viendo claro como el agua: las vidas de todas las personas de esta tierra Maldita son un reflejo de la oración, de las agonías de nuestros nacimientos de mierda hasta nuestra coronación de espinas para acabar en nuestra crucifixión y muerte, más mierdosa si cabe.

Padre nuestro que estás en el cielo… Nuestro padre ¿HXVX?

Voy en un taxi, camino del distrito financiero, donde he quedado con Eileen. Son las cuatro y me ha pedido que nos veamos a eso de las cinco en el vestíbulo del Hotel Chelsea. Por culpa de una serie de retrasos (más carreteras hechas polvo, más controles policiales y Serena, que se ha puesto mala de repente), llegamos a casa de

Zahrah y Okorie a última hora, así que no pude verla ayer. Hoy es martes y Eileen dice que se va de Nigeria dentro de una semana exactamente, la víspera de la boda de Zahrah. Espero conseguir que se quede más tiempo.

Abuya es el centro de los sueños. Las calles tienen varios carriles y están asfaltadas. Son tan lisas que se podría jugar al billar en ellas. Hay unas aceras de la hostia que están limpias y setos y césped por doquier, y un montón de árboles. A izquierda y derecha hay edificios altos de cristal muy guapos, como si pasearas por Nueva York. Los conductores llevan el cinturón de seguridad puesto, obedecen los semáforos y no pitan como posesos. No hay bolsas de plástico ni basuras tiradas ni gallinas a la vista. Es como si te hubieras ido de Nigeria, de África occidental y de África.

Pero no es más que la superficie.

Porque hay en las calles estudiantes que protestan, venidos de todas las universidades del país. Se han reunido aquí y se han pintado los cuerpos de tiza o carbón o de la bandera de Nigeria,

verde-blanca-verde,

y saltan y bailan y cantan con pancartas sobre sus cabezas. Están por todos lados. Paran el tráfico. Cantan «A luta continua, vitória é certa». Los conductores los animan y los maldicen. Estamos cansados de las huelgas, dicen los estudiantes. Cansados de malversaciones y malas gestiones y sectarismo y nepotismo. Queremos cambios en este país. C-A-M-B-I-O. Queremos una revolución. R-E-V-O-L-U-C-I-Ó-N.

Circulan historias de estudiantes que han atacado a senadores a la salida de la Asamblea Nacional. Al parecer les han tirado huevos y agua purificada. Les han pedido a gritos que dimitan. Okorie es uno de los profesores que están asesorando al sindicato universitario SUG en las protestas. Anoche, durante la cena, Zahrah le advirtió en varias ocasiones que tuviera cuidado, que podría meterse en líos.

—Sabes que en este país abundan los asesinatos extrajudiciales, ¿no? —le advirtió con el ceño fruncido, preocupada por que sus años de estudiante en Inglaterra hubieran relajado su conexión con la realidad.

Los manifestantes ocupan los boletines informativos desde nuestra llegada. De hecho, mi conductor y yo vamos escuchando la entrevista que le está haciendo Sowore, destacado activista y fundador de saharareporters.com, el único periódico del que se fía el personal, al presidente nacional del SUG. El presidente denuncia en un tono muy animado al Gobierno por la censura a la prensa. Explica que ayer dispararon a tres estudiantes cerca del Banco Central de Nigeria durante las manifestaciones: «Por eso digo que necesitamos una revolución. Una revolución pacífica. Los estudiantes somos el futuro de este país y decimos que ya está bien. Que estamos cansados de esos viejos idiotas cleptócratas que nos gobiernan. Estamos cansados de esta demencracia».

El conductor resopla. Lo miro mientras me ajusto el cinturón de seguridad. El hombre sacude la cabeza y baja el volumen.

—¿Usted qué opina? —le pregunto.

—Eeeeeeh. Eeeeeeeeeh. —Chasquea la lengua—. Este joven debe tener cuidado o. Vigilar qué dice. ¿Es que sabe lo que está diciendo?

—¿A qué se refiere?

El hombre se seca el sudor de la frente y adelanta con maestría a otro coche.

—Yo creo que este chico no va a durar mucho en este mundo. Lo siento por sus padres. Me dan pena de verdad. Los padres no deberían tener que enterrar a sus hijos.

Por alguna razón, tengo ganas de soltarle un bofetón, quemarle el taxi, quemar esta carretera tan pulcra, quemarlo TODO.

Cojo el ejemplar de *La metamorfosis* que descansa en mi regazo. Lo he tomado prestado de la estantería de Zahrah y Okorie para que

me haga compañía en el vestíbulo mientras espero a Eileen. Lo he traído también por la conversación tan chula que tuvimos sobre el libro en su fiesta. Me da la sensación de que este libro nos unió de algún modo, nos conecta, hasta diría que nos explica. En cualquier caso, no voy a mentir, lo he traído también porque estoy convencido de que habrá momentos en que nos quedaremos en silencio y el libro seguro que nos da algo de qué hablar y con lo que poder impresionarla. ¡No sé por qué, pero la Reina Platino hace que sea deshonesto conmigo mismo!

El Hotel Chelsea aparece a lo lejos. El conductor me mira.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo con lo que he dicho?

—¿Cómo?

—¿Tú crees que ha hecho lo correcto al ir a la radio y decir lo que ha dicho?

—Yo no creo…

—No te culpo —interrumpe sacudiendo la cabeza con ese aire lastimero que me pone los pelos de punta—. Eres demasiado joven. Tú no sabes que hay cosas que es mejor no decir.

Cierro la puerta del taxi y, de pie en la acera del Chelsea, me pego un repaso. Mi camisa YSL blanca remetida por los vaqueros D&G azules, mis Nike negras que te cagas de deslumbrantes. Ante mí, a lo lejos, los coches aparecen a diestro y siniestro por la calzada de mesa de billar y los pasos elevados. El espacio que me rodea está salpicado de torres de hoteles y edificios gubernamentales pintados de blanco o crema, rodeados de setos podados. No se ven chicas en chador vendiendo por la calle cacahuetes que acarrean en la cabeza. No hay ancianas tostando maíz o boniatos en brasas de carbón. No hay gallinas ni cabras ni carneros merodeando como demonios. Solo hombres y mujeres de traje o con caros caftanes y estampados de Ankara.

Le envío un mensaje a Eileen para comunicarle que he llegado y me dirijo a la entrada. Dios mío, qué setos, lisos como mesas de

pimpón. Quiero tumbarme encima, ser una de sus abejas retozonas, beber de los aspersores giratorios y no volver a pasar sed. Conforme me aproximo a las puertas de cristal me entra miedo a que me pare alguien y me envíe de vuelta al estercolero de donde he venido.

—Bienvenido, señor —me saluda el portero.

Me quedo de piedra y dudo un momento. Es la primera vez que me llaman «señor» en mi Maldita vida.

Decido responder afectando la voz con mi falso acento británico.

—Gracias.

Dentro la temperatura desciende precipitadamente como si estuviéramos en Noruega. Mis pies se ven la mar de elegantes sobre el mármol espejado; los destellos de la plata y la madera pulida y los ascensores y sofás casi hacen que huya corriendo. Demasiada luz: de los candelabros, de las salidas de emergencia. Busco a Eileen con la mirada. Me ha dicho que está aquí pero no la veo. Saco el móvil y empiezo a escribirle.

—¡Andy! —Un acento británico arribabajo me llama a mi espalda—. ¡Qué alegría verte otra vez!

Por un momento creo que me he equivocado de sitio, que la voz es una alucinación, pero no, es ella. Está totalmente cambiada. Lleva un vestido dashiki, el pelo recogido en un tocado alto y oculto en un turbante floreado, como una señorita nigeriana de tomo y lomo. Hasta lleva gafas. Durante un segundo temo que le haya pasado algo a su melena rubia platino. ¿Ha estado jugando con fuego o algo así?

—Eileen. —Mi voz se empieza a romper y suena algo decepcionada—. ¡Eileen! No te había reconocido.

Ella se echa a reír y me da un abrazo muy fuerte, del tipo que nadie me ha dado en toda mi Miserable Vida.

Tampoco lleva el aro de la nariz, aunque ahora estoy seguro de que su melena rubia platino está a salvo: por el turbante le asoma un rizo que sale a saludar.

—Quería sorprenderte —informa.

Su chispa sigue intacta. Su olor a almendras, a dátiles, intacto. La mancha negra de mi pecho empieza a agitarse, a batir las alas.

Se quita las gafas.

—Ah, claro —repara al mirarlas extrañada, como si no las hubiera llevado puestas hasta hace un instante—. Las gafas te deben de haber confundido. Ni siguiera mi tía Joan me reconocía con ellas puestas. —Me mira y sonríe. Por suerte, sus ojos verde prado siguen intactos—. Son más como mis viseras o algo así. Me las pongo cuando salgo a caminar, por el polvo y las cosas que pululan por el aire.

Sonrío todo lo que la boca me da de sí.

—Genial.

—Vamos, colega —dice mientras me coge de la mano.

rosa blanco
   sobre
negro negro

Muero.

Pese a que no agarra más que una pequeña parte de mí, la siento como si me envolviera, como si sus dedos se arrastraran hasta mi pecho y me frotaran el alma.

—Vamos a comer algo. Me muero de hambre.

Se ríe. Siempre se está riendo, la delicada y ligera Reina de Ojos Pradeños.

Cuento mentalmente los presidentes muertos que llevo en mi cartera cutre y me pregunto si tengo suficiente guita para pagar una Coca-Cola
aquí. Y como estamos hechos el uno para el otro y me lee la mente, me suelta:

—No te preocupes, Andy. Yo invito.

Me sonríe con vergüenza. Yo, también avergonzado, le devuelvo la sonrisa.

Pasamos por delante de sofás y macetas y atravesamos las puertas de cristal del restaurante. Ella: me guía a mí. Alfombra: mullida como mi cama de casa de Zahrah. Gente: se vuelve a mirarnos, preguntándose quién se cree el negrata este que es, que va por ahí con esta churri blanca superbuenorra y africanizada.

—Muy bien. Vamos… a sentarnos… allí —sugiere. Su colgante con la piedra sigue intacto, sus labios rosáceos… parcialmente intactos.

Nos sentamos y miro su turbante; me pregunto qué le ha dado. Siete semanas nada más. 1.176 horas.

—Tenemos tantísimas cosas de que hablar —anuncia mientras mete el móvil en el bolso, que deja a un lado—. ¿Por dónde empezamos?

El camarero, con chaleco negro y pajarita, se apresura hasta nuestra mesa.

—Bienvenida, señora —la saluda con una sonrisa falsa de oreja a oreja. Se vuelve hacia mí, casi frunciendo el ceño—. Bienvenido, caballero.

Nos entrega a cada uno un volumen encuadernado de color negro. Lo abro preguntándome qué cojones será. ¡Es una carta! Nos pregunta —a Eileen, quiero decir— qué vamos a beber y nos invita a tomarnos tanto tiempo como nos haga falta.

Eileen se ilumina al dirigirse a él.

—¡Gracias!

Paso las páginas de la carta y pido una limonada. Eileen quiere un zumo de manzana y enfatiza su petición con «por favor, por favor» como si no fuera a pagar al terminar. El camarero le hace una ligera reverencia y se retira.

—¿A que es un encanto? —observa.

—Sí, supongo.

Ella examina las páginas, del mismo color que sus manos. Sus ojos verde prado escanean, pestañean y regresan más frescos. Le vuelvo a mirar el turbante.

—Guau, Eileen.

—¿Guau el qué, Andy?

—Tu vestido, tu tocado.

—¿Sí? —Parece preocupada, como si hubiera hecho algo malo —. ¿Te gustan?

—Uy sí, sí. Me encantan. De verdad. ¡Menuda sorpresa más chula!

Se vuelve a iluminar, como una niña pequeña.

—Ay, gracias, Andy. Gracias. Obligué a mi tía Joan a comprármelos. Tengo un armario lleno de ellos. ¡A mamá le va a dar un ataque! —Se echa a reír.

Es la primera vez que menciona a su madre.

—Tú también estás guapo.

—Ay, gracias.

¡Eileen me ve guapo! ¡Gloria! ¡Gloria in excelsis!

Aun así, sigo sin entender por qué le ha dado por esconder sus bucles de fantasía, sus Mechones de Poder platino, y restarse un pelín de poderío. ¿Qué sabe ella del dashiki en el que ha ocultado su esbelta figura? Ella cree que está experimentando, expresando una postura, siendo «mejor», y no sabe que es inútil. Es como una reina que decide llevar harapos pero se aferra al trono. Quizá esté aquejada del mismo mal que trajo a su tío a África para convertirse en un gólem colorado. Quizá le venga de familia. En cualquier caso, haga lo que haga, mi Eileen seguirá siendo mi Eileen, mi Eilinda, mi Eimperatriz del Eixtasis radiEictivo. Aunque llevara harapos como san Francisco de Asís, yo besaría sus Eipnotizantes deditos de los pies.

—¿Por qué nos mira la gente? —pregunta.

—¿Nos miran?

—Sí.

Me vuelvo hacia las mesas que nos rodean. Hay dos señoras con gele que nos observan de un modo raro.

Sonrío de oreja a oreja para tranquilizarla.

—No es que quieran ser maleducadas ni nada de eso. Te admiran. Les parecemos interesantes, nada más. Les gustaría ver esto más a menudo.

—¿Esto? Ah, vale.

Intento pensar en algo, pero tengo la mente en blanco.

—Se cansarán de mirar enseguida.

—Genial.

El camarero trae nuestras bebidas en una bandeja que coloca delante de nosotros. En mi vaso flota un limón (¿o es una naranja?). La leche.

—Gracias —le dice Eileen al camarero.

—Gracias —repito.

—Un placer, señora. Por favor, tómense el tiempo que necesiten con la carta.

Le hace una reverencia y se aleja. Si yo hubiera venido con Fatima, estoy convencido de que no nos hubiera dedicado ni un leve gesto con la cabeza.

Espero a que Eileen dé el primer sorbo, cosa que hace. Bebo yo.

—Mmmmmmm —dice.

—Mmmmmmm —digo.

11

Estamos en mitad de los postres. Cargo en la cucharilla un poco de helado de caramelo con sal y me lo llevo a la boca. Ojalá le pudiera dar un poco a Eileen con mi cucharilla; ojalá pudiera darme ella un poco de su tarta Tatin de piña. Me meto las manos en los bolsillos antes de que se me rebelen, me obligo a sentarme con la espalda apoyada en el respaldo.

El pollo jerk que me he comido aún me está haciendo kárate en el cerebro. Estaba tan tierno, tan jugoso, plagado de sabores que me han hecho ver colores y oír violines. Aunque los puñeteros cubiertos casi me aguan la fiesta. Quitando al padre McMahon y a Okorie, todas las personas que conozco comen con cuchara o con las manos, nunca con cuchillo y tenedor. De hecho, hoy ha sido la primera vez que utilizo esta combinación. Pero como no quería parecer un *Homo erectus* delante de Eileen, me he pasado todo el rato tonteando con el pollo como un crío. Ella ha fingido no darse cuenta y ha hecho como que no me estaba viendo jugar al gato y al ratón en el plato. No dejaba de preguntarme: «¿Te gusta la comida? ¿Seguro?». Ahora solo tengo que usar la cucharilla de los postres con la mano derecha para comerme el helado. Gracias, Jah.

En cuanto a ella, come despacito, toda mona, con la espalda recta casi todo el rato, como la reina que es. Es tan guay mi Eileen, tan especial, es exactamente lo que necesita mi Anodina Existencia. Quizá esta sea la primera de muchas cenas y, con el tiempo, yo consiga comer con tanta elegancia como ella. Con el tiempo, yo me volveré mejor persona, un hombre de verdad.

Ella ha comido cosas vegetarianas, falafeles y un cuenco de guisantes y otras cosas que no conozco ni quiero probar. No ha parado de abrir y cerrar los ojos y de asentir con la cabeza y de

decir maravillas de los falafeles, como que están entre los mejores que ha probado y que por eso viene siempre aquí a cenar. Ojalá no hubiera dicho eso, porque su comida cuesta cerca de veinte mil, el doble que la mía. Su cena podría alimentarnos a mamá, a tía Lizzy y a mí dos meses enteros.

Al acabarse el postre, coloca juntos el tenedor y el cuchillo y, de pronto, aparece el camarero y recoge la mesa. No me pregunta si yo he terminado. Coloca mi cuenco en su bandeja pese a que me queda todavía un cuarto de helado. Eileen no parece darse cuenta.

—Muchas gracias. Estaba delicioso —le dice.

El camarero sonríe, le da las gracias y se va por donde ha venido.

—Gracias, Eileen. Por la cena.

Ella asiente con la cabeza, se sonroja y le da un sorbo al agua.

—Entonces, Andy, cuéntamelo todo, todo, todo. Tu mamá. Kontagora. Aún me sabe mal no haberme podido quedar —me dice clavándome sus ojos pradeños, más verdes todavía a causa de los falafeles.

Le cuento que mamá está bien, o casi, al menos así era cuando la llamé esta mañana. Que Kontagora está un tanto cambiada. Los cristianos ya no se fían de los musulmanes y viceversa; temen otro ataque o ataques de represalia, así que los unos boicotean los negocios de los otros. Además, una cosa graciosa: ha habido sequía desde los disturbios y mucha gente de la ciudad cree que es la sangre de los masacrados la que detiene las lluvias, pues piden justicia llorándole al cielo.

—Vaya —se sorprende soltando una risotada. Se pone seria enseguida al darse cuenta de que se supone que la cosa no es para reírse. Aunque es graciosa, pero no graciosa graciosa—. ¿Tú crees que tienen razón?

—No, qué va. No veo qué poder pueden tener los muertos.

—Cierto. Aunque creo que deberías darle a la teoría otra

oportunidad.

—Vale, supongo.

Me sorprende un poco que sea yo el cientifista aquí. ¿Es que ya no es atea o qué pasa? ¿Está intentando compensar la risilla que ha soltado?

Cruza las piernas. Se le desabrocha un botón del dashiki y entreveo un poco de escote. El coleguita entre las piernas se despierta. El pulso me hace bum, bum.

Me siseo a mí mismo. Mírala a la cara, monaguillo pecador. Mira mira mira. Reprime. Reprime. Reprime. No quieres que se aleje de ti otra vez, ¿verdad? Y como si el dashiki me oyera, se abre aún más. Escote como gajos de naranja. Miro a otro lado, más allá de las puertas de cristal del restaurante, donde hay un viejo tocando el gurmi a lo lejos. Cuando vuelvo a mirar, el escote ha desaparecido. El coleguita entre las piernas se desinfla apenado.

—Debe de haber sido difícil. Para ti, me refiero —se lamenta.

—Sí. Y no te he contado lo peor.

—¿Qué pasa?

—Mi madre… se ha quedado en silla de ruedas.

Se tapa la boca de la impresión que le produce la noticia. Dice lo siento, lo siento, lo siento. Por algún motivo, no le había contado lo de mamá en nuestras conversaciones. Cada vez que preguntaba, le decía que mamá se estaba recuperando bien.

—Gracias, Eileen.

Me coge la mano. La aprieta. Tiene una mano sedosa, como agua caliente. Este gesto —u otra cosa— hace que se me humedezcan los ojos.

Me los seco rápidamente, pero salen con más rapidez, más cálidas. ¿Estoy llorando? ¿Estoy llorando de verdad? ¿Puedo parar, por favor? Por favor, para, Andy. Por favor.

Sí, Andy. Para, por favor.

No puedo.

Sí puedes.

Que no puedo.

…

Ayúdame, Ydna.

silla de ruedas
radios centelleantes

mamá en ella
me mira fijamente
en silencio
hoyuelos inexistentes
pechos deformados

Eileen se levanta. Empuja su silla hacia mí. Se sienta. Me rodea con el brazo.

—Ay, Andy.

Seguimos sentados uno junto al otro. Nunca antes habíamos estado así de cerca. Apoya los brazos en la mesa, son nirvanas largos y tonificados. Ojalá pudiera cogerle la mano rosácea y trazar cada una de las venas que la surcan, besarla. Pero no me atreveré en la vida. En un abrir y cerrar de ojos, ella se desvanecería. Me enviaría a las mazmorras del infierno. Estoy seguro de que su tía conoce a gente en el Gobierno, al inspector general.

Me sigue sorprendiendo que me apriete la mano y me rodee con el brazo. ¿No tiene prisa por liberarse lo antes posible? ¿No le da miedo que la manche, que mi color salte a su cuerpo como en las películas de terror de monstruos?

Me dice que me ha invitado a venir porque me tiene que enseñar dos cosas.

—La primera —dice mientras saca el móvil del bolso y busca

una foto. Es un poema en un marco, con flores y colinas dibujadas en los bordes. El poema me resulta muy familiar.

—¡Es mi poema!

Ella se echa a reír, contenta de animarme por fin.

—¡Sí!

Empieza a leérmelo. Suena mucho mejor, alcanza un nuevo significado, su acento y cadencia le proporcionan una vida que antes no tenía. Suena a que son sus propias palabras, sus experiencias. Es asombroso cómo una obra de arte puede vivir más allá de su creador.

por mi culpa
te has ido,
te has perdido
y transformado en arena,
igual que yo, el hombre arena,
ancho y vacío, del viento

Desliza el dedo para pasar a la siguiente foto. Otro marco con mi poema. Lo lee:

sí, lo hice, lo hice, lo hice
pero tú me liberarás
si eres quien eres,
y tú lo eres, y lo
seré yo

Son poemas antiguos que escribí para Ydna en mi blog. Casi los había olvidado y me chirría un poco la expresión un tanto *amateur*. Ahora casi no me atrevería a llamarlos poemas.

En cambio, ella tiene los ojos húmedos. Se los seca enseguida. Una lágrima o dos se le quedan en la mano.

—El primero es un muro que derrama arena —comenta volviendo a la primera foto—. El segundo es un cartel publicitario. ¡Son geniales!

Le caen unas cuantas lágrimas más. ¿Se las enjugo? ¿No será demasiado?

—Andy —los prados se enternecen—, Andy, estos poemas me han llegado de verdad. Los leí cuando necesitaba un poco de ayuda, un empujoncito. Te los agradezco. No esperaba encontrar poesía así aquí. Es tan increíble teniendo en cuenta lo duras que han sido las cosas para ti.

—No sé qué decir, Eileen. Gracias.

Ojalá no hubiera dicho eso de la dureza. ¿Y por qué le sorprende tanto encontrar poesía así aquí? ¿Se cree que no somos tan buenos?

En cualquier caso, no he conocido nunca a nadie que sienta de un modo tan personal mi obra. Zahrah, quizá mi mayor fan (¿y plagiadora?), se limita a asentir pensativa y a darme palmaditas en la espalda. Me pregunto por qué habrá pasado Eileen, a qué ayuda se refiere.

—Eileen, no te cortes y cuéntame lo que quieras, por favor. Yo también he pasado por momentos de mierda, ya lo sabes. Hablar siempre ayuda.

Sonríe débilmente.

—Gracias, Andy. —Se me queda mirando un momento—. Tienes algo en el pelo, creo. Parece una mota de algo. ¿Te lo quito?

Me quedo de piedra. ¿Lo he tenido todo el tiempo?

—Ah, muy amable. Gracias.

Se acerca más a mí y pone las manos en medio de mi cabeza. Escarba el pelo con los dedos, recoge algo y lo expulsa. Pero no se detiene ahí. Sigue tocándome el pelo, deslizando la mano, hundiendo más los dedos, agarrando mechones. Y sigue, no para. Quiero que pare. ¿Se puede saber qué está buscando?

—¿Qué pasa cuando el agua te toca el pelo? —pregunta.

—Nada, creo.

—¿Nada?

Ahora me está tocando la parte de atrás del pelo.

Pierdo la noción del tiempo. ¿Ha pasado un año?

—Guau. —Y se vuelve a echar para atrás.

—¿Guau qué?

Ojalá dijera algo más, pero no lo hace. Dime que te gusta mi pelo, Eileen. Dime que el corte es guapo. Dime que te recuerda a algo. Se queda callada. Yo miro el suelo, una extraña sensación de vergüenza trepa hasta mi pecho. Se me queda mirando, y yo lo sé. El pulso se me empieza a acelerar. Ella piensa que mi pelo es áspero, sucio, raro. Piensa que es como el pelo de un animal, como el de esas ovejas peludas que crían en su país, así que yo debo de ser una especie de gato, perro u oveja: encantador pero raro. Aunque me lavo el pelo todos los días, no me gusta mirarlo mucho.

Sonríe.

A lo mejor lo de quitarme la mota del pelo significa algo, que le gusto, que quiere verme perfecto. Aunque no recuerdo haber visto eso en ninguna peli de Hollywood. A lo mejor es una cosa británica.

—¿Quieres que te enseñe un par de fotos, Andy? He estado bastante ocupada.

Coge el móvil, entra en una carpeta y me lo pasa.

Sí que ha estado ocupada, ya lo creo. Paso fotos de Abuya: la entrada de BIENVENIDOS A ABUYA con la bandera de Nigeria en lo alto; vistas aéreas de la ciudad; tipos musculosos y sin camiseta practicando la lucha hausa, llamada «kokuwa»; hombres con turbante a caballo; un emir; chicos desnudos zambulléndose en una piscina ambarina; chicas adolescentes desnudas de cintura para arriba bailando adornadas con abalorios; una granja de piñas. Hago comentarios de todas las fotos —excepto de las de los chicos desnudos y las chicas en *topless*— y digo cosas como «qué bonito», «muy bonito» o «guay», pese a que me resultan rutinarias.

Es sorprendente que solo le interesen las trivialidades. Es evidente que ha ignorado todas las magníficas torres gubernamentales y hoteleras que pueblan la ciudad. Ni siquiera ha fotografiado la torre Millennium, la estructura más alta de Abuya y una de las más altas del país.

Sigo pasando fotos hasta llegar a una de ella. Está sentada sobre una parcela de césped con un vestido rojo, posando como una supermodelo. Tiene la piel de mármol, las largas piernas cruzadas y desnudas, los brazos muy suaves, la melena rubia platino larga y cayendo como una cascada. Está en pose meditabunda, mira fijamente a algún punto lejano.

—Guau —exclamo.

Mira la foto.

—Ah, esa es en un parque que hay detrás de mi casa, en Londres. ¿Te gusta?

—Mucho.

Intento evitarlo, pero no puedo dejar de mirarla.

—Gracias.

—Guau. El vestido es genial.

—¿De verdad?

—Sí.

—Vaya, pues casi me lo pongo hoy. ¿Te gustaría verme con él?

—Claro, me encantaría verte con él.

—Vale, vamos.

Dice que tiene algunos regalos para mamá y para mí. Que, con las prisas, se los ha dejado en casa, que está a cinco minutos a pie, que si no me importa ir a recogerlos. Y que si voy, se pondrá el vestido para que lo vea.

—No me importa, Eileen. ¡Gracias!

Me pregunto qué tendrá para mamá, para mamá mè. ¿Qué estará haciendo ahora? En cualquier caso, va a ser un tripi ir a casa de Eileen y pasar un rato a solas con ella. Pensamientos jugosos van

pasando como en una proyección por mi cabeza, los reprimo todos. Me recuerdo a mí mismo que tía Joan estará allí, haciendo de carabina como las tías de antaño.
Nos ponemos de pie para ver la segunda sorpresa de Eileen. Yo recojo *La metamorfosis* de la silla a mi lado. En todo el rato que llevamos aquí no lo ha visto. Tampoco lo ve ahora.

Salimos del restaurante y pasamos por delante de la gente sentada en los lujosos sofás del vestíbulo; nos siguen con la mirada: a los hombres les gustaría ser yo y las mujeres sacuden la cabeza. Nos detenemos delante del señor que toca el gurmi: un hombre de mediana edad sentado en un taburete bajo, vestido con caftán blanco inmaculado y hula. Sus manos recorren todo el instrumento, la canción que toca es complicada.

—¡Madre mía! —exclama Eileen.

Se une a nosotros otra mujer blanca. A diferencia de Eileen, es regordeta, lleva un vestido color crema hasta las rodillas y bailarinas. Ella también exclama «madre mía» (con acento estadounidense), saca el móvil y comienza a grabar un vídeo del hombre. Eileen también saca el móvil y graba. No sé por qué lo hacen. Montones de tipos como este pueblan nuestras ciudades, se sientan en los callejones y malgastan su vida con el gurmi. Todo el mundo piensa que son unos pringados y no gasta en ellos más de cinco o diez nairas para que no se mueran de hambre.

El señor acaba la pieza y Eileen y la señora estadounidense aplauden. Al final, me uno a ellas a regañadientes. El señor hace una ligera reverencia. Cada una de ellas echa en la caja del señor un deslumbrante billete de mil nairas. Casi me muerdo la lengua.

—Na gode, na gode —agradece el señor con los ojos saliéndosele de las cuencas ante la generosidad de las damas. Junta las palmas de las manos y añade—: Na gode sosai.

Estoy seguro de que esta noche sus hijos cenarán bien y su esposa le dejará tocarla.

—Ba komai. Sai anjima —se despide Eileen en perfecto hausa.

Nos quedamos los tres de piedra: la estadounidense, el señor y yo.

—Guau, impresionante —alaba la señora con su acento rótico—. ¡Me tienes que enseñar!

—Y a mí —añado yo.

Eileen suelta una risilla tonta.

—Muchas gracias.

Proseguimos nuestro camino.

—Vaya, Eileen. ¿Cuándo has aprendido hausa así de bien?

—Espera un segundo.

Me conduce hasta la biblioteca del hotel. No hay nadie a la vista, como es de esperar. Los fluorescentes sobre nuestras cabezas deslumbran una barbaridad al reflejar las filas y filas de estantes abarrotados de libros.

—¡Tachán! —exclama.

¿Es esta su sorpresa? La sala está llena de literatura en hausa y hay un par de estatuillas de arte Nok en estuches de cristal. Las figuras de terracota tienen cabezas enormes y peinados elaborados, la barbilla apoyada en las rodillas como si contaran las estrellas o desarrollaran ideas anifuturistas. No voy a mentir, son la mar de chulas. Es asombroso cómo, hace miles de años, los escultores Nok utilizaron métodos antiguos para moldear la arcilla de un modo tan exquisito y elaborar estas caras tristes y meditabundas. Aun así, me decepciona un poco que esta sea la sorpresa que me ha vendido con tanta emoción.

Me cuenta que ha estado estudiando hausa a fondo estas últimas semanas, que es una lengua increíblemente única y precisa, que se escribe igual que se pronuncia, muy histórica y más árabe de lo que creía. Me enseña la biblioteca, habla con entusiasmo de algún que otro libro, nombra autores de los que nunca he oído hablar, dice que a la literatura occidental le faltan pedazos enormes disfrazados

de lenguas locales africanas. Saca dos libros y lee los títulos sin esfuerzo, como una auténtica churri criadora de malu: una churri vaquera. Uno es *Ruwan Bagaja*, de Abubakar Imam; el otro es un libro de cuentos tradicionales hausas de Ismail Ahmed.

—Tienes que leerlos, Andy. Es espectacular la manera en que están narradas las historias, muy underground. De hecho, voy a traducirlas al inglés. Mi padre conoce a un par de editores en Londres.

La Virgen, no tengo palabras. Esta chica me deja boquiabierto.

—Una noticia genial, ¿es o no? —la felicito imitando el habla de Londres.

—¿Has dicho «es o no»?

—Sí.

Se ríe un minuto largo.

No sé qué hacer. Fuerzo una risilla breve.

—No digas eso.

—¿Por qué? —pregunto extrañado.

—No sé. —Se encoge de hombros. Vuelve a reír. No entiendo nada.

Cojo otro libro de Abubakar Imam: *Magana Jari Ce*. Me quedo mirando el extraño loro de la cubierta. Paso a la portadilla.

—Eres diferente, lo sabes, ¿verdad? —me dice.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, desde que he llegado aquí he conocido a un montón de gente, pero tú eres diferente en muchos sentidos.

—Ah, ¿sí? ¿En cuáles?

—No sabría por dónde empezar. Creía que ya lo sabías.

—Entonces, ¿soy diferente en el buen sentido?

—Sí. Aquí todo el mundo es muy… más… pero tú no. Tú eres bastante tranquilo, reservado.

¿Me tendría que hacer sentir genial el comentario? ¿Qué quiere decir con que todo el mundo es de una manera aquí, como si nos

hubiera conocido a todos? ¿Quiere decir que aquí todo el mundo es…? «Reprime, reprime, reprime».

—Gracias, Eileen.

Y en el momento en que lo digo, un gancho se me clava en lo más hondo del pecho.

Una señora con chaleco entra en la biblioteca llevando una pila de libros nuevos. Le dedica una sonrisa luminosa a Eileen, una sonrisa falsa elaborada con esmero, mientras que a mí ni siquiera me mira. Se adentra más en la sala y coloca los libros en los estantes.

Suenan dos pitidos en el móvil de Eileen, que procede a sacarlo y examinarlo.

—Es tía Joan. Se ve que el ministro del Territorio de la Capital Federal ha impuesto un toque de queda por las protestas. Empieza dentro de tres horas. Al parecer, el Ejército ha arrestado al presidente del SUG.

Cinco minutos después, y tras mirar unos cuantos libros más, salimos de la biblioteca. De camino a la puerta del hotel, Eileen me pregunta qué opino de las protestas.

Se me vienen al segundo un millón de cosas, pero no encuentro las palabras o las imágenes adecuadas para expresarlas. Googleo mis sentimientos una y otra vez y entonces me doy cuenta de que —atencióóóón—… en la mano llevo a Kafka. ¡A Kafka! A punto estoy de gritar «¡eureka!».

—No te vas a creer lo que voy a decir, pero es verdad.

—Prueba.

—Kafka tuvo que ser africano.

Se me queda mirando como si me saliera humo de la nariz y las orejas.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Pero no es cierto.

—Todo lo que escribió Kafka va de lo que pasa aquí, de nosotros.

—A ver, a ver, un momento. ¿Estás diciendo que la experiencia africana es kafkiana?

—Exacto. La protesta. Los disturbios. El calor. Todo. Es como si lo hubiera soñado Kafka. La metamorfosis de esta tierra en la basura en que se ha convertido. Nuestra propia metamorfosis, lo que Zahrah llama nuestras permutaciones. Kafka lo predijo todo hace más de un siglo. Kafka es africano.

Se queda en silencio. Sigue sin creerme.

Pese a los desacuerdos entre Fatima y yo, sé que ella me creería, estoy seguro.

Eileen me explica que su tía Joan no está en este momento en Abuya mientras me enseña los cuadros de su casa. Se ha ido a Lagos esta mañana para asistir a una reunión del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Mancomunidad de Naciones.

—Trabaja para el Alto Comisionado británico. Siempre está trabajando y diciendo lo poco que le gusta su trabajo.

Esta información modifica mi respiración, los latidos de mi corazón. Respiro hondo para calmar los golpes en el pecho, la neblina que se extiende por mi cara y que me envuelve la cabeza. De repente siento una tristeza terrible. No sé por qué. La siento tan cerca… Demasiado cerca, como si estuviera dentro de mis pulmones. Su olor es muy fuerte. Me empiezan a temblar los dedos. Ahora que su tía no está podría perder el control, hacer algo muy malo, como el día de su fiesta.

«Dios, no quiero hacer nada de lo que me arrepienta. Dios, no quiero hacer nada…».

Me alejo de ella y me acerco a la estantería. Se supone que ella debería alejarse más de mí, pero me sigue. Se acerca.

«Dios, no quiero hacer nada…».

Me obligo a concentrarme en las estatuillas, en las máscaras en

miniatura. Empiezo a contar, a replantear el teorema de Cayley. Se acerca todavía más. Mucho. Podría cogerle la mano. Podría besarla. A lo mejor me devuelve el beso. A lo mejor es así como nos enamoramos, como en las películas. ¿Es que no nota la electricidad que chisporrotea por debajo de mi piel?

Esa piel tan perfecta. Esos labios tan rojos. Esos ojos.

Dios mío.

Casi la estoy tocando.

Mira fijamente las máscaras. Ella cree que yo también las miro.

—¿No es increíble cómo logran los artesanos crear unas piezas tan diminutas?

Me sale un sonido horroroso. Mi garganta chirría como un torno.

—¿Cómo dices?

—Que sí —grazno.

Ella se aleja. Suspira.

—Ojalá pudieras quedarte más rato. Tomarás el té, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Bien. Primero, debería darte los regalos. ¡Ah!, y el vestido. Es verdad. Dame un minuto.

Se dirige a la escalera de caracol. Se detiene a medio camino y se vuelve hacia mí.

—Estás bien, espero.

Asiento visiblemente con la cabeza un par de veces. Exagero el gesto para que lo vea bien. Como el truhan que soy, la criatura en que ella me ha convertido.

—Okey.

Reemprende el ascenso, desaparece.

Me quedo allí de pie, completamente perdido, como si estuviera en un sueño. Recobro el sentido y me dirijo al sofá negro frente a la pantalla de plasma. Me hundo en él. Miro el cálido candelabro sobre mí. Dejo *La metamorfosis* encima de la mesa.

Aparece otra Eileen delante de mí. En una foto enmarcada. Va en bañador. Gafas de sol de diadema en la cabeza. Corre y la

melena rubia platino la sigue como una estela. Al fondo, olas de agua espumosa.

Ahora sí que me tiemblan los dedos de verdad. Un sollozo me ronda la garganta, a la espera del más mínimo empujón. Me resisto.

He cometido un error. No debería haber venido a esta ciudad. Debería haberme quedado en casa con mamá. Ahora estoy atrapado. ¿Qué puedo hacer para gustarle a esta chica? Me va a expulsar. Llamará a la policía. Su tía tiene contactos.

La oigo en las escaleras. Debería marcharme ya.

Me retumban sonidos metálicos en el pecho. Me quedo sin aliento. Qué insensato.

Ya la veo. Demasiado tarde. No puedo apartar la mirada.

Lleva el vestido rojo.

Es de otro planeta.

Muero.

Está bajando las escaleras. Piernas largas, perfectos brazos desnudos. Exuberante rubio platino. El escote me guiña.

Lleva una bolsita. Se acerca cada vez más. Deja la bolsa en la mesa. Se detiene delante de mí. Da una vuelta. Y gira y gira y gira. Risas.

No puedo volver a verla. Algo me pasa.

El pecho me estalla.

Los ojos me estallan.

La cabeza me estalla.

¿Estoy sufriendo un ataque de pánico?

Ella deja de reír. Me mira. Muy asustada.

—¿Estás bien, Andy?

—Eileen. —Me falta el aliento. ¿Es esta mi voz?—. Eileen.

Los dedos me tiemblan una barbaridad. Intento pararlos. Lo intento con todas mis fuerzas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Por qué lloras?

Mírame. Doy pena. Debería levantarme e irme.

Sin embargo, siento las manos y los pies inestables. Caigo de rodillas, como un perro ante su ama.

Intento levantarme, pero no puedo. Vuelvo al sofá. Entierro la cara en él.

—Andy, por favor, háblame. ¿Llamo a una ambulancia?

Lloro.

Está justo detrás de mí. ¿Es su mano lo que noto en mi espalda? ¿Por qué se muestra tan dubitativa? ¿Acaso no sabe que tiene todo el poder? ¿Que puede invocar relámpagos si quiere?

—Andrew, por favor. ¿He hecho algo mal? —No contesto—. Por favor, Andrew. Háblame, por favor. Deja de llorar, te lo ruego. Lo siento, Andrew. Lo siento mucho. Perdóname por lo que sea que haya hecho. —Niego con la cabeza—. ¿Qué es? ¿Has recibido una mala noticia? —Niego con la cabeza—. Andrew, por favor. Me estás asustando. Di algo.

Hablo. No me oye. Lo repito. Dice que no me oye.

—Soy yo. Es culpa mía.

—¿Culpa de qué? ¿Qué ha pasado? Mírame.

—Yo tengo la culpa.

—¿La culpa de qué? No has hecho nada malo.

—Estoy enamorado de ti. Es culpa mía —me oigo soltarle.

Noto cómo se pone tensa pese a que ya no me está tocando. Se aleja un par de pasos.

Comienzo a recuperar un poco el control. Los brazos y las manos se vuelven más firmes. Noto el suelo bajo mis rodillas. Muevo los dedos de los pies.

Me seco los ojos. Ella está de espaldas. Mira la pared vacía.

Sé lo que quiere. Que me largue de su casa. Es el final. Cuando salga por la puerta, borrará mi número, me bloqueará en Facebook y WhatsApp. He traicionado lo que había entre nosotros al

enamorarme de ella.

Se ha quedado completamente inmóvil, es una estatua de sí misma.

Me seco los ojos. Recojo mi libro. Voy hacia la puerta.

Es el final.

Cierro la puerta. Camino hasta el jardín delantero.

Hay un poco de azul en el cielo. La luna está casi llena, nubes esponjosas se alejan reptando de ella.

Atravieso la puerta baja que separa el jardín de la acera. La carretera está desierta. Camino un poco más. Paro al ver un coche que se acerca. Le hago una señal con la mano para que se detenga, pero no lo hace.

Estoy tentado de tirarle piedras al coche, pero me siento muy calmado. Si estamos en una simulación, tenemos que jugar según sus reglas. De lo contrario, empeoraremos nuestra situación rápidamente puesto que no hay forma de salir de ella.

Van pasando los minutos.

El cielo ya casi está oscuro. Los pocos coches que pasan se niegan a detenerse, pero no tengo prisa.

De las sombras emerge una figura. Se detiene bajo el haz de luz de una farola.

Es ella.

Nos miramos.

Entro en la sala de estar. Ella cierra la puerta con llave.

Regreso al sofá de delante de la pantalla. Me siento. Dejo el libro sobre la mesa.

Ella se acerca, se sienta en el sofá, un cojín nos separa.

Silencio.

Nos quedamos mirando la pantalla. Nuestro reflejo —nuestra identidad digital, más libre— nos devuelve la mirada. Algún día, cuando todo se vuelva ceros y unos, los asuntos del corazón serán más fáciles.

Cruza las piernas, se cruza de brazos.

—Eileen.

No responde.

—Me gustas mucho, Eileen —añado.

Me acerco. Me acerco más. Una extraña seguridad se apodera de mis huesos. Si me ha pedido que vuelva, será que algo siente, una semilla en el capullo de la rosa. ¿Y si solo es lástima? ¿La misma que se siente por un perrillo peludito y mono que llora?

No se aparta. No me abofetea.

Le cojo la mano. No se resiste. Al instante nos volvemos negroblanco, blanconegro.

—Eileen, no te imaginas lo que significas para mí.

Quiero besarle la mano, pero temo que sea pasarme.

—Andy, no me has preguntado siquiera si tengo novio.

Me quedo helado.

—Lo siento mucho. ¿Tienes novio?

No contesta.

—¿Por qué te gusto?

Qué pregunta más rara. ¿Que por qué me gusta? ¿Porque es preciosa? ¿Porque tiene ojos verde prado y pelo rubio platino? ¿Porque sueño con ella cada noche?

—No lo sé. —Sacude la cabeza con aire contrariado—. Me gustas más que nada en el mundo, Eileen. No soy el mismo desde que te vi por primera vez.

—Ni siquiera me conoces, Andy. No sabes nada de mí.

Me quedo helado.

—Es verdad, no tengo ni idea. Pero sí que sé una cosa. Tú lo eres todo. Todo. Eres lo único que me importa. Mi vida no era nada antes de conocerte.

Vuelve a sacudir la cabeza.

—No sabes nada de mí, Andy. No sabes quién soy de verdad. Siendo honesta contigo, no soy quien tú te crees.

—No es cierto, Eileen.

—Es la verdad. Más te vale no acercarte a mí.

—No, no, Eileen. No estoy de acuerdo porque la maldad no se puede esconder. Viniste a ver a mi madre al hospital, por ejemplo. Me has invitado a cenar hoy. Hasta me has invitado a venir aquí para darnos regalos a mamá y a mí. Eso es porque eres buena persona. Eileen, me odiaba a mí mismo antes de conocerte. Era una sombra. No era nada. Ahora tengo sueños. Puedo mirarme al espejo. Siento que soy alguien.

Me acerco a ella. Su halo me cubre. También su olor.

—No sabes lo que has hecho, Andy.

—No lo sé, es cierto. Pero sí sé que eres buena persona.

—No lo sabes. No quieres saberlo. Mejor dejarlo aquí.

—Me gustas de verdad.

—Pues no puedes.

—Por favor.

—Soy una persona malvada. Soy abominable.

—No es cierto.

—Sí que lo soy. Es culpa mía.

—¿El qué es culpa tuya?

—Que mi amiga Sophie muriera. Quise contártelo en el restaurante. Es culpa mía. No quieres oírlo. —La abrazo—. Sus padres dicen que no es culpa mía, pero yo sé la verdad. Soy la causante de todo. Nunca estuve allí de verdad para ella. No soy buena persona.

Se seca los ojos con el dorso de la mano. Durante un momento oímos el débil zumbido del aire acondicionado y el chirrido de los insectos fuera.

—Me pasé semanas sin poder dormir, fue horrible. Cuando por fin lo conseguí, tenía pesadillas inquietantes y ataques de pánico. Estoy tan contenta de haber venido. Mi tío Pete dice que el sol de aquí tiene propiedades curativas. Y yo creo que es verdad. Hacía

muchísimo tiempo que no me sentía tan bien. Andy, yo encuentro lo peor de las personas y me regocijo en ello. Hablo en serio. Por eso me odia mi madre, siempre me echa la culpa de todo. Me llama fea, vaga, incompetente. Me paso el tiempo pensando en viajar al pasado, en cambiar las cosas. Siempre estoy pensando en la otra versión de mí, la que no ha hecho las cosas que he hecho, la que es preciosa y mamá quiere.

No sé qué pensar.

Apoya la cabeza en mi pecho, como una niña pequeña.

—Todo va a salir bien, Eileen. Ya verás.

Eileen y yo nos estamos besando.

La rodeo con mis brazos. Como si fuera mía.

Ella me agarra de la nuca.

Me tiemblan las manos. Tiemblan.

Le beso las mejillas.

Beso sus labios.

Ella también me besa.

Rodamos por el sofá. Nos falta el aire.

La vuelvo a besar, tengo la mano en su pelo y en su espalda.

Le beso el cuello. El pecho. Una teta.

Gime. Me acaricia el pecho.

Nos besamos. Beso.

Tengo los dedos en su sujetador. En su pezón.

Mi boca, en el otro pezón.

Ella gime. Gime.

Pone la mano en mi polla.

Gime.

Nos besamos y volvemos a besar.

Bajo la mano por su ombligo. Bajo por el vello púbico.

Bajo, bajo.

Se pone tensa. Me para la mano.

—Hoy no. No estoy lista. Lo siento —susurra.

—Está bien. No pasa nada. Vamos a quedarnos aquí tumbados. —La voz me sale como un graznido.

Me vuelve a besar. Pone mis manos en sus tetas. Las suyas vuelven a mi polla. La saca.

—Guau —dice riendo—. Vaya tela. —La acaricia. Ríe—. ¡Es como una porra!

No sé si alegrarme o no.

Pero su cuerpo se ve rojo entre mis brazos. Es increíble.

Seguimos con el jugueteo hasta que me corro en su mano. Se ríe y se la acerca a la nariz. Dice que tiene un olor muy fuerte, a sextillizos.

Nos reímos.

12

Le pago al conductor. Salgo del taxi.

—Gracias. Que pases un buen día, amigo —me desea.

Espero a que se despeje un poco la carretera y cruzo. Pasan por mi lado cinco manifestantes con las pancartas bajadas y sudando por el sol. Llevan los pies llenos de tierra, la ropa embarrada y el semblante alicaído. Ojalá pudiera decirles que se animen y no se den por vencidos ahora.

Los setos y arbustos de esta calle son bonitos y están bien podados. Dondequiera que miro hay mansiones blancas con puertas metálicas gigantescas para protegerlas. Esta calle es famosa por albergar las residencias de las estrellas de Nollywood. No me puedo creer que el gemelo de mamá viva aquí. Tía Lizzy debe de haberme dado la dirección incorrecta o algo así.

Me detengo un momento para comprobar de nuevo la dirección en el móvil. De la mansión a mi izquierda sale un SUV negro. Doy un paso atrás para dejarlo pasar. Me quedo embobado mirando sus curvas sexis, sus llamativas ruedas. Entonces me doy cuenta —atencióóón—… ¡es un Porsche! ¡Un puto Porsche! ¡En serio! Casi me explota la cabeza. Ni siquiera Dios debería poder permitirse un cochazo así. Este es el primer supercoche que veo en mi vida. De pronto, me da miedo que un policía aparezca de la nada y me arreste.

Si es verdad que tío William vive aquí, debe de ser el peor tío del planeta, un avaro del quince. Es probable que no quiera verme, quizá sea esa la razón por la que mamá me mantiene alejado de él. Aun así, es genial que mi tío sea sacerdote. Monseñor, para ser exactos.

La entrada es verde, enorme y tiene esfinges grabadas. Llamo y

espero a que el portero me eche de una patada en el culo.

El portero mira por un agujero, abre una puerta que hay en uno de los laterales de la entrada y me pregunta qué puede hacer por mí. Es un señor de mediana edad con uniforme azul que se abanica con un periódico.

Le digo que estoy aquí para ver al monseñor William Aziza.

—Es mi tío. Me llamo Andrew Aziza.

Tiene que ser la casa de mi tío William porque el portero me mira de arriba abajo, preguntándose cómo es posible que este chaval en vaqueros y zapatillas sea sobrino de un hombre tan excelso.

—Espera fuera —me ordena mientras me cierra la puerta en las narices.

Es fantabuloso que te cagas que tío William viva aquí. ¿Quién es en realidad? ¿Se parecerá a mamá? ¿Por qué no se llevan bien? A lo mejor es un tío superenrollado y la culpa es de ella. Mamá puede llegar a ser muy dura, muy estricta. Pese a que no me gusta nada admitirlo, tía Lizzy tiene razón: mamá no debería haberme mantenido alejado de su familia. Es de locos que haga algo así y se niegue a dar explicaciones. Si mamá no me hubiera mantenido alejado del tío William, yo hubiera pasado algunas vacaciones de ensueño aquí, hubiera estudiado en escuelas guapas de la ciudad y participado en competiciones en el extranjero. Hubiera aprendido a comer con cuchillo y tenedor y, en consecuencia, reducido la brecha que existe entre Eileen y yo.

Me quedo mirando a los manifestantes a lo lejos. Uno de ellos ya ha roto la pancarta por la mitad. Caminan más despacio, sus pasos son más pesados, pues se han dado cuenta por fin de que la Desesperanza es adonde se venían dirigiendo desde hacía mucho tiempo, desde sus mierdosas llegadas a este mundo. Uno le coge de la mano a otro. Es mejor caminar juntos hacia el fracaso.

Algún día seré como ellos, me convenceré a mí mismo de que la

Esperanza no existe. La pregunta es: ¿de quién será la mano que agarre?

Me vuelve a venir el olor de Eileen. El olor a dátil de su piel. El sabor a manzana de su boca. Me he pasado la noche revolviéndome de un lado a otro de la cama, reviviendo la sensación de mis labios en los suyos, de mis dedos en su pelo platino. Pese a la oscuridad, todos los objetos me iluminan con una extraña luz rubia. Me muero de ganas de verla esta noche y saborear su boca otra vez.

El portero abre la puerta lateral.

—Entre, por favor, don Andrew —indica mientras hace una leve reverencia—. Disculpe o. Disculpe por hacerle esperar fuera.

Dentro del compound: una mansión blanca con un jardín en la azotea; rosas rojas amarillas marfileñas y aspersores que les lanzan hilillos de agua; estatuas de bronce de centauros, arpías y sátiros; una capillita abovedada con una enorme cruz en lo alto; en el garaje dormitan dos Range Rover y un Mercedes.

La leche. El palacio de tío William es mucho más vacilón que el de Okorie. Debe de costar millones. Cuando vuelva a Kontagora, pienso machacar a mamá por haberle puesto trabas a mi vida de una manera tan egoísta por una simple desavenencia con su familia. Otra vez me viene el pensamiento de que ojalá fuera Mamá 2. Con suerte se pondrá bien pronto, esta mañana me ha dicho por teléfono que se encuentra mucho mejor.

El portero me lleva a un bloque de oficinas contiguo a la capilla.

—¿Cómo se encuentra, señor Andrew? No sabía que monseñor tuviera un sobrino. Es un hombre excelente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿No lo conoce mucho?

—No lo he visto nunca.

—¿Y a qué se debe? Al fin y al cabo es su tío.

—Ya.

—Na wa o. No pasa nada. Le va a caer bien, se lo aseguro. Es un

hombre excelente de verdad, señor. Ha enseñado en universidades del extranjero y se ha llevado también muchos premios.

—Guau.

—Sí, señor. De hecho, ha escrito muchísimos libros.

—¿En serio?

—En el último hasta aparece mi nombre. No hay nada más bonito que ver el nombre de uno en un libro. Y es muy generoso, muchísimo. —Se detiene y chasquea la lengua—. Dios es un hacedor de milagros. Solo hay que mirarle a usted. ¡Alabado sea el Señor!

Me conduce hasta una oficina y llama con los nudillos a una puerta de madera pulida antes de abrirla.

—Pase, por favor.

Hay un hombre sentado tras un escritorio. Lleva camisa negra y alzacuello.

¡Es clavadito a mí!

Mi doppelgänger.

Casi.

Salvo por su figura rechoncha. Los ojos de mamá. La barba canosa, que acaricia con la mejilla apoyada en la palma de la mano mientras me mira.

Nos quedamos un buen rato mirándonos fijamente el uno al otro.

Sus pupilas son gruesas, fuertes, y su sombra se cierne sobre mí envolviéndome. ¿Es tristeza lo que veo dibujarse bajo sus ojos? ¿Le tiemblan las manos?

—Dios mío. Madre del amor hermoso —se sorprende, casi sin aliento. Se persigna.

Sonríe. Tiene la sonrisa más encantadora que he visto en mi vida. Yo también sonrío.

Se levanta y viene a toda prisa hacia mí. Es un par de centímetros más alto que yo, la altura que alcanzaré algún día.

Me da un abrazo. Se mete dentro de mí.

Me meto dentro de él, de mí.

Nos abrazamos durante un buen rato.

Abro los ojos, quiero romper el abrazo, pero no me suelta. Huele a mamá, pero sin el sudor ni el olor a rancio, a pobreza. Pueblan la estantería libros de filosofía y teología, aunque hay una novela: *Las penas del joven Werther*. He visto que la incluyen en algunas listas de las mejores novelas en alemán, pero no la he leído.

Ya me ha caído bien el tío William. Es evidente que tenemos cosas en común, cosas de las que hablar. ¡Hasta tiene nombre de rey! Le guste o no a mamá, lo seguiré visitando. No tardaré en mudarme aquí de forma permanente. Sus libros serán míos y sus coches, medio míos.

Me vuelvo a preguntar por qué me ha mantenido mamá alejado de tío Guillermo el Conquistador, hubiera podido aprender muchísimo de él. A lo mejor no estaba de acuerdo con las elecciones vitales de mamá (como casarse con el baboso de Kelani) y ella decidió apartarlo de su vida.

Cuando tío Guillermo el Conquistador por fin se separa de mí, me doy cuenta de que está llorando.

Salimos. Me rodea con su brazo. De este hombre a quien no he visto antes. Siento que él soy yo y que yo soy él. Interesante ver que tener un hermano gemelo es así de potente. Hay mucho de él en mí: su frente, sus labios, su risa.

Su brazo sigue rodeándome cuando salimos al jardín de detrás del bloque de oficinas. Nos sentamos en un banco. Me empieza a hacer preguntas mientras asiente con la cabeza. ¡Qué bien sabe escuchar!

Mira el reloj. Nos levantamos y vamos caminando hasta la mansión blanca. Una vez dentro, me quedo mirando la decoración horripichula: candelabros querúbicos, revestimientos de caoba y alfombras de pelo rojo. Es todo tan ostentoso brillante de ensueño…

Mire donde mire, veo mi reflejo.

Nos sentamos en el comedor. Un hombre de mediana edad con gafas y delantal blanco nos trae la comida en un carrito.

—Bienvenido, señor —me saluda.

Coloca ante nosotros una fuente de arroz, pollo y plátano fritos. Al lado, un gran cuenco de ensalada de col. Una cesta con manzanas y bananas. Una botella de zumo de naranja. Le hace una reverencia al monseñor.

—Gracias, don Okon —dice tío Guillermo el Conquistador con su voz un poco más grave que la mía, un tono que alcanzaré algún día.

Resulta sorprendente ver los pequeños detalles que compartimos: el modo en que mueve las manos, asiente con la cabeza o parpadea, su postura sentado… Como si los hubiera aprendido de él, como si hubiéramos estado en contacto. Don Okon regresa a la cocina.

Tío Guillermo el Conquistador me pide que bendiga la mesa.

Cuando termino, se me queda mirando con los ojos rojos y llorosos.

—Andrew, estoy seguro de que no comprendes lo que he sentido todos estos años. Pero te he provocado un gran agravio, mayor de lo que puedas llegar a comprender. Yo… yo no… —Saca su pañuelo y se suena la nariz—. No merezco estar sentado a la mesa contigo. Dime, ¿debería irme?

Silencio.

Debe de estar sintiéndose como una mierda por ser el hermano gemelo de mamá y no haber contribuido en nada a mi vida, no haberme pagado la matrícula de la escuela ni comprado ropa a mamá y a mí. Debe de estar sintiéndose un tío pésimo porque, como sacerdote que es, se pasa el día predicando sobre la generosidad. Aun así, me parece que esa manera de flagelarse, más de lo que lo haría cualquiera, se pasa de intensa. A lo mejor por eso es

sacerdote.

—No entiendo nada de lo que has dicho —contesto en ososo. Él levanta la mirada, sorprendido de que conozca el idioma—. El pasado, pasado está. ¿Por qué no comemos y ya está?

—De acuerdo, Andrew —accede también en ososo.

Charlamos. Me cuenta que, hace muchos años, mamá y él tuvieron una desavenencia. Al principio parecía ser una cosa trivial, pero, poco a poco, se fue convirtiendo en una montaña que los separó y dejaron de hablarse. Según él, fue todo culpa suya, de su inmadurez e insensatez. Le pido que me cuente qué pasó exactamente.

—Me da tantísima vergüenza solo de pensarlo. Pero, cuando llegue el momento, tu mamá y yo te lo contaremos todo.

Asiento. Espero que sea pronto.

Quiero preguntarle por mi papá, pero me imagino que, al haber estado mamá y él sin hablarse tanto tiempo, no sabe nada. Es probable que piense que soy hijo de Kelani, como tía Lizzy y la abuela.

Según él, la vida fue muy difícil cuando eran pequeños. El abuelo solo le podía pagar los estudios a uno de los hijos, así que sacó a mamá de la escuela y le pidió que fuera a trabajar a la granja con la abuela y a vender la cosecha en el mercado. Durante mucho tiempo, William se estuvo lamentando de lo injusto de la situación, de ser él quien tuviera la oportunidad de estudiar mientras mamá trabajaba en la granja, cuando se suponía que tenía que ser al revés, pero se ve que mamá aceptó de buena gana el trabajo y se negó a ocupar el lugar de su hermano gemelo pese a ser la más lista de los dos. Debido a su escasa formación, mamá fue pasando de un marido abusador a otro: hombres que la explotaron, se quedaron con su dinero y la echaron a la calle para casarse con mujeres más jóvenes cuando se cansaban de ella, cuando sufría algún aborto, cuando no podía darles un hijo.

Hay una historia en particular que aún le pone muy triste. Hubo un tiempo, cuando se acercaban a la treintena, en que mamá poseía un exitoso negocio de telas en Oshodi. Una mañana, después de otro de sus abortos, su esposo, Kelani, trajo a casa a una adolescente de Ososo y se la llevó derecho a la cama. Llamó «hombre» a mamá y dijo que ya no era su esposa, que, desde ese momento, la adolescente ocuparía su lugar y llevaría su negocio. Le dio a la adolescente, que se empezó a reír de mamá, la llave de su tienda de telas. Cuando mamá contraatacó para defender su negocio y su matrimonio, Kelani llamó a la policía, que la encerró durante dos días, rodeada de ratas y de cubos de orines y mierda. Cuando la soltaron, mamá volvió a casa para luchar por su negocio y sus posesiones. Kelani le dio una paliza y la tiró a una cuneta apestosa llena de moscas y comida podrida a kilómetro y medio de casa. Uno de sus clientes la encontró un día después y se puso en contacto con William. Él estaba en su octavo año de seminario, en Ibadán. Fue corriendo a Oshodi llevando sus ahorros consigo, una cantidad exigua que había recibido de los parroquianos. Mamá estuvo inconsciente tres días enteros. Cuando se recuperó por fin, él no podía permitirse siquiera pagar la factura del hospital, de manera que llamó a algunos amigos que eran sacerdotes. Dos de ellos fueron muy generosos y le alquilaron a mamá una casa en Ibadán y la ayudaron a empezar de cero. Los dos hermanos se hicieron íntimos de nuevo, después de años de vivir alejados el uno del otro. Y fue por esa época cuando tuvieron el desacuerdo, a causa de lo íntimos que eran, y La Montaña comenzó a interponerse entre ellos. Una tarde, él fue a visitarla y descubrió que ella se había ido, que se había vuelto a casar y mudado al norte, y que ya no quería dirigirle la palabra. Alrededor de un año después, cuando se ordenó sacerdote, se enteró de que mamá se había separado de su esposo y de que tenía un hijo, su primogénito, yo.

—Tu madre es la mujer más fuerte que he conocido nunca. La

más optimista. Nunca dejó de creer en el amor pese a que este le había fallado en varias ocasiones. Veo mucho de ella en ti. La fortaleza inquebrantable. Esa propensión por hacer lo imposible, todo lo que se pueda con lo que la vida te da.

Por la noche, me pongo mi polo Ralph Lauren y mis New Balance y me miro al espejo. Me quedo allí plantado una eternidad, quitándome hasta la pelusilla más insignificante de la camiseta, atusándome los cuatro mechoncillos de barba de la barbilla. Sip, voy que lo peto. Sip, soy digno de Eilinda. Rezo por que me diga que estoy guapo hoy. Si me quedo aquí el tiempo suficiente, quizá me lo diga. Lo malo es que, cuanto más me miro, más cosas veo que no quisiera ver. A saber: mi pelo mullido, mis labios gruesos, el iris anodino de mis ojos. ¿Por qué es mi iris tan marrón oscuro? Podría haber sido amarillo, o del color del interior de mis labios o de las palmas de mis manos, por ejemplo (o sea, cualquier color guapo). Suspiro. Me meto el móvil, las llaves y un pañuelo en el bolsillo y salgo.

Me quedo helado al instante porque Fatima sube por las escaleras, la huelo y la oigo. Mi querida genio con ojos de espejo, la que antes de la llegada de Eilinda me hacía ver colores de cuadros impresionistas y oír riffs de guitarra cada vez que la tenía cerca. No hemos hablado desde que se negó a responder a mi despedida hace dos días. No sé cómo me las he ingeniado para evitar los encuentros cara a cara con ella y no verla más que en el desayuno o la cena, cuando mis drugos, Zahrah y Okorie me hacen de escudo.

Fatima llega al pasillo de arriba. Dentro de unos segundos pasará por mi lado. Deseo con todas mis fuerzas charlar con ella, pero me ignorará, eso si no me abofetea otra vez. Lleva una abaya negra, el pelo recogido en trencitas brillantes y bien hechas y unos bonitos pendientes. Me echo hacia atrás para dejarla pasar con comodidad. Huele a menta. Entra en su habitación sin ni siquiera mirarme y cierra la puerta.

Me quedo unos minutos en el sitio, sin saber qué hacer.

Entonces empiezo a acercarme poco a poco a su habitación; dos pasos hacia delante, un paso atrás, adelante, atrás, hasta que llego ante la puerta. Me quedo allí otro minuto, golpeo la puerta delicadamente como un ladrón, entro.

Fatima está recostada sobre el sofá con un libro, pero se incorpora al verme. Me observa un momento, cruza las piernas, regresa al libro. La cubierta y el lomo están en blanco. Ojalá supiera en qué está enfrascada últimamente.

Carraspeo. Vuelvo a carraspear. Ella no se inmuta.

—¿Qué estás leyendo?

Se queda callada un momento antes de contestar:

—*Las penas del joven Werther*.

—¿En serio?

Demasiado entusiasta. Me siseo a mí mismo y me amenazo con una lobotomía si no me tranquilizo a la de ya.

—¿Qué te está pareciendo? —No responde ni despega los ojos del libro—. En fin, debería irme ya. Perdona por interrumpir tu lectura.

Levanta la mirada.

—¿Lo has leído? —pregunta con voz amable.

—La verdad es que no. Ojalá.

Deja el libro en su regazo. Sus ojos son dulces; sus pómulos, afilados, para complementar los pendientes. Pese a su silencio de antes, no da la impresión de que me quiera abofetear. Puede que hasta quiera charlar un rato, lo cual es una sorpresa. Aunque ¿por qué habría de serlo? ¿Qué le he hecho? ¿Es que no puedo escribir que me encantan las rubias en mi diario? En cualquier caso, me gustaría poder sentarme a su lado, como en los viejos tiempos.

—¿Y qué tal está?

—De momento bien.

—Guay.

—Aunque el narrador se va mucho por las ramas. Es muy intenso.

—Vaya, qué interesante.

Pasa un avión muy bajo, se ve a los pilotos. Los aviones son una cosa tan escasa en Kontagora que los niños, incluso los adultos, salen corriendo al exterior a saludar con la mano y cantarles cada vez que pasan. Señalo el avión y le digo que a lo mejor deberíamos salir a saludar.

Se ríe.

La habitación parece haberse iluminado, empieza a oler a flores. Me acerco unos pasos.

—Aunque es un poco raro —añado.

—¿El qué?

—Tú no crees en el destino, ¿verdad?

—No, ¿y?

—Tú dijiste que el caos y la aleatoriedad tienen más sentido.

Me mira suspicaz.

—¿Adónde quieres ir a parar, Andy?

Le digo que acabo de visitar a mi tío William y que he visto una copia de *Werther* en su biblioteca.

—Anda, ¿en serio? —se asombra descruzando las piernas—. ¿Tienes un tío aquí?

—Sí, sacerdote. Monseñor, en realidad. Es el hermano gemelo de mi madre.

—Así que tu madre tiene un gemelo. Qué guay.

Me acerco un poco más, observo el hueco a su lado y decido arriesgarme. Me siento, cojo el libro, lo abro y paso las páginas hasta la portadilla. Fatima lleva una fina pulsera plateada. Me quedo mirándole la mano. Pese a que su piel es más clara que la mía, tenemos las manos muy parecidas. Uñas rosáceas, nudillos oscuros. Contrastadas, la mano de Eileen es una media luna y las nuestras, la oscuridad que la rodea.

Siento un deseo repentino de cogerle la mano. De acariciarla, hasta de besarla. Con la pulsera se ve diferente: bonita, sexi incluso. No sabía que mi Fatee tuviera esas manos pese a que las he cogido en innumerables ocasiones.

—¿Y cómo es tu tío?

—Es genial. Me ha dado algo de dinero y me ha dicho que vuelva a visitarlo pronto. ¿Y a que no sabes qué?

—¿Qué?

—Nos parecemos un montón.

Sonríe.

—¿Qué te esperabas?

—No sé. Y su casa es muy elegante. En plan lo mejor de lo mejor. Estilo Hogwarts. Me he sentido Harry Potter allí.

Se queda callada. No le dedica ni una tímida risilla a mi chascarrillo.

Me quedo sin saber qué decir. Todas las posibilidades —Zahrah, las matemáticas— remiten a Nuestra Vida antes de la Rubia Platino, antes del diario.

—Entonces ¿qué?

—¿Qué de qué, Fatee?

—¿Por qué estás aquí?

Pregunta desconcertante.

—¡Ah! Pues… Solo he entrado a decir hola. A ver cómo estás.

Asiente con la cabeza.

—A ver cómo estoy.

—Sí.

Y una oleada de culpabilidad me anega el pecho.

Quiero decirle que siento lo del diario. Que hay algo malo en mí y solo ella puede salvarme, porque ella es mi Fatee, mi fate, mi destino. Quiero ponerme de rodillas y llorar sobre su mano. Sin embargo, me quedo allí sentado.

Su mano. Suave. Marca de nacimiento en el meñique.

Muevo la mano hacia ella.

Le cojo la mano.

Aterciopelada.

Algo empieza a agitarse dentro de mí. ¿Se me está poniendo dura?

Fatee retira la mano de repente.

—No creas que puedes engañarme, Andy.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz suena a graznido.

—¿Por qué no eres sincero de una vez?

—¿Sobre qué?

—Los dos sabemos adónde vas.

—¿Adónde? No entiendo nada.

—Vas a su casa. —Se me agolpan en la cabeza un millón de mentiras. No me molesto en elegir ninguna—. Ya sé que no te importa una mierda lo que yo diga, pero espero que un día encuentres la manera de dejar de culebrear. Y espero que sea pronto. Voy a seguir siendo amiga tuya, Andy, pero no vengas aquí fingiendo y haciéndote el amable como si no hubiera cambiado nada entre nosotros. De hecho, creo que deberías irte. Tengo cosas que hacer.

Me levanto despacio y salgo de la habitación y de la casa con unas enormes rocas atadas al cuello.

Me quedo de pie, observando la carretera, pero no veo ni oigo nada. No puedo pensar, no puedo moverme, tengo la mente en blanco.

Tras unos minutos empiezo a recobrar el sentido. Noto el suelo bajo mis pies; oigo a unos críos jugar al fútbol a lo lejos. La carretera ante mí está desierta. El cielo es todo amarillos y marrones, dentro de una hora se habrá hecho de noche.

Saco el móvil. Eileen me ha enviado unos cuantos renglones llenos de emojis.

Estaba superaburrida y he decidido probar el vino de Madagascar.
¡¡Estoy un poquito borracha!!
Puedes venir igualmente. Si no te importa verme un poco salvaje.
Podemos ver una peli si eso. Me iré temprano a la cama.

Ya ante su puerta, llamo y me abre al instante. Mi Eimperatriz. Lleva una camiseta de tirantes y pantalones cortísimos. La melena rubia platino ondulada y brillante. Me explota el pecho; la mancha negra de mi interior se pone a dar saltos. Pese a que se percibe en el aire un olorcillo a alcohol, no parece que esté borracha. Por un momento nos quedamos mirándonos sin saber cómo reaccionar, como si no nos hubiéramos visto desnudos ayer, como si tratáramos de recordar dónde nos habíamos quedado. ¿Me está mirando el pelo? ¿Ha cambiado de idea? ¿Está intentando echarme? Empieza a reír de pronto y dice:

—Venga, pasa.

Nos abrazamos. ¿Debería besarla, como en las pelis británicas? Decido arriesgarme. Acerco mis labios. Mejilla izquierda, mejilla derecha. No parece responder. Ahora la barbilla, la boca. No responde. Me quedo helado. Me aparto de ella.

—Ay, perdona —me disculpo.

Se ríe y su risa es más aguda de lo que cabría esperar.

—No pares, lo estoy disfrutando.

Vuelvo a su mejilla, luego a su cuello, su boca, como en las películas. En efecto, hay un poco de alcohol en su aliento. Vuelvo a su cuello.

Ella me besa también; de hecho, se anima mucho de golpe, está más dicharachera que nunca y se ríe en mi oreja mientras me

pellizca la espalda. Pues sí, un poco borracha sí que va. ¿Ha sido su frialdad de antes un intento de enmascararlo?

Me susurra algo al oído. Le digo que no me he enterado.

Se ríe.

—Sí que te has enterado.

—No, en serio.

—Vale, vuelvo a probar.

Me abraza, susurra:

—Estoy a-d-n-o-h-c-a-c.

—¿En serio? —El pecho casi me explota otra vez—. Yo… —¿Qué debo responder a eso? ¿Que yo también?

Se ríe. Me acaricia el pecho y baja la mano hasta mi barriga. Baja, baja.

—Guau, ¡me está creciendo en la mano, como un monstruo!

¿Me tengo que reír o qué? Me río. ¿De verdad es tan grande, como un monstruo?

—Qué dura está. Ven.

Se separa de mí y me agarra de la camiseta, como si fuera un criminal, su mascota, y me arrastra a la sala de estar. Se ríe. Me río. Me ordena que le quite los pantalones. Obedezco. Que le dé un azote en las nalgas. Dudo, me decanto por darle un golpecito en las bragas verdes. Tiene el culo bastante plano. Eso sí, increíble igualmente.

—No seas tímido.

Intento cambiar de tema.

—Menudo culo que tienes.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—Sabes que no. Las mujeres de aquí tienen culos mucho mejores.

Se ríe y se deja caer en el sofá.

—Ven y bésame.

Nos besamos durante un minuto. Empuja mi cabeza hacia su barriga, entre sus piernas, se aparta las bragas.

—Bésame aquí.

Está afeitada ahí abajo y huele a una mezcla de pescado y sirope. Le doy besos. Lamo. Saboreo el pescarope. Ella grita como el pájaro cantor que es. Cuando llevo unos minutos, me empieza a escocer la lengua, a dolerme. Levanto la cabeza, pero ella se queja.

—No pares. Es una pasada.

Vuelvo al trabajo. Sigo lamiendo sin parar, tengo la lengua cada vez más dolorida y la boca más seca. Ya sé que no estamos haciendo nada de sadomaso, pero tengo la sensación de ser su sumiso. Para olvidarme de la molestia y alejar comparaciones con Fatee y el pensamiento de que ella no me obligaría a hacer esto, intento pensar en algo. De niño, siempre que pecaba —que cogía un trozo de carne de la olla, por ejemplo— me entraba el miedo de que las trompetas del cielo sonaran en ese momento y me enviaran al infierno *ipso facto*. Normalmente, el miedo al fuego eterno y los llantos y el rechinar de dientes me hacían devolver la carne, tras un mordisquito o dos. Me pregunto por qué ya no siento eso nunca.

Vuelvo a levantar la cabeza. Ella protesta diciendo que está a punto.

—Por favor, no pares.

Sigo lamiendo, muy flojito esta vez.

—¿Es que no te gusta? —me pregunta.

—Claro que sí.

Se ríe, se sienta, dice que sabe que me muero por metérsela y que por eso paro cada dos por tres.

Se quita las bragas, me pide que la bese. La beso.

—Besas muy bien. Tienes unos labios increíbles —me adula.

Me baja la cremallera, la saca y la lame.

—Guau, qué grande es. Es la más grande que he visto en mi vida. Esto es lo que has querido todo el rato, ¿verdad? Metérmela.

Temo que esta sea la verdadera Eileen, esta versión sin censurar. Al acercarme a ella, se me empieza a bajar ligeramente. Le ruego con todas mis fuerzas que no lo haga, que no me avergüence de esta manera ahora que ha llegado el Momento.

Me despierto antes que ella. Ha sido un sueño bastante ligero. Me pesan los ojos pero no me puedo volver a dormir. Aún me duele la lengua. Un aroma raro flota en el aire. ¿Será el de mi pecado? ¿El de la pureza que he perdido?

Estoy muy triste, no sé por qué, pero necesito llorar con todas mis fuerzas, así se me aligerarán los párpados.

Ydna.

…

Ydna.

…

Ydna.

…

…

Silencio. Solo se oye la respiración, ronquido incluso, de Eileen. No sabía que las chicas blancas roncaran. Supongo que las películas omiten esa parte.

No quiero mirarla. Debería levantarme e irme. Puedo llorar por el camino.

Me siento en la cama pero no puedo moverme. Lo mejor que puedo hacer es darle la espalda, retirarme de la fuente de radiación.

Lo intento otra vez:

Ydna.

…

…

…

Me siento más vacío que al llegar.

Hay agujeros en mi interior.

Tierra baldía dentro de mí.

Para llenarlos, nada más que dolor y vergüenza.

Se ve la luz del día en las cortinas que tengo delante, aunque es débil, como mis músculos, que parecen haber recibido tortazos puñetazos patadas pese a que no haya heridas visibles. Cojo el móvil para reprimirlo todo.

Sé qué se supone que debo hacer: mandarle un mensaje a Fatee, suplicarle que me perdone, quedar con ella para hablar de nosotros. En cambio, paso de una aplicación a otra y evito abrir las que me llevan a ella.

Si le digo que lo siento, ¿adónde nos llevaría eso? ¿Acaso no acabaríamos como todas las parejas de esta tierra, viviendo unas vidas condenadas y remendando nuestro amor todos los días?

Según ella, no paro de culebrear, pero ¿es que no es esa la dirección en que se mueven el universo y TODO? Y cuando ha retirado su mano, ha quedado todo claro. Por muy suave que sea, no se acerca en suavidad a la de Eileen ni lo hará nunca. Al contrario, se volverá más áspera, más mullida y oscura con la edad. Como la de Zahrah. Como la de mamá. Como las manos de todas las mujeres de esta tierra. Peor aún, con Fatee no se me evapora la sangre como pasa cuando estoy cerca de *Miss* Rubio Platino. El negro como el tizón entre mis piernas parece asustado, en una encrucijada, anquilosado; en cambio, con la Rubio Platino da volteretas, recorre los caminos del país de las maravillas que lo rodea, sube a la cima de la colina más alta y ve el futuro a través de la niebla.

Dejo el móvil en la mesita. Eileen se mueve al oírlo.

—Hola, Andy —saluda bostezando—. ¿Se ha hecho ya de día? Me retumba la cabeza.

No sé por qué no respondo.

—¿Me estás oyendo? —Se sienta—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

Sé que, si la miro, la mancha negra me calmará, me hará arrastrarme ante ella otra vez.

—¿Es que dije algo ayer? Ya te advertí que estaba borracha, ¿te acuerdas?

Pasan varios minutos. ¿Por qué le cuesta tanto aceptar que me trató de una forma muy rara y decirme que lo siente?

Suspira. Se acerca a mí. Me pone las manos en los hombros. Me masajea el cuello.

—¿Estás enfadado conmigo?

Despacio, a regañadientes, niego con la cabeza.

—Genial.

Me masajea los hombros, los brazos.

—Bésame.

La beso. Me besa. Me hace cosquillas en los costados. Me río.

—Ajá, conque también tienes cosquillas, ¿eh?

La miro.

la
poesía
de
su
cuerpo

El sol ya ha salido del todo y seguimos sentados en la cama. Por nuestras piernas sube reptando una cuerda de sol que muestra el contraste. Su piel tiene un color uniforme, no hay franjas ni áreas rojas o rosas. Es increíble una piel tan perfectamente marmórea por todos lados, desde los párpados a los dedos de los pies, no como la mía, donde compiten muchos tonos de negro: por aquí negro; por allí negro negro; más allá, negro negro negro. Por todo su cuerpo se

extienden además unos vellitos transparentes, su halo. Ojalá los pudiera acariciar todos.

Cuando aparto la vista, me doy cuenta de que ella me está observando otra vez. No es que me esté pegando un repaso, sino que me mira fijamente. Mi nariz regordeta, quizá. Mi pelo mullido. Debe de haber vuelto a Despertar, debe de estar preguntándose qué cojones hace conmigo. Le sonrío, pero no aparta la mirada.

—¿En qué piensas? —pregunto.

—En nada.

—¿Por qué me miras entonces?

—¿No eres tú quien me está mirando a mí?

Me río a ver si así cambiamos de tema. También ella suelta una risilla.

Le acaricio la cara, huelo su moño, lo deshago. Al instante, su pelo se precipita como una cascada sobre nosotros.

—Increíble —me maravillo.

—¿El qué?

Me gustaría decirle que, si les sueltas las trenzas a mamá, a Zahrah o a Fatima, el pelo se les queda tieso como la torre Eiffel, pero es una explicación tan interminable y soporífera que ni me molesto.

Le aparto los tirabuzones de la cara y la oreja. Me quedo con ellos en la mano, mirándolos fijamente hasta que mis pensamientos se multiplican como los mechones.

Me doy cuenta de que su pelo no es más que pelo —bonito y colorido, desde luego, pero pelo al fin y al cabo— y no algo extraordinario que trascienda la imaginación o la comprensión humanas, no es un trozo de vibranium o unobtainium. Aun así, tiene algo mágico, una *x* en los mechones que me llama, que hace que mis dedos tiemblen y echen de menos su tacto en el mismísimo momento en que los suelto. Estoy convencido de que, si me concedieran un tiempo ilimitado, seguiría sin poder hallar lo que

busco en su pelo ni satisfacer estas ansias que nunca entenderé.

—Quítate la camiseta —me ordena.

¿Quiere comprobar si tengo tableta de chocolate? ¿Si tengo el pecho fornido de Elba y Foxx?

—Guau, qué barriga más lisa.

¿Lo dice por lo pobre que soy?

Se vuelve a recoger el pelo en un moño, me hace tumbarme y comienza a examinar mi cuerpo con los dedos. Mi barriga, las costillas, el pecho. Me planta un beso en el cuello —cálido y húmedo— y me examina los labios, la nariz, me abre los párpados. Ahora se detiene en mi pelo. Se pasa una eternidad observándolo y acariciándolo. ¿Por qué está tan obsesionada con él? ¿Está elaborando una demostración detallada de por qué el suyo es más bonito y brillante? ¿Acaso no salta a la vista?

—¿Qué pasa, Eileen?

—Nada.

—¿Qué haces?

—Intento memorizar tu cuerpo.

Cuando acaba, se tumba en la cama y dice que no se encuentra muy bien, que está mareada y que todavía le retumba la cabeza.

—Lo siento, Andy. ¿Cabe la posibilidad, por pequeñita que sea, de que me prepares el desayuno, porfa? Un café sería genial. Y una tostada de aguacate. No se tarda mucho.

—Sí, claro que te lo preparo, Eileen.

—Está todo en la cocina. Coge lo que quieras.

—Tranqui.

—Gracias. Estoy demasiado resacosa para levantarme.

Me pongo la camiseta y voy hacia la puerta.

—Qué culito más mono que tienes, Andy.

Se ríe.

—Gracias.

Una vez en la cocina, me paso un minuto entero mirando la

encimera superbrillante, el microondas, la cocina de gas, la tostadora y la pila. Solo he usado microondas dos veces en toda mi vida, y las dos han sido en casa de Zahrah y Okorie, aquí en Abuya. Es una pasada, ¿cómo se puede calentar o cocinar sin fuego ni agua y sin que salga humo? Miro otros aparatos que no conozco y saco el pan y el aguacate del frigo.

No he hecho nunca una tostada con aguacate. En realidad, no he hecho nunca una tostada, jamás. Aunque en el sur se cultivan aguacates, rara vez los comemos en casa. Mamá considera que es tirar un dinero que podría ir a alimentos importantes como el arroz o el garri. Solo comemos aguacate cuando los parroquianos que vuelven del sur nos lo regalan.

Me quedo mirando los ingredientes sobre la encimera sin saber qué hacer. Quizá debería haber sido más humilde y haberle dicho que no sé una mierda y que nunca he sabido nada. Pero ¿qué lograría con eso? Se pensaría que soy un *Homo habilis* o algo así. Hasta los cavernícolas de las Islas Británicas de la Antigüedad sabían cómo hacer una tostada. Voy de un lado a otro unas cuantas veces y me doy cuenta de que ni Fatima ni ninguna otra compañera de clase me hubiera obligado a hacer esto. De hecho, tendría que ofenderme, hasta cabrearme, si me pidieran algo semejante. Se supone que cocinar «hace a un hombre menos hombre», una gran tontería en realidad.

De repente tengo una idea tecnogenial: ¡Google! ¡YouTube! Saco el móvil, busco cómo se prepara la movida. Cuando voy por la mitad del vídeo, oigo a Eileen bajar por las escaleras. Pauso el vídeo corriendo. Me inunda un tsunami de vergüenza: toda la Vergüenza que han sentido alguna vez mamá, su madre y todos los pobladores de esta tierra. Entra en la cocina. No puedo mirarla. No sé dónde mirar. Todo lo que hay en la cocina me grita con su brillo, modernidad y artificialidad. Ella toca unos cuantos interruptores, enciende la tostadora y la cafetera, coge un cuchillo del escurridor y

se dispone a preparar dos platos. Ojalá dijera algo, pero está callada, como si mi fracaso no la sorprendiera en absoluto. Debo de ser la persona más boba que ha conocido en su vida. Puede que piense que aquí todo el mundo es la mar de tonto. Me la imagino sentada con sus amigos británicos en un parque, con las piernas cruzadas y partiéndose de risa con el chascarrillo que les acaba de contar sobre un chico que conoció en África que no sabía ni hacer una tostada.

Dos minutos tarda en tener listos dos platos con deliciosas tostadas de aguacate y dos humeantes tazas de café. Coge su plato y su taza y traspone a la planta de arriba. Yo agarro mi desayuno y la sigo con aire penoso.

Una vez en su habitación, se sienta en la cama y mastica sin hacer ruido. Ha descorrido las cortinas. Entra a chorro la luz del sol y las partículas retozan en el haz de luz. Fuera, a lo lejos, tíos y tías con los cuerpos pintados de carbón bailan con pancartas levantadas sobre sus cabezas. Hay un par que debe de rondar mi edad. Me aparto enseguida de la ventana y me siento en una silla bajo el aire acondicionado. Ella coge el mando a distancia y enciende la pantalla frente a la cama.

—Siento lo de antes —me disculpo.

—No pasa nada.

Ojalá sonriera, pero no lo hace, tiene los ojos pegados al documental que aparece en pantalla.

Estamos viendo la película favorita de Eileen, *Avant la lettre*. Trata de dos biólogos, un hombre y una mujer, que se conocen en una exposición sobre ciencia. Pasean por París, beben en bares y conversan sobre extraterrestres, el multiverso, el sentido de su existencia y sus fetiches. El hombre cree que el universo los ha unido por una razón, mientras que la mujer piensa que su encuentro es producto del azar. Pasan el resto de la velada en un hotel, intentando recrear todas las posiciones del *Kama Sutra* mientras

beben y ríen.

Eileen y yo nos estamos besando otra vez. Corremos las cortinas, nos desnudamos y nos dejamos caer en la cama. Se pone a cuatro patas, como en la película. Dice que debería azotarle el trasero y penetrarla por detrás, su postura favorita. Le pregunto si está segura de lo de los azotes. Dice que no sea tímido, que le pone mucho que la azoten. Con manos temblorosas, la cabeza a punto de estallar y las axilas sudorosas, hago lo que me pide. Más fuerte, dice, más fuerte. Sin embargo, con cada azote, se me baja más y, cuando llega el momento, no puedo penetrarla. Se desinfla muy rápido, se queda mustia, adopta la forma y el tamaño de un dedo nuevo del pie que no ha sido nunca. Parece que mis ruegos solo sirven para acelerar esta traición. Le digo a Eileen que lo siento lo siento lo siento lo siento lo siento lo siento. Ella no responde. Me vuelvo a sentar en la cama, mirando la nada. A través de un agujerito de la cortina, veo a una manifestante con una pancarta y el cuerpo pintado de verde-blanco-verde.

La culpa que sentía antes vuelve a avivarse dentro de mí, hace metástasis.

Nos vestimos y sentamos en lados opuestos de la cama. Ella apaga el televisor, coge el móvil y contesta un par de mensajes. Lo único que se oye son sus dedos toqueteando la pantalla del teléfono.

Para compensar haberle fallado, supongo, le digo que me gusta, que me gusta muchísimo.

Se queda callada un buen rato.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me has dicho eso dos veces.

—Porque es verdad.

—Supongamos que sí. ¿Por qué te gusto?

—No lo sé.

—Eso dices todo el rato.

—Porque es verdad.

—No es cierto.

—Me gustas mucho, de verdad, Eileen.

—Cada vez que lo dices, hay algo que chirría. Como si hubiera algo irreal en todo esto.

—O sea, que no te gusto.

—Eso no es lo que he dicho.

—No te gusto, esa es la verdad.

—Andy, nos estamos conociendo.

—¿Y te gusta lo poco que has podido conocer?

—Es evidente que sí.

Larga pausa.

—¿Te gusta mi piel, Eileen?

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Deja el móvil en la cama. Se cruza de brazos.

—¿Se puede saber por qué me haces todas estas preguntas, Andy?

Me levanto. Cojo mi teléfono. Salgo de la habitación y de la casa.

Ya en la calle empiezo a seguir a un grupo de siete manifestantes. Son tres chicas y cuatro tíos con el cuerpo pintado de tiza o carbón que huelen mal, van desaliñados y parece que llevan una semana sin dormir. Llevan el cuerpo cubierto de barro y les gotea mucosidad de la nariz. Las moscas van persiguiendo las axilas y los pantalones de una de las chicas. Pese a todo, no dejo de seguirles. Les pitan los coches y los conductores les gritan. Niños y niñas sentados en la parte de atrás de algún que otro SUV les escupen sin que sus padres les regañen. Al llegar a una calle lateral, una de las chicas se da la vuelta de repente y se aleja. Los otros seis fingen no darse cuenta y prosiguen con sus pancartas, las esquinas dobladas por el viento, en alto. Los sigo hasta que solo queda uno,

hasta que ya no puedo caminar más.

Al llegar a casa de Zahrah y Okorie, entro en la sala de estar y me encuentro con Fatima. Va de punta en blanco, lleva un vestido con estampado de Ankara y un collar de oro, sin maquillaje. Está sentada con las piernas cruzadas y escribe en el móvil. En las paredes hay una barbaridad de estatuillas frikis de Zahrah, muchas de ellas, réplicas exactas de las de su casa de KNT. Me pregunto si me dirigirá la palabra teniendo en cuenta cómo me echó a toda prisa de su habitación ayer.

Me ve y sonríe.

—Hola, Andy, ¿qué tal?

—Muy bien —contesto acercándome.

—Estás sudando.

—¿Sí? —Me toco la cara—. Eso parece, sí.

—¿Por qué llevas la ropa tan polvorienta?

—He visto a un par de manifestantes y me ha dado por seguirlos un poco.

—¿En serio?

Me da un pañuelo que saca de su bolso.

—Gracias, Fatee.

Me limpio la cara, los ojos y las orejas. Me siento mejor al instante. De hecho, empiezo a oler un poco como ella. A menta.

—Así que has seguido a los manifestantes.

—Sí.

—¿Por qué no te has unido a ellos?

—No lo sé.

Se pone en pie y coge el bolso. Me pregunto adónde va. A ver a algún pariente que tenga en la ciudad o a comprar algo para la boda, probablemente. Es increíble que Zahrah vaya a estar casada dentro de seis días.

Oigo las risas de mis drugos arriba. Fatima dice que están jugando a la Xbox con Okorie.

—En fin, me voy —informa.

—Muy bien. ¿Adónde vas?

—Al cine.

—¿En serio? ¿Sola?

—No. ¿Te acuerdas de Nicholas Oti? ¿Del Concurso Nacional de Matemáticas del año pasado?

—Sí, claro.

—Voy con él a ver la nueva de *Fast and Furious*.

Antes de que me dé tiempo de decir nada, empieza a sonar su móvil.

—Creo que ya está aquí. Tengo que irme. ¡Hasta luego!

Y se va a toda prisa a la calle tras cerrar la puerta tras de sí.

Yo me quedo mirando la puerta unos minutos. Aturdido. Totalmente embotado.

Me despiertan las carcajadas de mis drugos. Me doy cuenta de que aún tengo el pañuelo de Fatima en la mano, aunque ahora está muy sucio.

13

Pasa un día. Y otro. Ni un mensaje de Eileen.

Apago el teléfono. Lo lanzo por ahí.

Me tiro en la cama. Lloro hasta quedarme seco.

Sigo sin sentirme mejor.

Otro día, la puerta sigue cerrada con cerrojo.

No como, no duermo, no estoy despierto.

Papeles, pañuelos manchados, lápices rotos por el suelo.

Móvil junto a ellos. Sigue apagado. Bocabajo.

Sé que, si lo enciendo, no habrá nada.

En las sábanas y en la mesa hay bolis soltando tinta.

Tinta en mis manos, mi cuello y mi pelo.

Tinta en mi vello púbico, en mi polla.

Noche y día, doy vueltas en la cama.

Ignoro a los drugos, la llamada de Zahrah para desayunar o cenar.

Una vez he oído a alguien junto a la puerta.

Sé quién es.

Quiero que llame.

No lo hace.

Porque no llama, porque se ha rendido en lo que respecta a nosotros, vuelvo a llorar hasta quedarme seco.

Fragmento a fragmento, recojo todos los trocitos de papel.

Los tiro a la papelera, limpio la tinta.

Fragmento a fragmento, no me recompongo.

—Todo volverá a ir bien —asegura Zahrah—. Tu mamá se recuperará del todo. Tú te recuperarás, ya lo verás.

Enciendo el móvil. Me llega un aluvión de mensajes suyos.

Estamos otra vez en el Chelsea. Sentados uno frente al otro. Ella lleva un vestido rojo vino. Yo me río sin parar de algo que ha dicho. No hablamos de aquella noche ni de aquella mañana, como si no hubieran sucedido. Me vuelvo a reír sin parar. Nos quedamos callados un momento y ella dice «me encanta me encanta tu piel, de verdad. ¿Es que no se nota? Tienes que creerme». Le doy las gracias, pero no creo que sea sincera. *Sincera – sinc + trol = trolera.*

Vamos a una disco. Todo el mundo se nos queda mirando, aunque a nosotros (es decir, a mí) nos importa una mierda. Comemos alitas a la parrilla y bebemos y vamos a la pista. Ella empieza a hacer *twerking* y la gente le hace palmas aunque no sea una bailarina espectacular. Nos abrazamos tanto rato bajo las luces giratorias que quiero creer lo que ella cree, que es sincera menos sinc más trol.

Vamos al parque, me coge la mano. No la retiro. Paseamos y dibujamos dragones y unicornios con las estrellas. Nos detenemos bajo un foco y nos hacemos selfis, selfis y más selfis. Nos reímos y reímos y volvemos a reír. Sigo intentando creer lo que ella cree, que es sincera menos sinc más trol.

Estamos en el vestíbulo de la Galería Nacional: Zahrah, Okorie, Fatima, mis drugos y yo. Quedan dos días para la boda. Eileen está de camino. Me preguntó si podía venir y le dije que sí, claro. Patience y Serena no han podido venir porque, por desgracia, la criaturita ha pillado malaria. Son las cuatro y estamos sentados en un café del vestíbulo, bebiendo batidos y comiendo cruasanes. Sip, estoy probando un cruasán por primera vez en mi vida, ¡yuju! La luna esta de pan en cuarto creciente es una pasada, en serio. Me flipa cómo se escama la corteza y te pega un sustasombro en la médula oblongada al masticarla y cómo el espectro de sabores mantecosos hace piruetas de *ballet* en la lengua cuando cierras los ojos, y me rechifla la perfección de los pliegues externos y las capas internas cuando lo observas. Los franceses o quienquiera que

inventase esta mierda conocía el meollo de lo que es pasarlo bien y yo tendría que estar con esas personas en las ciudades donde se hace la magia y no en el culo del mundo este donde lo único que se hace es protestar. Es triste que Eileen pueda desayunar esto todos los días en su país. Así es, siento una tristeza envidiosa.

Entran en tropel al edificio parejas y grupos de tres personas. Llevan camisas, trajes y vestidos elegantes, tan solo unas pocas visten caftán y estampados de Ankara. Zahrah preside la mesa ataviada de rojo, como es habitual, y junto a ella, Okorie luce una cara camisa Louis Vuitton y vaqueros. Llevan unos minutos charlando tranquilamente sobre la participación de Okorie en las protestas. Una vez más, Zahrah le advierte que tenga mucho cuidado.

A izquierda y derecha, respectivamente, tengo a Slim y Morocca. El primero se inclina hacia mí.

—¿Estás seguro de que Eileen va a venir? —pregunta.

Fatima está sentada a su izquierda. La miro con la esperanza de que no lo haya oído.

—Pues claro. Segurísimo.

Morocca se inclina hacia nosotros.

—Andy, ¿por qué no nos cuentas lo que habéis hecho? No nos vayas a decir que no te la has, ya sabes…

—No pienso decir ni mu.

Zahrah se vuelve hacia nosotros.

—¿De qué habláis? ¿Por qué no lo compartís con los demás?

Mis drugos y yo nos empezamos a reír a carcajadas. Zahrah y Okorie se interesan aún más. Pensamos en alguna mentirijilla que contarles. Los adultos nunca se enteran.

Fatima mira fijamente su batido de chocolate.

—Están hablando de lo que hace Andrew con Eileen, su novia blanca. Al parecer, ella está viniendo hacia aquí —suelta.

—Bueno, bueno, bueno —se asombra Okorie con acento

británico—. Vaya, o sea que tienes novia. Y es…

Zahrah se ha quedado muda de la impresión, ha abierto los ojos como platos. Apoya la barbilla en la palma de la mano y me mira como si no me hubiera visto nunca antes, como si por fin reconociera el Darth Vader que es su pequeño discípulo sonriente genio de las matemáticas de Ososo. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Abre, cierra.

Se hace un largo silencio sofocante. No sé dónde mirar. Me siento una mierda.

—¡Vaya! —Okorie se ríe y le coge la mano a Zahrah—. ¿Por qué no nos hablas de ella, Andy África? —Zahrah le ha enseñado su detestable invención—. Vamos, hombre, no te preocupes por Zahrah, no lo entiende.

Zahrah se gira y le clava una mirada de pocos amigos. Le retira la mano, su africanidad. Abre el bolso y saca el móvil.

Mis drugos se han quedado mirando la mesa y el suelo; desearían que Fatima hubiera mantenido el pico cerrado.

Justo en ese momento, entra Eileen al vestíbulo. Lleva un vestido con estampado de leopardo y sandalias de gladiador de tacón. La melena rubia platino se columpia de lado a lado, como si me echara diferentes miraditas furtivas.

Mi leoparda.

Todo el vestíbulo se para en seco para contemplarla. Las manos y las tazas se detienen en el aire. Los comentarios se interrumpen y penden incompletos de las lenguas.

Ella se acerca a nosotros.

—Hola a todos.

Y volvemos a la vida.

Fatima se levanta.

—Perdonad —se disculpa sin dirigirse a nadie en particular. Se aleja camino del lavabo sin volver la mirada.

Todos nos levantamos.

—Hola, Eileen —la saluda Zahrah sonriendo, como si no acabara de escuchar la mayor revelación de su vida—. Me alegro de volver a verte.

Le da un abrazo. Eileen me contó un día que tuvieron una charla muy agradable el día de su fiesta de bienvenida.

—Hola, Eileen —saluda Okorie dándole la mano, derrochando cortesía—. Soy Okorie.

—Ah, o sea que tú eres el prometido de Zahrah. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

Mis drugos le dicen «hola» y «¿qué hay?», le dan la mano, pero Morocca se queda con ella un segundo más de lo normal. A punto estoy de gritar «¡Accio!» y que una sierra le corte la puñetera mano.

Eileen me da un abrazo.

—Hola, Andy.

Su olor es un nirvana.

Zahrah pone sus ojazos en blanco.

Nos levantamos y nos dirigimos al ascensor y, a medio camino, Morocca vuelve corriendo a robarme el cruasán que me he dejado. Consigue meterse en el ascensor antes de que se cierren las puertas.

Ya en la segunda planta contemplamos los cuadros en sus vitrinas: árboles con raíces que son bebés; cataratas que suben de la tierra al cielo; criaturas sin cabeza ni cola. Al final acabamos formando tres parejas: Zahrah y Okorie van en primer lugar, seguidos de Slim y Morocca y, detrás de ellos, Eileen y yo.

—¿Estás bien? —me pregunta Eileen.

—Sí. ¿Y tú?

—Muy bien, gracias.

Nos detenemos ante una de las pinturas abstractas de Bruce Onobrakpeya: una figura fantasmagórica que empuña un machete y flota sobre un cocodrilo de fuego, con un mar de calamares y serpientes de mar debajo.

—Guau, impresionante —comenta Eileen.

—Ya te digo.

De nosotros, ¿quién es el fantasma y quién el fuego?

Intento no pensar en que se va mañana. Desde que llegué a Abuya, he fracasado en muchas cosas, pero el descalabro más estrepitoso ha sido no conseguir que se quede más tiempo.

Contemplamos algunas pinturas abstractas con escenas sobrenaturales de Yusuf Grillo y algunos retratos de mujeres con gele de Ben Enwonwu. Una de ellas se parece a mamá de más joven, con cara de acabar de perder a Ydna.

Somos los únicos que quedamos en el pasillo. Hay una puerta a mi derecha con la palabra ALMACÉN en tinta un poco desvaída. La abro y echo una ojeada al interior. De una ventana lejana entra un chorro de luz. La habitación está llena de piezas de alfarería rotas y de bustos; en el techo tiemblan telas de araña. Llamo a Eileen para que venga a echar un vistazo.

Entra y coge una astilla de barro, la levanta hacia la luz y la deja caer.

Yo la abrazo por detrás, le masajeo el cuello y acaricio sus brazos de mármol. Se da la vuelta. Nuestros labios se encuentran. Nos besamos. Hay un tira y afloja de lenguas. Mis manos recorren su espalda y bajan por su culo.

Da la sensación de que llevamos besándonos una Eternidad. De pronto, unos nudillos en la puerta nos despiertan. El suelo se vuelve firme de nuevo, el mundo se despliega a nuestro alrededor, regresa a la vida.

—Andy, Zahrah te está buscando —susurra Slim.

Eileen y yo salimos cogidos de la mano.

Fatima nos ve salir, nos ve ir de la mano. Se vuelve hacia Onobrakpeya. Hacia el fantasma y el fuego.

Slim abre el camino, Fatima sigue mirando la pintura.

Cogemos el ascensor para ir a otra planta y encontrarnos con

Zahrah, Okorie y Morocca.

—¿Dónde estabas, Andy África? —pregunta Zahrah, aunque no está enfadada—. Felicidades, estoy muy orgullosa de ti.

Me pasa su móvil y leo el *email*. Mi poema, el que trata de HXVX, se ha llevado el primer premio en un concurso de África occidental para poetas adolescentes.

—¿Cómo es posible? —me extraño.

—Lo mandé en tu nombre. No quería que te hicieras muchas ilusiones.

—Felicidades, Andy África —exclama Okorie, que oculta algo tras de sí. Cuando enseña las manos, es una corona hecha de papel dorado y lazos. Debe de haberla comprado en la tienda de regalos. Me la coloca riendo—. Eres nuestro rey, Andy. ¡El rey Andy África!

Okorie se inclina exageradamente ante mí, soltando una risilla.

Mis drugos aplauden. Otras personas que en ese momento están mirando las obras de arte se vuelven para ver qué coño pasa.

Me vuelvo hacia Eileen. También aplaude.

Es martes por la noche. La vuelvo a oler al acabar de vestirme. Almendras, dátiles. Noto su pelo entre mis dedos. Sedoso, terapéutico. Dentro de un par de horas sale camino del aeropuerto. Dentro de un par de horas puede que la vea por última vez en la vida.

dátiles, almendras
almendras, dátiles
almendrátil
alma volátil

Me guardo el móvil en el bolsillo y salgo. En la habitación de enfrente están Slim, Morocca, Patience y Serena viendo una comedia. Me pregunto qué estará haciendo Fatima en la habitación de al lado. Probablemente esté charlando con Nicholas, que le

estará diciendo que es la persona más lista y guapa del mundo. Los ganchos me desgarran el pecho, me culpan de haberla perdido. Suspiro y lo reprimo todo.

Cuando estoy bajando las escaleras, oigo a Zahrah y sus amigas en la sala de estar. Es su despedida de soltera. Por mi ventana las he visto llegar, vestidas de blanco, algunas sin tirantes, y llevando regalos envueltos y una vela. Incluso hay más de una que ha llegado en unos SUV despampanantes conducidos por chóferes que luego les han abierto la puerta. Zahrah les ha dado la bienvenida a todas con un abrazo y un beso en la mejilla. Llevaba una pinta muy maternal ataviada con su caro wrapper estilo George rojo con dibujos dorados. La parte de arriba estaba hecha de relucientes abalorios rojos y llevaba su pelo afro bien alto y cuidado, con un toque rojo en cada lado. Pese a que yo no soy fan de sus atuendos, he de decir que estaba muy guapa.

En el poco tiempo que lleva en Abuya ha logrado convertir a gente importante. Hasta ha engatusado a Shola Badmus y Mike Ighalo. Vimos la última exposición de Shola ayer en la Galería Nacional y Mike es la nueva sensación del afrobeat que tiene a todo el mundo molokeado.

Me detengo en el pasillo para observar la fiesta un ratito. Hay una docena de mujeres sentadas en el suelo, formando dos semicírculos a ambos lados de Zahrah. Iluminan la habitación las llamas de sus velas, cuya luz se refleja en las estatuillas frikis de dioses que pueblan la estancia. Zahrah está hablando de sí misma y de las permutaciones, claro está. Dice que lo explican todo: el cambio y la invariancia, el flujo y el estancamiento o los estadios iniciales y finales de un sistema. Dice que, en el momento en que descubrió las permutaciones y su aplicación en los complicados sistemas de la vida —el crecimiento, la historia, la clase, la raza, la culpa y el perdón—, se obsesionó con su estudio. De hecho, la teoría de las permutaciones está en el corazón del anifuturismo.

Para demostrar sus palabras, coge un trozo de tiza y empieza a escribir y dibujar en el suelo:

Dado un conjunto de tres elementos, por ejemplo {•, o, Δ}:

	[illegible]	
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\1 & 2 & 3\end{pmatrix}$	identidad
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\1 & 3 & 2\end{pmatrix}$	involución
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\2 & 1 & 3\end{pmatrix}$	involución
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\2 & 3 & 1\end{pmatrix}$	inversión
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\3 & 1 & 2\end{pmatrix}$	inversión
	$\begin{pmatrix}1 & 2 & 3\\3 & 2 & 1\end{pmatrix}$	involución

Es la misma tabla que utilizó para introducirnos a Fatima y a mí en la teoría de las permutaciones.

—Y puesto que las matemáticas nos dan herramientas para teorizar sobre estructuras abstractas complejas, las permutaciones proporcionan un medio conciso para teorizar, analizar y comprender estos sistemas complejos de la vida, incluso nuestro propio movimiento, el anifuturismo.

»Como decía antes, vivimos en un lugar sagrado que no comprendemos todavía. Algún día aprenderemos con exactitud por qué estamos aquí, por qué existen estas leyes físicas en particular, por qué la Tierra está hecha de esta manera. Eso será cuando, como especie, nos convirtamos de verdad en seres inteligentes, en dioses, de hecho. Como seguro que habéis comprobado, esto solo es posible mediante el anifuturismo, que es la cura para el continente y para el mundo —les explica.

Se gira y me ve. Se me queda mirando con aire cómplice y acusatorio. Se vuelve de nuevo hacia su audiencia.

Yo me voy cagando leches para la puerta y me largo de allí.

Ayer, cuando Okorie nos traía a casa en su Jaguar, recibí un mensaje muy raro de Zahrah:

> Porque así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos.

Reconocí el pasaje al instante, es de la epístola de san Pablo a los romanos. Todos tuvimos que aprendérnosla al estudiar el catecismo. El hermano Magnus siempre la recita en sus clases de instrucción moral cuando quiere explicar la persona de Jesús como el Siervo Sufriente al que se refería el profeta Isaías cuando hablaba del cordero que se lleva al matadero, al que muchos escupen y que es obediente hasta el final, sin rechistar. Releí el mensaje ochocientas veces, preguntándome el porqué de esa cita de la Biblia, cosa rara viniendo de Zahrah, que dejó de ir a la iglesia después de su Regreso del Sáhara. Del mensaje solo conseguí extraer la esencia más simple: que estoy «desobedeciendo» a mi raza o algo así. ¿Y? ¿Debería atarme a un árbol y darme unos azotes en mi plano culete negro? Anoche me puse a tontear con el texto, puede que solo para molestarla:

> Porque así como por la obediencia de muchos fueron otros tantos constituidos pecadores, también por la desobediencia de uno solo muchos serán constituidos justos.

Al instante el mensaje tenía mucha mejor pinta.

Estoy en la sala de estar de Eileen, observando cómo hace el equipaje. La ayudo a meter algunos libros en una maleta que después cierro. Fuera, bajo la luz de las farolas, merodean manifestantes con antorchas a la altura de la cabeza y pancartas en

alto. Gritan, aunque no los oímos por las ventanas cerradas y la distancia. De pronto, de la nada, la policía se abalanza sobre ellos. Los aporrean y persiguen en la oscuridad. Son especialmente violentos porque esta es la zona donde viven los expatriados, la gente de Eileen.

Su tía Joan la llama. Dice que su chófer vendrá a recogerla dentro de una hora y se disculpa por haber estado fuera tanto tiempo. Le promete que irá a verla a Níger.

Eileen lleva blusa y vaqueros y el pelo recogido en una cola de caballo. Es igual, sigue siendo de otro planeta, mi Eilinda, lo único Real en esta tierra de simulaciones. Subimos al piso de arriba y la ayudo a bajar el resto de sus maletas. Nos sentamos cada uno en un sofá, uno enfrente del otro. Cruza las piernas.

—Eileen, no tienes por qué irte.

—Sí que me tengo que ir.

—No es verdad.

—Mi madre no quiere que me quede más tiempo aquí.

—¿Por qué?

—Por las protestas y eso.

—Pero ¿no quieres quedarte?

—Ojalá pudiera, pero, de todas maneras, mi visado caduca la semana que viene, así que nos quedaremos en Níger unas cuantas semanas y luego volveremos a casa.

—Quédate.

—En algún momento tengo que irme, Andy. Tengo que volver a casa. Sabes que este no es mi sitio.

Sonríe para hacer ver que no lo dice con tono despectivo. Últimamente tiene mucho cuidado con sus palabras, sobre todo si habla de cosas de aquí. La mayoría de las veces no me gusta mucho eso, lo de ir con pies de plomo y tal. Hay una pequeñísima posibilidad de que no sea más que una máscara, una fachada.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —pregunto.

—Si vinieras a Níger. En realidad no está tan lejos de aquí.

Asiento con la cabeza. En el cuadro que hay detrás de ella dos pescadores con sombrero de paja almuerzan en una canoa; tras ellos, en el horizonte, el sol penetra en las aguas. Dentro de cincuenta o de un millón de años seguirán almorzando juntos en la canoa. Seguirán vivos, riéndose, inmutables. «Estático» y «feliz» deben de ser lo mismo, sinónimos perfectos.

—Muy bien. ¿Me harías un favor entonces? —pregunto.

—Vale. —Me mira, descruza las piernas, cree que estoy a punto de hacerle otra Pregunta Difícil, sobre mí, sobre nosotros. Estoy seguro de que las Preguntas son en parte la razón por la que huye —. Dispara.

—Es igual. Olvídalo.

—Va, ¿qué te ronda la cabeza?

—Vas a pensar que soy un bicho raro o algo así.

—Que no.

—¿Seguro?

—Va, no te cortes —insiste echándole una ojeada al reloj.

Pese a todo, no se lo pido.

—Por favor, Andy, dímelo. Me voy dentro de una hora. Quizá no nos veamos durante un tiempo. A lo mejor nunca. Pídemelo. —Me acerco a ella. Se lo susurro al oído. Me mira sorprendida—. Guau, sí que te gusta mi pelo. —Se levanta, va a por unas tijeras, corta un mechoncito de uno de los lados y me lo da—. Cuídalo bien —dice riendo.

Me lo meto en el bolsillo, lo Real. Cuanto más lo hundo, más me sumerjo yo también en la vergüenza. Fuera, bajo una farola, se vuelven a juntar los manifestantes.

—Bésame, Andy. Otra vez. La última.

PARTE I
La oración en el huerto

Teorema (Cayley): Todo grupo finito es isomorfo a un grupo de permutaciones.

14

La vuelvo a oler.

Me despierto.

Contemplo el jardín delantero desde mi ventana de la planta superior, hay cientos de invitados llegados de Ososo, Kaduna, Lagos y Kontagora que se han congregado para bailar, comer y beber con Zahrah y Okorie. Todos visten de blanco —caftanes, babanrigas, bubas, agbadas, geles blancos—, incluso las tres personas con máscaras enormes que van de un lado a otro armando un alboroto brutal con sus estúpidos silbatos y sus colas balanceándose a diestro y siniestro como si espantaran moscas. Zahrah insistió en que todo el mundo —salvo ella y su chorbo— fuera de blanco, pues una boda anifuturista es un «evento comunal» donde todo el mundo debe ser un reflejo de la «transubstanciación» de novia/novio con el fin de renovar o contemplar el «objeto del amor». Con el fin de diferenciarse del resto, la novia y el novio pueden ir de otros colores: en concreto, rojo, el color del anifuturismo. En la entrada hay una pancarta roja que reza: PRIMERA BODA ANIFUTURISTA. No sé quién la ha puesto ahí. Me pregunto si no es un error, ¿acaso no eran las madres de antaño anifuturistas?

En cualquier caso, entre la legión de gente de pie sentada riendo charlando veo a alguien que nadie más percibe: a mi Eilinda, una pluma suya que se yergue en medio de la buganvilla, mirándome fijamente, guiñándome un ojo.

Suspiro.

Me pongo mis pantalones y camisa de sheda blancos. Me abotono la camisa, cojo el hula que me aguarda sobre la cama y me lo coloco en la cabeza. Me echo un vistazo al espejo. Sip, parezco

un hausa buenorro. Sonrío y aparto la mirada rápidamente. Me he decantado por la vestimenta hausa porque no se me ocurría qué otra cosa ponerme. Aunque soy del sur, de Ososo, no he podido averiguar qué visten los hombres de allí porque —alerta de spoiler— no he estado nunca.

Le echo un vistazo al móvil. Bajón, Eilinda no ha respondido a mis informes de estado, aunque tía Lizzy sí que ha contestado mis mensajes. Dice que mamá está muy bien y que quiere que felicite a Zahrah en su nombre.

Salgo de mi habitación rumbo a la villa de Slim y Morocca. Todavía se están vistiendo y Morocca se ríe de Slim y le dice que parece un mosquito con ese caftán de encaje blanco que lleva.

—Andy, colega, ¿no parece Slim el mosquito que te picó anoche?

—Sip. Lo he reconocido.

Nos reímos. Morocca se alisa las tiras de la camiseta y se pone la agbada blanca.

—Míralo, si parece un atracador armado —replica Slim.

—El atracador armado que es. —Nos reímos de mi comentario—. Ahora en serio, vais que lo petáis.

—Sobre todo tú —me elogia Morocca.

—Cuando has entrado pensaba que eras Ali Nuhu —añade Slim.

—Descarado, Slim —concede Morocca.

—No me comparéis con el tío ese —me quejo.

Se ríen. Slim debe de haberse creído que me iba a gustar que me compare con el famoso actor de Kannywood, las pelis en lengua hausa.

—En fin, Werdna —dice Morocca.

—¿Qué pasa, bro?

—¿Qué tal tu churri?

—Bueno… —Aparto la mirada, vuelvo a oler su piel.

—¿Cómo está?

—¿Se ha ido ya?

Asiento con la cabeza.

—Eiyaa —suelta Slim, como si fuera una tendera del mercado.

Ya sé lo que viene a continuación…

—Entonces qué, ¿te dio tiempo de…? —pregunta Morocca abriendo los ojos.

Le sigo el juego.

—¿De qué?

—Ya sabes a qué me refiero, negrata.

—No sé de qué me hablas, negrata.

Miro por la ventana las colas balanceantes de los enmascarados.

—A la mierda. ¿Te la tiraste?

—Sin comentarios.

Morocca se ríe, se pone a dar saltos y se vuelve hacia Slim.

—¿Qué te dije? ¡Te dije que confiaras en mi negrata Werdna, que nos hace estar orgullosos de él!

Slim y él se ríen un buen rato. Me esfuerzo por fruncir el ceño. Lo intento con todas mis fuerzas, pero no pasa nada.

Todavía se están riendo. Patience asoma la cabeza y pregunta de qué se ríen con esas carcajadas. No le contestan. «Idiotas», susurra y cierra de un portazo.

Morocca se me acerca y me pasa el brazo por encima del hombro, como un buen bro.

—Felicidades, Andy —me felicita impostando un estúpido acento cockney—. Felicidades. Por fin te has deshecho de tus calzoncillos de bebé.

—Vete a la mierda —le espeto.

—¡Y con una churri blanca además! ¡Menuda suerte que tienes!

—Cállate —exhorto sonriendo.

—Lo he notado. Al verte entrar en la habitación con la espalda tan ancha me he dicho: «¡Ya es un hombre!».

—¿Y qué vas a hacer ahora que se ha ido? —interviene Slim.

—No sé, colega.

—Volverá a por mi negrata. Eso si no se puso la gomita —tercia Morocca.

—¿Te la pusiste, Andy? —pregunta Slim.

No sé qué cojones hacer con estos tíos. Quiero darles un bofetón, pero me hacen reír.

—¡A la mierda los dos! ¡Que os piréis!

Se ríen aún más fuerte.

Suena el móvil de Slim. Lo saca.

—Eh, tío, la cosa se está poniendo calentita en la ciudad —anuncia.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunta Morocca.

—Acaban de arrestar a treinta estudiantes —comunica Slim mientras se desplaza por la noticia en su pantalla—. Han intentado quemar un edificio gubernamental con lanzallamas y explosivos y eso. Estaban protestando por la muerte de su presidente.

—¿De qué presidente hablas? —pregunto.

Ambos me miran como si yo fuera de Plutón.

—¿Es que no te has enterado de lo que está pasando? Anoche encontraron muerto al presidente del SUG. El Gobierno dice que se ahorcó en su celda. Hasta han publicado su nota de suicidio.

—Hostia puta.

—Sí. Y la gente cree que lo han asesinado.

—¿En serio? —Me acuerdo de mi encuentro con el taxista.

—Pasara lo que pasara, está funcionando, eso está claro.

—Muchos estudiantes ya se han rendido porque su líder perdió la fe y eso.

—Solo unos pocos aguantan.

—Sí.

—Mira esto, Morocca. —Slim le enseña el móvil—. La gente anda diciendo en Twitter que la policía está arrestando profesores.

—Joder.

Morocca y yo también sacamos los móviles y miramos Twitter. Unos minutos después, suena el móvil de Morocca.

—¡Ualaaa! WALL-E. ¡Es Okey!

Contesta la llamada y pone el manos libres.

—Tengo noticias para vosotros —anuncia Okey.

—¿Qué pasa? —decimos.

—O boy, el Gobierno aquí sí don da asilo mi tío y yo.

—¿En serio, Okey?

—La leche.

—Joder.

—En serio, colegas. Es como un puto sueño, tío, yo dey cuento. La semana pasada nos trasladaron a un barrio de puta madre. We dey bebemos leche fresca y comemos salchichas como si fueran agua día sí y día también. Hasta nos llenan la nevera con todas las cosas ricas que os podáis imaginar. La *pizza* de pollo está de vicio, me encanta, no puedo parar de comerla. Hasta he empezado a trabajar en un restaurante caribeño esta semana. Dem dey pagan rico rico. Yo dey gano mis buenos euros como un negrata hecho y derecho. Hasta me gusta una churri que trabaja conmigo sef. Española, pelirroja. A lo mejor nos va bien y me dan la ciudadanía gracias a ella. En fin, seguro que consigo su número ya mismo. Ya sabéis que se me dan bien las damas. Y cuando la consiga, le voy a enseñar hasta el último centímetro de mi chupachup.

Se echa a reír.

Nosotros también nos reímos con los ojos abiertos como donuts.

Morocca y yo le pedimos que se explaye con los detalles de su nueva vida, más ojipláticos aún si cabe.

—Mira que sois mumu boys. Mirad mi Facebook. Ahí hay cosas.

Su plan es enviarles lo que gana a su hermana y su hermano y ponerlos luego en contacto con el hombre de Níger que los llevó a él y a su tío por la ruta especial, más fácil, hasta Europa.

—El viaje es una locura y difícil o. Pero vaya si vale la pena am.

Vale la pena am.

Le pedimos que nos envíe el número de El Hombre, que nos lo presente. Okey dice que vale, sin problema, que El Hombre es muy ambicioso y amable, un tipo genial.

—Colega, las chicas aquí son sexis o que te cagas, yo dey cuento. Como es verano, van en bikini y en camisetas marcatetas. Ayer pasó una cosa divertida. Una chica con dos buenas tetorras estaba comiendo en nuestro restaurante. No se había sujetado bien el top y, o boy, se le desparramó el melonar. —Se ríe. Nos reímos con él como cavernícolas idiotas—. O boy, la vida aquí es lo contrario de en nuestra Naija, yo dey cuento. No os imagináis cómo tiran comida los *oyinbos* estos. Comen un par de cucharadas y lo demás lo tiran. ¡Hasta sus huevos y sus naranjas tienen fecha de caducidad! Los autobuses circulan con un solo pasajero solo porque tienen que cumplir los horarios. En fin, mi tío y yo estamos pensando en mudarnos a Alemania, Suecia o el Reino Unido. Dicen que la vida es todavía mejor que aquí. Pero para eso tenemos que ahorrar un montón de guita, o boy.

Nos quedamos callados cuando Morocca cuelga. Sé que los tres estamos pensando lo mismo: es tan sencillo, Níger está muy cerca. Si Okey ha podido, nosotros también podemos. Si lo hacemos, estaremos lejos del sol, del hambre y los apagones, las protestas y los asesinatos.

Un pitido del móvil de Morocca nos saca de nuestra ensoñación. Okey le ha enviado el número de El Hombre y una foto. Es una selfi de Okey en la puerta de un restaurante; sobre la puerta de vidrio está pintado POLLO DEL TIRÓN. El sol que se refleja en su cara es diferente, menos amarillo, y tiene las mejillas más rellenas.

—Hostia puta —exclama Morocca.

—O sea que está pasando de verdad —alucina Slim.

Miramos el Facebook de Okey y vemos más fotos: Okey y su tío sonriendo en medio de tres hombres blancos de traje; Okey y una

chica árabe en una bulliciosa calle con mucha gente blanca y casas de ladrillo al fondo; Okey y dos chicas árabes comiendo *pizza* en un banco en la puerta de un restaurante; Okey riendo y empujando un carrito en un supermercado muy luminoso con muchos blancos comprando al fondo.

—Tenemos que llamar a El Hombre, coño ya —me impaciento.

Salimos en tropel afuera. Nos rodea un mar blanco: hombres y mujeres sentados debajo de los almendros o de carpas de lona, abanicándose con el programa; niños pequeños sentados en los muslos de sus progenitores o en sillitas, señalando a los enmascarados y el tañido de las campanitas de sus balanceantes colas a diestro y siniestro, y en el centro de la reunión, Zahrah y Okorie bailan con dos hombres y dos mujeres de mediana edad: sus padres. Zahrah está preciosa con su top de abalorios rojos y su wrapper estilo George; Okorie, con su túnica roja decorada con dibujos de animales dorados. El público aplaude y exclama maravillado. Los músicos aumentan el ritmo de sus tambores, sus udus y sus campanas largas hasta alcanzar un frenesí de locos. Zahrah y Okorie bailan más rápido, lanzan coces hacia delante y atrás, dan vueltas, se agachan hasta quedar casi en cuclillas, y todo al unísono. El personal aúlla. Es alucinante ver a Zahrah bailar, es una puta pasada, esa es la verdad. El público aplaude y yo me sumo y silbo como un loco. Mis drugos también chiflan. Morocca, rebuznando como el truhan que es. Los percusionistas frenan un poco y Zahrah, Okorie y sus padres se toman un respiro. Se trasladan a la mesa de honor: Zahrah y Okorie se sientan en sus tronos dorados, mientras que sus padres hacen lo propio en los sillones de madera pulida que hay tras ellos.

Morocca señala a un hombre.

—¿Ves al negrata ese con traje de marca? ¿Al lado del padre de Okorie?

—Sí —contesto.

—Ese fue a Europa por el Sáhara. No era nadie antes de irse y ahora es diseñador para la Volkswagen.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Segurísimo, bro.

Fatima está sentada en la segunda fila de la mesa de honor y luce un bonito vestido de seda. A su lado está Nicholas Oti. Va bastante despampanante en su agbada. Le susurra algo a Fatima al oído y ella ríe tímidamente. Le coge la mano y la aprieta. Ella no la aparta.

Me pregunto cómo ha conseguido que lo inviten; es más, cómo ha conseguido un sitio en la mesa de honor. Es probable que conozca a Zahrah. El tipo es bastante famoso, ha ganado varias medallas de oro en competiciones de ámbito nacional y ha publicado una colección de poemas. Ojalá yo pudiera acercarme a la mesa, cortarle la mano al muy gilipollas, meterle en la boca un puñado de milpiés para borrar su irritante risa y arrancarle la agbada de un tirón para prenderle fuego.

El MC se pone de pie y le da las gracias a todo el mundo por animar a la pareja en su baile introductorio.

—Para que la unión entre Zahrah Omowero Suleiman y Okorie Mark Osondu comience con buen pie, es necesario ofrecerles primero algunas nueces de cola a los ancestros e invitarles a que derramen sus bendiciones sobre los novios —explica por el micro—. Para hacer los honores, invito a Ronke Adewale-Johnson, ayudante de la sacerdotisa, a encabezar la apertura de las nueces de cola y la posterior libación.

El público jalea mientras una mujer con gafas y buba se acerca y toma el micro. La he visto un par de veces con Zahrah. Es profesora de Antropología en la Universidad de Lagos y presidenta del área sur del movimiento anifuturista. Un cámara que ha estado grabando el baile y al MC sigue a Ronke y pasea el objetivo por las caras de la

multitud. Lleva logos de YouTube, Twitter y Facebook en la cámara. La boda se está emitiendo en directo para los fans de Zahrah de todo el mundo.

El público se pone en pie. Ronke cierra los ojos y reza en yoruba, hausa, igbo y ososo, invoca a los ancestros para que se alcen y bendigan a Zahrah y Okorie, que les muestren a todos los congregados la trascendencia del amor.

En el momento en que decimos amén en diferentes lenguas se oye un estruendo de sirenas. Todos volvemos la mirada hacia la entrada, en dirección a la ciudad.

Pasa un minuto. El sonido cada vez está más cerca. Se abren las puertas de golpe. Una docena de policías con rifle, de la fuerza móvil, entra en tropel en el compound.

—¡De rodillas todo el mundo! ¡Vamos! —ordenan.

—Tumbaos.

—Tumbaos rápido.

—La cara en el suelo.

—Oya. ¡La cara al suelo!

—¡Venga!

Un hombre intenta escapar pero suena un tiro al aire. El tipo se frena en seco y se tumba con la cara pegada al suelo. Los niños chillan, las mujeres braman. Uno de los polis le arranca la cámara al tipo que estaba grabando y la estrella contra el suelo. El aparato se hace añicos. Mis drugos y yo nos tumbamos en cero coma; el suelo retumba con las pisadas de las botas policiales. Todo el mundo está en el suelo: Zahrah, Fatima, el MC con su micro…

Los polis agarran a Okorie y le ponen las esposas. Lo insultan, lo llaman traidor y terrorista. Zahrah les implora por favor por favor como si fueran sus dioses.

—Por favor, dejadlo, por favor, señor. Se lo ruego. ¡No ha hecho nada malo! ¡Es inocente!

No le hacen caso. Es terrible oír a Zahrah tan desvalida;

precisamente ella, que es la mujer más valiente del mundo, la misma profesora que le ordenó al hermano Magnus que me arreara doce latigazos.

Uno de los polis le da un bofetón a Okorie. Zahrah chilla como si se lo hubieran encajado a ella.

—¿Te crees que puedes venir a atacar nuestro país? Tenías que haberte quedado en el extranjero, imbécil. ¿A qué has venido aquí? Lo único que haces es darnos trabajo extra —le espeta el policía.

—¿Qué he hecho mal? —pregunta Okorie.

—Cierra la boca, hombre, o te la cerramos nosotros.

—Míralo, si habla como un oyinbo.

Los padres de Okorie les ruegan a los policías que suelten a su hijo.

—Cállese, oga. Silencio, señora. Túmbense.

—Ni se os ocurra tocar a mis padres.

—¿Nos estás amenazando?

—¿Qué vas a hacer si los tocamos?

—Lleváoslo.

Se llevan a Okorie. Ni las máscaras ni los antiguos espíritus ancestrales acuden a salvar a su anfitrión. Ellos también están de rodillas, aunque quizá sean demasiado grandes para pegar la cara al suelo como nosotros.

Uno de los policías silba y le pregunta a su oficial qué hacen con los chicos.

—¿Por qué me preguntas por ellos? ¿Es que no te acuerdas de las órdenes que has recibido? Arréstalos a todos.

Los policías empiezan a arrastrar a los hombres tumbados en el suelo. Abofetean a uno de los percusionistas, que se resiste, le patean la boca con las botas. Un chorro de sangre aterriza en el suelo.

Pasan los minutos y se llevan a una docena de hombres.

—¿Qué hacemos con estos, señor?

—Os he dicho que os los llevéis a todos. ¿Cómo vamos a saber si no quién es quién?

Me levantan a rastras del suelo. Me dan un bofetón en la cara, en la cabeza, me golpean con la porra en el culo. Me sujetan las manos detrás de la espalda y aprietan el aro de metal caliente. Un poli con una cicatriz gruesa en el pescuezo me lleva hasta la salida tirándome del cuello de la camisa. Oigo a Morocca aullar y protestar detrás de mí, oigo las botas al golpear su cuerpo.

15

Andy. Andy. Despierta.

¿*Qué pasa, bro*?

Es mamá.

¿*Qué le pasa*?

Levántate, hombre. Haz algo.

¿*Qué tengo que hacer*?

Lo que sea. Reza. Hazlo por ella.

Yo ya no sé cómo se hace eso.

¿*Qué estás diciendo de que no sabes cómo se reza*?

Ydna, ¿es que no ves que estoy en esta mierda de celda oscura o qué?

Ya, pero…

Me están comiendo las ratas, colega.

Pero deberías…

Me están comiendo los dedos de los pies, de las manos, ¡hasta los párpados! Llevo días sin ver el sol. ¡¿Hay cagadas por todos lados y me estás diciendo que rece?!

¿*Quieres a mamá*?

¿*Qué*?

¿*La quieres*?

¡*Pues claro que la quiero*!

Entonces tienes que rezar.

…

Andy, va.

…

Andy, por favor.

He cometido un montón de pecados.

Va, haz algo. Reza.

Estoy harto de rezar.

¿*Ah, sí*?

Sí.

¿*Por qué*?

Porque Dios no está.

Sí que está.

Te digo que no.

¡*Que sí que está*!

¡Que no! Está viejo, cansado, jubilado.

…

HXVX *está al mando ahora.*

Haz algo, Andy.

…

Di esta oración nada más.

…

Solo esta. Por ella.

…

¡*Venga ya, Andy*!

Llegan unos policías con linternas y nos sacan fuera a rastras a Slim y a mí. Luz del sol. Como un puñetazo. Nos tiran al suelo como si fuéramos trapos. Me cubro los ojos, por todos lados explotan fuegos artificiales y en mis oídos y mi cerebro me apuñalan ruidos sibilantes. El suelo es hielo que me carcome la piel desnuda. El más mínimo estremecimiento duele, me clava alfileres en el cuello, la espalda, las pantorrillas. Me enrosco como un diminuto milpiés, como lo hacen sus mil pies. Los policías se ríen de nosotros. Jajajaja. Se ríen de mí. Jajajajaja. Se creen que me hago el muerto. No saben que la muerte es más fácil.

—Míralos, si parecen cangrejos —dice uno.

—Y dem no visto nada aún sef.

—Mumu niños.

—Idiotas.

Abro los ojos. Dos policías transportan a Morocca en una camilla por un pasillo que conduce a la salida. No gime ni se mueve, pero parece que respira. Le dieron un palizón de muerte y, en todo el tiempo que hemos estado encerrados en este inmenso vacío húmedo y oscuro, Slim y yo no hemos conseguido sacarle ni una palabra. O se estaba quejando o estaba roncando, o las dos cosas a la vez.

Un policía se acerca a nosotros con nuestra ropa y zapatos. Nos los lanza y nos dice que nos vistamos rápido. Me miro las manos, los brazos, los pies. Tengo costras y marcas de bocados por todos lados. De ratas, de cucarachas, de porras.

¿De verdad han pasado dos días? ¿O han sido tres?

Slim y yo acabamos de vestirnos y nos llevan a rastras hasta el mostrador delantero. Al otro lado de la reja, sentados en un banco, están tío William y Zahrah. Se levantan en cuanto nos ven. Tío William lleva una sotana negra y una cruz con cadena de oro, le rodea la cintura una faja púrpura. Busco a Fatima con la mirada, pero no está. No sé por qué me había imaginado que vendría y su dolor al verme tan hecho polvo.

El policía del mostrador nos entrega a Slim y a mí sendos papeles y bolis para firmarlos. Yo empiezo a leer el mío, pero el tipo me espeta que firme y punto. Obedezco. El poli abre la reja y dice que podemos irnos.

—You boys da gracia a vuestro Dios por padre William. Si no es por padre vais todos a cárcel. ¿Una tink que you venís a de capital y quemar edificio de Gobierno? —nos regaña.

Zahrah nos abraza primero, llora sin hacer ruido, luego lo hace tío William. Huele tanto a mamá que casi me parece que la estoy abrazando a ella.

Él me seca los ojos con su pañuelo. Es muy amable el tío Guillermo, mi Conquistador. Ojalá hubiera estado presente en mi vida. Y cuando pienso en Fatima, en su ausencia, se me vuelven a humedecer los ojos.

Salimos todos juntos al sol demencial. Me arden los ojos y la sangre me retumba en las sienes. Nadie abre la boca. ¿Y qué íbamos a decir? Ellos saben que no estamos bien.

Ataca a diestro y siniestro el estruendo de coches y triciclos que se acercan por la carretera. Los polis que están sentados en los bancos bajo los árboles nos señalan. Los viandantes se detienen y se quedan mirando los cuernos y rabos que tenemos Slim y yo y que no han dejado de crecer desde el momento de nuestro arresto. Los policías tienen razón. Somos cangrejos. Somos presas de caza. Debería usarlo en el poema sobre Ydna. Lo empecé a escribir ayer.

Caminamos hasta un Range Rover negro estacionado en el aparcamiento. El conductor baja del automóvil, abre la puerta del copiloto para el monseñor y la de atrás para el resto. Nos dirigimos a la salida, esperamos a que el tráfico sea menos denso y nos adentramos con un giro en la carretera.

Tío William se vuelve hacia mí.

—¿Tienes hambre, Andrew?

Niego con la cabeza.

Le pregunta a Slim, que susurra «no, gracias».

—¿No queréis al menos algo de beber?

Negamos con la cabeza.

Mi tío suspira.

La carretera es lisa y, a ambos lados, los altos hierbajos se van apoderando de edificios sin terminar y postes de la luz caídos. De vez en cuando, el chófer adelanta con destreza algún vehículo compacto o semitráiler. La ventanilla subida y el aire acondicionado impiden que entre el humo pesado de los tubos de escape de estos últimos junto con el calor y el polvo.

Tío William se gira otra vez.

—Andrew, tienes que comer algo, nos queda un largo viaje por delante. Salimos para Kontagora en cuanto dejemos a Zahrah y a tu amigo.

—¿Por qué?

—Por tu madre. Está muy grave y la van a operar esta tarde. Elizabeth dice que ha estado preguntando por ti.

El coche empieza a oler a ratas muertas, a un montón de excrementos, a un montón de excrementos de rata muerta. Se apodera de mí una náusea terrible. Todo quiere salir de mí a borbotones. Me abalanzo hacia la ventanilla, pero llego tarde. Rocío el asiento y la puerta de babas.

Salimos del coche. Tía Lizzy nos está esperando fuera de la clínica. Dice que la operación comenzará dentro de una hora y nos pide que la sigamos hasta la consulta del doctor para que nos informe.

El cielo está negro y denso, pero no llueve. El viento pasa silbando a nuestro lado, levanta bolsas de plástico y papel, le columpia la faja a tío William y le levanta la esclavina, que le cubre la cara. Resplandor de relámpago. Otro. Ambos como la Maldición de la espalda de mamá. Si llueve hoy, será la primera vez que lo haga desde los disturbios, la primera en ocho semanas, el punto final a la sequía durante la temporada de lluvias. A lo mejor lo único que hace falta para apaciguar los cielos es la operación de mamá. Una gota de su sangre y, a continuación, una tormenta.

Estamos en la clínica Hamdala: un edificio en dos módulos color crema reconvertido en centro médico. En la recepción: ancianos sentados en una silla que miran embobados una pantalla de plasma; algunos contemplan las nubes a través de la ventana. En los pasillos: luz de fluorescentes; enfermeras de blanco entrando y saliendo de puertas; gente sudorosa en los bancos, con gesto de dolor, el ceño fruncido o reclinada con los ojos cerrados y una expresión de tristeza y desamparo en el rostro. Tía Lizzy y el

presbítero Paschal trajeron a mamá a esta clínica después de que el doctor Rapha no consiguiera dar con un diagnóstico que explicara el dolor recurrente de mamá. La Hamdala es el centro médico más reciente y caro de la ciudad. El doctor Farouk, que estudió en Ghana, lo fundó hace tres años. Es el primer centro médico de cuantos he visitado que no apesta a desinfectante e inyecciones. A lo mejor no los huelo porque el olor acre de mamá ya copa el aire y mis sentidos están ávidos de verla, de recibir su aroma a rancio, de tocar los huecos de sus hoyuelos.

Tía Lizzy se detiene ante la puerta y gira el pomo. El doctor no está, así que nos sentamos a esperar.

Tía Lizzy ha cambiado mucho. Se ha esfumado el brillo de su piel de zarzamora, se ha quedado en los huesos y se le marcan las venas, su mirada es distante, como si estuviera observando criaturas al acecho procedentes de otras dimensiones. Huele a que no se ha duchado desde hace semanas.

Oímos a un hombre y una mujer rogando en el pasillo por que caiga la lluvia de una vez, dicen que ya están cansados del calor y del hambre y que Alá debería perdonarnos por nuestras transgresiones.

Una joven enfermera entra y nos comunica que el doctor no tardará en atendernos. Se queda mirando un instante al tío William, sorprendida de ver a alguien con ese atuendo aquí, y acto seguido le entrega un documento a tía Lizzy.

—Es la factura.

Tía Lizzy dice que vale, que después de hablar con el doctor irá a un cajero. La enfermera le da las gracias y se marcha.

Me pregunto de dónde está sacando el dinero para el tratamiento de mamá. ¿Del presbítero Paschal, quizá?

—Gracias, tía.

Me dirige una mirada distante.

—¿Gracias por qué?

—Por todo lo que has hecho por mamá.

Su mirada sigue distante. Es como si no me oyera. Repito lo que he dicho. Empiezo a sentirme culpable pese a haberla llamado todos los días desde que me fui (¡salvo los días en la celda esa llena de gusanos!) y que ella me dijera todas las veces que mamá estaba bien, que estaba mejorando.

—Te he oído la primera vez —aclara mirando la factura—. No me lo agradezcas a mí, sino a tu tío. Es él quien se ha estado ocupando de tu madre.

Él sonríe un poco y aparta la mirada mientras se rasca el pescuezo.

Le doy las gracias. Gracias, tío. Él se limita a asentir con la cabeza, como el dechado de modestia que es.

Me cae genial mi tío Guillermo el Conquistador. Es muy leído. Nos hemos pasado la mayor parte del viaje hablando de las grandes preguntas: por qué hay algo en lugar de nada; por qué se dan estas leyes de la física y no otras (por ejemplo, por qué la velocidad de la luz es $3 \times 10^8\ ms^{-1}$ y la constante de Avogadro, $6{,}022 \times 10^{23}\ mol^{-1}$). Hasta hemos hablado de la paradoja del hotel infinito de Hilbert y de la de Fermi. Me ha sorprendido que no mencionara a Dios ni empleara ninguna explicación teológica en toda la conversación. Es muy enrollado además. Por ejemplo, sabe quién es Taylor Swift y es fan de Lady Gaga. ¡Imagínate! De Gaga afirma que es la artista musical más creativa y talentosa del momento. Quería decirle que no estoy de acuerdo, pero he decidido callarme porque es muy enrollado. Llegando a Kontagora le he preguntado por *Las penas del joven Werther*, que destacaba en su estantería dedicada a filosofía y teología.

—Ah, un amigo de Alemania me lo regaló cuando estudiaba el doctorado allí —me ha explicado riendo.

¡Casi me muero de la envidia! Da asco lo guay que es: ha vivido en el país natal de Beethoven, Einstein y Lutero, el país que ha

producido el idioma de Kafka. Según él, *Werther* es una novela epistolar sobre un amor no correspondido: va de un pintor enamorado hasta las trancas de la prometida de un hombre poderoso de clase alta. Al no conseguir convencerla de que se case con él, el joven se pega un tiro. Tío William dice que es un buen libro; que, si bien él piensa que *Los Buddenbrook* es la mejor novela jamás escrita en alemán, siempre vuelve a *Werther*. De hecho, escribió un artículo sobre la novela que está entre sus favoritos de cuantos ha escrito sobre investigación teológica.

Una mosca juguetea cerca de la cara de tía Lizzy como si quisiera poner a prueba su paciencia. Ella no hace nada, se limita a mirar. Fuera, el viento aúlla más fuerte, los árboles chillan agónicos, pero sigue sin caer ni una gota.

Entra el doctor. Tío William y yo nos levantamos para saludarlo. Tía Lizzy se queda sentada mirando la nada.

Tío William estrecha la mano del doctor y explica que es el hermano gemelo de mamá.

—Es un placer conocerle, señor. —El doctor se vuelve hacia mí y añade—: Tú debes de ser su hijo.

—Sí, señor. Me llamo Andrew.

—Encantado de conocerte, Andrew.

Me observa a través de sus gafas. Parece demasiado delgado para ser doctor.

Nos sentamos y el tipo le da unos sorbos a una infusión que guarda en una pequeña petaca negra. Carraspea.

—La verdad es que hemos hecho muchas pruebas. Creemos saber cuál es el problema, pero hay muchas otras cosas que ignoramos. Todas ellas están en manos de Alá.

Nos explica que su equipo ha encontrado un par de agujas quirúrgicas enterradas en la columna de mamá. Al parecer, han lacerado e infectado la duramadre y otros tejidos. El incidente se produjo durante la última cirugía, aunque son cosas que suceden de

vez en cuando, eso de que se quede olvidado algún que otro objeto dentro de los pacientes. Parece ser que mamá tiene una hemorragia interna y que hay coágulos de sangre en la zona. Es un milagro que siga viva. Nos pide que recemos, que él es uno de esos doctores que combina en su práctica medicina y espiritualidad, y nos dice que el caso de mamá es muy complicado.

—Diría que solo hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que la operación salga bien. Me temo que es así de complicada.

Tía Lizzy se pone en pie y se tapa la cara con las manos. Al salir de la habitación, se da un golpe en la cabeza con el marco de la puerta. No se queja ni vuelve la vista.

Tío William suspira profundamente.

—Doctor, haga todo lo que esté en su mano, por el amor de Dios.

—Esa es nuestra intención.

Quiero llorar.

Quiero llorar.

Quiero llorar.

Pero no puedo.

Tío William y yo nos ponemos en pie, el doctor toca una campanita y le dice a la enfermera que nos lleve hasta la paciente. La seguimos hasta una amplia habitación donde está mi madre tumbada de lado. Tiene los ojos cerrados y la mano conectada a un gotero. Está sudando, pero se aprecia en su rostro una ligera sonrisa. Al acercarme, me doy cuenta de que tío William se ha quedado junto a la puerta.

Saco mi pañuelo blanco del bolsillo y le seco la cara.

Me siento mejor. Ahora está más limpia. Más fresca. Más joven. A ella le gusta que le diga que parece joven. Esbozará una amplia sonrisa que le marcará los hoyuelos y parecerá joven de verdad.

Ahora su sonrisa es más evidente al estar libre de manchas y del peso del sudor.

Abre los ojos.

—Andrew mè.

Muero.

—Mamá.

—Andrew mè.

Me hago añicos por dentro.

—Mamá.

—Andrew mè.

—¿Cómo estás, mamá?

—¿Cómo estás tú, Andrew mè?

Le pongo la mano en el hombro. Está resbaladizo, pero le gusta. Respira más profundamente. Mi palma absorbe su sudor, lo transfiere a mi cuerpo. Me vienen imágenes de los dos haciendo castillos de arena después de la lluvia y sus hoyuelos atrapándome.

No tiene mal aspecto para estar a punto de someterse a una operación. A diferencia de tía Lizzy, no da la impresión de que haya perdido peso. Solo se aprecia cansancio en los ojos, un cansancio de TODO.

Abre los ojos aún más.

—¿Quién hay en la puerta?

Intenta levantar el cuello, incorporarse, pero no puede. Se queja.

—Andrew mè, ¿no te estoy hablando?

Vuelvo la cabeza para mirarlo antes de responderle. Tienen tanto en común: la barbilla, los labios, los ojos. Hasta resulta gracioso.

—Es tío William.

—No es verdad.

—Sí que es él.

Ella levanta el cuello, se esfuerza por verlo de reojo, se queja. Lo ve.

Grita.

Fuerte.

—Vete de aquí —le ordena en ososo—. Fuera.

Una enfermera entra corriendo en la habitación.

—¿Qué pasa?

—¡Fuera!

—Váyase.

—¡Ki vèrà!

—¡Ma choro mi minẹ!

—¿Qué ocurre? —le pregunta suplicante la enfermera a mamá.

Tío William sale de la habitación. Mamá se calma de inmediato y se vuelve a apoyar en la almohada, agotada.

—¿Por qué grita? —me pregunta la enfermera.

No digo nada. La enfermera nos mira a los dos un momento y sale.

—Dime la verdad. ¿Ha sido Elizabeth la que te ha hablado de él?

—È, mamá.

Rechina los dientes.

—Hay que ver esa chica… Esa chica…

Si pudiera usar las piernas, apartaría de una patada la sábana que la tiene atrapada y saldría como un cohete a darle su merecido a tía Lizzy por traicionarla.

Me pregunta por la boda de Zahrah. Le digo que no llegó a celebrarse, que la policía arrestó a Okorie. No le cuento lo de mi arresto ni los días en la fría y húmeda celda.

—Ay, este país… —se queja.

Acerco una silla. Le cojo la mano. Huelo su aroma a rancio.

—¿Has rezado por mí?

Quiero mentirle, decirle «he estado rezando todo el rato por ti, mamá». Pero no puedo hacerlo cuando está ahí tumbada delante de mí como si fuera un bebé. Miro el reloj de la pared de enfrente: son las 2:43.

—Así que no has rezado por mí, ¿eh, Andrew mè? ¿Y por qué no?

Me quedo mirando el suelo de terrazo. Quiero fundirme con él y convertirme en la hormiga que merodea por mi pie.

—¿Por qué?

—Lo siento, mamá.

—¿Lo sientes?

Silencio.

—¿Qué planes tienes entonces? —pregunta.

—¿Qué?

—Tus planes.

—No te entiendo.

—Andrew mè, yo no soy una cobarde. No me miento a mí misma. Yo sé que se acabó, que hasta aquí he llegado.

—¡No, mamá, no!

—¿Por qué gritas?

—¡Todo va a salir bien, mamá!

—Deja de gritar.

—¡Te pondrás bien, volverás a andar! ¡Todo esto pasará!

—Te he dicho que dejes de gritar. Cállate.

Se hace un silencio lleno de gritos sin pronunciar. Fuera, los árboles gritan por nosotros, las ramas giran. La de un árbol hijo se extiende hasta su árbol madre. Ella lo aparta.

Unos minutos más tarde, tía Lizzy entra en la habitación arrastrando los pies. Mamá abre los ojos y le pide que llame a William. «Vale», contesta tía Lizzy, que me explica que está a punto de ir al banco y me encarga que cuide de mamá durante su ausencia. Me incorporo en la silla y asiento. Se marcha.

Tío William entra con la mirada gacha. Qué castrado se le ve a mi eminente, colosal y enrollado tío Guillermo el Conquistador. Me gustaría poder cogerle la mano y unirla a la de ella. Ser el superhéroe. Poner fin a lo que sea que ocurriera entre ellos. Sin

embargo, soy débil, como siempre. Un saco de carne. Solo me convierto en superhéroe cuando hay mechones rubios de por medio, cuando se trata de escupirle a esta tierra.

Durante un minuto que se hace eterno, nadie dice una palabra.

Entonces tío William se pone de rodillas. Se inclina hasta tocar el suelo con la frente. Permanece mucho rato en esa postura, como si ejecutara alguna parte solemne de la liturgia.

Mamá ni se inmuta. De hecho, parece que el gesto la cabrea, como si fuera un numerito que le ha visto hacer muchísimas veces.

Fuera, una telaraña de relámpagos. El árbol madre vuelve a apartar a su hijo y procede a apartar al hermano gemelo también.

—Andrew mè, debes perdonar a las personas hagan lo que hagan. Incluso si te quitan la vida, debes perdonar. Eso es lo que nos enseña el Señor. Pero mírame a mí. Yo no soy como todo el mundo. Mi vida no ha sido nunca como la de los demás. Parecía que me estaba ahogando todo el rato. No creas que soy malvada, pero a él no lo voy a poder perdonar nunca. Ya puede hacer lo que quiera, hasta arrastrar una montaña entera colgada del cuello, no lo pienso perdonar. No puedo. —Él levanta la cabeza, aún arrodillado, y se quedan mirando el uno al otro. Se dirige a él—: Solo hay un favor que te quiero pedir. Ni siquiera sé si se le puede llamar favor. Es fácil. Cuida de Andrew por mí.

—Lo haré. Lo haremos los dos, tú y yo, por la gracia de Dios —promete tío William.

Se pone en pie y se dirige a la puerta.

—Siempre te he querido preguntar una cosa. ¿Cómo está Luisa? ¿Cuántos años tiene ya?

Él se queda de piedra.

—Murió hace seis años —responde.

—Vaya, lo siento.

Él no responde. Sale de la habitación y cierra la puerta sin hacer ruido.

Ella cierra los ojos y se rasca la piel que rodea la aguja.

—¿Quién es Luisa? —pregunto.

Mamá gime. Le pregunto si está bien y me doy cuenta al segundo de lo tonta que es mi pregunta. Ni que decir tiene que no me contesta. Cambiará de tema, como de costumbre.

—Luisa es su hija. Era su hija. Nació cuando él estaba estudiando en Alemania.

—¿En serio? Yo pensaba que ya era sacerdote entonces.

—Y lo era.

—¿En serio?

—Era una preciosidad. Tenía el pelo largo y ondulado.

—¿Dorado? ¿Tenía el pelo dorado?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Vienen tres enfermeras vestidas de verde a recoger a mamá. Le quitan la aguja del gotero y la colocan en una camilla con ruedas. Aunque no hay nada que limpiar, saco el pañuelo y se lo vuelvo a pasar por la cara. Lo hago dándole unos ligeros toquecitos. «Qué llevas en el bolsillo», me pregunta. «Ah, no es nada. El móvil», le digo. Quiere decir algo más pero se contiene. Se la llevan. Cuando vuelvo a meter el pañuelo en el bolsillo, me doy cuenta de que asoman algunos mechones rubio platino: mis finas, relucientes y onduladas mentirijillas.

Salgo de la clínica. Está oscuro y nublado y sopla mucho viento, pero sigue sin llover. En la acera de enfrente hay un quiosco iluminado con led y atendido por un señor. Han pasado cuatro horas desde que mamá entró en el quirófano. No hay nada oficial todavía, pero parece que todo va bien. Las enfermeras que han salido del quirófano dicen que todo está saliendo según lo previsto.

Me ruge el estómago. Cruzo la polvorienta carretera en dirección al quiosco para comprar una barrita digestiva y una
Coca-Cola.

Cuando me dispongo a irme, el quiosquero me dice que me olvido

del cambio. «Na gode», le agradezco y me meto el dinero en el bolsillo. El viento transporta un trozo de papel que me da en toda la cara. El viento hace ruidos extraños, suena a anciana un momento y a bebé un instante después.

Desgarro el envoltorio y me meto la barrita en la boca. Parece lija. Mastico un poco pero pierdo por completo el apetito. Abro la lata de refresco, quizá un poco de azúcar engañe a mi lengua para que deje de hacer el tonto. Le doy un trago. Sin novedad. Me entran ganas de vomitar.

Un relámpago cegador. Otro. Un trueno como una bomba.

Sigo sin creerme lo que me ha contado mamá sobre el tío William. Doy unas cuantas vueltas intentando esbozar todas las variables posibles de la ecuación, pero me rodea un enjambre de pensamientos que me observan y giran la cara cuando les devuelvo la mirada.

Suena el móvil. Es una videollamada de Eileen. Llega en el momento perfecto.

—Hola, Eileen —contesto mientras me acerco el móvil a la cara y me pongo los auriculares.

Está guapa, como siempre. Piel marmórea, ojos verde prado, melena rubia platino recogida en un moño bien hecho. Está sentada en la cama, apoyada en una almohada.

—¡Hey, Andy!

—Me alegro de verte, cariad.

—¿Acabas de hablar en galés?

—¡Sí!

—¡Bravo! Cambiando de tema, llevo unos días intentando dar contigo. Te he mandado unos veinte mensajes y no me has contestado ninguno.

—Lo siento muchísimo. Estos días han sido una locura.

—¿Dónde estás? No te veo bien. No te preocupes, no pasa nada. ¿Ha sido eso un trueno?

—Sí.

Le explico que estoy a la salida de una clínica, que están operando a mamá pero que parece que todo va bien.

—Vaya, lo siento. Espero que todo salga bien.

—Sí, yo también. —Otro truenaco—. No te lo vas a creer, Eileen, pero estos días han sido una locura máxima.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te has enterado de que la policía irrumpió en la boda de Zahrah y arrestaron a su prometido y también a mis amigos y a mí?

—¡¿Qué?!

Le explico que he pasado tres noches enteras en una oscura celda de mierda y que me daban sobras para comer. No deja de pedirme que se lo repita todo porque no puede creerse mi película de ciencia ficción.

—No sabes cómo lo siento, Andy. Ay, Dios, cómo odio que pasen estas cosas aquí. ¿Tú por qué crees que es?

—No lo sé, la verdad. No tengo ni idea, Eilinda.

—¿Me acabas de llamar «Eilinda»?

—Sí.

Se ríe.

—Muy gracioso. Me gusta. En fin, me alegro mucho de que hayamos podido hablar.

—Sí, yo también.

—Guay.

—Te echo mucho de menos, Eilinda.

—¿De verdad?

—No he podido pensar en otra cosa.

—Vaya. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Mmmmm… Nada, nada. Olvídalo.

—Va, dímelo.

—Es que…

—No te cortes. No te doy miedo, ¿no?

Se ríe.

—Vale, va. ¿Sabes que anoche soñé contigo?

—¿En serio?

Me cuesta creerla.

—Sí, más o menos.

—¿Estás segura?

—Uy, sí, y tan segura.

Entonces, ¿por qué esas dudas para decirme que ha soñado conmigo? ¿Y a qué viene el «más o menos»? Intento imaginármela soñando conmigo. Todos los pasos: su cabeza en la almohada, los ojos cerrados, su paisaje onírico… Aun así, es una fantasía, todavía más de ciencia ficción que mi arresto. Se supone que una chica como ella no sueña con un tío como yo.

—Has dicho que me echas de menos. Espero verte antes de dejar Níger, entonces.

—Sí. Te echo de menos más que a ninguna otra cosa.

Me avergüenzo al instante y deseo poder rebobinar y corregir lo que he dicho. ¿Cómo puedo decir algo semejante mientras tienen a mi madre abierta con un fórceps? Como si hubiera llegado a sus oídos mi traición, el cielo libera por fin la lluvia.

manan
del
cielo
agujas

enviadas
para
atravesarme

—¿Sabes qué? —tercio mientras busco cobijo retirándome hasta

un lado del quiosco—. No he dejado de oler tu piel todo el rato.

—¿En serio?

—Sí. Tu olor me despierta todos los días.

Y la vuelvo a oler. En la lluvia. En la tierra mezclada con lluvia.

—Vaya. ¿Y a qué huele?

—Como a dátiles. Y a almendras.

La lluvia es cada vez más torrencial, son agujas de cristal que buscan el tejido sediento que llevan evitando tanto tiempo.

Una figura emerge del porche de la clínica. Es tío William. Mira a izquierda y derecha a través de la lluvia. Me ve junto al quiosco. Hace un gesto con la mano. Quiere que vaya. Ven, Andy. ¿Está sonriendo?

—Vaya. No sé qué decir —dice Eileen.

—Perdona. Te vuelvo a llamar pronto.

—Vale.

Cuelgo y me meto el móvil y los auriculares en el bolsillo. Cruzo la calle mojándome para encontrarme con el tío William.

—Ehe'o, tío —saludo.

Él se acerca con el rostro inexpresivo. Me abraza. Qué raro. Me abraza muy fuerte. Susurra. Dice algo. Algo que no debería atreverse a decir.

—Andrew. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

—¿El qué?

—Lo siento.

—¿El qué, tío? Dímelo.

—Tu madre. Se ha ido. —Le tiembla el cuerpo. Como el relámpago sobre nuestras cabezas—. Andrew, ¿me has oído? ¿Te quieres sentar? Oye, ¿quieres sentarte? ¿Te traigo algo? Andrew, ¿quieres verla? ¿Por qué no te sientas? Está en el pabellón. Ahí mismo.

Lo aparto de un empujón y corro hacia la clínica. Una mujer chilla tirada en el suelo. Lanza patadas al aire. Sacude los brazos sin

pelear contra nadie. Se tira del pelo, se araña los ojos. A su alrededor se han congregado hombres y mujeres. No la tocan, no la ayudan. Al acercarme, veo que es tía Lizzy.

Corro a la habitación. Sobre la cama yace una figura humana. Una sábana blanca la cubre de la cabeza a los pies. Un dedo del pie asoma por fuera. Su dedo, mi dedo.

Retiro la sábana.

Eres tú, mami.

Tus hoyuelos han desaparecido.

Para siempre.

—Está durmiendo, nada más —digo. Le sacudo el hombro—. Mamá, mamá, despierta.

No me oye.

Le doy una palmada en el hombro. Levanto el brazo. Lo suelto. Cae.

Le abro la boca y los ojos con los dedos. No los vuelve a cerrar.

Le sacudo el cuello. Muy fuerte. Súper fuerte.

Se despierta. Me dice que la deje en paz. Que le vuelva a cerrar la boca y los ojos. Que le cubra todo el cuerpo con la sábana. Que le tape los dedos de los pies también.

La gente que merodea por el barrio ríe grita bala rebuzna. A los cielos. A Alá. Por la lluvia.

16

Las 5 batallas y misterios de ydna

(I)
Observas cómo lavan a tu madre.
Le restriegan las fosas nasales.
Por detrás de las orejas.
Las clavículas.
El pecho.
Los negros senos.

Las burbujas del jabón.
Cada una un aliento.
Ninguna la despierta.

(II)
En el patio trasero de casa de la abuela dos hombres cavan.
No los habías visto antes.
Su sudor se derrama sobre la tierra, que huele a fresca.
Cavan más y más profundo.
Más profundo. Más profundo. Más profundo.
Les dices parad. ¡Parad!
Cavan más y más profundo.
Más profundo. Más profundo. Más profundo.
Es la hora.
Los dos hombres saltan al hoyo.
El hoyo se los traga.
Otros dos hombres les pasan la caja desde arriba.
Parad, les ordenas. Abridla. Tengo que verla por última vez.

No te oyen.

¿Estáis sordos?, preguntas. Tengo que verla por última vez.

Y entonces te das cuenta de que acabas de decir

«última».

Es la hora.

Están todos esperando a que lances tu puñado de tierra.

Venga, te dicen.

Te da miedo tirarlo y fallar.

Venga, te dicen. Tíralo. No vas a fallar.

Si no aciertas, ella lo entenderá.

Sabe que todavía no eres un hombre.

Tú tíralo. Tíralo…

(III)

Por la noche el tío William entra en la habitación.

—Tengo que decirte una cosa.

—¿El qué? —preguntas.

—Espero que puedas perdonarme.

—¿El qué?

Y te dice las tres palabras.

Te abalanzas sobre él.

Le abofeteas la cara.

Le das puñetazos en la mandíbula y el pecho.

Le arrancas los botones de la camisa.

Él se pone de rodillas. La frente contra el suelo. Te pide que lo perdones.

Quieres perforar sus enormes ojos con los dedos.

Quieres arrancarle la negra piel con las uñas.

Quieres sacarle el corazón y morderlo un millón de veces.

—Soy tu padre. Soy tu padre.

Esas tres palabras. Contienen el infinito sobre su eje.

Esas tres palabras. Pese a su dimensión planetaria, solo es posible pronunciarlas susurrando.

(IV)

y así es como se crea la espada de fuego de ydna,
que vuela sobre céfiro, la gran ave negra, hasta null island,
describe siete círculos en siete noches
y los dioses antiguos emergen del viento,
adikoriko, amadioha, anansi y ala,
ogun y osun y osai y odun,
y también los nuevos dioses,
mansa musa, haile selassie, jaja de opobo, ken saro-wiwa,
e ydna les grita
ahora o nunca, ahora o nunca,
no me voy hasta que sea ahora,
y saro-wiwa le entrega la espada
y musa la convierte en oro
y amadioha vuelve el cielo cristal
y una llama se incrusta en la espada
y su belleza es cegadora
y adikoriko y anansi y ala
y ogun y osai y odun
y selassie y opobo
soplan vientos que salen de sus bocas
y la llama se vuelve un millón de fuegos

y osun le dice a ydna
te hemos dado todo lo que has pedido
ahora debes apresurarte
ahora no debes rezagarte
ahora debes vencer para nosotros,
e ydna da vueltas en el cielo cubierto de fuego
y pone rumbo al kilimanjaro
para luchar contra el dios hxvx

(V)
ydna da vueltas por el kilimanjaro
setenta y cinco veces
grita al cielo
hxvx, hxvx
me debes una batalla
muestra tu ser planetario ante mí
te convoco con la espada de fuego
de los dioses, con sus alientos
y su sangre, sus suspiros
y su sudor

y
ninguna de las setenta y cinco veces
hxvx aparece

PARTE I
La oración en el huerto

Teorema: El producto de una permutación impar y otra par es impar.

17

Nueve días han pasado.

Y TODO está completo.

la arena
    completa

mis ojos
    completos

Es gracioso. Este montículo de arena. ¿Cómo puede yacer debajo un ser humano completo? ¿Y mucho menos tú?

Estoy de pie junto a su arena. Está llena de sus hoyuelos. Los veo. Por todas partes. Dentro de unas semanas, la abuela y los hermanos y hermanas de mamá alisarán el montículo y lo cubrirán con cemento. De momento prefieren contemplarla tal cual en el patio trasero. Sacia las ansias que las fotos de ella no son capaces de satisfacer.

Han colgado una en la entrada de la casa de dos plantas del bisabuelo y han dejado apoyada otra grande en el suelo de la sala de estar. A ella la querían enterrar allí, pero ya estaba lleno. Me preguntaron dónde prefería que la pusieran, si en el patio de delante o en el de atrás, pese a que ambos lugares están cada vez más llenos. Les pedí que la pusieran junto a Ydna. «¿Quién es Ydna?», dijeron. «Es mi hermano mayor, el que se marchó antes de llegar yo», contesté. «¿Te refieres a El Sin Nombre? ¿El del patio de atrás? Nosotros lo llamamos El Sin Nombre. No queríamos ponerle ninguno para que tu madre pasara página, pero no nos hizo caso. Dijo que era el primero que salía de ella siendo algo más que un chorro de sangre. Que era alguien, que era suyo. "¿Cómo podéis

decir que no debería tener nombre?”. Así que decidimos llamarlo El Sin Nombre».

Estoy de pie junto a tu arena, El Sin Nombre, mi Sin Nombre, mi Ydna. Me sorprende que seas tan pequeño. No eres más que un bloque diminuto de cemento junto a nuestra mamá. Deberías haberte quedado más tiempo hasta hacerte tan grande como ella.

Hay una foto enmarcada de mamá en la pared del patio de atrás. Está más joven, se le marcan mucho los hoyuelos y se le ve el hueco entre los dientes. Se la hizo el día que me compró la bicicleta, un año antes de empezar yo a ver películas de superhéroes, un año antes de que Ydna se marchara.

Vuelvo a él, a EL SIN NOMBRE, escrito en el cemento, al año justo debajo. Solo uno, los demás tienen dos. Desde que mamá se fue he estado gritando tu nombre, Ydna, sin parar, pero no recibo por respuesta más que silencio. Por mucho que lo intente, ya no siento su presencia concéntrica a mi alrededor ni su aliento ondulante bajo mi piel. Solo hay vacío. Como si él hubiera estado sobreviviendo con la sangre de ella y no con la mía. Como si él y yo no fuéramos Lo Mismo.

La abuela sale de la casa. Lleva un wrapper negro con el cuello y la parte superior del pecho descubiertos. Llevamos nueve días vestidos de luto, desde que colocaron aquí a mamá. Por las similitudes entre la abuela y ella —el tono de piel, la voz, el olor a rancio—, mis sentidos me confunden y me hacen creer que es ella. Hasta la he llamado mamá unas cuantas veces, anoche de madrugada, por ejemplo, cuando entró en mi habitación con una lamparita de queroseno diciendo que estaba gritando en sueños. Me miró la lengua y dijo que estaba sangrando. Fuimos a la planta de abajo y me dio un poco de agua para que me enjuagara la boca y algunas hierbas para masticar. Justo antes de que entrara en la habitación, yo estaba comiendo eba y egusi con mamá e Ydna. Nos estábamos riendo y mamá se jactaba de que podía echarnos una

carrera y ganarnos a los dos, sobre todo a mí, que corro como un pato. Ydna se reía de mí haciendo el ganso y tiró su cuenco de sopa.

La abuela no lleva su bastón. Es un móvil lo que trae en la mano. Va dando sonoros chancletazos, que a mis oídos suenan al metal de unas campanas. Últimamente todo es demasiado ruidoso, brillante y nebuloso.

—Andrew. —No respondo—. Tu tío está al teléfono. Quiere hablar contigo. Tu tío William.

Ni me inmuto.

Me lo vuelve a repetir. Su voz es una versión más suave de la de mamá.

—No quiero hablar con él.

—Por favor.

—No.

—Por favor, Andrew mè.

—No.

Cuelga el teléfono y se acerca arrastrando los pies. Lleva su mano hasta mi cara y me seca los ojos. ¿Es que he estado llorando?

Se une a mí en la contemplación de mamá. Y de Ydna.

—Andrew.

—¿É, nyo?

—Sé que es duro. Lo más duro para ti ahora mismo. Pero tienes que intentar perdonarlo. —No digo nada—. Tienes que aceptarlo. Sea lo que sea que sientas por él no cambia quién es para ti. No cambia quién es de verdad. Es una buena persona. En la vida se cometen errores. El mundo es como es por los errores.

Una hormiga negra está trepando por mamá. Quiero matarla, hacerla pedazos y quemarla.

—Andrew, ¿por qué no sales? —prosigue—. Sal, por favor. Visita el Centro Turístico. Haz algo con tus amigos. ¿Crees que a tu madre le gustaría verte así? ¿Ver que te pasas todo el rato junto a su tumba? A lo mejor ya es hora de taparla con cemento. Por favor,

déjala descansar. Se lo ha ganado.

Se mete a toda prisa en la casa. Ya me ha dado la misma charla unas diez veces.

Ahora ya son tres las hormigas negras que merodean sobre mamá. A lo mejor no tienen mala intención. A lo mejor quieren llevarle un mensaje de mi parte. A lo mejor mamá me está hablando a través de ellas. ¿Qué será lo que dice?

Tras tantos años de llevarlo encerrado a cal y canto en el pecho, el secreto de mamá se ha vuelto de dominio semipúblico. La abuela, tía Lizzy y tío Odafe lo saben. Hasta Zahrah lo sabe: el tío William es el mismo diablo.

Aquella noche me rogó que lo perdonara, me dijo que me amaba y que quería formar parte de mi vida. Que todo había sido una equivocación, una gigantesca equivocación. No sé qué quería que le perdonara. ¿La vergüenza y la Maldición eternas que ha hecho caer sobre mí? ¿No haber estado presente? No supe qué hacer. Solo quería matarlo allí mismo, postrado ante mí. Quería denunciarlo al nuncio y los arzobispos antes de que lo ordenen obispo de Sokoto. Al mismo tiempo quería abrazarlo, apoyar la cabeza en su pecho y besarle la mejilla. Acabé cogiendo el móvil y saliendo fuera, a la noche oscura y fresca. Me quedé escuchando el chirrido de los insectos. Sus voces transportan a menudo los Suspiros de mamá y transmiten palabras que ella no pudo decir. Mi tío se marchó de Ososo al día siguiente y no lo he vuelto a ver. ¿Cómo es posible que la vida inutilice tu mayor deseo en cuanto lo consigues?

En efecto, tío Guillermo el Conquistador es el diablo, el agente de la Maldición, de HXVX. Se acerca a mamá con apariencia de sanación, de medicina, y promete rescatarla de sus abusivos maridos, ayudarla a empezar de cero. Sin embargo, resulta ser él quien causa la Maldición, igual que el padre de Fatima, quien hace que sea aún peor, y todo con sus propias manos, con su condenada polla. Igual que el padre McMahon, se pone sus vestiduras y sonríe,

pero nos vuelve a unos contra otros y causa disturbios, la herida de mamá, su silla de ruedas, su montículo de arena y su Maldición. Me permuta a mí en el vientre de mamá, me hace Andy en lugar de Ydna, me inocula el deseo por las rubias, la carga de la Maldición. (Pista: *Maldición – l – n + e = Medicina*).

Zahrah sale al patio y me ve junto a mamá. Lleva un top rojo y una falda negra. El pelo recogido en un moño, sin franjas rojas.

—Hola, Andy —me saluda. Estos días no añade «África».

—Tía Zahrah.

Me coge de la mano y me aparta de mamá, me lleva hasta una roca entre un bananero y un papayo pasando por delante de otras tumbas de cemento. Nos sentamos. Saca una barrita de chocolate del bolso. La parte en dos y me da el trozo más grande.

—No, gracias —le digo.

—Insisto.

Cojo el chocolate y le doy vueltas en la mano. En Kontagora se hubiera puesto pegajoso del calor. En cambio, Ososo es mucho más fresco, el sol es menos cruel a causa de las colinas y las rocas sobre las que se asienta la ciudad.

Ella le da un bocado a su trozo. Percibo el destello de un anillo de casada.

—¿Qué tal estás, Andy?

—Bien. Estoy bien.

En el compound de al lado hay una cabra enana sobre una roca elevada. Lleva un yugo con forma de a y nos mira mientras regurgita su comida. Las cabras de Ososo son superescaladoras; hasta el Everest pueden subir, estoy convencido. La cabra observa el barrio, busca algo. ¿Qué será? ¿Qué cree saber? Bala y se baja de la roca.

—¿Has hecho algo estos días? —pregunta Zahrah.

—La verdad es que no mucho.

—¿No estás escribiendo ni nada?

—Una cosilla nada más.

—Cuéntame.

—Un poema.

—¿De qué trata?

—De la batalla final.

Se me queda mirando fijamente.

—¿Qué batalla final?

Le suelto ese mantra infalible de todo poeta:

—Creo que es demasiado pronto para hablar de él.

Me vuelvo a acordar de Ydna. Y del tío William, papá William. Nunca llegaré a comprender lo que mamá tuvo que pasar por mí. Debía de irse cada noche a la cama pensando que se le había olvidado, que se había liberado de su gemelo. Pero, por la mañana, en el mismo momento de verme, debía de revivirlo todo: las manos de él sobre su cuerpo, agarrándola, sus movimientos al echarle la maldición. Como si fueran serpientes, los recuerdos se reavivarían siseando, enroscándose y picando, pues yo era la prueba que demostraba la existencia de su gemelo: mi cara era su cara; mi sonrisa, la de él, la misma que esbozaba mientras hacía caer sobre ella la maldición. Cada día debió de ser una muerte por ahogo. Y yo la hundía más cada vez que me quejaba de su cocina o le preguntaba por mi papá. Tuvo cuatro maridos y ninguno pudo darle un hijo. Sucedió cuando él —cura, diablo y hermano gemelo— se aprovechó de ella, entonces me tuvo.

Zahrah me mira y suspira.

—Andy, no puedes pasarte todo el tiempo aquí con tu madre. Tienes toda una vida superinteresante por delante. —No digo nada —. Entiendo un poco cómo te sientes, de verdad que sí. —No, no lo entiendes, tía Zahrah—. Es lo mismo que me llevó al Sáhara hace tres años. La pérdida. Perder lo que amaba por encima de todo, perder lo que había salido de mis entrañas. Irme es lo único que pude hacer para evitar hacerme daño a mí misma. Mi otro yo, mi

Ydna, me salvó. Me envió al desierto para encontrarme. En serio, Andy, te pondrás bien. Eres muy fuerte para tu edad. Muy fuerte, incluso más que yo. Creo en ti.

Pero mi Ydna me ha abandonado. ¿O soy yo quien lo ha abandonado a él?

A lo mejor tiene razón, a lo mejor es con el anifuturismo con lo que puede derrotarse HXVX. Pero ¿cómo? Estoy seguro de que ni la propia Zahrah lo sabe. Si lo supiera, HXVX sería cosa del pasado.

—Gracias —le digo.

—No me lo agradezcas.

La abuela sale al patio, con el bastón esta vez. Echa un vistazo alrededor. Ve lo que anda buscando, una tomatera que crece bajo un naranjo. La observa. Arranca un fruto maduro. Vuelve a entrar en la casa.

—Llevas un anillo de casada.

—Sí, ¿ahora te das cuenta?

—Sí.

—¿En serio? Ya lo has visto varias veces, Andy. Hace diez días que lo llevo. Okorie y yo celebramos una pequeña ceremonia en la cárcel, justo antes de venir para acá.

Le dedico una sonrisa forzada.

—Me parece genial. Felicidades.

—Gracias.

El Gobierno aún no ha liberado a Okorie. Aseguran que es el cerebro, con el apoyo de operaciones europeas encubiertas, detrás de las protestas y del vandalismo en Abuya, que tienen como objetivo desestabilizar el Gobierno del actual presidente. Que fue él quien enseñó a los estudiantes a fabricar lanzallamas y rifles y explosivos de alta potencia. El Gobierno ha congelado todas sus cuentas, incluso la británica, y requisado sus coches. También están intentando quitarle la casa, que Zahrah y su abogado luchan por conservar. El Gobierno no deja de posponer la vista judicial

esgrimiendo razones de seguridad.

—Me alegro mucho por los dos —añado.

—Gracias, Andy África —dice dándome un codazo.

Sonrío. No sé por qué, pero es la primera vez que no me cabrea el nombre.

—En fin, ¿cómo está tu novia blanca, Eileen? —pregunta.

En el compound de al lado, la cabra se ha vuelto a encaramar a la roca. Junto a ella, mamá e Ydna se cogen de la mano y me miran.

—Está bien.

—Si te soy sincera, Andy, aún me sorprende. En serio.

No digo nada. Ya sé lo que sigue.

—¿Por qué ella, Andy? Y tú precisamente. No lo entiendo. ¿Por qué no Fatee?

Miro el suelo, cojo una hoja de papayo caída y la clavo en la oscura tierra. Vuelve a caer.

—A lo mejor el continente sí que es una simulación, como dices tú. Así todo tendría sentido, ¿no? —añade—. Cambiando de tema, he venido a hablar del monseñor William. Elizabeth me ha dicho que te estás planteando denunciarlo a su arzobispo y detener su ordenación. —Escudriña mi cara—. No estoy aquí para pedirte que te lo pienses mejor. Solo quiero decirte que aceptes quién eres. Tu suerte. Tu destino.

Fatima sale al patio vestida con una abaya blanca. Viene hacia nosotros, sus pies lucen bonitos en las sandalias. Se dirige a mí.

—Hola Andy, ¿te importa que me una a vosotros?

—En absoluto.

Durante estos últimos nueve días nuestra amistad ha sido así así la mayor parte del tiempo: solo conversamos de cosas banales como las rocas, las colinas y los bosques de Ososo y de lo diferentes que son en comparación con la sabana de Kontagora. Pese a todo, me siento muy agradecido de que esté aquí.

A última hora de la tarde se presentan mis drugos y me sacan a

rastras de la casa. A tomar un poco el aire, dicen. A hacer un poco de turismo.

—Ososo es una pasada, Werdna —opina Slim.

—Ya te digo, es un parque de atracciones natural, ¿es o no? —coincide Morocca.

Me detengo un momento y me vuelvo a contemplar la casa. Esa legendaria casa de dos plantas del bisabuelo repleta de tumbas. La rodean otros edificios iguales: cubos perfectos, altos y grises con los tejados oxidados. El yeso gris cubre la arcilla roja, la paja, las piedras y las filas de madera de akpakpa, algunas de las cuales sobresalen de las paredes. Las formas perfectas y los materiales ingeniosos confieren una extraña belleza a los edificios, que parecen la artesanía de una civilización antigua y futurista, excelentes muestras de anifuturismo. Mira por dónde, parezco Zahrah.

Las rocas y las colinas de diversos tamaños y formas salpican el barrio y las vistas lejanas: son ciclópeas rocas graníticas que se superponen como dinosaurios juguetones; bloques de veinte plantas con narices que apuntan al cielo como naves espaciales en el momento del despegue; colinas abovedadas con las caras lisas y rayadas como el hábitat de unos extraterrestres que se han quedado aquí tirados. Dondequiera que mires, domina el verde sobre gris.

Tía Lizzy se asoma a su ventana, en la planta de arriba. Me ve. Saluda con la mano. Le devuelvo el saludo.

—Ososo es una pasada total, colega —repite Slim—. Es en plan magia por todos lados.

—¿*El Señor de los Anillos*? —pregunta Morocca.

—*El Señor de los Anillos* multiplicado por diez.

—Gracias, Bros —les digo.

—Sí, es la hostia de guapa —añade Morocca.

Le clavo una mirada asesina con ganas de azotarle el culo plano por decir palabrotas. Nada de palabrotas en mi ciudad natal, por favor. Un durag le cubre la cabeza y aún lleva la escayola en el

cuello.

—¿Nos piramos o qué?

—¿Adónde vamos?

—¿Al Centro Turístico?

—Guay. Patience y Fatee fueron con Zahrah y volvieron flipando como jirafas —cuenta Morocca.

—Relájate, Señor de Arena, que mientes más que hablas, pedazo de negrata. ¿Desde cuándo flipan las jirafas? —le reprende Slim.

—Eso es lo de menos, tarugo. Es una metáfora.

—Sé perfectamente lo que es una metáfora, paleto.

—Cierra el pico, tirillas. Soy un forjador de metáforas.

Nos reímos.

—Un momento, Bros. Hace tiempo que no veo a Patience —comento.

—¿Y por qué lo dices? Ya te lo explicamos cuando preguntaste la última vez. ¿Cuándo fue? ¿Ayer? Se ha ido al este a ver a sus viejos.

—¿En serio?

—Joder, si te lo dijo ella misma el día antes de irse.

—Vaya, supongo que no estaba prestando atención…

Se me quedan mirando un rato para asegurarse de que mis dos orejas siguen intactas. Saben que nunca se me olvida nada. Llevo un tiempo corriendo en un mundo sin sol. Esta es la primera vez que veo el cielo y los árboles del exterior.

Proseguimos nuestro camino en silencio. Subimos por una carretera que conduce al mercado. Pasamos por delante de mujeres con jofainas en la cabeza cargadas de verduras, yuca y garri amarillo. Pasan motos con doble silenciador que truenan al subir las cuestas. Pasamos por delante de cabras con las patas enanas y yugos de madera con forma de a al cuello. Por delante de garitos de bebidas con sombrillas de la multinacional de las telecomunicaciones MTN, sillas de plástico y altavoces con

estridente música makossa, donde pasan el rato tipos sentados con las piernas cruzadas y chicas que hacen *twerking* como Nicki Minaj.

Nos paramos en una rotonda para contemplar las estatuas de dos chicas desnudas. Tienen los pechos como conos de helado. Adornan sus cuellos ristras de abalorios y llevan el cuerpo teñido de sándalo rojo. Tía Lizzy las llama «oviko» y dice que representan el ritual de madurez en el que participan todas las chicas de Ososo durante los primeros años de adolescencia. La historia cuenta que hace cientos de años una bruja poderosa hizo caer sobre las mujeres de Ososo la maldición de la infertilidad y que ahora las chicas deben someterse a esta limpieza ante el temor de convertirse en esposas sin hijos. En una semana he visto una docena de chicas oviko. Llevan wrappers, abalorios y sándalo rojo y se pasan el día sentadas en taburetes altos delante de sus casas con un bastón en la mano. No desempeñan ninguna tarea, les preparan comidas copiosas y las tratan como a reinas. Sus familiares y amigos les regalan dinero, zapatos o wrappers caros. Muchas de las chicas son bastante tímidas y les desagrada que las mires fijamente. Transcurrida una semana, se limpian y regresan a su estado anterior de *Homo sapiens* tras haber ganado un kilo o dos. Lo gracioso es que, pese a que la iglesia de tía Lizzy lo considera una práctica pagana, ella no lo ve así. A lo mejor es porque se juegan mucho (¿infertilidad de por vida?). Me pregunto una cosa: si yo fuera chica, ¿me habría traído mamá a Ososo para el ritual o me hubiera condenado a la infertilidad eterna en el norte?

Ascendemos por rocas y pequeñas colinas, cruzamos una carretera de tierra y llegamos a los escalones de cemento. Suben en espiral rodeando rocas gigantescas hasta desembocar en el Centro Turístico, construido hace décadas por unos pavos colonos que querían escapar del sol, el polvo y el bullicio. Arrancamos la larga ascensión mirando a un lado y a otro las enormes bellezas ígneas perfectamente esculpidas y apiladas como por obra de alguna forma

de vida extraterrestre. Contemplamos las áreas de césped, las vidas diminutas que se arrastran o revolotean por ellas.

—¿Los escalones estos no se acaban nunca o qué? —protesta Slim.

—Sigue andando, quejica —le ordena Morocca—. Que cuando te toqueteas el lápiz ese que tienes por picha no quieres parar.

Ascendemos un minuto más y llegamos a la cima, una planicie desde la que se puede contemplar la maravilla gris y verde que es Ososo. Muy a lo lejos brillan bajo el sol fragmentos plateados. Son los tejados de ciudades lejanas —puede que Makeke u Okene—, rodeadas de un verde cambiante. Nos quedamos allí de pie observando un rato.

—Joder —exclamamos al unísono.

—Joder —repite Morocca.

—Nos tenemos que montar tres putas tiendas de campaña aquí, colega —sugiere Slim—. Una para ti, otra para mí y otra para el pichafloja de Morocca.

Sonrío.

—Ya te digo.

Morocca empieza de pronto a dar brincos y a gritar.

—¡Heeeey yo, negratas de Okene! ¿Me oís? ¡Aquí Morocca, bro, el Señor de Arena!

—¿Estás chalado o qué?

—¿Se te ha soltado un tornillo o qué te pasa?

Dos chicas que están detrás de nosotros se están partiendo de la risa. Son más o menos de nuestra edad, van con mallas y chaqueta vaquera y se están comiendo un helado. Se ríen de Morocca, que les clava una mirada asesina, pero ellas no paran.

—¿Por qué intentas sonar a yanqui? —le pregunta la más alta.

—Porque no lo consigues, que lo sepas —añade la otra.

—¡A la puta mierda las dos! ¿Qué coño os importa, zorras? —les espeta Morocca.

Se quedan las dos de piedra y con el helado atragantado. Susurran algo por lo bajini y se van al bungaló que hay en el Centro. Se suman a un grupo de unos doce chavales que beben cerveza o Maltina acurrucados en sillas de plástico. Mis drugos y yo sacamos los móviles y hacemos selfis y fotos de las vistas sustasombrosas de palmeras, árboles frutales y rocas. Le hacemos fotos a Oruku, el monolito más alto de Ososo, además de unas cuantas selfis con él de fondo.

Caminamos hasta el Centro, apartamos las cortinas de cuentas y entramos en el bar. En los altavoces retumba
P-Square;
estatuillas desnudas llenan las paredes. Compramos en el mostrador pollo frito y bebidas: Slim, una Guinness; Morocca, una Heineken, y yo, una Schweppes. Saco la cartera y pago. Desde que gané el concurso tengo varias veces más pasta que mis dos drugos juntos. Salimos y nos sentamos en sillas de plástico con las piernas cruzadas a comernos nuestro pollo frito marinado y darles sorbos a nuestras bebidas heladas. «Mmmmmm», nos regocijamos. Las chicas nos miran, sobre todo el par que se estaba riendo de Morocca hace un rato. Me vienen imágenes de mamá e Ydna. Intento no mirarlas.

Morocca dice que ojalá hubiera sido más amable con las chicas. En ese caso hubiera conseguido sus números y por la noche habría saboreado un poco de coño húmedo de Ososo. Le dedico una mirada asesina. Se ríe.

—Te gusta proteger a tus chicas, ¿eh? —me dice.

—Así es —contesto.

—Oye, Andy, ¿qué onda con Eileen? —interviene Slim.

—Está bien.

—Guay.

—Se va de Níger con sus padres ya mismo. Se largan de esta pocilga para siempre.

—Qué pena.

—Sí.

—Aunque tenemos pensado vernos antes de que se vaya.

—¿Piensa volver aquí a Naija?

—No.

—¿Vas a ir tú a Níger a verla? —pregunta Morocca.

—Pues sí.

—¿Podemos ir contigo? Estaría guapo ver el desierto.

—Pues claro que podéis.

—¿Cuándo te vas?

—La semana que viene. El lunes o así. Primero tengo que parar en Sokoto para visitar al gemelo de mamá. No sé por qué, pero quiero verlo. Lo han nombrado obispo de Sokoto. Lo ordenarán allí el martes que viene. Sokoto está cerca de Niamey, donde está Eileen, así que no será muy complicado.

—Perfecto.

—Buen plan.

Una vez más, mamá e Ydna me miran. Intento con todas mis fuerzas no devolverles la mirada. Alejo a base de parpadeos sus inexpresivos rostros.

Pese a haber estado rodeado de gente desde que mamá se fue, me ha venido acompañando una extraña sensación de desmembramiento, como un tronco despojado de ramas u hojas. Y ahora lo veo TODO claramente: este no es mi sitio. No lo es Ososo y muchísimo menos Kontagora, una ciudad que se ha convertido en un estercolero. La noche que mamá se fue hubo unos disturbios gravísimos. Algunas personas de nuestra iglesia murieron asesinadas, entre ellas, Mai Gemu y Oga Oliver. De hecho, saquearon y quemaron nuestra escuela y una de las tiendas de colchones del padre de Morocca. Una turba le pegó una paliza a Wisdom, el ex de Slim, por estar «poseído» y «amar a chicos». Los médicos todavía lo están remendando en el hospital. Ayer, Slim nos contó que tenía miedo de regresar a casa por si le hacen lo mismo

que a Wisdom. Me doy cuenta de que llevo varios días tan hundido con lo de mamá que no me he enfrentado a las recientes Penurias de mis drugos.

Vemos a las chicas de Morocca sacar el móvil, hacerse selfis poniendo labios de pato y fotografiar árboles, colinas y las ciudades a lo lejos.

De repente me invade una enorme tristeza.

Les cuento a mis drugos que aquí todo es pura fachada: las rocas, las colinas y el verde mágico. Es todo una máscara, una obstrucción de lo que es esta tierra en realidad, de aquello en lo que se ha convertido: un lugar de oración donde hay que pedirle al cielo que nos proporcione comida, electricidad, buenas carreteras y hospitales en funcionamiento, donde mamá muere por tener unas agujas en la espalda.

—Aunque digamos que Ososo es un oasis porque es chula, sigue sin valer la pena vivir en este desierto. Y no es un oasis, bro. Que no os engañen los rollos estos. Padece la misma Maldición que el resto de la pocilga —razono.

Durante unos instantes, divago sobre los disturbios de KNT, los atracadores que atacaron camino de Abuya, las protestas, la malograda boda de Zahrah y nuestro paso por la fría y húmeda celda. Le recuerdo a Morocca lo de la tienda arrasada de su padre y a Slim lo de su ex incapacitado. Hablo y hablo mientras me seco los ojos con las mangas. Les digo cómo TODO está peor ahora en comparación a cuando éramos pequeños, y que empeorará de manera exponencial a medida que nos hagamos mayores.

—Estamos condenados. Todos —añade Slim.

—No tenemos futuro, colega —protesta Morocca.

—Exacto. Ninguno de los que estamos en este país, en esta tierra.

—Ojalá fuéramos Okey. Me encantaría que fuéramos él —reconoce Slim.

—Ya te digo.

Hablamos de la vida de Okey, de cómo será por siempre jamás lo contrario de las nuestras. Slim cuenta que le entran sudores nocturnos desde que le dieron la paliza a Wisdom. Si viviera en el extranjero, no tendría que estar vigilante todo el rato. Morocca habla de Serena, de que no quiere que tenga la misma vida que ha conocido él. Dice que, si se fuera al extranjero, en menos que canta un gallo tendría un contrato discográfico.

—Tenemos que hablar con El Hombre —les digo—. Al fin y al cabo vamos a estar en Níger.

—Sí, sí, eso —coinciden los Bros.

—De hecho, ¿por qué no lo llamamos ahora mismo?

Saco el móvil y marco su número.

El teléfono suena medio minuto, pero no descuelga. Vuelvo a llamar. No hay respuesta. Llamo, llamo y vuelvo a llamar hasta que lo coge. Hablamos en hausa. Dice que no hace negocios por teléfono, que si queremos hablar con él tenemos que ir a Niamey y encontrarnos con él, así sabrá que vamos en serio y que no somos polis o algo por el estilo. Cuelga antes de que me dé tiempo de replicar.

—Pues nos encontraremos con él en Níger entonces —les comunico a los Bros—. A lo mejor todo cuadra y nos largamos de esta pocilga.

—Sí, sí, sí —replican.

Es una noche estrellada con la luna en cuarto creciente. Estamos fuera, sentados en círculo, mis drugos, Fatima, Zahrah, decenas de primos, tíos canosos, tías parlanchinas o suspirantes, la abuela y yo. Hay una ausencia notable: el hermano gemelo de mamá, mi padre, pero nadie quiere hablar de ello. Como un animal atrapado, nos grita a los pocos que lo sabemos, pero elegimos mirar para otro lado y charlar de otras cosas. Una bombilla nos ilumina desde un poste cercano. Unos metros más allá retumba un tembloroso generador

que intenta despegar. Nos hemos reunido para homenajear a mamá, compartir historias suyas, bailar y decirle adiós.

Hace nueve días no conocía a casi ninguna de estas personas. Mamá nos conecta a todos y también se encuentra entre nosotros. Su enorme foto enmarcada ocupa el centro apoyada en un taburete. La luz del poste se le refleja en el hoyuelo.

La tía Omotayo empieza a cantar. Todos —excepto Fatima, mis drugos y yo— se saben la canción. Hacen palmas y entonan un canto lento y grave. Habla de la maternidad, aunque hay muchas palabras que no entiendo. En cuanto llegué a Ososo aquella tarde con mamá tumbada en la parte de atrás del autobús me di cuenta de que mi ososo es diferente al que se habla aquí; el de ellos es más duro, tiene más capas y es más poético que el que me enseñó mamá, que es una lengua más corrompida, repleta de palabras y expresiones en hausa. Por ejemplo, le pedí a la abuela «ashana» para encender mi candil y no me entendió. Tuve que decirle «cerillas» en inglés. Fue bastante vergonzoso. Aun así, la abuela se quedó muy sorprendida y emocionada por el hecho de que mamá me hubiera enseñado ososo a pesar de todo.

Cuando pienso en lo que hizo mamá, lo de esconderme en el norte para ocultar su secreto, alejado de toda esta gente, no sé si perdonarla o culparla. Ella creyó que me estaba protegiendo, pero ¿acaso no se protegía a sí misma?

La abuela me contó que, justo antes de nacer yo, mamá le contó en privado quién era mi verdadero padre. Ella no la creyó porque, en su opinión, William era el hijo más intachable del mundo. Para asegurarse, le preguntó a William y él lo negó todo rotundamente y logró convencerla de que aquello no era cierto. Mamá no tardó en romper cualquier vínculo con la familia. Los demás pensaron que la hostilidad de mamá hacia ellos (y hacia William en particular) se debía a la amargura que ella había albergado desde siempre por no haber tenido la oportunidad de estudiar de la que sí gozó él. En

consecuencia, cuando Kelani acudió a la abuela afirmando ser mi papá, resultó más fácil creer su mentira que la verdad de mamá. Así pues, la abuela acudió a Kontagora con la intención de presionar a mamá para que nos presentara a Kelani y a mí. Al no conseguirlo, escribió la carta. Sin embargo ahora se odia por lo ocurrido y se reprocha no haber creído a su valiente hija.

—Todos los días intento no odiar a William. Lo hago por ti, Andrew. Yo sé que las equivocaciones suceden. También me alegra que tú seas el resultado de esta.

Tío TJ y dos chicos traen cajas de cerveza y Coca-Colas y Fantas de la casa. Las colocan delante de la foto de mamá como si le pidieran que se fije en cuánto estamos celebrando su vida y que no pase sed allí donde esté. Un chico va arrastrando los pies hasta el centro con un bidón de plástico en la cabeza. Otro lo ayuda a bajarlo. Contiene ato, el licor de Ososo hecho a base de sorgo fermentado. Un olor fuerte y empalagoso inunda el aire. Otro chico trae sacos de calabazas y los coloca en el suelo junto al bidón. Algunas tías y primas se levantan y comienzan a repartir las bebidas. A mí me sirven el primero. Cojo una Coca-Cola y una prima que lleva el abridor me ayuda con la chapa. Me quedo con la botella en la mano, incapaz de beber, la lengua me sabe a madera.

La tía Omotayo se coloca en el centro y nos habla de mamá. De cómo la solía ayudar con sus deberes de la escuela y, años más tarde, con sus hijos. Nos cuenta que, cada vez que mamá sufría un aborto, ella le decía que no perdiera la esperanza y que lo volviera a intentar, que algún día tendría un hijo que la enterraría. Me mira y sonríe con dulzura. Tía Lizzy aúlla de dolor. Tía Lizzy la huesuda. Tira su Fanta y se cae de la silla. Una prima se acuclilla a su lado y le susurra que no pasa nada, que mamá está en un lugar mejor.

Varios parientes que no conozco se ponen en pie para hablar de mamá y vuelven a contar la historia de que ella les pagó la escuela a sus hijos o les dejó un dinero que no pudieron devolverle o les dio unos consejos que les cambiaron la vida. Tía Lizzy rompe en sollozos tras cada historia. Qué mujer. Cualquiera diría que es la que más echa de menos a mamá. Sus Penas me Apenan aún más. Me recuerdan que todo aquí está Maldito y la razón para largarme cuanto antes.

Tía Omotayo me pregunta si quiero decir algo. Me muevo en mi asiento y derramo la
Coca-Cola,
es mi libación para mamá.

—No —rehúso sacudiendo la cabeza.

Mi tía invita entonces a la abuela a pronunciar el discurso final.

—Gloria es la más fuerte de mis ocho hijos. —Carraspea—. Es la persona más fuerte que he conocido nunca. A pesar de todo lo que le ha pasado es una madre para todas las madres. No era perfecta, eso seguro. Pero mirad sus imperfecciones hoy. Se han convertido en su legado. Se han convertido en cosas extraordinarias. Debo confesar que, a pesar de mis empeños, le fallé como madre. No llegué a conocerla de verdad. Día tras día su mayor dolor me miraba a la cara y yo no pude verlo, o no quise. Me llevaré a la tumba el dolor sangrante de mi fracaso por no creerla, por no conocerla. Cuando una madre no conoce de verdad a su criatura, el vínculo que comparten es un tallo seco. No tiene pulso. No hay propósito. No hay pasión. Se vuelve incapaz de participar de verdad en su vida. Cada aliento de la madre es inútil. El tiempo se vuelve insustancial, irrelevante, un reloj sin manecillas. Aunque ella y su criatura vivan eternamente, cada segundo será inútil, una pieza desechada. Llevo nueve días triste. No solo porque Gloria se ha ido, sino porque he fracasado a la hora de conocerla, de participar en su corta vida y de compartir su dolor.

Se nos queda mirando un minuto sin vernos. A continuación, coge su bastón y abandona la reunión camino de casa.

Llega la hora del baile, de despedir a mamá. Me piden que me coloque en el centro y todos comienzan a cantar, a hacer palmas y dar zapatazos. Me piden que mueva el cuerpo, que cante fuerte para que mamá me oiga. Están cantando la canción que la abuela incluyó en su carta.

Ọmọ e werọ
Abi shi sugar
Osono yiwọ
Aki kunọ yin ugi
Oghọghọ ọgbọ kpọ sé

No sé cómo bailar ni por dónde empezar. Miro a mamá, que me sonríe en su foto. Todos los ojos están posados en mí. Todas las bocas cantan, las manos tocan palmas y los pies golpean el suelo.

Levanto la mirada hacia la luna.

A sus cráteres, sus hoyuelos.

Me guiña un ojo.

Oye los gritos que no pronuncio.

Se hace eco de mi Pena.

18

Kontagora está llena de sombras: de árboles, de hierbajos, del Ejército patrullando en Humvees y de tanques. Cada día marcha gente del sur. Recogen sus sofás, sus esteras y sus ollas y los cargan en semitráileres con los que regresan a toda velocidad al lugar del que vinieron hace décadas. La única diferencia es que las carreteras ahora están peor y las pieles, más acartonadas, escamosas y flácidas. Las décadas de sudor y sangre, de soportar burlas por ser ososo o igbo, de adorar cruces de madera e iconos de plástico han dado pocos frutos.

Estoy de pie en la puerta de la casa de Zahrah, nuestra antigua casa, viendo a una familia igbo recoger sus cosas. En los últimos disturbios perdieron sus tiendas de piezas de recambio y a dos de sus hijos, gemelos. De vez en cuando, el padre y la madre miran al cielo con la esperanza de que la lluvia no interrumpa su mudanza.

No ha dejado de llover a cántaros desde que mamá se fue. La ciudad está tan castigada y llena de edificios derribados y agua estancada que desprende un ligero olor a pescado. De hecho, hay gente que asegura haber visto pequeños peces y cangrejos cayendo del cielo la noche que murió mamá.

Esa misma noche, cuando salíamos camino de Ososo con su cuerpo, los cristianos lanzaron su ataque de represalia. Entraron a la fuerza en la Mezquita Central, en Ungwan Nasarawa, empuñando pistolas y machetes. Sin embargo, los musulmanes, alertados por un cristiano que afirmaba ser discípulo de la doctrina de Jesús de poner la otra mejilla, los estaban esperando. El enfrentamiento no duró más de diez minutos, tras los cuales los musulmanes no tenían más que unos rasguños. La policía se pasó después a recoger las dos docenas de torsos sin cabeza y cabezas sin torso. A continuación, los

musulmanes fueron a Lagos Road y quemaron kilómetros de tiendas propiedad de cristianos y todas las iglesias importantes de la ciudad, incluyendo nuestra catedral. Por suerte, el padre McMahon se encontraba en Níger visitando a los padres de Eileen, tras lo cual se marchó finalmente a Great Yarmouth.

El hombre les grita a sus hijas veinteañeras. Les dice que se den prisa, que no pueden cogerlo todo, que deben salir antes de mediodía para llegar a Onitsha mañana por la mañana. Se percibe un tono de impotencia en su voz. Es muy probable que sienta un gran desprecio hacia sí mismo. Ha vivido todas estas décadas, durante las que ha trabajado duro y ha albergado esperanzas, y al llegar a la mediana edad comprueba que no ha podido acumular más que una banalidad: que el fracaso es la parada final de todas las vidas.

Por eso tengo que marcharme de este estercolero de ciudad, de esta pocilga de continente. Mamá era la única llama que iluminaba su oscuridad. Ahora ella no está y se ha llevado a Ydna consigo. Y pronto Eileen, lo único Real, también desaparecerá. Si no me voy, no habrá descanso. Solo remordimientos de por vida, y eso será lo que me lleve a la soga.

Vuelvo a la casa y sigo haciendo mis maletas. Echo un par de libros en mi bolsa y la cierro.

Mis drugos y yo vamos a salir esta mañana camino de Niamey. Cuando lleguemos mañana quedaré con Eileen y, después, con El Hombre. Si por alguna razón no pudiéramos marcharnos de esta pocilga, espero visitar esta casa una última vez para recoger las cosas de mamá y mudarme a Abuya con Zahrah. Ha insistido en que me vaya con ella, dice que aquí en Kontagora no me queda nada. Fatima ya está viviendo con ella y, si voy yo también, quién sabe qué pasará entre nosotros. A lo mejor nos enamoramos por fin; a lo mejor nos convertimos en enemigos acérrimos. En cualquier caso, nos presentaremos a los exámenes del WAEC y la JAMB [6] el año que

viene y nos matricularemos en una de las universidades mierdosas de este país para acabar siendo como tía Zahrah o el hermano Magnus o el presbítero Paschal.

Cuando termino de hacer la mochila, saco el mechón rubio platino, lo acaricio y me lo acerco a la nariz. Aún huele a fresco, a Eilinda. No le dedico a la casa ni una mirada de despedida. No miro el cuadro del tamaño del *Guernica* de África en el año *2xyz* ni las estatuillas frikis ni las fórmulas del suelo. Cierro la puerta con llave y paso por delante de la familia de mudanzas con la brújula apuntando a la casa de Morocca. Un Humvee del Ejército se acerca. Salgo de la carretera de un salto —por poco no me caigo a la cuneta — y espero a que pase. No tengo ni putas ganas de que me vuelvan a arrestar.

En casa de Morocca, Patience insiste en que Serena y ella tienen que venir con nosotros. Despotrica unos cuantos minutos, asegura que está harta de esta ciudad muerta. Además, ¿es que se le ha olvidado a Morocca que ella es la madre de la niña? ¿Qué clase de padre es?

—Yo siempre me preocupo por ti y por nuestro futuro, pero a ti yo te importo una mierda. Al contrario, siempre estás persiguiendo a otras mujeres y otros futuros.

Morocca la mira con el ceño fruncido.

—Es muy arriesgado, Patience. Cuando llegue a Europa, volveré a por ti y a por Serena.

—¡Y una mierda arriesgado! Mi primo Amaka atravesó el desierto hace tres años con su hijo y ahora son ciudadanos italianos. Te lo juro.

—Vale, podéis venir. Pero date prisa.

Morocca lleva su bolsa al coche. Patience se va con Serena a su habitación para hacer las maletas y cambiarse. Slim sigue en el sofá, dibujando figuras abstractas en un cuaderno, aplicando las técnicas que aprendió en los cuadros que vimos en Abuya. Saco el móvil y respondo a un mensaje de Eileen. Le digo que sí, que la veré

mañana martes. Su vuelo a Heathrow es el miércoles por la mañana. Ojalá tuviéramos una semana o así para arrejuntarnos. Dice que nos ha reservado una cena (a mis drugos y a mí) en un restaurante mediterráneo genial cerca del hotel donde está ella de retiro tranquilajante con sus padres.

Morocca entra en la habitación pavoneándose e improvisando algunos compases encendidos en los que insulta al Gobierno y la policía por joderlo en Abuya. Se sienta, llama a WALL-E y le hace un spoiler de nuestros planes. Okey opina que es la mejor idea del mundo, pero que nos llamará más tarde porque acaba de entrar un par de clientes al restaurante. Nos pasamos los minutos siguientes mirando su Facebook, borrándolo a él de las fotos y poniéndonos a nosotros, hasta que Patience nos devuelve a la mierdosa realidad. Entra en la sala de estar con paso desganado y arrastrando una enorme Ghana Must Go. Morocca le grita «hostia puta», le pide que quite cosas, le explica que tenemos que ir lo más ligeros posible.

—Cuando lleguemos a Europa, la ropa no será un problema —la tranquiliza.

Nos pasamos mucho rato en la carretera hablando de Okey.

—¿Cómo es posible que el negrata ese con sus piernas de mosquito se haya ido al extranjero antes que nosotros? —protesta Morocca—. No tiene ni puta explicación.

—Y no será por lo listo que es o por el talento que tiene —añade Slim, que va de copiloto.

A mi lado tengo a Serena y Patience. La niña está leyendo una versión resumida de *Los Robinsones suizos*, mientras que Patience repasa las redes sociales en el móvil. De vez en cuando, Serena pasa de nosotros y lee en voz alta, de manera que nos va poniendo al corriente del viaje de la familia suiza. Ojalá fuera capaz de decirle a Morocca que se corte con los tacos por ella.

—Esta vida no tiene ni puto sentido. ¿Cómo puede triunfar un negrata como él y nosotros, en cambio, seguir aquí comiendo eba y

bebiéndonos este sol infernal? —prosigue Morocca.

—No sé, colega —apuntilla Slim bostezando.

Morocca se contagia. También lo hace Patience, que suelta un bostezo sonoro y molesto. Trato de contener el mío, pero fracaso. Nos reímos. Morocca repite a más volumen, como el truhan que es. Serena es la única que no bosteza, tiene los ojos pegados a la página.

Nos acercamos a Yauri. Desde aquí podemos ver el río Níger atravesar la ciudad a lo lejos, un diamante largo y destellante en el horizonte. Es muy guapo el modo en que se ondula bajo el sol como infinitas bailarinas haciendo piruetas. Me vuelvo a acordar de Eileen, de los diamantes de su cuerpo, de su olor.

En Yauri nos detenemos en un Mai Shayi. Es casi mediodía y aún queda gente sentada en los bancos, bebiendo té y comiendo tortillas. Nos sentamos en uno largo, delante de una mesa también larga donde hay pilas de pan, cajas de huevos, torres de latas de leche Peak y sobres de chocolate en polvo Cowbell. El May Shayi, ataviado con una camiseta y unos pantalones descoloridos, está eufórico. Nos pregunta qué queremos que nos prepare. Pedimos té, dos paquetes de fideos Indomie y tortillas de dos huevos para los cuatro. Para Serena pido té, un paquete pequeño de Indomie y una tortilla de un huevo. El Mai Shayi se ríe, enciende dos hornillos de queroseno y empieza a preparar el pedido mientras silba una canción de *soyyaya*. Sumerge los fideos en agua caliente, unta de aceite una sartén y corta tomates y pimientos. Cuando acaba, nos sirve la comida en platos y cubiertos de plástico y nosotros hundimos el tenedor en los calientes y deliciosos fideos que nadan en tomate y aros de cebolla. Los Indomie son la bomba. Hay que reconocer que los Mai Shayis son los que mejor cocinan los fideos de toda la galaxia. Es una pena que vayamos a perder esto una vez que lleguemos a Europa. Aun así, merece la puñetera pena. Mis drugos se abalanzan sobre sus platos y al minuto ya se han zampado

la mitad. Por nuestro lado pasan coches zumbando en dirección a Jega y Sokoto. Me disculpo y voy al puesto de un Mai Suya que hay a un par de metros y compro mil nairas de suya para mis drugos. Patience dice «gracias, gracias» y aparta su Indomie para atacar el pinchito de carne a la barbacoa, su comida hausa favorita. Se burla de Morocca y dice que no sabe cuidar de ella, que nunca le compra suya como un tío debería hacer por su churri. Nos reímos. A Serena no le gusta el suya, no se acaba ni el primer bocado. Regresa a su libro y se pone a leer bajo la luz deslumbrante del sol sin que ninguno intente disuadirla. Le doy a un almajiri que pasa por allí algo de dinero para que nos traiga
Coca-Colas
y Sprites y, cuando vuelve, le pago una propina. Comemos, nos reímos y bebemos y esperamos ser como Okey pronto. Morocca dice que lo primero que va a hacer al llegar al extranjero es comprar un helado gigante de chocolate, fruta y nueces para su chiquitina. Después conseguirá trabajo y le comprará un montón de ropa y zapatos. La llevará a las exuberantes islas y playas de España. La llevará a ver partidos del Real Madrid. Le pregunta si quiere todas esas cosas.

—Sí, quiero ropa y zapatos y libros y osos de peluche. ¡Quiero mucho mucho dinero! —responde.

Nos reímos.

Le pago al Mai Shayi y vamos caminando hasta el río Níger, nos quedamos allí de pie con los brazos en jarras, contemplando su inmensidad y a los niños sin camiseta que pescan en canoas a lo lejos. El viento sopla y crea ondas en el agua, cristales bajo el sol, y yo me acerco a un pescador de la orilla y le pregunto cuánto nos cobra por darnos un paseo corto.

Slim, Patience y yo ayudamos al pescador a meter la canoa en el río. El agua me golpetea con suavidad las piernas. Saltamos a la canoa detrás del pescador y este nos adentra más en el río con su

gran remo. El mundo tiembla a nuestro alrededor, es una pasada. Morocca se ha quedado en la orilla con Serena cogida de la mano. Nos reímos de él.

—¡Más os vale volver enseguida! ¡Os vais a ahogar! —grita con cara de estar asustadísimo.

Nos reímos a carcajadas de él, de su miedo infantil al agua. El pescador también ríe y se pregunta cómo es posible que un chaval hecho y derecho como él le tenga tanto miedo al agua. Yo me río con el viento cantándome en la oreja, suena a Eileen. Me río sin parar.

Conducimos dejando atrás Jega, Tambuwal, puentes rotos, casas de barro, puestos de mercado. De repente, el motor empieza a silbar y oímos «cloc cloc cloc»… El coche hace un movimiento brusco hacia delante, muere, movimiento brusco, muerte. El motor se tira un sonoro pedo y se detiene del todo. Salimos de un salto, mientras que Patience, que resopla y se abanica con la mano, y Serena se quedan en el coche. Empujamos el vehículo hasta un lado de la carretera. Morocca dice «joder joder joder» y se mete debajo del coche como si tuviera una vida secreta en la que es mecánico. Slim recuesta la espalda contra el coche y saca el móvil. Yo doy unas vueltas de un lado a otro, acaricio el mechón rubio platino que llevo en el bolsillo y saco el móvil. Son casi las cinco. Hemos estado demasiado tiempo en Yauri. Pasan cinco minutos, luego diez, luego quince. Morocca le da golpes a algo debajo del coche.

Patience sale con las gafas de sol en la mano.

—¿Por qué no nos estamos moviendo? ¿Qué haces ahí debajo, Morocca? ¿Cuándo te has hecho tú mecánico? ¡No quiero pasarme la noche aquí o! Más te vale salir ya. Más te vale encontrar a alguien que arregle el mumu motor o.

Morocca sale sin rechistar. Jadea y suda como un pollo. Tiene las manos más negras que el alquitrán y la espalda de la camisa llena de espinas, hojas y tierra.

Decidimos buscar ayuda. Durante cuarenta minutos no pasa ni un coche.

—Qué raro. Es muy raro. Se supone que esta es una de las carreteras con más tráfico de Naija —repite sin parar Morocca.

Como muestra de que no miente, empiezan a pasar coches a toda velocidad, peinándonos el flequillo y las camisas. Nosotros sacudimos los brazos y gritamos, pero ninguno para.

—Es por la lluvia. Creen que está a punto de llover. Las carreteras están fatal e intentan llegar a su destino cuanto antes —razona Slim.

Nos quedamos mirando las nubes, negras como el carbón y bulbosas, como si las viéramos por primera vez.

Empieza a diluviar. Nos metemos en el coche y empañamos los vidrios con el aliento. Morocca lo limpia de vez en cuando con un trozo de dashiki. Está tronando fuera. El cielo nos lanza agua a capazos sin tregua. Nos azotan relámpagos como si hubiéramos cometido un pecado mortal descomunal por embarcarnos en este viaje. Nos quedamos sin cobertura en los móviles y empezamos a quedarnos dormidos.

Me despierta una vibración en el bolsillo. Veo unos mensajes de Eileen. Son casi las cuatro de la mañana. Limpio el cristal. Fuera ya solo cae una débil llovizna. Me espabilo a base de restregarme los ojos y leo los mensajes. Eileen dice que han cambiado su vuelo y que se va esta noche a las seis. Pregunta si llegaré a tiempo para nuestra magnífica cena de despedida.

Respondo que sí, aunque no tengo muy claro cómo hacer que suceda el milagro. Por lo que hemos podido dilucidar examinando Google Maps, se tardan al menos siete horas desde Sokoto a Niamey, eso sin contar con obstáculos como malas carreteras o controles policiales. De hecho, ni siquiera hemos llegado aún a Sokoto y el puñetero coche ha muerto.

Mi sonoro resoplido de decepción despierta a todo el mundo. Me

preguntan qué me pasa y les pongo al corriente.

—No te rindas aún, colega —me anima Morocca.

—Yo no creo que esto vaya a funcionar —objeta Slim.

—Cierra el pico. ¿Qué sabrás tú de conducir?

—Sé de matemáticas básicas, por lo menos.

—El problema es conseguir poner el coche en marcha otra vez.

Tamborileo impaciente.

—Vale. Primero, hay que pasar de la parada en Sokoto. Ya veré a mi… al hermano de mi madre en otra ocasión, supongo —decido.

—Eso.

—Pero, Morocca, tiene que haber alguien a quien puedas llamar. Algún conductor que conozcas de KNT. Pídeles que llamen a alguien. Seguro que al menos uno sabe cómo conseguirnos un mecánico —añado.

—Buena idea, Werdna.

Morocca saca el móvil y empieza a llamar.

Yo observo a través de la ventanilla las innumerables agujas que caen en cascada. Pienso en mamá, en sus dientes manchados de aceite de palma. Los días en que llovía de madrugada, mientras yo aún dormía, ella se espabilaba y se levantaba. Cogía una linterna y sacaba todas nuestras palanganas vacías, salía y las colocaba debajo del alero para recoger la lluvia. Y esa era el agua que usábamos para beber y cocinar luego. Tenía a veces un sabor dulce y ácido, como el de sus dedos cuando me metía comida en la boca. Ahora me entran ganas de sacar la mano y recoger un poco de lluvia. Saborear a mamá en ella, pero me contengo. Si estuviera aquí no me dejaría viajar a Níger, eso seguro. Sin embargo, ahora está en la misma dimensión infinita que HXVX y estoy convencido de que me anima para que huya de él.

Dos horas más tarde los coches aún pasan silbando bajo la llovizna. Un vehículo lleno de pasajeros aparca delante de nosotros. El conductor se baja con una caja de herramientas, se acerca a

nosotros, le pregunta a Morocca en hausa si es Morocca.
«Na'am»,
contesta mi amigo saliendo del coche. Entre los dos abren el capó y trabajan durante unos minutos. Mientras tanto, yo echo unas cabezaditas. Patience y Serena duermen; la chiquitina, con la cabeza apoyada en el regazo de su madre.

Ya ha amanecido, aunque es un día apagado por culpa de las densas nubes, enroscadas y lluviosas.

El conductor cierra el capó y le comunica a Morocca que está convencido de haber hecho un buen trabajo. Se despide de nosotros, vuelve a su coche y se aleja.

Patience y Serena se despiertan bostezando. Morocca vuelve a subir al vehículo maldiciendo al conductor en voz baja y cuestionando su reparación. Arranca el motor y el coche vuelve a la vida con un rugido. Sonríe. Gran suspiro de alivio.

Me río, le doy un manotazo al asiento. Nos ponemos en marcha a toda velocidad bajo la lluvia; las luces delanteras iluminan las gotas. Dejamos atrás Sokoto, sus calles de varios carriles que nos recuerdan a Abuya; dejamos atrás Gidan Madi, Bamgi y Kafin Sarki. Morocca lanza billetes de veinte nairas a la policía de los controles.

—Vaya con los polis estos, no se cortan ni cuando llueve —se queja.

Se detiene cuando nos acercamos a la frontera, justo después de Satuka. Dos agentes con vestimenta de camuflaje color tierra se levantan de sus sillas de plástico apostadas a un lado de la carretera y se acercan caminando pesadamente hasta el centro. Al aproximarnos, aprietan los rifles oxidados que llevan en las manos. Morocca les explica en hausa que somos estudiantes de la Politécnica de Sokoto volviendo a casa, a Bado, Níger, donde viven nuestras familias. A los polis les importa un rábano la historia.

—¿Tenéis algo para los chicos? —preguntan.

Morocca se mete la mano en el bolsillo trasero y saca dos

billetes de cincuenta nairas. Uno coge el dinero bostezando y lo arruga hasta formar una bola mientras el otro abre la barrera baja y oxidada.

—Hijos de puta —dice Morocca una vez pasado el control.

—Idiotas —añade Slim.

Patience resopla levantando el móvil en el aire.

—No hay cobertura.

Aceleramos. Es raro: estamos en un país diferente pero la sensación es la misma que en casa. La única diferencia es que aquí todo está muy disperso. Los escasos árboles que salpican el paisaje son espinosos y tienen hojas finas. Proseguimos nuestro camino levantando el polvo de la carretera. A ambos lados hay personas de aspecto sudoroso y sucio con caftanes y chadores harapientos. Vuelvo a acariciar el mechón rubio platino que llevo en el bolsillo.

Intento imaginarme nuestro futuro, cinco años después de abandonar Nigeria y África. Tengo veintiún años, mis drugos y Patience, uno más. Tanto ellos como Serena tienen ahora la ciudadanía española. Hemos quedado esta tarde para cenar en un lujoso restaurante de Madrid. Morocca ha conseguido por fin su contrato discográfico y, después de cenar, cantará algunos de sus éxitos en una disco no muy lejos del restaurante. Slim y su novio español han terminado la facultad de bellas artes y acaban de clausurar su primera exposición importante. Patience trabaja en una compañía de seguros. Serena está en primaria y saca unas notas excelentes. Eileen y yo acabamos de llegar, hemos venido a visitarlos desde el Reino Unido. Vamos camino del punto de encuentro cogidos de la mano. Yo estoy estudiando un máster en Oxford y venimos a contarles que nos hemos comprometido y nos vamos a casar.

Suspiro. Miro fuera. Las chozas de barro. Los vertederos. Los escasos árboles polvorientos.

A punto de llegar a Dosso el coche vuelve a romperse. Miro el

móvil. Eileen se va dentro de tres horas y se supone que se tardan dos y cuarto hasta Niamey. Ni de coña llegamos. A lo mejor esto es el fin de TODO, de Eileen y mío.

—Joder —digo—. ¡Joder, joder, joder!

Serena se vuelve hacia mí con la mirada triste. Aparto la vista. La vergüenza me carcome las entrañas como si fueran gusanos.

Cierro los ojos y, cuanto más los aprieto, más claro lo veo: sobre nosotros y alrededor del coche, por la carretera, se despliega un centenar de tentáculos de HXVX que intenta frustrarnos, empujarnos a volver a casa, a nuestras jaulas.

Tras conseguir dar con un mecánico samaritano que nos ha arreglado el coche, nos volvemos a poner en marcha. Volamos más que antes. Los conductores pegan bocinazos y nos maldicen. La gente a ambos lados de la carretera nos grita que corremos demasiado. Yo no puedo dejar de tamborilear con las manos y los pies de los nervios.

En Niamey, Eileen me envía un mensaje para informarme de que embarca dentro de treinta minutos, que todo va lento aquí. Morocca se detiene para pedir indicaciones para llegar al aeropuerto.

Voy corriendo a la terminal de salidas. La camisa blanca se me ha puesto marrón a causa del polvo y el hollín; los vaqueros azules están rojos del barro de la lluvia. Qué pinta más horrorosa me veo al reflejarme en un cristal. Aun así, no me detengo. Miro el móvil para comprobar las indicaciones; corro a la izquierda, corro a la derecha.

Ahí está. Lleva un vestido rojo y tacones. La larga melena rubia platino le cae por la espalda. Está mirando el móvil. Marca mi número. Me vibra el teléfono pero no lo oye. A unos ocho metros de ella hay una pareja blanca de mediana edad. Sus padres. Están leyendo un folleto. Su padre es el rubio de la pareja, si bien su pelo es un tono más oscuro que el de Eileen, tira más a oro oscuro. Aun así, es muy guapo, más que su esposa, que es morena e igual de alta

que su marido.

De pronto me invade el miedo. ¿Cómo me atrevo a acercarme a este serafín impecable que tengo delante con las pintas de cerdo y mono que llevo? Se pondrá a gritar. Negará conocerme. Aparecerán los seguratas, me apartarán bruscamente y me meterán en otra celda.

Me acerco a ella.

—Eileen.

Se da la vuelta. Me mira de arriba abajo. Se tapa la boca de la impresión. Viene corriendo hasta mí y me abraza.

La huelo. Ella me huele.

Sus padres se nos quedan mirando a los dos, a mí, preguntándose quién demonios será el sucio negrata que se atreve a abrazar y manchar al angelical amor de sus vidas.

—Andy.

—Qué contento estoy de verte.

—Yo también. Hueles genial. —¿Está mintiendo? ¿Intenta ser amable?—. ¿Qué ha pasado?

Nos separamos lentamente.

—Una larga historia. Muy muy larga, Eileen.

Quiero llamarla cariño, preciosa, pero no me atrevo. Sus ojos verde prado, su piel perfecta y su vestido caro están fuera de mi alcance y del de toda esta tierra.

—Cuéntamelo todo entonces cuando me suba al avión.

Sus padres se acercan. Él lleva americana y vaqueros; ella, un vestido color crema. Me sonríen. Miran a su hija y luego de nuevo a mí, esperan que ella nos presente, pero Eileen se limita a ponerse colorada. Mira el móvil, abre una aplicación, aprieta el botón de encendido y se mete el teléfono en el bolsillo.

—Hola —me saluda su padre. Se me queda mirando de arriba abajo, si bien centra su atención en un rodal de barro y hollín que hay en mis vaqueros. ¿Me está mirando la bragueta? ¿Me he hecho

pipí encima?

—Hola —contesto.

Eileen sigue sin decir ni mu.

Di que se llama Andy, Eileen. Di que es tu nuevo novio. Di que no siempre va así de andrajoso, que la culpa es de esta tierra Maldita, de HXVX.

¿Son sus padres superestrictos? ¿La van a castigar si se enteran de que está saliendo conmigo?

Su madre me vuelve a mirar, esta vez sin mostrar ningún interés, dando por hecho que soy algún porteador de maletas a quien le gusta ir dándoles abrazos a las chavalitas blancas. Le dice a su hija que es hora de embarcar.

—Vale, mamá —contesta Eileen, que procede a alejarse con ellos. Al quinto paso, se da la vuelta, se despide con la mano y me lanza un beso. Sus padres no la ven. Yo levanto la mano para despedirme, pero me limito a dejarla quieta en el aire.

Atraviesan una puerta de cristal. Ella se vuelve y saluda de nuevo. Mi mano sigue inmóvil en el aire.

Me doy cuenta de que me he quedado congelado en esa postura cuando un agente se acerca y me pregunta en hausa por qué levanto la mano y, de paso, qué coño estoy haciendo aquí.

—¿Eres limpiador? ¿Es así como haces tu trabajo? —Me acompaña hasta el otro lado de la puerta, más allá del aire acondicionado, donde está la tierra incandescente—. No vuelvas a poner un pie en este aeropuerto. ¿Me has oído?

Eileen se avergüenza de mí. Ni siquiera ha sido capaz de presentarme a sus padres. Quizá lo único que siente por mí sea pena. La misma que se siente por un perro o un gato abandonados. La pena por que sean un perro o un gato.

Me voy calle abajo como si fuera un cordero degollado. El sol me abrasa el pescuezo y la gente de traje y caftán se me queda mirando. Quiero coger el mechón rubio platino y tirarlo, pero soy

débil, así que trato de invocar a Ydna, pero no hay más que vacío al otro lado. Pienso en mamá. Rememoro su aroma a rancio. Es probable que siguiera viva si Eileen no hubiera venido de vacaciones, si el padre McMahon no le hubiera organizado una fiesta.

Todos y cada uno de los momentos pasados en esta tierra son una maldición. Mamá murió a causa de la Maldición. Yo moriré a causa de la Maldición. A menos que me vaya.

Mis drugos y yo estamos hablando con El Hombre. Nos encontramos en un aparcamiento, de pie debajo de un mango, y discutimos el precio. Nos ha dicho una cantidad tan elevada que no nos la podemos permitir. Nos rodean autobuses sucios y viejos en los que se apoyan sudorosos pasajeros a la espera de que lleguen otros más. Hay chicas en chador vendiendo bananas y Coca-Colas que llevan en la cabeza y llamando la atención de posibles clientes en hausa y zarma. Hay cáscaras de cacahuete y huesos de dátil y pieles de plátano por todo el suelo de tierra. Arriba: cielos despejados, se acerca el atardecer.

El caftán granate de El Hombre está descolorido y desabrochado y su pecho peludo contrasta con su cráneo calvo. Debe de ser un *alhaji* porque tiene un diente de oro.

Dice que está listo para salir dentro de dos horas, que solo tiene sitio para cuatro en su camioneta, pero que puede dar con un modo de llevarnos a todos si pagamos lo que pide. Hace un gesto de asentimiento dirigido a Serena, que va cogida de la mano de Patience.

—Por el camino hay una docena de personas a las que tengo que pagar, na rantse —explica con sus dilatados ojos rojos, que nos engullen—. La tierra del hombre blanco está muy muy lejos. Al final yo solo me quedo con un cuarto del dinero, na rantse da Allah.

Lo llamamos «mai gida», jefe, y le rogamos que se lo piense. Le

explicamos que, aunque le diéramos todos nuestros ahorros, seguiríamos sin llegar a la cantidad que nos pide.

Se enfada de pronto.

—A ver, niños, no sabéis de lo que estáis hablando, ¿verdad? ¿Sabéis siquiera adónde queréis ir? ¿Sabéis que se tardan por lo menos dos semanas en llegar? No sois serios, me estáis haciendo perder el tiempo. Hay mucha gente dejándose el pellejo por una oportunidad así y poder aprovechar esta ruta especial. Cuando me vaya, no volveréis a saber de mí.

El tipo se da media vuelta y se va hacia su camioneta. Vamos detrás de él suplicándole. Él arranca el vehículo y hace ademán de irse. Morocca lo persigue y le ofrece su coche. El Hombre frena y nos pide que se lo enseñemos. Da una vuelta alrededor del coche, les da una patada a las ruedas, abre el capó, comprueba el salpicadero. Morocca le deja la llave. El tipo da un paseo de prueba a un lado de la carretera.

—De acuerdo —concede mientras se baja del coche y le da la llave a Morocca—. Podría valer.

Nos pide que vayamos a un cajero que hay al final de la calle y saquemos el dinero. Luego tenemos que esperarlo aquí. Él vendrá a recogernos a las ocho.

—Mun gode, alhaji —le agradecemos haciéndole una reverencia prácticamente—. Mun gode. Allah ya bada lada.

—Amén —contesta mientras se dirige a su polvorienta camioneta.

Se monta, arranca y nos mira por la ventanilla.

—Estos nigerianos —comenta sacudiendo la cabeza y enseñando su diente de oro—. Vaya tela.

19

El Sáhara. Vacío. Infinitud. Dondequiera que mires. Hasta donde alcanza la vista. Kilómetros y kilómetros. Cero vegetación. Cero coches. Cero mercados.

Solo hay arena y más arena. Amarilla. ¿O es marrón? ¿O ambarina, un ámbar de llama?

Hay arena por todas partes. En la nariz. En el pelo. En los poros. En la polla.

Arena.

Un árbol cada kilómetro y medio. Y sin hojas.

Muy a lo lejos se ven montañas. De arena. De rocas.

El aire es un horno. No huele a nada. Solo a polvo. ¡A polvo!

Llevamos tres días de viaje. Todo el rato en la carretera. Solo paramos anoche, para dormir, y no más de un par de horas. En la parte de atrás de la camioneta viajamos veinticuatro personas. Diez chicos y hombres que vamos sentados en los bancos de los lados del vehículo, con las piernas colgando por fuera y las manos agarradas a unos palos clavados a los bancos para evitar caídas. Catorce chicas y mujeres que van en medio; todas, sin excepción, con chador. El conductor y el copiloto insistieron en lo del chador para no «llamar la atención». Casi todas las mujeres son nigerianas. Mis drugos y yo somos los únicos tíos nigerianos. De los hombres, tres son de Ghana y los demás hablan hausa, francés o árabe, o alguna lengua que no conozco. Los hombres llevamos gorros y pañuelos para taparnos la nariz y la boca. Las ruedas y el viento nos tiran el polvo encima. Respirar es una batalla.

—Mi culo está estirando la pata, colega —me dice Morocca, sentado a mi izquierda.

—No tienes ni idea —replica Slim, a mi derecha—. A mí me

duelen las piernas una barbaridad. Parece que se me vayan a caer en cualquier momento.

Tienen los ojos enrojecidos como un demonio. Parecen monstruos. Seguro que yo también.

Sacudimos las cabezas con aire de desesperación. A mí también me duele todo una barbaridad, sobre todo el cuello y los riñones. La mujer a mi espalda lleva desde ayer apoyada en mí. La que está a su lado me clava los codos en los costados. Se los he apartado un montón de veces para dejarle claro que me molesta, pero vuelve al ataque. Voy a tener que decirle que pare pero ya.

Desde que salimos, mis drugos y yo hemos estado en silencio casi todo el rato. Cuando abrimos la boca, charlamos sobre la vida que nos espera. Los platos que comeremos, los lugares que visitaremos, los trabajos que nos aguardan… Morocca habla de que se va a convertir en una superestrella del rap; yo, de las bibliotecas, los libros y las escuelas a los que tendré acceso; Slim habla en Susurros sobre la Libertad, sobre poder salir por fin libremente con quien quiera sin que le peguen una paliza o lo apedreen. La noche antes de irnos llamamos a Okey para ponerlo al corriente de nuestros planes. Okey soltó yujus y hurras, dijo que habíamos tomado la mejor decisión y prometió reunirse con nosotros en el campamento de España.

—Me alegro mucho por vosotros o. Os va a cambiar la vida para siempre. En serio. Mirad mi vida aquí. Mirad como yo dey triunfo aquí. Dat país nuestro na caca, yo dey cuento. Na caca.

Miro el reloj. Son las nueve. Han pasado dos horas y media desde que nos hemos puesto en marcha hoy. Ya hace un sol de mediodía, como tres veces el de mediodía en Kontagora.

—¿Cuándo se va a acabar este viaje? —se queja Slim.

—Mmmmm —contestamos Morocca y yo.

Es nuestra nueva muletilla, nuestro último recurso para cualquier conversación.

—Oye, colegas, mirad eso. —Slim señala algo que acabamos de pasar.

—¿Qué era eso? ¿Un esqueleto?

—Joder, es un esqueleto humano.

El ghanés sentado al lado de Morocca sisea.

—¿Es el primero que ves?

—Sí.

El tipo sacude la cabeza.

—Yo con este ya van cuatro.

Es un esqueleto, un esqueleto humano de verdad. Gris y afilado y en medio de un grito. Atrapado en la arena. Es la primera vez que veo uno en mi vida.

Proseguimos la marcha.

Y seguimos.

Y seguimos.

el sol es un hornillo
el viento son brujas

Proseguimos la marcha.

Y seguimos.

Y seguimos.

lo que encontramos
es
arena nueva

Pienso en ti, mamá.

Pienso en ti todos los días.

Pienso en todos los chistes que me contabas.

Pienso en todas las mentiras que te conté.

Pienso en tu risa.

Pienso en tu gesto enfurruñado, en tu olor.

Pienso en tu caja, en casa, llena de fotos tuyas.

Debajo de las fotos hay programas de funerales que reuniste.

De cada entierro al que fuiste, guardaste el programa en tu caja.

¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevabas pensando en irte?

Pienso en tus silencios tras mis preguntas.

Pienso en tus misterios.

Pienso en ti, El Sin Nombre.

No tengo que pensar mucho.

Porque yo soy Ydna.

Y tú eres Andy.

Intento pensar en ti, Eileen.

Trato de descubrir qué pensar.

Dejamos atrás tres dunas del tamaño de una persona adulta. Pasamos junto a un montón de rocas inmensas que nos recuerdan a Ososo. La más alta de las tres tiene en uno de sus lados unas incisiones que parecen letras.

El conductor frena un poco y, enseguida, vuelve a acelerar. Él y su compañero se están riendo en la cabina. Ante nosotros, tierra pedregosa y dura. La camioneta va dando bandazos a izquierda y derecha. La poca agua que llevo en la barriga va dando bandazos también.

Morocca, el Señor de Arena, se echa hacia atrás y le pregunta a Patience, que va de chador, cómo está Serena, también de chador. Patience se queda un rato callada y, a continuación, informa de que Serena, la Dama de Arena, está durmiendo.

Hay a lo lejos enormes dunas gemelas. A medida que nos

acercamos, vemos que a unos metros de ellas se yergue un árbol muerto y hay puntitos de personas bajo el árbol.

El conductor se detiene delante de ellas y saca su cabeza con turbante por la ventanilla. Hay dos hombres vestidos con camisa polvorienta y pantalón junto a tres mujeres que sudan bajo sus chadores. El conductor se dirige a ellos en árabe, sonríen, se ríen. Hablan un rato y luego da la sensación de que discuten. El conductor sale, se acerca a nosotros y examina nuestras caras rascándose la nariz.

Sonríe, nos enseña su diente de oro. Nos dice en hausa a mis drugos y a mí que bajemos, Patience y Serena también.

—Ha habido una confusión. Al parecer vuestros nombres no están en la lista —anuncia.

—¿Qué lista? —pregunto.

—¿Qué lista? —repiten Slim y Morocca.

—La lista que utilizamos en la ruta para evitar que alguien nos engañe y las autoridades nos echen a perder el negocio. He intentado meter vuestros nombres en la lista, pero mis jefes los han quitado. Por eso está aquí esta gente —dice señalando a las personas de debajo del árbol—. En fin, yo no soy más que el conductor. Cumplo órdenes.

Pausa larga.

El tipo vuelve a sonreír, presume de diente de oro.

—Por favor, bajaos y que no se hable más, vamos a zanjar el tema, don Allah.

—No nos bajamos —asevero quitándome el gorro; me pica la cara—. Hemos pagado por viajar en esta camioneta. Vas a cumplir tu promesa.

Le he dado todo el dinero de mi premio para ayudar a pagar nuestro billete.

—No, mai gida —interviene Morocca—. No puedes tratarnos de esta manera. ¿Cómo nos pides que nos bajemos? ¿Adónde quieres

que vayamos?

—Eso es exactamente lo que os estoy diciendo. Estas personas pagaron por las plazas que estáis ocupando antes que vosotros. De hecho, pagaron mucho más. Por eso sus nombres están en la lista. Lo cierto es que aquí todo el mundo ha pagado más que vosotros. En un acto de generosidad por mi parte, y porque me estuvisteis suplicando, decidí haceros un descuento e intentar meter vuestros nombres en la lista. He hecho todo lo posible, lo juro. Pero a mis jefes no les ha convencido y han pasado vuestros nombres a otra lista. Va a venir vuestro coche a recogeros, in sha Allah. Dirigimos una red grande, ¿comprendéis? Somos personas temerosas de Dios, na rantse. Cumplimos con nuestras promesas. Estoy seguro de que vuestros nombres están en la siguiente lista, na rantse da Allah.

Sabemos que está intentando deshacerse de nosotros porque somos los más jóvenes y los más desechables de entre los pasajeros.

Insistimos en que no nos vamos a bajar. Que tiene que llevarnos a Argelia y ayudarnos a pasar.

El tipo se cruza de brazos y rechina los dientes. Se vuelve hacia el resto de los pasajeros.

—Lo juro por el todopoderoso Alá —dice hundiendo el dedo índice en la lengua—. Si esta gente no se baja, no me muevo un centímetro.

Se va hasta el árbol y se sienta en la diminuta sombra junto al tronco, en medio de los dos hombres y las tres mujeres. Estira las piernas, se saca una nuez de cola del bolsillo y empieza a masticarla mientras silba una canción.

El resto de los pasajeros de la camioneta nos ruegan que nos bajemos.

—Bajad, por favor —piden.

—Ku sauka, don Allah.

—Deberíais bajaros, abeg —nos suplica una nigeriana de mediana edad—. El conductor dice que viene otro coche a por

vosotros. ¿Por qué no os bajáis y dejáis que nos vayamos?

No lo hacemos.

—¿Qué queréis? ¿Que muramos? —grita Patience con la voz rota—. Mirad a vuestro alrededor. ¿A vosotros os parece que por aquí pasan coches?

Serena se echa a llorar.

—Entonces, ¿cómo ha llegado hasta aquí esta gente? —responde la mujer.

—No es asunto nuestro —tercio—. ¿Por qué sois tan malvados? ¿Es que no veis que el conductor está mintiendo?

—Bajad primero, joor —exclama otra nigeriana.

—Deberíais obedecer antes de quejaros —opina un ghanés.

—Obedeced al conductor —apunta otro—. Os ha prometido otro coche.

El resto de los hombres se dirigen a nosotros en francés o árabe y nos hacen gestos con la mano para que bajemos.

—Ni siquiera sé por qué unos críos como vosotros quieren ir al extranjero sef. ¿Qué vais buscando? ¿Qué queréis?

—¡Cállate la boca! —grita Morocca—. No nos vamos a bajar. Hemos pagado el viaje.

—¿Cómo te atreves a decirle a mi hermana que se calle?

—¿Desde cuándo es tu hermana? —le suelta Morocca al ghanés.

El tipo resopla y se baja de un salto. Es bastante alto y musculado.

—¿Esto es porque estamos intentando razonar con vosotros? —pregunta.

Los ghaneses y otros cuantos hombres más se bajan también. Se unen a ellos los hombres de debajo del árbol. En un segundo, el ghanés alto arranca a Serena de los brazos de Patience y la tira a la arena, lo cual provoca que Patience se baje de un salto. Dos hombres tiran a Morocca de su asiento. El conductor se ríe bajo el árbol, nos enseña su diente de oro, el incisivo de HXVX. Yo me

agarro con fuerza al palo que sale del asiento entre mis muslos.

Alguien me da un puñetazo en el cogote. Luego me cae un bofetón seguido de otro. Acabo en el suelo.

La arena está hirviendo. Me abrasa las manos y el cuello. Me incorporo al segundo hasta quedar sentado.

Slim y Morocca se retuercen y gimotean a mi lado. Patience grita. Serena no para de chillar.

Los pasajeros se montan en la camioneta junto a los recién llegados, que ocupan nuestro lugar.

—Esperad aquí. Vendrá un coche a por vosotros, in sha Allah. Creedme —nos promete el conductor.

Arranca y se alejan. Yo me levanto y echo a correr detrás de la camioneta. Corro sin parar.

Están cada vez más lejos. Se hacen más y más pequeños. Despiden espirales de tierra.

Vuelvo a donde están mis drugos, me dejo caer en la arena, en medio de ellos, jadeando. En cuanto aterrizo, me vuelvo a incorporar. El calor de la arena me escupe. Me maldice. Me dice que huya.

Les explico a mis drugos y a Patience que tenemos más probabilidades de sobrevivir si nos sentamos aquí a esperar. Que a lo mejor el conductor dice la verdad y dentro de poco pasa una camioneta que nos lleva a Argelia y nos ayuda a cruzar.

—Mirad, estamos lejísimos de cualquier sitio. ¡Mirad!

Contemplamos el espacio que nos rodea. La nada. El vacío. Nada más que arena. Arena amarilla. Y las dunas ante nosotros, y el árbol muerto. No hay huellas que seguir. Estamos en la nada. Ni siquiera Dios puede encontrarnos.

—No nos podemos rendir ahora. ¡Estamos muy cerca! Si nos vamos de aquí a lo mejor pasa una camioneta pronto y no estamos. ¡Y eso no nos lo podemos permitir!

Nos pasamos varios minutos mirando a nuestro alrededor sin

decidirnos.

—Esperemos aquí —insisto.

Sopla una ráfaga de aire del norte y nos escupe tierra en la cara. Nos la sacamos de los ojos. Tosemos sin parar.

El cielo es austero y sereno. Ni una pluma de nube, ni un ala de ave. Solo hay vacío.

Serena llora con todas sus fuerzas, dice que tiene sed, mucha sed.

Nos damos cuenta de que no tenemos agua. Nuestras bolsas se han quedado en la camioneta. No tenemos nada. Solo arena. Arena que no se puede comer ni beber.

—Mierda. ¡Mierda! —grito—. Estamos jodidos. ¡Estamos jodidos de verdad! Esto no puede estar pasando. En serio, ¡no puede ser verdad!

—¡Cállate! —me ordena Morocca.

Abraza a Serena, le da unas palmaditas en la cabeza para calmarla. Se la pone en el cuello y coge a Patience de la mano.

—Nos vamos —anuncia—. Nos volvemos a casa. —Señala a lo lejos—. Hay un pueblo cerca, por donde hemos venido. Vamos allí. Conseguimos agua y nos vamos a casa.

La última vez que pasamos por un pueblo era a primera hora de la mañana. Hemos dormido en el pueblo y bebido agua de un pozo.

—Está demasiado lejos —objeto.

—No está lejos —disiente Morocca.

—Ni de coña llegamos.

—Nos quedaremos en la sombra de esas rocas por las que hemos pasado.

—¿Y luego qué?

—A lo mejor hay agua allí. Hasta vi algunos cactus alrededor de las rocas.

—Yo no vi ningún puto cactus.

—Si no encontramos agua, nos quedaremos allí hasta que se

ponga el sol y luego iremos al pueblo.

—¿Por qué estás tan seguro de que vas a encontrar el camino?

—Soy conductor, ¿o es que se te ha olvidado? Y ex *boy scout*, además.

—Quedémonos aquí a esperar.

—Quédate tú. Nosotros nos vamos. —Se vuelve hacia Slim—. ¿Te vienes con nosotros?

Observo a mis drugos y a Patience alejarse en dirección sur. Se empiezan a hacer cada vez más pequeños. Más, más y más pequeños. Y al pasar los segundos, los empiezo a echar de menos, me voy sintiendo más solo.

Me pongo a dar vueltas de un lado a otro. ¿Qué clase de persona soy? ¿Por qué me he separado de mis drugos? ¿Qué pasa si me necesitan?

¿Qué pasa si es todo mentira? ¿Qué pasa si me paso aquí horas y más horas y me desmayo y no viene nadie?

Pasan los minutos. De pronto, me doy la vuelta y echo a correr tras ellos. Corro sin parar y, cada vez que respiro, el aire me abrasa las fosas nasales. Si van camino de la muerte, prefiero ir con ellos.

Caminamos, caminamos, caminamos.
Serena gimotea.
Goteamos por los poros.
Llamaradas de sol.
El mundo se expande ante nuestros ojos.
Caminamos, caminamos, caminamos.

Y vuelvo a pensar en ti, mamá.
Pienso en ti, El Sin Nombre.
Intento no pensar en ti, ———.

Caminamos, caminamos, caminamos.
Caminamos, caminamos, caminamos.
Nos adentramos en un mar de arena.
Nos arden los pies dentro de las zapatillas.
Tenemos las lenguas secas como la corteza de un árbol.
Nuestro aliento arde como un soplete.

Morocca tropieza con la arena, se cae. Serena sale despedida de su cuello. Chilla.

Decidimos descansar. Nos sentamos. Morocca acuna a Serena en sus brazos. La besa. Se les ve tan desamparados que quiero llorar.

Quiero decirles que lo siento. Debería haber sido más listo. No soy buena persona ni un buen líder. Abro la boca. No sale nada.

Y cuando miro a Serena, tan sedienta que no puede derramar ni una lágrima, empiezo a ver lo estúpido y ciego que he estado todo este tiempo. Cegado por los sueños de océanos azules, de ojos verdes, de mechones rubios. Las camionetas no van a llegar nunca. Todo ha sido un elaborado timo: mi llegada a este negro mundo; las pelis de Hollywood; El Hombre, su sonrisa, su diente de oro.

A lo mejor no es demasiado tarde. A lo mejor aún puedo hacer algo y hay un interruptor que puedo encender para que TODO vuelva a estar bien. Meto la mano en el bolsillo. El mechón rubio platino tiene que ser el interruptor. Seguro. Lo único que tengo que hacer es sacarlo, pulsarlo.

Pero soy débil.

Lo intento una y otra vez.

Ydna.

…

¿*Estáis ahí, bro*?

…

Quiero hacerlo.

…

De verdad que quiero.

…

Ahora lo pillo.

…

De verdad.

…

Ayúdame.

…

Ayúdame, colega.

…

—Ayúdame, Ydna.

…

—Ydna.

…

—¡Ydna! —grito.

Nadie se inmuta a pesar de mi grito.

Saco el mechón. Lo observo. Lo levanto en el aire. Lo suelto.

La brisa se lo lleva. Los cabellos se separan. Revolotean arriba y abajo, de un lado a otro. Desaparecen con el polvo.

Me siento mejor al segundo.

Me seco el sudor de la cara. A mis drugos y a Patience se les ve apagados, tienen la cabeza inclinada y respiran lentamente.

Carraspeo.

—Todo va a salir bien —les digo.

Mis drugos no contestan.

—Solo tenemos que ser pacientes —añado—. Esto se parece a un sueño que tuve hace años. Pronto llegaremos a las rocas. Ya veréis. Vamos a descansar un rato y luego nos ponemos en marcha. No tardaremos en llegar. Treinta minutos o así. Estaremos en el pueblo mañana por la mañana.

—Sí, Andy. Lo conseguiremos. Todo va a salir bien —coincide Slim.

Serena vuelve a llorar, dice que tiene sed.

—No llores, amor mío. Ya mismo conseguiremos agua —la consuela Patience.

—Claro, Serena. Vamos a conseguir agua pronto. Todo va a salir bien —repito.

Cuando estiro el brazo para acariciarle la cara, Morocca me clava una mirada de odio. Es igual, no me detengo. Le toco la mejilla y Morocca me pega un grito. Le pasa la niña a Patience y se abalanza sobre mí. Me da puñetazos en la cara, la boca, el pecho, la barriga. No se los devuelvo.

—Tú tienes la culpa. Tú tienes la culpa. Tú tienes la culpa —repite sin parar—. Tú nos has traído aquí. Tú lo has provocado todo. Tú y tu amor por Eileen. Es culpa tuya. Es culpa tuya. ¿Quién coño te crees que eres? ¿Eh? ¡¿Quién te crees que eres?!

soy andy áfrica
el superhéroe más total
siervo sufriente
conquistador de las arenas
¡soy un *crack*!

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a las siguientes personas y organizaciones:

A la biblioteca de la St. Michael's International School, en Kontagora; a los niños y las familias irlandesas que donaron los libros que alberga; a los padres de la Sociedad de Misiones Africanas y a las hermanas de Notre Dame; al obispo Bulus Dauwa Yohanna.

A Joseph Kaufman por los larguísimos *emails*, por los momentos «ajá» que me ayudaron a verme a mí mismo en el espejo (o sea, en mi procesador de textos); mi Dumbledore particular (¿o es Morpheus?).

Al grupo de investigación «Gamma-One Non-Deranged Permutations» y en especial al doctor Kazeem Olalekan Aremu, el doctor Abdulkarim Hassan Ibrahim y a Fatima Abdulwaheed Akinola por las tardes infernales en el diminuto despacho dedicadas a teñir de verde las pizarras blancas con ecuaciones.

A Nick Herbert por el «animismo cuántico» en *Holistic Physics or An Introduction to Quantum Tantra*; a Anthony Burgess por *La naranja mecánica*; a Arwa Damon y la CNN por su reportaje del 4 de diciembre de 2017 sobre la grave situación de las mujeres migrantes que atraviesan el Sáhara; a las innumerables obras que me han nutrido.

A la Booker Prize Foundation: por levantar al Lázaro que hay en mí.

A la Oficina de Desarrollo de la Universidad de East Anglia (UEA); a la Facultad de Arte y Humanidades de la UEA (por su beca tan total).

A la Escuela de Literatura, Drama y Escritura Creativa de la UEA y, en especial, a mis supervisores: los profesores Andrew Cowan y Anshuman Mondal, así como al profesor Giles Foden y las profesoras Jean McNeil y Julianne Pachico.

A la Deborah Rogers Foundation.

A Bloomsbury Publishing (Reino Unido y Estados Unidos) y, en especial, a mis editores Alexis Kirschbaum y Daniel Loedel; Ros Ellis, Maud Davies, Lauren Whybrow, Amanda Dissinger.

A Silvia Crompton por su trabajo de edición y a Saba Ahmed por el de corrección.

A Nicola Chang, mi agente, mi Zahrah particular. También a David Evans y a David Higham Associates.

A Troy Onyango y Jekwu Anyaegbuna por las conversaciones superlargas que abarcan el mundo entero, por las circunnavegaciones por Norwich.

A mi madre y mis hermanos por la lista interminable de sacrificios.

Y, muy especialmente, a Tina.

Glosario (por orden alfabético)[7]

agbada: (hausa). Túnica larga y holgada que se viste sobre camisa y pantalón a juego, de mangas amplias y adornadas. Es una prenda elegante que se reserva comúnmente para eventos formales, celebraciones o ceremonias importantes. Tiene un aspecto variable según la ocasión y el estatus de quien la lleva. Andy menciona en un momento dado (capítulo 10) a «los babanrigas» y «los agbadas» para referirse a hombres importantes y adinerados.

akpakpa: (hausa). Árbol originario de las zonas tropicales de Nigeria y Camerún (*Brachystegia eurycoma*).

alhaja: (hausa). Palabra derivada del término coránico árabe

Al-Hajj

(«el peregrinaje»). En Nigeria se usa para designar a las mujeres musulmanas que han hecho el peregrinaje a La Meca, Medina y otros lugares sagrados del islam. El equivalente masculino es *alhaji*, con el que el narrador (Andy) se refiere a El Hombre, en este caso, usado como título de respeto para referirse a un hombre de negocios en el norte de Nigeria.

alhaji: Véase *alhaja*.

almajirai: (hausa). Niños del norte de Nigeria que reciben

su educación islámica dentro de un sistema conocido como *almajiranci*. Además de asistir a la escuela coránica (algunos, también a la secular), desempeñan pequeños trabajos y, en muchos casos, se ven obligados a mendigar para poder garantizar su manutención. El masculino singular es *almajiri*, mientras que el femenino singular es *almajira*.

baba: (yoruba). Padre o jefe. En la novela, Andy usa esta palabra para referirse a un médico tradicional, un curandero. La madre de Andy acude a un «viejo baba» para procurarse el hueco entre los dientes. En Nigeria, una ligera separación entre las paletas se considera un rasgo sexi y bello en las mujeres.

babanriga: (hausa). Túnica larga y holgada que se viste sobre un pantalón a juego. Forma parte de la vestimenta tradicional masculina. (Véase también *agbada*).

buba: (yoruba). Blusa holgada de la vestimenta femenina tradicional yoruba. La prenda más básica de dicha vestimenta junto con el *ìró* (el wrapper, que se lleva en este caso como falda). Se suelen elaborar con telas de Ankara variadas.

busheshen kubewa: (hausa). Ocra seca. Se utiliza para elaborar la típica *miyan busheshen kubewa* (sopa de ocra seca), que suele llevar carne de res y pescado, además de especias, verduras y el alimento que le da nombre.

compound: (inglés). Tipo de vivienda tradicional que es el centro de la vida familiar y comunitaria en Nigeria. Se trata de un espacio residencial cercado que incluye diversos módulos o estructuras habitacionales

independientes (casas, chozas o cobertizos) con funciones diferenciadas (cocina, granero, zona de reunión…) y dispuestos alrededor de un área central. En un mismo compound suelen cohabitar diferentes miembros de varias generaciones de una familia. La calidad de los materiales, el tamaño o la decoración indican el nivel socioeconómico de sus habitantes.

dogonyaro: (hausa). Árbol originario de la India y otras zonas de Asia que vive en zonas tropicales y subtropicales. También conocido como *neem*, margosa o nim (*Azadirachta indica*).

eba: (yoruba). Masa que se obtiene mezclando garri y agua. Es un alimento básico de la gastronomía nigeriana y de otros países de África occidental que suele acompañar diferentes sopas y guisos.

egusi: (igbo). Semillas de un tipo de melón africano (*Citrullus lanatus*) que se muelen y tuestan para elaborar la sopa de egusi, un plato tradicional y fundamental de la gastronomía nigeriana y de otros países de África occidental. Además de egusi, de un alto valor nutritivo y proteico, el guiso lleva verduras, diferentes hierbas y especias y, en el caso de Nigeria, espinaca de Filipinas u hoja de agua (*Talinum fruticosum*) y carne o pescado (si la familia se puede permitir estos últimos, lo cual no es el caso de Andy y su madre).

garri: (yoruba). Harina elaborada principalmente de yuca (si bien se hace también de plátano verde) con que se elabora la eba. Es un alimento básico en la gastronomía nigeriana y de otros países de África occidental.

gele: (yoruba). Tocado de la vestimenta femenina

tradicional yoruba. El pelo se recoge y envuelve en una tela vistosa y colorida en lo alto de la cabeza.

Ghana Must Go: (inglés). En enero de 1983, el Gobierno nigeriano ordenó la deportación de todos los inmigrantes en situación irregular. Expulsó a dos millones de personas, de las cuales un millón procedían de Ghana. Por lo general, los migrantes acarreaban sus pertenencias en un tipo de bolsa barata de rafia o nailon con cremallera que ha pasado a conocerse con el nombre de Ghana Must Go («Ghana debe marcharse»).

guga: (hausa). Balde o cubo para sacar agua de un pozo.

gurmi: (hausa). Instrumento de dos o tres cuerdas tradicional entre los hausas. Consiste en media calabaza recubierta de piel para la caja de resonancia y un mástil de bambú.

hula: (hausa). Tipo de gorro propio de la vestimenta tradicional islámica de algunas comunidades de África occidental, similar al fez.

jollof: (tólof). Plato a base de arroz originario del pueblo wólof, que se extiende por algunas áreas de África occidental (Gambia, Senegal y ciertas zonas de Mali, Guinea Conakri, Guinea Bisáu y Mauritania). Toma el nombre de la salsa con que se prepara el arroz, que le da su color característico y que se elabora a base de tomate, tomate concentrado, chile y pimiento rojo. El arroz jollof suele acompañarse de carne, pescado, verdura, plátano frito o ensalada.

kosai: (hausa). Buñuelo frito a base de alubias negras que se vende en puestos callejeros y se come como aperitivo o tentempié. Se consume en toda África y en el Caribe.

kuka: (hausa). Polvo de hoja de baobab. Se utiliza en

cocina para elaborar sopas y guisos y es apreciado por su valor nutricional y medicinal.

makossa: (duala). Estilo musical nacido en Camerún en la década de 1950 que, durante las dos décadas siguientes, adoptó influencias de otras músicas africanas y latinoamericanas, así como del *jazz*, el *soul* y el *funk*. Se caracteriza por sus ritmos bailables y sus melodías repetitivas. Si bien los temas tratados en las canciones suelen ser de carácter secular, en la novela se hace referencia también a cantos de alabanza cristianos con este estilo como base musical.

mudu (tazón mudu): Taza de medición utilizada como medida estándar en los mercados. Un tazón lleno hasta el borde (1 mudu) equivale a 1,3 kg aproximadamente, mientras que 1 mudu con colmo (para medir el grano, por ejemplo), equivale a 1,5 kg aproximadamente.

mumu: (yoruba). Tonto, idiota.

oyinbo: (yoruba). Persona de piel clara. En la actualidad es un término despectivo para cualquier persona de descendencia europea, aunque, por extensión, se emplea para designar a cualquier persona blanca o de piel más clara.

pepesup (pepper soup): (inglés). Plato típico de la gastronomía de África occidental. Es una sopa muy picante y especiada, sabrosa y revitalizante que se suele tomar como aperitivo. Se sirve a menudo en celebraciones (Andy menciona los bautizos) y se considera un manjar (Andy hace referencia al Utia, un restaurante muy famoso de Kontagora, hoy desaparecido). Al caldo, elaborado a base de chiles, pimientas, jengibre y otras especias y verduras, se le

añaden diferentes carnes, pescados o mariscos (según sea la producción local).

sheda: (hausa). Tejido de diseños y colores variados con que se confeccionan prendas para ceremonias y eventos importantes. Su textura es sedosa, si bien suele ser de algodón.

soyyaya: (hausa). Romance, amor.

suya: (hausa). Pinchito de carne aliñada a la barbacoa. Se vende en puestos callejeros atendidos por un Mai Suya.

tie-dye: (inglés). Técnica de estampado muy popular y de gran significado simbólico, ritual y cultural en diversas partes de África, si bien su origen parece remontarse a la China del siglo V a. e. c. A lo largo del siglo XX se extendió su uso a muchos países después de que la contracultura estadounidense de la década de 1960 adoptara este tipo de estampados. Significa, literalmente, «atar-teñir», lo cual describe el proceso seguido para imprimir patrones (corazones, círculos, espirales, etc.) de diferentes colores en prendas de vestir (pantalones, vestidos, camisetas, camisas, etc.).

tsallake: (hausa). Literalmente, «saltar». Es el juego de la rayuela.

udu: (igbo). Instrumento de percusión. Es una vasija de agua, normalmente de barro, con un orificio adicional. Lo suelen tocar las mujeres en las ceremonias y se acompaña de otros instrumentos de percusión.

wrapper: (inglés). Prenda de vestir tradicional femenina típica de Nigeria y otros países de África occidental. Se trata de una pieza rectangular, ancha y larga de tela

estampada que se ajusta y sujeta al cuerpo para formar una falda larga, un vestido o una bata. En las celebraciones y eventos importantes se suelen vestir wrappers artesanos de alta calidad, de colores y diseños variados, que se conocen como «wrappers estilo George» (por la marca de la tela que los británicos introdujeron en el mercado nigeriano en el siglo XIX) y que indican estatus y prestigio.



STEPHEN BUORO, escritor nigeriano nacido en 1993, es conocido por su voz y estilo narrativo distintivos en la literatura africana contemporánea. Obtuvo reconocimiento con su primera novela, Los cinco misterios de Andy África (2023).

Notas

[1] Aparecen a lo largo del libro vocablos en algunas de las muchas lenguas y dialectos que conviven en Nigeria (hausa, igbo, yoruba…). Para facilitar la comprensión, se incluyen algunos de ellos en un glosario al final. Solo se marcarán con cursiva la primera vez que aparezcan en el texto. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] El West African Examination Council (WAEC) es el consejo encargado de organizar los exámenes de certificación de educación secundaria. < <

[3] Es costumbre en Nigeria llamar «tía» a cualquier mujer considerablemente mayor que la persona que habla en señal de respeto. < <

[4] *Bouncing in the Lord / I am bouncing in the Lord every day / Bounce Bounce! Bounce!…* < <

[5] Kafka, F., *La metamorfosis*, trad. de Isabel Hernández, Madrid, Nørdicalibros, 2015. < <

[6] La Joint Admissions and Matriculation Board (JAMB) es la junta encargada de organizar los exámenes de admisión para las instituciones de enseñanza terciaria (universidades o escuelas politécnicas). < <

[7] La variedad del inglés que se habla en Nigeria ha incorporado a su léxico palabras procedentes de las numerosas lenguas de los pueblos locales (hausa, igbo, yoruba, etc.) adaptando la grafía (eliminando acentos, por ejemplo). A lo largo de la novela se ha optado por conservar la grafía adaptada al inglés de las palabras que tienen su origen en otras lenguas. En esta selección de palabras se indica la lengua originaria de cada término. < <